

Nancy Huston

Te llamaré Francia

Traducción del francés de Vivian Lofiego



Galaxia Gutenberg



© Guy Oberson

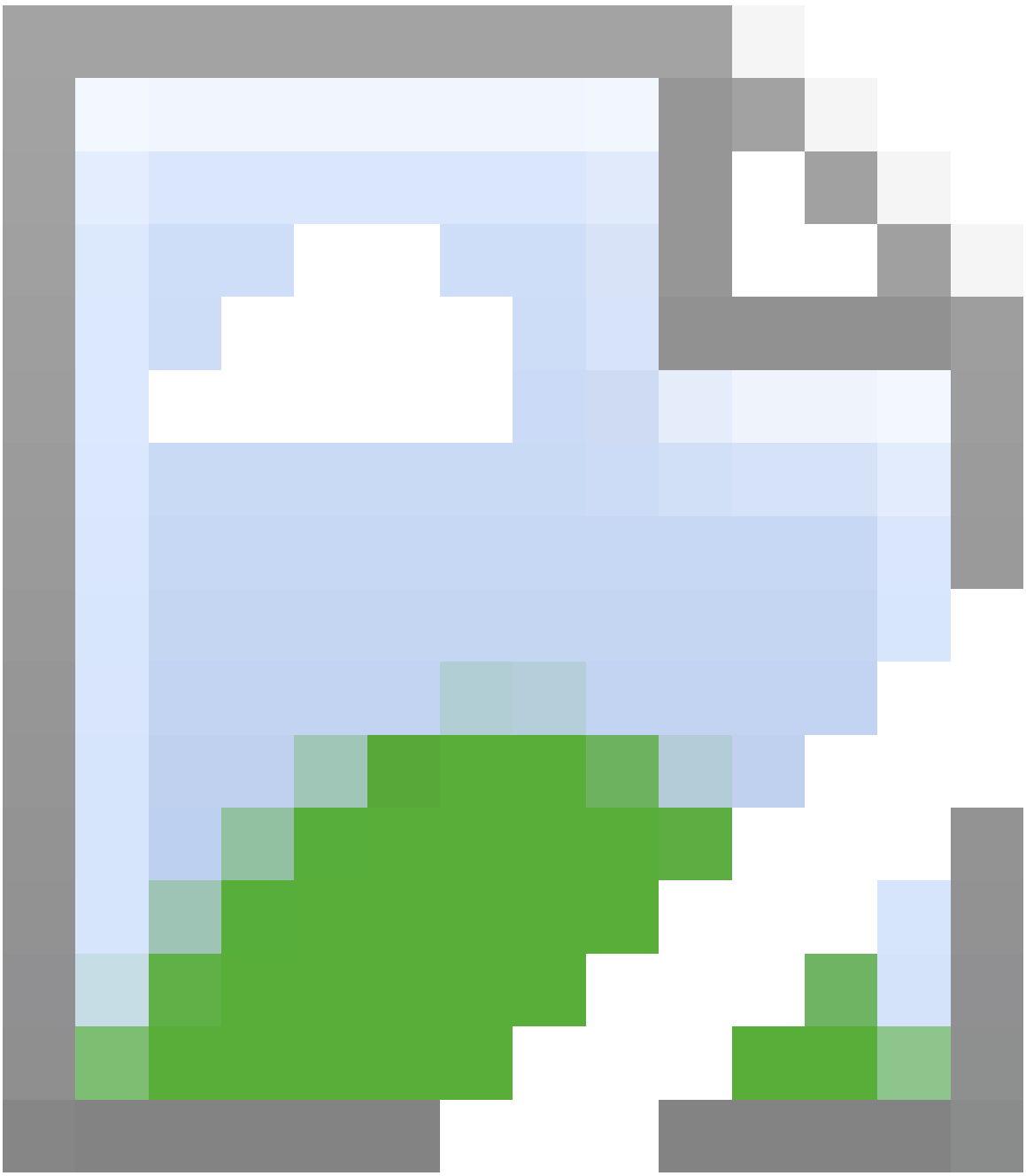
Nancy Huston

Dedica su obra al análisis de la condición femenina y al desarraigo. Nacida en Calgari (Canadá) en 1953, su lengua materna es el inglés pero escribe sus libros en francés. Ha publicado numerosos libros de ensayo, novelas y obras de teatro, entre los cuales destacan, traducidos al español, *Instrumentos de las tinieblas* (1998), *Marcas de nacimiento* (Premio Femina 2006, primera edición en español, 2008) y *La huella del ángel* (2009). Galaxia Gutenberg ha publicado sus ensayos *Reflejos en el ojo de un hombre* (2013), *La especie fabuladora* (2017) y *Vosotras bellas, vosotros fuertes* (2018). Este mismo sello ha publicado sus novelas *Labios de piedra* (2019), la reedición de *Marcas de nacimiento* (2022) y *Árbol del olvido* (2022).

Durante su infancia en Girardot, Colombia, Rubén prefería el mundo de las mujeres. De adolescente, se fue a Bogotá, se travistió y se prostituyó. Tras su transición, eligió el nombre del país donde decidió establecerse: París, y se convirtió en Francia para siempre. Con los años, esta mujer generosa, fascinante y voluptuosa, esta luchadora constante, lo da todo para vivir y mantener a su familia.

Entre el poder y la lucidez, la violencia y el compromiso, la ternura y la esperanza, la novela cuenta su historia al ritmo frenético de uno de sus días de trabajo: el Bois de Boulogne, diecisiete clientes, catorce servicios aceptados; en otras palabras, un sinfín de hombres que han venido a buscarla, a perderse o a reencontrarse en ella.

Pero la novela no se detiene en la experiencia de Francia, sino que da voz también a estos desconocidos, estos hombres, estos clientes, al evocar quiénes son y las circunstancias en las que llegan allí. Una novela de esperanza y supervivencia, extremadamente sensible a las interconexiones humanas, pero también un retrato caleidoscópico de nuestro mundo.



Título de la edición original: *Francia*
Traducción del francés: Vivian Lofiego

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2025

© Nancy Huston, 2024
© de la traducción: Vivian Lofiego, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025
Imagen de portada:

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-87605-45-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Jennifer Alleyn

El lugar ideal es aquel donde es más natural vivir como extranjero.

ITALO CALVINO

Poco a poco la mujer saca de sus alaridos una canción y ella, sola, se arrulla.

NICOLÁS BUENAVENTURA VIDAL

Ya verás, mi pequeño Momo, cuando seas grande, que hay marcas exteriores de respeto que no significan nada, como los cojones, que son un accidente de la naturaleza.

ROMAIN GARY

Prólogo

Mis personajes ya están ahí, en mi lugar de trabajo.

Han llegado antes que yo, han pasado el día y la noche dando vueltas, pero cuando aparezco hacen como que no me ven, como de costumbre. Mi heroína tiene la cabeza colmada de cosas importantes y no me presta la menor atención.

Siempre he tenido ganas de interactuar con mis personajes, pero ellos no han querido saber nada de mí. Lo intenté una vez, hace apenas un cuarto de siglo, en las primeras versiones de *La huella del ángel,* pero Saffie, Raphaël... ¿cómo era que se llamaba ese judío húngaro? Lo he olvidado, no es fácil recordar el nombre de todos los que uno inventa…, se negaron a hablarme e incluso a concederme la menor mirada, continuaron actuando como si yo no existiera y confieso que es un poco hiriente. No les pido que me agradezcan haberlos creado, por supuesto que no, los creo porque me divierte, pero, bueno, podrían al menos reconocer mi presencia de vez en cuando con una pequeña señal, un guiño, no sé... ¿No? ¿Es pedir demasiado? Pues sí. Es pedir demasiado.

Dios debe de tener a veces el mismo sentimiento. ¡Pero yo existo más que Dios! Entre otras cosas, porque tengo un cuerpo. Estas mujeres también tienen un cuerpo, pero el suyo está en mi cabeza. Por el momento puedo ver el suyo, pero no consigo que ellas vean el mío. Uf, es quizás mejor así, porque me sorprendería que me aprobaran. Visto que ellas dedican una enorme cantidad de atención y tiempo a su apariencia, me encontrarían descuidada, mal peinada, poco maquillada e insípida: una tipa plana, común

y corriente, que recorre el Bois de Boulogne con sus compañeros de la furgoneta Magdalena.

Además, ya no soy tan joven. (¿Y Dios es joven acaso? ¿eh? ¿Alguna vez se hicieron esta pregunta?). Pero bueno, si hay algo de lo que no soy responsable es de la fecha en la que, habiendo copulado sin condón, mis padres me concibieron. Me siento responsable de muchas cosas, me paso el tiempo dándole vueltas en mi cabeza a los acontecimientos negativos para tratar de entender dónde me equivoqué, de qué manera podría o debería haberlo hecho mejor…, pero la fecha de mi concepción supera incluso mis capacidades de culpabilización. Mi edad es inamovible. Por más que teóricamente me sea posible convertirme al judaísmo, adoptar la nacionalidad china o pagar a un cirujano para que me convierta en hombre, nací el día en que nací y no puedo hacer nada al respecto, salvo soñar.

Sueño mucho…

Vamos. No es para tanto todo esto. Que me ignoren si ese es su deseo.

András, se llamaba. El judío húngaro. O el húngaro judío, si lo prefieren. ¡Ah! (*Suspiro*). ¡Lo que daría por cruzármelo en la calle! Al verme sus ojos se encenderían, me tendería los brazos, me apretaría contra su cuerpo, me llevaría a su casa, me atraería a su cama… Es un amante maravilloso…, del tipo que tanto me falta en este momento. Era joven cuando lo inventé… Bueno, todo es relativo: yo tenía cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años y él treinta y cinco, si mal no recuerdo; como pasa el tiempo para mí y no para él, ahora ya tengo el doble de su edad. Si lo inventara hoy difícilmente podría hacerle vivir en la calle del Roi-de-Sicile, el Marais se ha vuelto demasiado elegante y caro para él, tendría que instalarlo como yo en las colinas al este de la capital, en los distritos XIX o XX. En fin. Aunque sigue atrapado en una novela publicada a finales del siglo pasado, todavía puedo utilizarlo. Puedo hacer con él lo que quiera. No es más que palabras, pero es bastante impresionante, todavía me gusta. Me pregunto si podría tener una aventura con él sin que ustedes lo supieran. (Perdón).

Y aquí viene una pregunta delicada, sobre todo en nuestra época de corrección política: ¿con qué derecho me meto en la piel de un personaje

que se me parece tan poco? *A priori*, ¿qué coño tengo que ver yo con las trabajadoras del sexo, trans, del Bois de Boulogne? Ciertamente son extranjeras como yo…, pero no del mismo tipo que yo: ellas son inmigrantes o refugiadas, es decir, extranjeras dotadas de una identidad, de un proyecto, de un problema, de un pasado, de un presente, de un negocio, yo no soy nada de eso, solo una suerte de *novelista* neurótica, sin fe ni ley ni raíz ni país, encaramada en el borde de la nada y, sin embargo, me permito meter mi nariz en todas partes. Husmeo, olfateo, espío, escucho tras las puertas, me entrometo permanentemente en lo que no me incumbe. Mis asuntos consisten precisamente en meter mi nariz en los asuntos de los demás.

Luego, mientras mi heroína es una católica creyente y practicante, yo soy una atea tranquila. Pero en este aspecto no tengo escrúpulos, porque creo en ella con el mismo fervor que ella en la Virgen María; hice una peregrinación a su ciudad natal como otros van a Jerusalén, Lourdes o Santiago de Compostela; me he convertido de alguna manera en su evangelista… Ahora bien, Mateo, Marcos, Lucas y Juan escribieron su versión de la historia de Jesús muchas décadas después de su muerte.

En cuanto a vivir en la cabeza de una hispanohablante cuando mi dominio del español es, digamos, vacilante…, ¿hablaba danés Shakespeare? Mi protagonista es bilingüe como yo, ella habla español y francés, yo inglés y francés; a través del prisma de nuestra común lengua de adopción ella debería poder contarme su infancia en Colombia y en principio yo podría también contarle la mía en Canadá, pero me sorprendería que eso le interesara.

Finalmente, si bien es cierto que no he practicado mucho el oficio de puta, nuestros oficios se parecen: día tras día debemos dejar que nos penetren personas que no conocemos y, sin confundirnos con ellas, tratar de comprenderlas. En cierto modo, soy una puta del cerebro: mientras «rinda» (material para un libro), mi mente está dispuesta a ponerse en tándem con todo lo que pasa.

En fin, está decidido: esta vez voy a inmiscuirme en la historia, les guste o no a mis personajes. Voy a aparecer delante de ellos de vez en cuando,

simplemente porque tengo ganas y porque a mi edad creo que no hay que negarse nada, pronto seré compost, mejor divertirme lo más posible mientras tanto, y poco importa lo que piense la galería. Probablemente ni siquiera exista, la galería, es solo algo que la gente se cuenta para asustarse.

Me llamaré la Griffonne.

Consultemos, solo por una vez, el diccionario de la Academia Francesa:

***Griffonne*, la hembra del grifo. El grifo o *gryphos* es una criatura legendaria presente en varias culturas antiguas. Se lo imagina y representa con el cuerpo de un águila (cabeza, alas y garras) injertado sobre los cuartos traseros de un león (abdomen, patas y cola), y provisto de orejas de caballo.**

De hecho, soy una quimera.

***Griffe*, etimología: siglo XII, en masculino. Derivado de *griffer*, «rasguñar», o bien tomado del fráncico *grif*, «acción de agarrar».**

Sí, como en los tribunales, **griye* es el embargo. Con mis garras, intento agarrar, garrapateo furiosamente…, pero también puedo rasguñar.

***Griffe* (antropología, historia): individuo nacido de la unión de una persona negra con otra de origen amerindio**.

La *griye* es *ella* también: mi principal protagonista de múltiples nombres, la heroína de esta historia.

No obstante, los numerosos *flashbacks* empezando por el capítulo 0, toda la acción del libro se desarrollará en París Francia, en una sola jornada: *el domingo 12 de mayo de 2019.* Día excelente para mi heroína: en efecto, entre las once y las veintitrés horas, atenderá a no menos de diecisiete clientes, de los cuales aceptará a catorce. Con literaria nocturnidad podremos deslizarnos en todas las cabezas, todos los cuerpos y todas las personas, gramaticales o no.

Última advertencia (en Quebec lo llaman *traumavertissement*): naturalezas sensibles abstenerse. ¿De acuerdo, listos? ¿Empezamos?

0

Silicona

La conciencia le vuelve poco a poco.

Todavía acostada con los ojos cerrados, toma aire en sus pulmones y deja que el oxígeno viaje hasta las extremidades, sus veinte dedos de uñas multicolores, las raíces negras de sus cabellos naranjas de rizos apretados, una alegría verdiana en cada célula de su nuevo cuerpo –ella adora a Verdi– finalmente abre los ojos y sus nuevos pechos están ahí, doble montaña sublime de curvas suaves y regulares, ¡es francamente impresionante este médico argentino, el doctor Lofiego! Contentas con su trabajo, se lo habían recomendado varias amigas. Además, no está nada mal, lo que es aún mejor. En este momento, sus manos enguantadas hacen puntos de sutura con movimientos pequeños y rápidos, pero tranquilos, se ve que están acostumbradas, hacen un nudo, cortan el hilo con una hoja ultraafilada, y ya está, terminado, una más: el paciente antes de la anestesia, la paciente al despertar. Una cirugía de rutina para él y para la operada una revolución existencial.

El doctor Lofiego levanta los ojos, la joven enfermera también y sus miradas se cruzan por encima de sus mascarillas, la paciente pesca este intercambio silencioso. La enfermera parece impresionada, debe de ser su primera experiencia de implantes mamarios, le cuesta mirar esto sin tragar saliva, difícil decir si de envidia o terror, los senos de la paciente son como cuatro veces los suyos, verdaderos balones de fútbol, se sonroja y sus hermosos párpados de ámbar escamotean sus ojos verdes.

El médico se quita y tira los guantes, cubre suavemente el pecho con una sábana aséptica, se dirige hacia la puerta.

Rubén/Ruby vive.

Para ella, este día señala menos un renacimiento que una parusía (sin que entienda el sentido preciso, la música de esta palabra siempre le ha gustado). Ya hace siete años que con la ayuda de Alejandro comenzó las investigaciones para su transición… y, aunque su amante se alejó de ella justo cuando empezaba los tratamientos, quiso seguir sus consejos: «Hay que pagar el precio, le había dicho. Hay que hacer esto en una clínica, no clandestinamente».

Sí, porque las clandestinas utilizan silicona industrial en lugar de silicona médica y es el infierno, te inyectan hasta seis litros en cada nalga y se difunde como un aceite por todo el cuerpo, puede colarse hasta el cerebro, los pulmones, la sangre, necrosarte la piel, provocarte inflamaciones, dolores, várices, pigmentación, infecciones, abscesos, una embolia pulmonar. La menor fisura en la prótesis puede causarte linfomas, Ruby ha visto esto varias veces. Para Romina fue terrible, la silicona se quedó atrapada entre el músculo y la piel y los médicos no conseguían quitársela, la operaron, pero la cirugía dejó una herida atroz, a otras amigas se les endureció la piel y se les formó la famosa «cápsula», o se les secaron las mucosas, de modo que ya no tenían ni saliva ni lágrimas, incluso dos o tres contrajeron una poliartritis reumatoide. Pero, a fuerza de tener cientos de cobayas sometidas al bisturí, la medicina ha progresado y favorece a Ruby. Ahora en principio puede contar con diez años tranquilos antes de cambiar los implantes. Claro, nunca se está a salvo de un accidente, pinchazo o golpe, pero bueno, de todas formas, no estamos a salvo de nada, es el buen Dios quien decide, en su infinita sabiduría, y mientras tanto ella está viva y hermosa, «*¡mira, pero mira estos senos sublimes!*» Después de hacer la señal de la cruz, se incorpora cautelosamente de la cama.

Llegadas para celebrar su parusía con ella, las amigas la esperan en la sala de espera de la planta baja. Todas han pasado ya por esto y saben hasta qué

punto es importante sentirse apoyada, animada, así que bromean juntas sobre los efectos de las hormonas, se hacen cumplidos sobre las curvas de sus senos y sus caderas, se preguntan sobre sus liposucciones: *«¿Tas contenta entonces?». «¡Sí, es genial!». «¿Cómo es?». «Bueno, aspiran la grasa de las caderas o las nalgas y te la inyectan en los pechos. No deja cicatrices y además es ecológico, ¡ningún riesgo de rechazo, es un regalo de mí para mí!».* O sus depilaciones: *«¡Ay, mi querida, los antiandrógenos son una catástrofe, olvídate de eso! Además de arruinarte la libido, pueden destrozarte el hígado. ¡Olvídate, te digo!».*

(En efecto, no hay muchas opciones para eliminar la barba y el bigote, hay que ahorrar y pagarse sesiones de láser y electricidad, los muy peludos requieren entre quince y veinte, a ella le bastaron siete porque sus ancestros eran lampiños. En cambio, la voz le exigió mucho esfuerzo. A las chicas que se convierten en chicos les basta tomar testosterona para hacer que la voz se deslice hacia los graves, pero lo contrario no ocurre, por muchos litros de estrógeno que un chico se inyecte, su voz va a seguir siendo tozudamente baja porque desde la pubertad la ha empujado hacia los bajos para gozar de la autoridad del macho en la sociedad; para procurarse una voz menos monocorde, más cantarina, que viniera ya no del pecho sino de la cabeza, Ruby tuvo que tomar lecciones de ortofonía, acudiendo a su lección cada semana como una niñita juiciosa que estudia piano).

Suavemente se da vuelta, deja colgar sus piernas en el vacío y aprieta los muslos bajo la bata azul claro de la clínica. El gallito todavía está ahí, entre sus muslos, el doctor Lofiego no lo ha tocado, esa cirugía no es de su competencia, es bastante más complicada, no se hace de forma ambulatoria, hace falta todo un ejército de especialistas para esculpirle vagina, clítoris y labios a partir de un pene y un escroto, quizás lo hará algún día, pero no hay prisa. Por lo demás, bombardeado de hormonas femeninas desde hace seis años, el gallito solo se manifiesta cuando ella lo solicita, cuando ve a un chico guapo con quien tiene ganas de juguetear, el resto del tiempo se mantiene calladito y no molesta a nadie. Solo queda un cambio por cumplir; el del nombre. A lo largo de su transición se ha contentado con feminizar como Ruby su Rubén de nacimiento, pero a partir de hoy tendrá un nuevo

nombre. Se ha mantenido firme, ha hecho durar el suspenso, se ha negado a revelarlo a las amigas antes del gran día.

La enfermera la ayuda a deslizar los pies en las pantuflas, luego la acompaña hasta el ascensor tomándola del brazo. No es cómodo: Ruby no solo es una gigante, sino que además cojea. «Es de nacimiento, murmura sonriendo (y la enfermera se sonroja, pues la paciente ha leído sus pensamientos)… o más bien, de justo antes de nacer». Y para llenar el silencio en el ascensor cuenta la historia, por enésima vez, pero sin entrar en demasiados detalles, diciéndose que una enfermera blanca de los barrios elegantes de Bogotá tendría dificultades para imaginar la maternidad del barrio popular de Girardot donde ella nació, si es que se puede llamar maternidad a esa fábrica caótica, ese desbarajuste, esa carnicería gritona: partos en cadena, pocos médicos, enfermeras escasas y desbordadas con los brazos ensangrentados hasta los codos, exhaustas de tanto correr en todas las direcciones. Convocado de urgencia, porque el parto de la pequeña indígena se anunciaba difícil, el obstetra constató que, efectivamente, se trataba de un bebé muy grande, que además se presentaba de nalgas, y que sería complicado maniobrarlo *in utero* para ponerlo cabeza abajo. Temiendo que el niño se quedara atascado allí durante horas, haciéndole perder un importante partido de fútbol en la televisión, el buen doctor manoteó el fórceps, se apoderó del pie izquierdo del bebé y, al retirarlo de la gruta sangrienta con demasiada brusquedad, le torció, por desgracia, definitivamente el tobillo.

De modo que es a pasos pequeños, desiguales y saltarines que llegaba a la planta baja, Ruby avanzaba hacia sus amigas. Reconociendo a su llegada este ritmo sincopado que en

Colombia se llama pata e'cumbia*,* ellas se dan la vuelta.

Son siete, como los dedos de una mano que padece de polidactilia: Andrea, Camila, Gabriela, Verónica, Sara y Angelina. Locas de alegría la aplauden, la felicitan. Emocionada, Ruby contempla esta noria de chicas encantadoras y abigarradas, las gordas y las muy gordas, las cojas y las

patizambas, las marcadas y las maquilladas, de cuerpos cien veces puesto sobre el telar. Acostadas a las seis de la mañana, han hecho un esfuerzo sobrehumano para estar allí a las tres. «¡Oh! ¡Hermosa, Ruby!

¡Divina, Rubenita! ¡Maravillosa!», exclaman las amigas admirativas. Y la toman en sus brazos… pero de forma aérea, ellas no olvidan cuán sensibles, con puntos de sutura recién hechos en las axilas, son los nuevos pechos.

Han reservado la sala trasera de la fonda vecina, La Casa de Joko, y es sublime. Decoraron de antemano la sala con flores, han debido de arruinarse, ¿con cuántos tipos se han acostado para comprar estas maravillas coloridas, orquídeas y heliconias, rosas y begonias, flores de azúcar y san Joaquín, geranios y claveles? Además, han encargado cosas para picotear, jugos de frutas, tres lindos jóvenes instrumentistas y una cantante, con la consigna de tocar músicas no demasiado movidas (no es cuestión de sacudir los nuevos senos de su amiga) y… y… también, pero no, no es posible, a Ruby se le cae la mandíbula…, no es posible, han hecho venir de Girardot… ¡a Vivian, su hermana preferida, la más pequeña, de trece años! ¡Vivian en persona, aquí, ahora, ante sus ojos, en sus brazos! De Girardot a Bogotá son varias horas de carretera, eso requiere organización…, ¡y la mamita, con quien Ruby habla sin embargo todos los días, ha sabido guardar el secreto!

Palpitante, sonrojada, la niña viene a apretarse suavemente contra la operada. Poco le importa que su hermano mayor se haya convertido en su hermana mayor, la sigue queriendo igual, la tiene en un pedestal, la venera –una la menor, la otra la mayor de la fratría, desde ahora una *sorería*: ¡tan solo chicas!–.

Poco a poco los gritos se calman, las manos y las voces caen.

Silencio.

Ha llegado el momento del anuncio.

Decana de la compañía con sesenta años, Angelina es la única que se atreve a plantear frontalmente la pregunta. «¿Entonces, ese nuevo nombre?».

Y en un gran arco sonoro, levantando los brazos al cielo –ay, seguro que duele, le tiran de los músculos que el doctor Lofiego acaba de vapulear, al separarlos de las costillas para deslizar los implantes por detrás, pero la operada se preocupa por sus efectos–, separando sus labios carmín para deslumbrar a sus amigas con una sonrisa de estrella, lanza el nombre que llevará de ahora en adelante, y que, ella lo siente, la llevará a ella, la *trans*portará a su nueva vida, vocablo elegido en homenaje al país lejano donde prevé instalarse pronto, en una palabra, el más bello nombre del universo: «¡Francia!».

I

Cumpleaños

El pie del padre lo golpea en la cintura, tan fuerte que lo levanta y lo proyecta al otro lado de la habitación como a una pelota de fútbol, sí, padre e hijo están en la cancha de fútbol juntos y Rubén es la pelota, el padre corre para atraparlo, toma impulso de nuevo y ¡pum! Lo hace avanzar hacia el arquero enemigo, que no es otro que la vulva de su madre, quiere a toda costa hacerlo entrar. «¡Vamos, entra, marica de mierda! ¡Entra en el cuerpo de tu mamá!». Sus patadas alcanzan al niño en la cabeza, los hombros, las nalgas y la espalda, Rubén se hace un ovillo para protegerse, pero solo consigue rodar más rápido. «¡Siempre me has avergonzado!», grita el padre. «¡Un solo hijo entre seis pelados y tenía que ser una marica! ¡Ok, sé una loca si quieres, me importa una mierda! ¡Si tanto amas a tu mamita, entra en su vientre, vamos! ¡Nunca deberías haber salido!». Sus patadas terminan por proyectarlo en la entrepierna de su mamá. «¡Gol! ¡Gol!», grita el padre…

…Y Francia se despierta con la palabra *desnacer* entre los labios.

Se levanta y se rocía con agua fría todo el cuerpo. Fue su abuela adorada, su abuela materna, quien le enseñó a hacer esto para ahuyentar a los malos espíritus después de una pesadilla. También le enseñó a tomarse en serio sus sueños…, entonces, ¿qué intentaba decirle este delirio?

Es realmente increíble: hace más de una década que su padre está bajo tierra y sin embargo sigue ahí, en su cabeza, gritándole. Él, que nunca abandonó su Colombia natal; él, que no sabe nada de la vida de Francia, ni

siquiera que se llama Francia, ni que ha dejado el país, viene hasta París, para joderla. Todavía siente cómo sus botas le desgarran la carne. ¿Cuánto tiempo más va a perseguirla?

Desnacer. No está mal.

¡Oh! Se sobresalta. ¿Qué hora es? ¡Casi las nueve ya, hay que ir al trabajo, vamos, arriba! Ah, mierda, está lloviendo, no habrá ni un alma, mejor seguir durmiendo un poco más, ¿qué día es? Domingo, 12 de mayo, carajo…

Pero, claro. Hoy es 12 de mayo de 2019, día del aniversario de su parusía. Hace exactamente veinte años, día por día.

Presumiendo un poco para despertarse, se mira en el espejo pegado en la puerta de su baño, menea las caderas, se pone pintalabios, frota uno sobre otro sus labios carmín y se envía un beso. ¡Un bizcocho, la chica! Al mirarla, la sangre de los clientes empezará a calentarse. No es un chaparrón lo que les impedirá detenerse ante ella.

Pone a hervir el aguapanela para el desayuno, corta limones verdes…

La misma habitación desde hace más de diez años. Aumentan el alquiler cada dos años. Para pagar el cuarto, Francia debe encontrar media docena de clientes cada santo día, más dos o tres para comer, y solo después los otros son para los suyos adorados, allá en su país, la mamá, las hermanitas y la hilera de sobrinos y sobrinas, empezando por Xiomara, la hija de su hermana la menor, Vivian, a quien le paga sus estudios de derecho desde el año pasado: sí, ¡gracias a las folladas de su tía, Xio pronto podrá entrar a trabajar a un bufete de abogados en Bogotá!

Junta sus cosas: paraguas, zapatos nuevos, termo lleno de aguapanela todavía casi hirviendo, bomba lacrimógena, kit de primeros auxilios, altavoz con bajos profundos, los elementos del cambuche donde atiende a los clientes (al menos eso le había enseñado el papá, a comprobar al salir de casa que tiene todo lo que necesita para el día, todas las herramientas de su oficio), y emerge en el gris plateado de Montmartre.

El Boulevard de Clichy reluce por la lluvia. Un anciano la saluda, es el quiosquero de antes, se jubiló, pero no se fue del barrio, debe tener una vivienda social según la ley de 1948. Francia se para unos instantes para

charlar, él le dice que sigue siempre igual de bonita, que su paraguas proyecta unos lindos reflejos rojos que bailan sobre su rostro, ella lo besa en ambas mejillas.

Un café, al paso –allí, en el bar, en su cafetería–. Las nueve y media de un domingo lluvioso es muy temprano, solo están los habituales. Ya instalados en la barra frente a un aguardiente o un pastís, la saludan con un gesto y retoman su comentario desencantado de las noticias y de la vida en general. Se apoyan unos a otros. Claro que a veces también se hacen jugarretas, no son ángeles (ni siquiera los ángeles han de ser ángeles), pero rara vez son graves. Este microbarrio es como un pueblo o una gran familia…, en fin, no como la suya, es decir, su familia. Aquí no hay tirano.

¡Vamos!

Pasa delante de la capilla de santa Rita, justo en frente del Moulin Rouge: de un lado de la calle las mujeres muestran sus muslos, del otro su alma, ambos son necesarios. La capilla no es gran cosa, encajada entre un hotel de paso y una tienda de juguetes sexuales, parece un edificio cualquiera, pero en cuanto cruzas el umbral, te sientes bien. Es cálida y modesta, como la pequeña santa de Umbría. Los vitrales dan al Boulevard de Clichy, pero sus imágenes hablan de lluvia, de viento y de olas, y difunden una pálida luz azulada. Dos escalones conducen a un altar de madera clara en forma de semicírculo. Los ojos de Francia se posan primero en una paloma de madera y luego en el cura, un chico muy simpático, trans, él también, o travestido al menos, con sus largas faldas. En pequeños grupos empiezan a entrar los feligreses y a instalarse en los bancos. Como no tiene tiempo de esperar con ellos la misa, Francia deja allí sus preocupaciones, se arrodilla y agradece a Rita. Una vez, solo una, le pidió ayuda… y la pequeña santa hizo un milagro.

Rita es la santa patrona de las causas desesperadas, y como estas no escasean entre las trabajadoras del sexo, vienen aquí a rezarle desde hace décadas. ¡Ha oído de todo la pequeña santa! Hay que decir que ella también vivió lo suyo: sus padres la casaron a la fuerza con un tirano y soportó sus dosis de barbarie viril, más de lo debido, así que comprende los problemas de las TDS[1] y sabe darles fuerzas para volver al trabajo.

La mamá de Francia era así también, siempre positiva, hizo todo lo posible por proteger y dar sosiego a sus hijos, pero el papá le hizo la tarea imposible.

Justo antes de salir de la capilla, sin haberlo planeado de antemano, Francia enciende una vela en memoria de su padre. Él la visitó en sueños, ella al menos puede hacer este gesto. Es la primera vez.

«Descansa en paz, imbécil», susurra.

¡Ay, esa lluvia! Parándose ante un puesto callejero, compra tres empanadas para su almuerzo –«gracias, señor, ¡que tenga un buen día!»– y se dirige hacia el metro, estación Blanche.

Línea 2, línea azul, el domingo circulan menos trenes, hay siete minutos de espera. Minuciosamente organizados en forma de caracol, los veinte distritos de París se despliegan a sus espaldas, los primeros muy pequeños en el centro y los últimos, enormes, en la periferia. Llegando desde el sureste, el Sena describe al atravesar la ciudad una gran curva en forma de colina (en realidad, no es el Sena el que atraviesa la ciudad, desde luego, sino la ciudad la que se ha desarrollado poco a poco alrededor del Sena). Al oeste de la capital hay un bucle del río que forma como un gran bolsillo y, deslizado como una billetera dentro de ese bolsillo, se ve un rectángulo verde que no es otro que el Bois de Boulogne.

Antaño bosque de caza real, imaginado *ex nihilo* y plantado ahí, *¡plaf!*, a lo largo del distrito XVI, actualmente la meca de todos los placeres y pasatiempos parisinos (tenis, equitación, arte, artesanía, carruseles, parques, pabellones, restaurantes, botes en forma de cisnes, fantasías y fantasmas de todo tipo, no falta nada), este es el lugar de trabajo de Francia quien, para sus clientes, se llama Magda.

Si prefiere trabajar de día es porque de día los árboles son verdes en lugar de negros y ella es una adicta al verdor. Para las mujeres que vienen de lejanas tierras ecuatoriales, de geografía accidentada, el bosque reaviva

las raíces: se sienten más a gusto allí que sobre el asfalto del centro. Y lo que anuncian en silencio sus ropas y atuendos, todas esas chaquetas de boa falsa, mallas con estampado de leopardo, plumas y maquillajes extravagantes, cinturones de eslabones, abrigos de piel y joyas de pacotilla, es que en este bosque parisino del siglo XXI como en el bosque primitivo, la humanidad aspira a recuperar sus orígenes animales, vegetales y minerales.

Llega el tren. Francia sube mientras escucha a Ana Gabriel, «Es demasiado tarde». El trayecto es directo desde Blanche a Porte Dauphine, toma veinte minutos como mucho. Al cerrar los ojos para escuchar la música, de repente se pregunta si su padre iba de putas y se dice que es más que probable. Sí, todavía hoy, en Girardot, seguramente hay chicas (y quizás, también chicos, ¿quién sabe?) que se han acostado con el papá…, pero aparentemente nunca se ha topado con aquella, milagrosa, capaz de iniciarlo en el placer de dar placer.

Al salir del metro, se dirige a Allée de la Reine Marguerite, cuartel general de las latinas. El Bois es un verdadero mapamundi: cada continente o subcontinente tiene su territorio, su parcela, su barrio atribuido, aquí trabajan las chicas de los países del Este, allá las coreanas, aquí las africanas, más allá las chinas. A veces, las diferentes nacionalidades se agarran a golpes y se insultan, pero cuando hace falta son solidarias, como en el pasado agosto cuando la peruana Vanesa Campos gritó «¡Todas!» y todas se precipitaron en ir en su ayuda…, pero fue demasiado tarde, no pudieron hacer nada.

Francia instala su cambuche: una placa gruesa de plástico para el piso, tres para las paredes, de este modo puede acostarse, apoyarse contra el árbol o permanecer de pie, según las necesidades del momento. Cerca del colchón inflable coloca una estampita con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Para levantarse el ánimo y recobrar bríos, todas las TDS vienen al trabajo con amuletos vitales para ellas: crucifijos o peluches, unicornios rosas, collares de plástico, estatuillas de madera pintada; todas dedican tiempo a encender velas o a hacer ofrendas en distintos altares; dirigiéndose a divinidades cercanas o lejanas, todas rezan por la felicidad de sus familias,

para tener clientes numerosos y amables, para ganar mucha plata y para no morir hoy.

Muchas latinas trabajan en furgonetas: un pañuelo rojo o naranja colgado del retrovisor exterior, señala a los clientes cuál es la particularidad del vehículo. Comparado con la carpa o la nada, la furgoneta posee claras ventajas: la trabajadora se mantiene abrigada y seca y puede ponerles seguro a las puertas si no le gusta la cara de un cliente. Pero Francia es fiel a su cambuche. Primero, si tuviera que gastar cincuenta euros al día para alquilar un vehículo además del precio de su habitación, no le quedaría casi nada para la familia. Pero no es solo eso, además en la furgoneta echaría de menos el contacto con el bosque: ya no sentiría el olor de la tierra, no vería los colores cambiantes de las estaciones, no podría oír la respiración de las plantas.

---

1. Siglas de *trabajadoras del sexo.*

1

Normal

Una vez, dos veces, tres veces, Martin M. da la vuelta a la plaza de la Porte Maillot al volante de su Clio, debería tomar la avenida Charles-de-Gaulle, pasar por debajo de Saint-Germain-en-Laye por el túnel de la A14, tomar la A13 y seguir su camino hasta Les Mureaux, donde sus padres lo esperan para almorzar. No solo es domingo, sino también el cumpleaños de su madre, un cumpleaños importante: ¡medio siglo es todo un hito, hay que festejarlo! Hijo único, sabe que sus padres cuentan con él, probablemente la mesa esté puesta desde anoche; sí, es muy probable que antes de acostarse su madre haya entrado al salón comedor para quitar primero el mantel de plástico con falsos encajes, luego el hule que protege la mesa ovalada de cerezo pulido, dejando por un instante la madera al descubierto antes de cubrirla, esta vez, con protector de goma espuma y el mantel de algodón blanco que la abuela había bordado para su boda en 1910 y que su madre guarda para las ocasiones especiales, porque cuesta un ojo de la cara mandarlo a limpiar. Después, abriendo la puerta de la alacena (con cuidado para no hacer chirriar las bisagras y despertar al padre que, agotado por su larga jornada de trabajo en Renault, duerme en la habitación de ambos en el piso superior, –tienen camas gemelas, pero todavía comparten una habitación, no les queda otra alternativa ya que la única otra habitación la ocupa la madre de Charles, que padece demencia senil–, ella habrá sacado cuatro platos de porcelana de Limoges con decoración estilo *millefleur*, comprados por su suegra hace medio siglo en el catálogo de Manufrance, los habrá colocado con cuidado en los cuatro lados de la mesa, añadiendo cubiertos, jarra, copas de vino y vasos para el agua, sin olvidar el juego de especieros art déco que papá encontró una vez en una venta de garaje.

Martin conoce cada uno de estos objetos desde su primera infancia, pasó horas estudiando el destello de los rayos del sol en las facetas rosadas de las copas para no morirse de aburrimiento en los almuerzos interminables de los domingos mientras sus padres y su abuela hablaban del sermón que acababan de

escuchar en la iglesia, o del pronóstico del tiempo, o de la urgencia que había en plantar una hilera de tuyas a lo largo de su propiedad para no tener que contemplar, en el jardín vecino, las cabezas de Buda y otros símbolos yin y yang que sus vecinos, después de haber ganado el primer premio en algún concurso idiota, habían traído de su viaje a Tailandia.

Llueve, llueve sin parar y, mientras Martin vuelve una vez más a dar la vuelta a esta plaza enorme, los limpiaparabrisas trabajan a toda velocidad para despejar las gotitas del parabrisas y darle un poco de visibilidad.

Es el Clio el que decide. Martin realmente tiene la impresión de que es el coche el que deja pasar por quinta vez la salida de la avenida Charles-de-Gaulle y decide ir por la ruta de la Porte de Sablons y luego por la avenida Mahatma-Gandhi (uno se pregunta qué hace el famélico adalid de la no violencia en este rincón del XVI tan chic de la vieja Francia, salpicado de embajadas y consulados, poblado de nombres de batallas y generales).

De pronto, aparece a su izquierda, como en un sueño, la Fundación Louis-Vuitton: una enorme mariposa blanca encallada en un amasijo inmóvil y caótico de vidrio translúcido y vigas metálicas. Martin imagina la mueca de desconfianza que harían sus padres ante esta proeza de la arquitectura contemporánea, desde aquí puede ver sus cejas fruncidas de pura perplejidad, como cada vez que se sienten superados por el mundo moderno, agredidos por esos modos incomprensibles de proceder. Con los monumentos normales no tienen problema, entienden el Palacio de Versalles, lo visitaron en los años noventa y les gustó de verdad. Del mismo modo admiraron en la televisión el palacio de Buckingham, el Taj Mahal, la catedral de san Pablo de Londres o incluso la Casa Blanca, esos son sin duda edificios grandiosos. Pero ¿cómo justificar el derroche de setecientos noventa millones de euros para construir una cosa que se parece a un accidente de avión?

Se detiene un rato en el aparcamiento del museo. Los carteles anuncian que se está exponiendo la colección Courtauld: los grandes maestros del impresionismo. Martin está tentado de entrar. Por un lado, eso lo haría llegar tarde al almuerzo de cumpleaños, pero por otro podría presumir mañana en la sala de profesores, impresionar a sus colegas (con estudiada naturalidad) con sus cautas apreciaciones matizadas sobre Manet, Seurat, Cézanne, Van Gogh, Renoir y Gauguin, salpimentadas con algunas anécdotas sobre ellos que podría buscar esta noche en internet, para dejarles claro de una vez por todas que él no es un palurdo, que se puede nacer en un hogar modesto y aun así tener una sólida cultura artística. Incluso si las únicas obras de arte en las paredes de la casa familiar son las flores, cervatillos y palomas que su madre borda cuando al no encontrar nada más que limpiar ni pulir en la casa, se le meten lo que ella llama *ideas negras*, él, Martin, sabe apreciar a Seurat y a Van Gogh. (Seurat, en todo

caso. Las pinceladas alteradas de Van Gogh, ese loco con la oreja cortada, ese paciente mental, ese delirante, ese suicida, lo ponen un poco incómodo). Apaga el motor y comienza a tamborilear nerviosamente con sus diez dedos sobre el volante del Clio. Alrededor, cae la lluvia, haciendo invisible el mundo.

Reflexiona.

No, no debe ir a ver esta exposición, Christine no se lo perdonaría. Dado que, justamente en honor a su abuela nacida en Odesa, ella se especializó precisamente en la pintura rusa de este período, estaría furiosa si fuera a ver la colección Courtauld sin ella…, aunque es muy poco probable que se desplace hasta la Fundación Louis-Vuitton en las próximas semanas porque está amamantando a Benjamin y es tan fascinante, tan apasionante, que parece que en toda la historia de la humanidad nadie hubiera tenido jamás la idea de amamantar a un bebé.

Martin no se anima a decirle que le parece exagerado.

De niño, en la granja de sus abuelos en Lommoye, vio los hocicos de los terneros prendidos a las ubres de las vacas, los de los corderos a las de las ovejas, los de los cabritos a las de las cabras, y lo que piensa de la lactancia en general es que es natural, que es normal y que debería darse por sentada. Pero Christine arma todo un jaleo, pasa el tiempo haciendo intercambios con consejeras de lactancia o en chats con otras madres jóvenes. Comparten sus alegrías y angustias al respecto, hablan sobre la mejor marca de sujetador de lactancia, de las compresas que hay que introducir para absorber la leche que gotea entre dos tomas, de la pomada para tratar las grietas de los pezones, de las diferentes escuelas sobre el espaciamiento de las tomas (¿hay que alimentar al bebé a demanda o inducirle la frustración desde el nacimiento para enseñarle las duras realidades de la vida?), etcétera, *ad nauseam*. Para tener un poco de paz, Martin termina a menudo encerrándose en la habitación del bebé, donde, mientras Benjamin duerme tranquilamente a su lado, él se esmera en preparar sus clases para el día siguiente.

Está orgulloso de haber llegado donde está.

Por más que uno sea el alumno más brillante de todo el pueblo, que obtenga veinte sobre veinte a diestro y siniestro, que año tras año le renueven su beca y hasta vea una lágrima de orgullo en los ojos del padre (prueba de que había hecho bien al cambiar los mugidos de las vacas por el estrépito de la cadena de montaje, y alejar a la familia de la granja para acercarla a la capital)…, igual las chicas perciben que uno es inseguro e insolvente, es instintivo en ellas, una chica se orienta hacia la seguridad y el dinero como el girasol hacia el sol, o un recién nacido hacia el seno materno. Martin aprendió a las malas que hay que ser diez veces mejor que los demás para imponerse cuando uno no es de la aristocracia ni

se ha nacido con el pan bajo el brazo, no estaba predestinado al circuito de la élite: liceo Louis-le-Grand, École Normal Supérieure, concurso de profesor agregado, profesor de instituto, profesor adjunto en la facultad, profesor titular y, finalmente, después de la tesis (y de haber recurrido a diversas acrobacias y maniobras más o menos confesables), profesor a tiempo completo hasta la jubilación. No basta con ser muy bueno, sino que hay que brillar, golpear, aplastar. Y entonces, allí sí, las chicas vienen corriendo.

Vuelve a encender el contacto. Aunque ha renunciado a ver la colección Courtauld, el solo hecho de haberlo pensado le trajo un soplo de aire fresco, como si, una vez contemplada la posibilidad, ese retraso se tornara deseable, por no decir indispensable, y de pronto necesitara encontrar otra cosa para posponer su partida a Normandía. Sí, ahora tiene sencillamente *ganas* de ver a su madre abrir la puerta que da al pequeño porche, que baja hasta el camino de losas cuadradas, que bordea la hilera de tuyas hasta la calle donde acaba de aparcar el Clio, mirar ostensiblemente el reloj que ciñe su muñeca huesuda y lanzarle en un tono irritado: «¡Habíamos dicho mediodía!, ¿no has entendido bien? ¡Hace veinte minutos que te esperamos! ¡Muy bonito, el día de mi cumpleaños!». Ganas, sí, de retrasar el momento en que sacará del maletero la cesta que contiene su regalo, envuelto en papel brillante a rayas negras y rojas: una gran caja rectangular que contiene un surtido de cremas, jabones y geles de una marca con reminiscencias provenzales (olivos, campos de lavanda, pinos parasol), regalo sugerido por Christine, cuyos antepasados rusos, tras ser amenazados de muerte por su origen judío, desembarcaron en Niza a finales del siglo XIX y vivieron durante mucho tiempo en la Costa Azul.

Poniendo la marcha atrás, abandona su lugar en el aparcamiento, cambia a primera, luego a segunda y se adentra un poco más en el bosque. Después de haber pasado el estanque Saint James a su derecha y a su izquierda el Tiro al pichón, gira a la izquierda.

A menudo había oído hablar de ellas, pero nunca las había visto. Más incongruentes todavía que el pacifista Gandhi pegado a la avenida de la Grande-Armée: putas travestis en la avenida de la Reine Marguerite. Porque la reina Margot, según todo lo que se sabe, era muy poco propensa al asunto. Repudiada en 1599 por Enrique IV, el rey protestante, por haber fracasado en producir un heredero en veintisiete años de vida conyugal, ella comenzó a organizar salones literarios y a cantar alabanzas al amor platónico. Martin conoce esta historia de memoria porque su tesis doctoral trató, precisamente, sobre la Noche de san Bartolomé (el psicólogo que veía en esa época sugirió que, siendo hijo de un católico y de una protestante, al elegir este tema, había querido poner fin a la guerra de religiones que libraban sus padres en su cabeza).

Esta vez, ahí, de repente, los ve: pálidos destellos de carne recortándose contra la sombra de los matorrales, brotando a intervalos irregulares como flores blancas en la luz baja y gris de esta mañana de mierda. Le da placer llamar a las cosas por su nombre: mañana de mierda. Solo en el coche repite, primero en su cabeza y luego en voz alta, *esta mañana de mierda*, encantado con la idea de escandalizar a su madre y su esposa. Lo dice más fuerte, *ma-ña-na-de-mier-da*, luego añade *madre-de-Dios*. Soltada con tanta inocencia como un pedo, le encanta la blasfemia.

No es ninguna broma. De hecho, están ahí de verdad. Balizando los bordes sombríos de la carretera, el claro centelleo de sus cuerpos prácticamente desnudos bajo la lluvia helada le parece una llamada muda… y su propia carne le responde. Tiene la sensación de estar soñando. No es posible. ¿Qué es lo que esperan? Varias están vestidas de blanco, sin duda porque han pasado la noche fuera y el blanco resalta contra las tinieblas: ve unos *shorts* muy cortos, botas con plataformas, pechos enormes casi al descubierto, nalgas desnudas marcadas por las medias de red de malla ancha, pelucas rubias o negras, cabellos largos. La verdad, un domingo lluvioso a las once de la mañana, la hora de la misa, al tomar la salida equivocada en la plaza de la Porte Maillot, no se esperaba esto, sentir cómo sus manos aprietan el volante y su sexo empieza a agitarse por sí solo, a reanimarse en su guarida como un oso al final del invierno…

¿por primera vez desde cuándo?

Durante todo su embarazo Christine había rechazado sus avances, estos se habían tornado primero inútiles (¿para qué sirven, en realidad? Ya está, ya quedé embarazada), y luego inoportunos (no vayas a despertar al bebé).

No reflexiona. Se ha pasado la vida tratando de hacer lo correcto, de obedecer, de seguir las reglas, de ser bueno, tranquilo, perfecto, de colmar e incluso superar todas las expectativas, de hacer que todos estén orgullosos de él, sobre todo su padre, no, sobre todo su madre, sin hablar de Christine, que se enorgullece de vivir con un profesor universitario «pues sí, con solo veintiocho años, es impresionante, ¿o no?» tan joven, tan responsable, bueno como un santo, con sus gafas pequeñas, sus boletines escolares ordenados desde la primaria hasta la agregación, sus cuadernos, sus libros anotados, su boda en el ayuntamiento del distrito XV, en el barrio de Lourmel, donde creció Christine, los padres de él incómodos de tener como nuera a esta hija de inmigrantes rusos, judía para colmo, y aliviados de que al menos haya cambiado su apellido al casarse con él, borrando así toda huella de esa raza dudosa, y ahora, realmente no es la cabeza de Martin, sino únicamente sus pies los que toman la decisión, pie izquierdo en el embrague, pie derecho en el freno, suavemente cambia a segunda, freno, embrague, corta el contacto, el corazón late fuerte.

II

Río

Francia se lava y vuelve a su puesto.

La mayoría de las veces no es muy complicado que digamos. Muchos clientes son como bebés, y ella, su mamá provisoria. Sí, sucede a menudo que, convertidos en lactantes entre sus brazos, los clientes hundan el rostro entre sus senos, le hagan cosquillas en los pezones, emitan pequeños gruñidos de satisfacción y renuncien a toda responsabilidad, como si se chuparan el pulgar. Le recuerdan a los cabritos y corderos de su barrio natal, allá en Girardot, pegados a las ubres de su madre, extrayendo alimento y consuelo de sus carnes suaves…

A menudo, mientras trabaja, les susurra pequeñas frases al oído: ha aprendido a adivinar, por la cara y el cuerpo del cliente, cuáles surtirán efecto. Pero hay palabras que no pronuncia: es como con los labios, una puta no entrega los labios, es bien sabido, tampoco dice «te amo». «Te amo» es sagrado. Francia lo experimentó una o dos veces, una, sobre todo. Ella no lo olvida y no mezcla las cosas.

La mayoría de las veces no piensa en nada mientras aquello pasa; por eso a cada servicio se le llama pase, porque pasa, los minutos se deslizan, una no es ni feliz ni desdichada, sino que está en suspenso, como las gotitas de agua en el aire.

Para toda su vida tiene grabado en los oídos el ruido de las cascadas del Magdalena, el poderoso río al pie de Girardot. Su papá lo llevaba a pescar

con él. A Rubén, su único hijo, su niño que cojeaba y correteaba, ¿qué edad tenía entonces? ¿Cuatro, cinco años? Fue antes de ir a la escuela, seguro.

Él adoraba a su papá en esos momentos. Era un negro hermoso y joven, muy negro, alto y fuerte, y le hablaba de los bogas, esos hombres grandes y fuertes y negros como él que, durante siglos, habían conducido las barcas por el Magdalena. Tenían que remar contra la corriente, con el esfuerzo soltaban gemidos y a lo largo del tiempo esos lamentos se habían transformado en canciones. El papá conocía las melodías de los bogas, las tarareaba a menudo al lanzar el hilo de pescar, un hilo anudado con mucha fuerza alrededor de la mano izquierda según la técnica ancestral. A veces, mientras esperaban que los peces picaran, deslizaba los dedos de la otra mano en la cabellera de Rubén y le rascaba el cuero cabelludo.

Le enseñaba a decir la hora mirando la posición del sol en el cielo. No entendía que los hombres se pusieran un brazalete alrededor de la muñeca como una cadena alrededor del tobillo. «¡Es esclavitud! –decía–. ¡Uno se vuelve esclavo del reloj! Si uno se acostumbra a preguntarle la hora a un brazalete ya no puede leerla en el cielo». Le explicaba a Rubén que los pescadores nunca llegaban ni temprano ni tarde. Sentían la hora exacta para ir a trabajar, dormir, salir y regresar… En resumidas cuentas, era tarde si la luz se desvanecía y eso era todo. Anocheciera o lloviera, no importaba, había que ir pensando en regresar a casa, y rezar para llegar a buen puerto. En cuanto a lo demás, ¡bah!, lo demás…

A mediodía, cuando el sol estaba demasiado fuerte, padre e hijo se instalaban bajo el puente para pescar. Como una bestia inmensa y verde, el bosque se extendía a su alrededor y ellos eran permeables a él; no, se le parecían, nada de aquí adentro y allá afuera, aquí la gente, allá la naturaleza. Desde la noche de los tiempos, en estos paisajes, lo humano y lo no humano se entrelazaba. Para vestirse y adornarse los hombres tomaban las garras, colmillos, pieles, plumas, escamas y pelajes de los animales. La noche se desplegaba en sus almas, agua y luz se desposaban, vegetación, verdor, lianas y líneas de pesca, ciclos que se deslizan una y otra vez, montaña siempre próxima, mágica.

A menudo, el papá le hablaba del mar azul del Caribe donde había crecido. Su familia vivía de la venta de pescado en el mercado de Santa Marta, y él estaba orgulloso de pertenecer a un largo linaje de pescadores. Aunque el trabajo de la pesca en las pequeñas barcas era duro, sentía nostalgia de aquel horizonte, de aquella costa disgregada, de esos cielos del atardecer cuando el sol hace brillar el agua como mil monedas de oro. No hay nada más bello en el mundo que la Bahía Concha en Santa Marta, le decía a Rubén.

Pero quedaba a mil kilómetros hacia el norte.

El padre y la madre habían tenido que escaparse de allá arriba. La razón de esta huida era difícil de entender, pero poco a poco Rubén comprendió que en realidad había sido por su culpa, porque había germinado en el vientre de la mamita y que no debería haberlo hecho, pues ella era wayuu y papá un afrocolombiano descendiente de esclavos. Para la familia de la mamá su amor por un negro no era ningún problema, pero algunas mujeres del pueblo la querían lejos, la encontraban demasiado bonita, demasiado insolente, demasiado independiente, entonces decretaron que la sequía era peor que de costumbre porque aquella muchacha se acostaba con un hombre de otro clan, tanto que, al final, con la mamá embarazada, la pareja tuvo que huir como María y José, salvo que en lugar de viajar a lomo de burro se embarcaron en un bote con muchas otras personas y sacos y cajas y animales, y remontaron durante varias semanas el río Magdalena, esquivando todos los remolinos y las cascadas a lo largo de mil kilómetros hasta Girardot.

«Un día te llevaré allá arriba –le decía a menudo el padre a

Rubén–, para que conozcas a mi familia, para que veas donde crecí».

Pero ese momento nunca llegó, Rubén nunca vio Bahía Concha…

Fue solo mucho después, ya en su propio exilio en París, cuando Francia comprendería algo del exilio de su papá, e imaginó cuánto debió herirlo, desquiciarlo, haber perdido el mar Caribe.

A medida que el muchachito crecía, el padre se encerró más en sí mismo. Dejó de contarle a Rubén sobre el cielo, el río, el mundo, y ya no deslizaba los dedos entre su melena. Sus expediciones de pesca se esparcían y terminaron por interrumpirse, pues el nacimiento de las niñas, a razón de una cada dos años durante una década –Antonia, Begonia, Cornelia, Violeta, Vivian– lo obligó a trabajar los siete días de la semana. Se hizo albañil y contrajo un eccema alérgico a fuerza de manipular baldes y espátulas con las manos desnudas. Con su mano izquierda, quemada por el cemento ya no soportaba el hilo de pescar. Cuando la mamá le suplicó que usara guantes no hacía más que emputarse. «Explícame, ¿cómo hago para alisar el cemento con los guantes?». Y cuando ella insistía en untarle las manos con aceite de almendras, al menos, cuando regresaba del trabajo, él la apartaba con impaciencia: lo único que quería en sus manos al volver de trabajar era una botella de cerveza. Y más le valía que estuviera fría, de lo contrario podía hacerla volar hasta el otro lado de la cocina, y a la mamá con ella.

Y eso es lo que ve Rubén.

Su padre nació en 1949, el mismo año que Pablo Escobar: esto lo dice todo. Incluso allá arriba en la costa caribeña, incluso en los pueblos más pequeños, incluso antes de la llegada de la televisión a los hogares, los muchachos de su generación se tragan la violencia de su país junto con la leche materna y aprenden que ser hombre es aguantar, estar siempre en guardia, atacar y defenderse hasta el infinito.

Al crecer, treinta y cinco años más tarde, en Girardot, Rubén observa este mundo viril con un nudo en el estómago. Aunque es alto para su edad, es pequeño al lado de su padre y no entiende cómo un cuerpo tan pequeño puede contener tanto miedo. ¡El miedo es mil veces más grande que él y, sin embargo, lo tiene dentro! Lo inunda cada vez que su padre está borracho y furioso, cada vez que grita y golpea a la mamá o a una de las hermanitas, o a él, porque rezonga cuando debe ir a trabajar en su taller de albañilería.

Lo que le gusta a Rubén es jugar con Vivian, su hermana menor, la confianza que ella le demuestra al susurrarle sus secretos al oído, al hacerle cosquillas en las plantas de los pies cuando duerme hasta tarde en la mañana, al mostrarle el rincón del patio donde alimenta a los escarabajos, lo que a él le gusta es ayudar a la mamá y a las cinco hermanas a prepararse para ir a la iglesia el domingo, ponerles los calcetines blancos, atarles los cordones de sus zapatos de salir, abotonarles los vestidos, hacerles las trenzas, abrocharles los cinturones y los collares, ponerles los aretes, y al final, frente al espejo, colocar sobre sus cabellos la mantilla de encaje blanco. Las envidia.

¡Los hombres son tan aburridos en la parroquia de san Miguel! Parados, bien erguidos, como números abstractos, en blanco y negro, todos iguales con sus trajes sobrios y sombríos, la plana desnudez de sus manos y su nuca. Las chicas, en cambio, son flores vibrantes, que brotan cada una en un color diferente. Sueña con dejarse crecer el pelo, con peinarlo y cuidarlo, con sentir cómo le roza la frente y la nuca… Pero tan pronto como comienza a rizarse, su padre le rapa la cabeza y él se deshace en lágrimas.

A veces, fuera de sí, el padre lo saca de la casa y lo arrastra hasta el taller gritándole con asco: «¿No te da vergüenza? ¡No sabes hacer nada! ¡Nunca harás nada de tu vida! *Nada*, ¿me oyes?». Las mismas frases una y otra vez: «¡Eres un inútil! ¡No sabes hacer nada! ¡No vales nada!». Lo golpea con todo lo que encuentra a mano: manguera de riego, cinturón, varilla de bronce para soldar. Cuando por fin lo echa afuera, Rubén a menudo tiene sangre en las piernas. Pero no puede hacer nada: no tiene el más mínimo interés en meter las manos en el yeso.

Prefiere el trabajo de la madre al del padre, los gestos suaves y mesurados de la cocina y la limpieza. Mientras la panela rosada comienza a hervir, burbujear y desbordarse de su olla metálica sobre la estufa de leña, él mira las manos de uñas pintadas de la mamita mecer suavemente las bolitas de masa, transformarlas poco a poco en discos redondos y planos que, una vez asados, se convertirán en arepas. Lo tranquilizan todas esas formas redondas. Al ritmo de la cumbia que suena en la radio, su madre y él preparan juntos las arepas para el almuerzo, a veces con pollo, pero la

mayoría de las veces arepas sin nada. Siempre hay una bolsita amarilla de harina de maíz a la que se le agrega agua, se amasa, se da forma de tortitas con las manos y se doran en el aceite caliente. Los sábados son geniales porque no hay escuela y todos, excepto papá, están en casa, los pensamientos de Rubén flotan felices entre los meandros de la cumbia y las instrucciones de la mamita, mientras sus hermanas se ocupan de la limpieza o del jardín.

Un día, el padre irrumpe en la cocina y sorprende a Rubén en flagrante delito preparando arepas. El cuenco en el que amasaba la harina de maíz vuela por los aires y es él solo, con el estómago vacío, quien debe lavar los manchones amarillos de la pared. Ese día nadie almuerza. Cuando la cocina queda al fin limpia, Rubén sale cojeando hasta la gran ceiba, el árbol sagrado que ocupa la mitad del patio, y se apoya en él. La sombra fresca del árbol lo reconforta, la solidez de su tronco lo recompone y sus hojas le susurran que solo hay que tener paciencia, que las cosas van a mejorar, que el tiempo es largo.

Para presumir, el padre inscribe a los hijos mayores en un colegio privado. Paga los primeros meses de la matrícula escolar, pero luego no tiene con qué seguir pagando y la escuela los echa. Los niños son el hazmerreír de todo el barrio, tienen vergüenza, así que la mamá los inscribió en una escuela pública a media hora de la casa caminando.

Ella nunca lo sabría, pero esta escuela se convertiría en el primer infierno de su hijo.

Rubén se retrasa. Le cuesta la lectura, no comprende la relación entre las formas que la maestra dibuja en el pizarrón y los sonidos que salen de su boca. Pero esta mujer no tiene ninguna paciencia: cada vez que él se equivoca ella se enoja y lo golpea.

Un día la maestra le pregunta a la clase por qué cuando hablan de los edificios antiguos de la ciudad, se refieren a ellos como arquitectura *colonial.* Creyendo por una vez conocer la respuesta, Rubén levanta la mano: «¡Es por Cristóbal Colón!». Los otros alumnos estallan en risa y él se

mortifica, sabiendo que lo atormentarán con eso durante meses, «ah, sí, claro, colonial viene de Colón, ¡eso es obvio!».

En todas las sombras de su vida acechan posibles humillaciones.

Durante el recreo de mediodía, cuando los varones se pelean y las chicas saltan la cuerda, Rubén se va con las chicas. Un día sí y otro no, las chicas lo aceptan y él está encantado. A pesar de su tobillo torcido es un as saltando la cuerda: sus pies saben instintivamente cuándo dejar el suelo, justo después del ruido de la cuerda contra el asfalto, y cuando las chicas la hacen girar más rápido, en lugar de dar un saltito entre dos saltos grandes, encadena uno grande tras otro. Pero a veces una niña maliciosa tira de la cuerda hacia arriba, a propósito, para hacerlo caer, y él se rasguña las manos contra la grava, las gotas de sangre brotan de sus palmas y las chicas lo echan.

«¿Por qué vienes siempre a fastidiarnos, Rubén? ¡Tú sabes bien que este no es un juego para varones!». Y él se aleja llorando.

Al verlo solo en un rincón del patio, la maestra le dice que vaya a limpiar las aulas: tiene que lavar el piso a cuatro patas. Ahí Rubén queda petrificado porque, casi todas las veces, los niños grandes lo siguen al interior de la escuela. Lo tiran al suelo, se le acuestan encima y se frotan contra sus nalgas mientras le susurran amenazas al oído. A veces se ponen de a dos, o incluso de a tres, y entonces todo se derrumba, el sentido se evapora: ya no hay ni tiempo ni color ni música, solo el suelo de cemento contra su mejilla y esas palabras como de plomo que lo aplastan, que insultan lo oscuro de su piel, burlándose de sus ancestros africanos e indígenas.

Qué idiotez: todavía Francia llora por eso. Tantos años después, cada vez que recuerda la escuela de Girardot, ella llora.

2

Cansancio

En cuanto gira la llave de contacto de manera brusca y oye el chirrido que este provoca, Jean J. siente vergüenza. Sabe que no debería conducir en el estado en el que está, con el corazón que tamborilea de ira y el sudor que cubre sus sienes de pequeñas gotas… ¡Ah! ¡Ya están encaneciendo sus sienes! Tiene treinta y nueve años y desde hace unas semanas le aparecieron algunos hilos plateados entre los cabellos castaños, como para burlarse de él, recordarle cada vez que se afeita que se acabó su juventud, que está estancado, pudriéndose en vida, sin haber cumplido ninguno de sus sueños.

El hecho es que su vida está estancada y que su esposa lo exaspera. Sí, lo exaspera Manon. Tan segura de sí misma. Tiene opiniones acerca de todo –no, no opiniones, certezas– y se las asesta, le guste o no. Organiza todo como le parece y si Jean no está *precisamente allí* donde ella quiere que esté, haciendo *precisamente* lo que ella desea, en el momento *preciso* en que ella lo desea, ya está, estallan el drama, la disputa, los reproches sin fin. Ya es bastante humillante que su jefa lo reprenda en el centro social; encontrarse con la misma situación en casa es intolerable.

Es demasiada la presión de su pie derecho, tanto en el acelerador como en el freno. Está claro que no debería estar al volante. Pero al mismo tiempo, oprimido como está, oprimido en cuerpo y alma, siente un cierto placer en violentar el coche. Está convencido de que la gente era más feliz cuando los roles sexuales estaban bien definidos. La vida era más simple. La mujer en casa con los niños, el hombre fuera con sus colegas y compañeros, cada uno en su ámbito de poder, ¿dónde estaba el mal en eso? Sus padres, que han respetado este esquema, siguen juntos y cómplices después de cuarenta y cinco años de matrimonio, mientras que él y Manon, al cabo de tan solo diez, viven en guerra. Últimamente su vida se ha vuelto un infierno.

Jean se obliga a reducir la velocidad.

Echando un vistazo al salpicadero ve que solo son las doce y veinte y se queda atónito. ¿Cómo es posible generar tanta infelicidad en tan poco tiempo?

Sobre las once, después de haber recogido el desayuno dominical en su apartamento de dos dormitorios de la calle Solidarité, Manon exclamó al mirar su ordenador: «¡Eh, chicos! ¡Dicen que va a parar de llover! ¿Y si fuéramos a dar un paseo al Jardin d'Acclimatation?». Y los tres mayores exclamaron al unísono: «¡Sí! ¡Súper, genial!», y la pequeña, captando su excitación, se puso a zigzaguear en todas las direcciones por el salón comedor, y él, Jean, sintió que se le encogía el corazón ante la idea de otro domingo arruinado, inútil, dilapidado, las horas escurriéndose, disipándose, perdiéndose como el agua en un cántaro roto… Sí, una vez más iban a impedirle salvar esas horas, preservarlas, usarlas sabiamente para saciar su sed de sentido.

Tiene ganas de pintar.

Manon, en cambio, hace lo que le da la gana. Es profesora de secundaria, allí, muy cerca, en Bagnolet, y le va de maravilla, hizo sus estudios, obtuvo sus diplomas y escaló posiciones para eso; por eso sus padres, que son de la región de Beauce, están orgullosos de ella.

Los primeros meses de su historia –mientras sus padres, desconfiados, fruncían el ceño–, Manon no solo había admirado la pintura de Jean, sino que estaba francamente excitada ante la idea de casarse con un pintor. Románticas y algo bohemias, las imágenes vinculadas al oficio de artista seguramente habían elevado, para ella, la emoción de sus primeros abrazos. Aunque a los tumbos, los comienzos de su matrimonio habían sido hasta agradables, la pareja no tenía un céntimo, pero estaban locamente enamorados. Jean daba clases de dibujo mientras que Manon, al mismo tiempo que se mataba para aprobar la oposición como profesora de secundaria, trabajaba a media jornada como camarera. Fue el nacimiento de Jacquot, lo que la transformó. Se puso a dar órdenes, a dictar decretos, a anunciar sus decisiones, a distribuir tareas. Dos años después, la llegada de los gemelos los había obligado a mudarse, tuvieron que pedir un préstamo hipotecario y endeudarse por los próximos veinticinco años. A partir de ahí, de una vida de pareja joven con sus altos y bajos, sus imprevistos y alborotos, la vida cotidiana se transformó en un organigrama. Todo era objeto de una planificación minuciosa, por no decir maníaca: tareas domésticas, tareas parentales, compras, cocina y, sobre todo, finanzas.

Tras conseguir su primer puesto de profesora, Manon decretó que mientras esperaba triunfar como pintor y vender bien sus cuadros, Jean debía ganar un salario y, por lo tanto, obtener lo más rápido posible una capacitación. Por intermedio de una de sus colegas en el instituto, le encontró una pasantía intensiva en educación especializada. Con el corazón encogido, Jean accedió a

esta exigencia. Mientras se familiarizaba con el funcionamiento de los centros de prevención y de ayuda social a la infancia, tomó cursos de psicología y de sociología. Había aprobado sin dificultad los exámenes y obtenido su diploma en menos de dieciocho meses. Por desgracia, el puesto para el que lo nombraron estaba en un suburbio lejano y la pareja tuvo que solicitar un segundo préstamo para comprarse un auto. Fue entonces cuando comenzó el síndrome de los domingos por la tarde, cuando las únicas horas de libertad de Jean eran engullidas por las obligaciones familiares. Al ver que a veces se deprimía al punto de ovillarse en la cama en pleno día, Manon venía a acariciarle el hombro: «No te preocupes, amor, *please*. Tu pintura es atemporal, ¡tus hijos en cambio están aquí *ahora*! Hay que disfrutar de cada instante…, ¿entiendes?».

Ahí, justo delante de él, un joven en chándal cruza la calle. El pie de Jean aprieta brutalmente el freno y, al instante, latigazo cervical. Se le escapa una maldición.

A los treinta y cinco años, cuando el coche ya casi estaba pagado, los gemelos habían comenzado la escuela y Jean esperaba poder por fin trabajar menos para regresar a su pasión, Manon le anunció que estaba de nuevo embarazada.

Una bomba.

Había añadido que tendría a este cuarto hijo, que sacárselo estaba fuera de discusión, que a ella y solo a ella le correspondía decidir: *Our bodies, ourselves,* como proclama el manual feminista que enarbolaba a cada rato. «Pero Manon –había protestado Jean– ¡es hijo mío tanto como tuyo, yo debería poder opinar!». «¡Vete!», le había replicado ella con calma. «Ya verás si tus hijos te cuestan menos en forma de pensión alimenticia».

Al oír esta frase, Jean por primera vez odió a su esposa.

Nacida unos meses más tarde, Kitty se convirtió muy pronto en su preferida. Sin embargo, año tras año, en la organización familiar, el arte quedó relegado a un segundo plano. Siendo minúsculas las habitaciones de sus tres dormitorios y dado que su salario no le permitía alquilar un taller fuera de casa, Jean instaló su caballete en un rincón del salón comedor.

Solo durante la noche o durante el fin de semana puede arrancar unas horas para su alma. Escondido detrás de un biombo, cascos en la cabeza y música fuerte en los oídos para no oír los *jingles* de la tele ni los gritos de los mocosos, dibuja febrilmente –a lápiz, con carboncillo, con piedra negra, con acuarela, con pastel, la pintura al óleo está excluida debido a sus vapores pestilentes y potencialmente cancerígenos–. La música le atraviesa el cuerpo y se funde con su respiración, con los movimientos de sus ojos y los amplios gestos de sus brazos sobre el papel o el lienzo. Algunos días siente en esos momentos una verdadera

tensión erótica y, de no ser porque Manon y los niños están cerca, haría una pausa para darse placer, como en la adolescencia. ¡Oh! Pero ya en aquella época sus impulsos eran controlados por las mujeres. Ya que sus padres no veían la necesidad de pagarle clases de dibujo en serio, con modelos desnudas, en las que hubiese podido familiarizarse con la anatomía femenina, se conformaba con revistas para hombres, después las tiraba y guardaba sus dibujos en el fondo del cajón de su cómoda. Un día, mientras ordenaba su habitación, su madre se encontró aquellos dibujos de desnudos y los hizo desaparecer sin decir una palabra. ¡Imposible hacerle entender hasta qué punto el arte está *unido* a la libido! Es la *misma* energía la que te atraviesa el brazo, el sexo o el pincel, ya dibujes un cuerpo, te acaricies a ti mismo o acaricies a alguien más…

Jean no puede más. Tiene la sensación de haber pasado su vida entera dominado por la tiranía femenina. Siempre ha habido una mujer sobre su hombro –madre, esposa o jefa– para vigilarlo, regañarlo o reprocharle algo.

Sin embargo, al principio de su relación, Manon lo había conmovido por su manera de combinar dulzura y sensualidad. Le había enseñado a acariciarla con ternura y Jean estuvo orgulloso de su destreza, como si él fuera Eric Clapton y ella su guitarra. Con la lengua o con los dedos, lograba que se arqueara de placer y que gritara de una manera sensacional. Incluso estaba un poco celoso de su placer: ¡ella llegaba tan lejos! En comparación, sus propios orgasmos eran escasos.

Hoy el recuerdo de aquellos días de pasión lo hunde en la tristeza. Porque entre embarazos, lactancia, estrés y, tras el nacimiento de Kitty, una endometriosis, Manon se le negaba cada vez con más frecuencia.

Cuando se despertó esta mañana, al echar un vistazo al pronóstico del tiempo, Jean se dijo: «Ah, habrá una hermosa luz al comienzo de la tarde, esta vez retomo la pintura…». Cuando Manon lanzó la idea del pícnic en el Jardin d'Acclimatation, él lo vetó con un sonoro gruñido que desencadenó una protesta indignada por parte de ella y acto seguido sus más humildes disculpas. A partir de ahí, no hubo escapatoria: hubo que vestir a toda la tropa de niños, verificar el buen estado de los seis pares de botas de goma (dado que tras la lluvia nocturna, el césped aún se hallaría empapado), llevar, además de las llaves del auto, la tarjeta de crédito para las atracciones de pago, como los Caballos Galopantes, el Pequeño Carrusel, el Astrolabio, los Ratones Mecánicos o el Rafting Aventura, mientras hacían entender a los pequeños que sus padres no nadaban en oro y que tendrían que visitar también algunas actividades gratuitas, como el Jardín Coreano.

Treinta y nueve años, pronto cuarenta, Jean no lo puede creer. Recuerda el rostro arrugado y el aire resignado de sus padres a los cuarenta años: como si se

prepararan ya para partir.

La disputa comenzó en cuanto llegaron al aparcamiento. Manon se fue con Jacquot a comprar las entradas, Jean se enredó con las hebillas del asiento de seguridad de Kitty y mientras tanto los gemelos se pusieron a correr como locos por el aparcamiento. Al darse la vuelta, Manon lanzó un grito militar: «¡Eh, oh!», para que los gemelos se quedaran quietos, luego le soltó a Jean, con tono acusador: «¿Te has vuelto loco? ¡Podrían haberlos atropellado…!». A partir de ahí, Jean tuvo la impresión (familiar) de haberse convertido a todo efecto práctico en el quinto hijo de su esposa. Lo invadió una oleada de cansancio, *whoooosh,* como esos rompeolas que lo aterraban, de niño, en la colonia de vacaciones en Saint-Gilles. Pero esta mañana, por una vez, se ha rebelado. «¿Te parece que marcho como es debido, comandante? –le lanzó a Manon–. ¿Estoy lo bastante erguido? ¿Respiro por la nariz? ¿Tengo la bragueta bien subida y estoy de punta en blanco?». Estupefacta, Manon lo fulminó con la mirada, lo que provocó que aumentara aún más su rabia.

Sintiendo que la tensión aumentaba entre sus padres, los niños se crisparon. Aunque están acostumbrados, eso siempre los estresa y Jean detesta que suceda. Le vinieron a la memoria miles de frases de sus lejanos cursos de psicología que describían los efectos nocivos de las peleas parentales en los niños. Pero era más fuerte que él, las oleadas de rabia contra Manon se alzaban cada vez más alto: y de no ser por la presencia de otras personas, habría llegado a agredirla físicamente.

Para terminar, le lanzó: «Escucha, no sé por qué, pero ahora mismo no tengo ganas de divertirme. Voy a dar una vuelta. Vuelvo en una hora». «Muy buena idea», replicó Manon. «Perfecto». «Chao, imbécil».

III

Merodear

Cuarenta y cinco euros hasta ahora: todavía no le alcanza para pagar su habitación, pero casi, y el joven está un poco menos nervioso al irse que hace diez minutos cuando llegó… ¡Ah, *no*! Ahora le toca a Francia enfadarse: no había visto la silla de coche para bebé en la parte trasera de su coche. Se dice que es una tontería –¿por qué inquietarse más por los padres de bebés que por los padres de adolescentes o adultos?–, pero así es. Ella detesta la idea de que inmediatamente después de haber disfrutado en su boca, este hombre irá a buscar a su bebé, lo hará saltar sobre sus rodillas, le cantará «arre, caballito» y lo escuchará gorjear de risa. Quizás sea absurdo, pero la enoja, es verdad.

Picotea unos cacahuetes. Comer la calma. La música también la calma. Toma su teléfono rosa chicle, echa un vistazo al repertorio…, ¿y si pusiera a Lucho Bermúdez en honor a su mamita?

Ella adora la cumbia, música inventada por y para los cojos: en sus orígenes fue la danza de los esclavos encadenados por los tobillos, de ahí que cojearan y arrastraran los pies, no tiene nada que ver con los moderados ritmos del Viejo Continente, el vals o la polka. Al principio, únicamente flauta y tambor, pero se fueron añadiendo otros instrumentos: clarinete, trompetas, bajo y ¡toda percusión que se pueda transportar! Los españoles lo llamaban zamba, era una música de mezcla y a ellos no les gustaban las mezclas, desde el comienzo de la trata de esclavos prohibieron el cruce entre africanos e indígenas, ¡ni los cuerpos de estos pueblos paganos y

primitivos ni sus músicas debían frotarse entre sí! De hecho, ellos, los españoles, llamaban zamba a un montón de cosas, no solo a la cumbia, sino también a los mestizos, los mandriles, los patizambos… Francia se identifica con todos los sentidos de este término.

Doce menos cuarto.

De pie, contra un árbol, ella espera tranquilamente. Llueve todavía, pero un poco menos. De pronto aplaude. Acaba de ver avanzar lentamente a través de la niebla brumosa la silueta de una furgoneta. ¡Genial! Es Marco y su gran equipo, la banda de Magdalena. Da dos grandes pasos hacia la carretera: levanta los brazos y llama a la furgoneta, que se detiene.

–¡Oye, Francia, estás despampanante esta mañana! ¿Dónde encontraste esas chancletas?

Marco es divino. A cada chica le dice una palabra cariñosa.

–¡Tarros de Tati! –responde Francia, orgullosa de su juego de palabras en francés.

Los compró en las rebajas la semana pasada porque hacían juego con su pelo del momento, un naranja fluorescente. Transgrediendo las normas de la feminidad a ultranza, las trans suelen llevar unas resistentes Doc Martens número 44, sobre todo cuando hace frío, ya que andar durante horas con tacones o botines podría terminar en un viaje de ida a la morgue.

Es por pura amistad que Marco le tiende la mano para ayudarla a subir los escalones: sabe que renguea, también sabe que se las arregla sola sin problema. En cuanto se sube al vehículo se propagan los saludos: «¡Hola, Francia!-Hola-hola-¿cómo estás?-Hola…».

Hablar su lengua, decir en español palabras como *café*, *azúcar*, *condón*, *pastel*, *lubricante* o *té*, ver sonrisas, reír un rato, ya es como comer o como nadar o como besar a alguien, hace mucho bien. Incluso hoy, después de veinte años de vivir en París, Francia sueña y piensa, la mayoría de las veces, en español. A veces, la nostalgia por su lengua materna es tan grande que sola en su habitación organiza grandes programas de televisión en español, haciendo preguntas y respuestas, ataques y defensas.

Ella va hacia el fondo del vehículo, se instala detrás de la mesa rectangular atornillada al suelo, acepta una taza de té y devora entera la

generosa porción de pastel que Marco le acaba de ofrecer.

–¡Mm, qué bien sienta! –dice con la boca llena–. ¡El frío da hambre!

Esta mañana, en la furgoneta, o más bien este mediodía, aunque para ellos siempre es la mañana, además de Marco, su hijo David al volante y Carmen que reparte el té –la mejor amiga de Francia, colombiana también, y exTDS–, hay una joven cubana sobreexcitada llamada Adriana y una divertida vieja *hippie*, sentada en el asiento frente a la puerta garabateando furiosamente en un cuaderno.

–Maldita lluvia –dice Carmencita.

–Los árboles la necesitan –contesta Marco–. Los pájaros también.

Yo estornudo, guardo mi cuaderno y también acepto una taza de té.

–En inglés dicen «hace buen tiempo si eres un pato» –tiro al azar, pero nadie se ríe.

–¿Por qué a esos patanes les gustaría la lluvia más que a los demás? –dice Francia, y todo el mundo ríe.

Adriana, la cubanita, parece molesta: «¿Una nueva?», pregunta señalándome con un movimiento de cabeza.

–No, una vieja –se ríe Marco–. Una vieja amiga, quiero decir.

–No es más que una Griffonne –dice Carmen–, no tiene importancia.

–¡Ya ves que no es una profesional, no tiene tetorras! –dice Francia.

Luego, para cambiar de tema, ella agrega dirigiéndose a mí:

–Si alguna vez te pones implantes, guapa, asegúrate de que te los rellenen de buena silicona, no con suero fisiológico. Es importante aquí en París, donde las estaciones del año son intensas. Algunas tetorras se ponen duras como piedra en invierno, otras se ablandan durante las olas de calor. Las mías siempre están perfectas, no se mueven. ¿Quieres tocar?

Carmen y Marco estallan de risa, pero Adriana sigue desconfiada.

–No sé si me gusta –insiste–. Mira, está tomando notas ahora con su libretita. Tal vez es una periodista, ¿no? ¡O una poli de civil!

–No te preocupes, guapa –dice Marco–. Conozco bien a la Griffonne, no haría daño ni a una mosca.

–¿Cómo se llama?

–¿Crees que los nombres son verdaderos? –bromea Marco; un nuevo estallido de carcajadas me evita tener que responder. Él me lo había explicado hace ya mucho tiempo: del mismo modo que una actriz puede adoptar un nombre artístico y luego decenas de nombres de personajes, cada TDS trans tiene diferentes nombres según si él o ella ha cambiado una o varias veces de sexo, de país, de idea. Cada una de ellas tiene al menos su nombre de nacimiento, su nombre de renacimiento y su nombre de guerra, a veces, para tomarse el pelo, las amigas se llaman por su antiguo nombre de varón… «¡Podría decirse que este es el bosque de los nombres!», me había dicho Marco aquel día.

Bueno, no está nada mal: después de todos estos años y varios intentos fallidos, por fin he logrado ponerme en escena entre mis personajes.

Fue en 2002, hace diecisiete años, un día de mayo como hoy, pero menos lluvioso, cuando Francia y Marco se conocieron. Marco acababa de mudarse con su familia a Boulogne-Billancourt. Mientras hacía *jogging* aquella mañana, se topó con Francia que estaba sentada en su taburete de camping, desbordándolo por todos lados, escuchaba *Norma* en la radio mientras sacaba pienso de una bolsa que estaba a sus pies para alimentar a los gatos callejeros. Perplejo, por no decir atónito, interrumpió su *jogging* para hablar con ella.

Al principio, él claramente pensó que era una mujer y ella lo tomó claramente por un cliente.

–¿Verdi?

–¿Por qué el viernes, mi amor? ¿Por qué no ahora mismo?

–Perdón, ¿es *Norma*?

–No, no, yo me llamo Magda, mi amor. Pero, me puedes llamar como quieras siempre y cuando pagues.

Se ríen.

Pequeño silencio, luego Marco retoma:

–¿Tienes un gato?

–Sí, pero está lejos.

–¿En tu casa?

–En mi casa.

–¿Es decir?

–En Girardot, en Colombia. Son más o menos unos ocho mil kilómetros, pero lo veré en un rato.

–¿Ah, sí?

–Sí, con mi mamá hacemos Skype todos los domingos.

–Yo también tenía un gato –dice Marco, ofreciéndole un cigarrillo y fuego–. Una gata más bien, Perla, se llamaba. Se fue al paraíso.

–¡Vaya! ¡El mío se llama Topaz! ¿Y tú?

–Marco.

–Encantada, Marco.

–Encantado, Magda.

–¿Eres italiano?

–No, solo que mi madre tenía pasión por Venecia.

Durante un momento, inseguros, fuman juntos en silencio.

–No es fácil alimentar a Topaz por Skype –retoma Marco.

–Tienes razón, pero... alimentando a los demás lo alimento también a él, ¿me entiendes?

–Sí.

El silencio regresa. Sin lugar a dudas este cliente es lento y pegajoso como el aguapanela. Francia se sorprende de no tener ganas de echarlo.

–Está tranquila esta mañana –dice él.

–Demasiado tranquila.

–Si alguna vez quieres distraerte, ven a tomar el té al final de la tarde. Vivimos muy cerca, mi mujer y yo, nos encantaría recibirte.

Y Francia asintió con la cabeza.

El apartamento no es grande pero sus ventanas dan a los árboles y para ella eso lo más importante. Abundan las presentaciones: Marco es animador cultural en el Ayuntamiento de París, Ariane trabaja como representante en una importante editorial. Sin saber en qué consisten estas actividades,

Francia exclama: «¡Francamente, hay oficios más raros que el de puta!» y los tres estallan en carcajadas rompiendo el hielo.

Poco después, su hija Léonora se une a ellos en el salón. Adolescente a la vez taciturna y atenta, casi al acecho, ella escucha todo, pero se abstiene de participar en la conversación y tampoco come nada. Francia se entera de que Léo es la más pequeña y que sus hermanos mayores estudian en el Barrio Latino y viven en buhardillas. Al cabo de un rato, Léonora se dirige hacia la puerta y mira a su madre; Ariane asiente con la cabeza y la pequeña se escabulle sin decir palabra.

–Estamos un poco preocupados –confiesa Marco–. Desde que sus hermanos mayores se fueron de casa el otoño pasado, ella está cada vez más retraída. Casi no come. En cambio, los libros los devora. Todo su tiempo libre lo dedica a la lectura.

–¿Y usted, Magda? –dice Ariane–, ¿tiene hijos?

De nuevo, Francia se ruboriza de orgullo: ¡*yes*! ¡Siguen pensando que es una mujer cis!

–No –responde–. Pero tengo una hermana pequeña a la que quiero como si fuera mi propia hija. Vivian, se llama. Tiene dieciséis años.

–Como Léonora.

–Dieciséis años es una edad complicada –dice Francia y la pareja asiente con la cabeza.

Pasará bastante tiempo antes de que les confiese que, con sus dieciséis años, Vivian ya es madre.

El exilio puede volvernos loco, todos los exiliados lo saben. Para evitar la locura, construimos un muro mental entre nuestros dos mundos. Viviendo en París, Francia no puede permitirse tener constantemente rumiando en su cerebro la realidad colombiana porque para los franceses esa realidad es inimaginable. Ella debe borrar de su conciencia las carencias de su país natal: no solamente los dramas que son noticia y son objeto de series de televisión, carteles de droga con un organigrama tan sofisticado como el del Vaticano, secuestros, asesinatos, prostitución forzada de niñas púberes,

guerrillas que masacran fríamente a los hijos de sus enemigos, prisioneros torturados, mujeres embarazadas destripadas, sino también, más modestamente, la vida cotidiana de millones de personas en la miseria, que viven sin agua corriente ni electricidad ni sistemas de alcantarillado, todas las formas en que el cuerpo del pobre se deforma, miembros que faltan, vientres hinchados, espaldas rotas, rostros magullados… Sí, hay muchos mutilados en Girardot: hombres que han trabajado en los barcos o intentado escaparse, campesinas lisiadas por minas antipersona… Si Francia tuviera que mantener activos todos estos recuerdos en su mente, sería incapaz de tener empatía por los franceses –estos se conmocionan por un trámite administrativo, un comienzo de artrosis en la rodilla izquierda, por tener que cambiar el coche el próximo año o por el precio de los calcetines y el chocolate–.

Y lo peor es que no puede borrar las sombras de Colombia sin perder también las luces: la acogida, el calor, los platos deliciosos, la sopa reconfortante, su mamá preparando arepas como si las meciera, pasándolas rápidamente de una mano a la otra con pequeños golpecitos, «siéntate, come», la amabilidad, la espontaneidad, todo el lado extravagante y sexi de la vida cotidiana, tambores, guitarras, dientes que brillan, ojos que chispean, ropa y caderas que se balancean, cuerpos carnosos que se mueven, paredes multicolores –rojo intenso, violeta, genciana y azul, azul, azul, azul, azul, azul del mar y del cielo– sin mencionar la exaltación de vivir, como en Bogotá, sobre una meseta engarzada en la ladera de una alta montaña ¡con verdor por todas partes y la cabeza literalmente en las nubes!

Entonces uno construye el muro y, mientras estamos con los demás, funciona. Pero en cuanto una se encuentra sola el muro se quiebra y se fisura, a veces incluso se derrumba, como en el sueño de Francia esta mañana: todo se mezcla y es horrendo.

Sin su dosis diaria de hierba para difuminar los bordes, nunca habría podido aguantar veinte años en París. Ni siquiera un año.

Aunque a Francia le costaría decir en qué se diferencian, Marco y Ariane no se parecen a la mayoría de los franceses. Una semana después del primer té, la invitaron a almorzar. Un mes más tarde, a cenar. Poco a poco, siente que el muro en su cabeza se vuelve poroso en su presencia. Para Navidad la invitaron a ir con ellos a ver *Simon Boccanegra* de Verdi en la Ópera Bastilla y su amistad quedó sellada. Ya no es más Magda para ellos, sino Francia; se han vuelto cercanos.

A medida que se integra en la familia, crece su preocupación al observar el comportamiento de Léonora. Se pregunta por qué justo cuando los hermanos mayores se fueron de casa la chica reemplazó la comida por los libros.

–¿Qué piensas tú, Griffonne? –me pregunta.

–Una no se vuelve muda y esquelética así porque sí.

–Estoy de acuerdo –asiento–. Hay gato encerrado. El mismo gato y el mismo encierro de siempre, sin duda. Como gata que ha sido víctima de encierros, sé algo sobre el tema.

Francia suspira.

Por fin asoma un tímido rayo de sol: parecería que el tiempo va a mejorar.

¿Quién sabe? Tal vez vengan los clientes y la jornada no esté completamente perdida.

3

Fuente

Porque es posible. Porque tiene un cuerpo y una bicicleta. Porque sus padres se fueron a Longchamp –apertura de puertas a mediodía, primera carrera a las trece horas veintitrés minutos, diez carreras en el programa del día, una cada treinta minutos aproximadamente–, el tiempo es libre y discreto. Nadie sabrá cómo Ernest lo ha ocupado. Nadie lo delatará si no lo utiliza, según lo previsto y prometido, para repasar para el examen de ingreso a la clase preparatoria para estudios avanzados en arte y literatura en Janson de Sailly. Michel Leiris, por su parte, después de haber aprobado los exámenes fue expulsado del liceo por problemas de conducta (a Ernest le gustaría saber cuáles, ¿tal vez Leiris habla de esto en *Edad de hombre*?). Luego, en Vidal, no aprobó la segunda parte del bachillerato, tuvo que volverlo a pasar y lo obtuvo por poco…, tras lo cual, durante muchos años, se distrajo en Montmartre entre el jazz, el whisky y las cantantes negras. Ernest está convencido de que ellas hicieron más por su talento literario que el liceo Janson de Sailly.

Además de ser su vecino, Leiris es su ídolo, su hermano (¡ah! ¡Si solo hubiera tenido un hermano!). Mientras que Ernest y sus padres viven en calle de la Source, los Leiris vivieron primero en la calle D'Auteuil, después en la calle Michel-Ange. De hecho, Michel debería haberse llamado Micheline. Su madre deseaba desesperadamente una hija que reemplazara a su primogénita, muerta en la infancia… Y la madre de Ernest, ¿habría preferido llamarlo Ernestina? ¿Sus padres también habían perdido un bebé antes de concebirlo a él? ¿Cómo saberlo?

Ernest está convencido de que, si es hijo único, es que ha sido suficiente con un solo coito para que su madre quede embarazada. En su casa reina un manto de silencio sobre todo lo relacionado con el cuerpo. Desde sus primeros recuerdos, sus padres tienen habitaciones separadas en el primer piso de un elegante edificio de piedra de cantera color arena, similar a los demás y pegado a los demás, protegido por rejas altas y puertas blindadas.

En Auteuil, el precioso piso con balcón es el segundo, así que quienes residen en el primero se encuentran físicamente en la sombra y psíquicamente aplastados por la riqueza de sus vecinos de arriba. ¿Los Leiris vivirían también en un primer piso? ¿Existe algo más deprimente, más propicio al suicidio, que vivir en el primer piso de un edificio en Auteuil con vista al primer piso del edificio de enfrente?

Otro rasgo distintivo de la vida en la calle de la Source: es estática, tanto por fuera como por dentro. Afuera: ni cafés ni quioscos ni bares ni almacenes ni panaderías ni carnicerías, porque el comercio es vulgar, ¿no es cierto?, expone al contacto con desconocidos, que pueden provocar desórdenes o incluso enfermedades; las compras se hacen por internet y son entregadas por personas de color tan silenciosas como invisibles. Dentro: tres soledades conviviendo. Durante las comidas reina el silencio, puesto que es de mala educación hablar con la boca llena; el resto del tiempo leemos libros o el periódico sin decir palabra.

De hecho, *com* de comercio y *con* de conversación tienen la misma raíz: ambos significan *con*, origen de todos los peligros. Por eso los padres de Ernest se han escandalizado cuando la alcaldía de París construyó al lado del hipódromo un centro de acogida de urgencia para los indigentes… y, al año siguiente, la segunda bofetada, un centro de acogida para demandantes de asilo y refugiados. «¡No, pero esta alcaldía de izquierdas se burla del mundo! –exclamó el padre–. ¡Nos trae toda la basura del planeta!».

Dicho esto, no había más necesidad de hablar. Siempre de acuerdo, los padres de Ernest llegaron rápidamente al fondo de la cuestión y volvieron a guardar silencio.

Ningún grito en casa de los E. Ningún grito de placer tampoco. Tres silencios conjugados.

Arquitecto, M. E. trabaja para el Estado y viaja a menudo a África. Se enorgullece de haber construido hoteles en cinco países diferentes del continente negro, pero las cosas no le han ido tan bien últimamente. Cuando estos países se independizaron en los años sesenta, solicitaron préstamos a Francia; ahora bien, sin mencionar lo principal, ni siquiera pueden reembolsar los intereses de dichos préstamos. Cada vez que aborda este tema en la mesa, M. E. se siente abrumado por la ira, aunque esta emoción se expresa de manera muy católica: su rostro se enrojece y se ahoga, Ernest casi logra ver como su corbata se transforma en un alzacuello, mientras su cuello se vuelve blanco, redondo y le oprime la yugular. La señora E. le dice entonces que beba un poco de agua, que respire hondo tres veces antes de continuar, técnica que aprendió de otras mujeres del barrio, amigas ociosas que, una vez que sus hijos abandonaron el nido, recurrieron a las clases de yoga para pasar el tiempo.

El padre André se ruborizaba y se ahogaba de manera parecida cuando Ernest iba a confesarse. A él también le habían enseñado claramente, que, frente a una emoción fuerte, debía bajar la voz en vez de levantarla. Ernest piensa que debe tratarse de una de las «causas secretas» de las cuales habla Leiris en *El África fantasmal*: «La desgracia ha querido que, desde mi infancia, por razones de educación católica y de causas secretas que yo maldigo, haya estado oscuramente inclinado a considerar el erotismo con cierta vergüenza». Cada vez que lee este fragmento, Ernest desearía que las palabras se convirtieran en imágenes; la tinta, en saliva en la boca del autor; y la remembranza borrosa, en el límpido relato del desastre que separó a Leiris de su cuerpo desde la más tierna infancia. ¿Leiris habrá presenciado en la capilla de santa Teresa escenas de confesión similares a las suyas? Ernest se responde que es muy probable.

En cuanto un niño varón se convierte en púber, es decir, cuando es capaz de copular, la Iglesia le corta los testículos. En esto es en lo que se empeñan los tres ritos sagrados del catolicismo, las tres C: catequismo, comunión, confesión. Mientras puedas desear se te prohibirá hacerlo. El cura, él, no se prohíbe gran cosa. ¿Por qué lleva hábito? ¿Será trans por casualidad? No, porque por lo general los trans aprecian a las mujeres, mientras que él les tiene miedo. Por eso recurre a sus nuevos comulgantes, estos chicos confundidos por sus nuevas sensaciones físicas… Sí, tiene todo el sentido: el sacerdote se pone una túnica para poder tocarse mientras escucha el relato de sus pecados. Él no lleva ropa interior. La propia palabra *sotana* quiere decir ropa interior, es más que suficiente. Al estar desnudo bajo la sotana, puede deslizar fácilmente una mano para agarrar su miembro. Ya se está excitando, con solo mirar a su pequeño culpable arrodillado en el confesionario, está como en un show de voyerismo, excepto que él es el que domina, el que decide. Del otro lado de la pared de madera, el pobre chico se retuerce esperando la pregunta. «¿Has tenido pensamientos impuros?» Este tipo…, este tipo… A través de la reja dorada, sus orejas te acorralan, su voz ronca y colérica te persigue, sus ojos de halcón rapaz te perforan y violan y tú estás ahí temblando como una hoja. A los trece años tu voz aún no ha cambiado y ninguna barba protege tus mejillas; viendo tu palidez teñirse de rojo, el padre André adivina tu confusión y se regocija.

Es bien sabido que cuanto más precisas son las imágenes, mejor funcionan. Hay que pedirle entonces todos los detalles al pequeño culpable. No: pedir, no, exigir. El padre André insiste. Quiere saber. «¿Cuántas veces te has tocado? ¿Con la ayuda de qué imágenes? ¿Pensando en qué, en quién? ¿Fuiste hasta el final? ¿Has ensuciado tu mano, tu sábana? ¿Sabes que incluso es pecado despertarte empapado por la mañana? Eso quiere decir que el diablo ha penetrado en las profundidades de tu alma, allí donde se desarrollan los sueños.

Pensamientos impuros han venido a profanar el templo mortal de tu alma inmortal. Tu cuerpo debe purificarse repitiendo las palabras santas…».

El cura te hace entender que todo esto es muy grave y que mentir puede condenarte al infierno. Ernest jamás olvidará esas preguntas, ni sus náuseas al escucharlas. En este país, Francia, tan orgullosa de sus filósofos iluminados y de su laicismo, aún te siguen contando la historia de una madre virgen –es decir, de una mujer que concibió, portó y dio a luz a un niño sin que se le rompiera su himen– y de un hombre que, estando muerto, resucita, asciende al cielo y ordena a quienes lo aman que devoren su carne y beban su sangre. En este país, Francia, tan orgulloso de su espíritu racional y de sus descubrimientos científicos, aún te atormentan con ángeles y demonios, almas inmortales, la asunción y la gehena. Y los adultos te imponen estas tonterías desde una edad muy temprana, cuando estás totalmente a su merced. Incluso hoy en día, el delirio pagano, esa mezcolanza de supersticiones primitivas que es el catolicismo, tiene atado a un porcentaje importante de sus ciudadanos. Ernest encuentra esto asombroso. Entonces, ¿por qué sorprendernos de los rituales de iniciación sadomasoquista en el liceo Janson de Sailly, o de los gustos sadomaso de tantos escritores franceses, de Sade a Duras, pasando por Bataille, Genet, Artaud…?

A los dieciocho años, al finalizar su año de bachillerato en filosofía en Janson, Ernest perdió la fe de manera tan brusca como radical. El joven profesor les había hecho un rápido recorrido por la historia de las religiones, y para él se hizo evidente que, dado el número y la variedad de historias que los humanos se han ido contando a lo largo de los milenios en los cinco continentes, las probabilidades de que la historia local se correspondiera con la verdad eran equivalentes a cero.

Por desgracia, era demasiado tarde: Ernest había sido marcado a fuego. La Iglesia había estampado a su cuerpo-alma una malvada torsión, imposible de enderezar. El desencanto del adolescente no reparaba de ninguna manera las heridas infligidas en el niño. Nada borraría jamás esas cicatrices. Sin embargo, a diferencia de tantos chicos enloquecidos por ese hermoso barrio, él no quería aprender a hablar alto mientras conducía un coche, ni volverse gay a modo de compensación. Eso sería demasiado fácil. ¿De qué tenía ganas, entonces?

Solo de… sentir algo con su cuerpo. De hacerle, a ese cuerpo, una declaración de amistad en cierto modo. «*Hola, viejo hermano»* (¡ah!, ¡si solo hubiera tenido un hermano!), «*me caes bien, ¿sabes?».* Convencerlo de algo tan sencillo, y sin embargo tan difícil de reconocer: que nada es culpa suya.

La gran heroína del distrito XVI, y patrona de la capilla donde el padre André sumergió a Ernest E. en la confusión, es santa Teresa de Lisieux. Había entrado en el Carmelo a la edad inusualmente temprana de quince años gracias a una dispensa papal, y murió a los veinticuatro de tuberculosis. He aquí la moraleja de

su breve existencia: «NO HAGAS NADA». Si tú esperas ser santo doctor de la Iglesia, adulado por seiscientos mil visitantes al año y leído por ciento cincuenta millones de personas en el mundo (yo, la Griffonne, confieso estar un poco celosa: escriba lo que escriba, los libros de santa Teresa se venderán siempre mejor que los míos), conténtate con decir y repetir tu nada, apoyarte en Dios, y morir joven.

Tal es la teología de santa Teresa, llamada «la pequeña vía». Hoy Ernest siente que la pequeña vía es exactamente lo que necesita, y se pregunta si aquella mestiza alta no estaría dispuesta a iniciarlo.

Él y Leiris también tienen esto en común: ambos fracasaron en la prueba de la virilidad.

Alice no mostró una gran decepción. Había sido comprensiva, pero para él había sido espantoso porque era virgen mientras que ella ya había vivido en pareja durante un año y medio. Como su compañero había sido admitido en la École Normale Supérieure de Lyon, habían decidido estar libres hasta obtener sus respectivos diplomas, con la esperanza de que su relación durara y terminaran casándose. Alice se había mostrado superagradable y Ernest la había encontrado hermosa, ese no era el problema, pero todo había ido demasiado rápido. Le chocó sentir la lengua de Alice en su boca –sí, enseguida, de este modo, ese mismo órgano que acababa de degustar el vino tinto y las aceitunas del aperitivo y de comentar los resultados de las carreras de Longchamp, se le había deslizado entre sus labios–. Era molesto. Y también lo había sido lo demás: las manos de Alice irrumpían al nivel de su cintura, luchando para desabrochar el botón; después, el cierre de su bragueta, deslizándose en su ropa interior, palpando su falta de dureza… Al borde del desmayo, Ernest había adivinado la decepción de la chica. Ella debía de estar comparándolo con su compañero y lo hallaría nulo. Bien dispuesta, ella había persistido, poniéndose gentilmente de rodillas…, pero ahí, imposible deshacerse de la imagen de las congregaciones arrodilladas ante el altar para recibir la eucaristía, imagen que lo había ablandado aún más. Sintió no solo el vértigo, sino también un eco de su antigua náusea en el confesionario. Desde su nacimiento, su madre había sido la única persona en ocuparse de sus vestimentas y de su cuerpo…, y aquí había otra mujer deleitándose en esos gestos, tomándose libertades… Si la madre de André pudiera ver lo que le hacía Alice… Cada minuto era peor que el precedente. Cuanto menos duro estaba, menos duro estaba. La canción de Brassens comenzó a darle vueltas en la cabeza… y se había jodido. Jo-di-do.

Fue entonces cuando tuvo la idea de ir a ver a la linda mestiza. El Bois es suntuoso en esta estación del año, cuando los cisnes, gansos y patos del lago inferior se persiguen, cacarean y zurean, formando familias…

Oh, es demasiado difícil todo esto, se dice a sí mismo. Demasiado extraño pensar que, como los gansos en el lago, los caballos de France Galop, los leones del circo Gruss, y los miles de perros que pasean cada día a sus dueños en el Bois de Boulogne, nosotros los humanos estamos vivos gracias a cierta disposición y estímulo de unos pobres órganos que nos cuelgan de la entrepierna. Que debemos nuestra existencia, no a la solemne decisión de un Dios omnipotente, sino a un frotamiento y a un chorro. Es hilarante: ninguna sociedad humana ha conseguido aún enfrentarse con este simple hecho; todas han inventado historias para negarlo.

Cada vez que él había pasado en bicicleta delante de la mestiza alta y que intercambiaron una sonrisa, le pareció que ella comprendía esto. Su mirada era a la vez atenta y ligera, ni depredadora ni predicadora. Eso le gustaba, le gustaba mucho. Si tan solo pudiera… acurrucarse un cuarto de hora junto a ese gran cuerpo moreno, todo mejoraría. Sería cálido y vigorizante. Regresar a la Fuente, a la auténtica: la de la vida. En el fondo lo que le gustaría hacer es ¡bailar con esa mujer! Sí, que ella le enseñe a bailar, a reír y a llorar. El coito podría venir después, o no, no es tan grave. Lo que sí es grave es que, a fuerza de arrodillarse en los reclinatorios, de mantenerse erguido en los bancos de la iglesia y de la escuela, de seguir el itinerario prefijado para los chicos de buena familia que viven en Auteuil, uno se pierde la vida.

Ahí está. Por suerte, parece disponible. Le encanta la mirada de esta mujer. Ella lo reconoce, eso es seguro.

Es una locura, pero, Dios mío, va a hacerlo.

IV

Cuerdas

Pobre pequeño, se dice Francia. Lleva un tiempo deambulando por aquí, examinándonos y calculándonos, está claro que le fascinamos. Así que aquí está, mejor, al fin se animó a dar el paso. Si se me puede llamar un paso.

Ella ha encontrado conmovedor a este chico. Él solo tiene deseos de vivir un poco, pero en su entorno es pedir demasiado. Los franceses blancos y ricos son verdaderos *capullos,* se dice, ¡es la regla general! Tienen el cerebro hipertrofiado y el cuerpo rígido, débil, inmóvil. Se estrujan los sesos, no saben quiénes son ni qué quieren ni qué necesitan, y el deseo los debilita hasta tal punto que no se atreven a mover ni el dedo meñique. ¿Cómo hacen para enredarse y embaucarse hasta este punto?

La familia de ella es de todo salvo blanca y rica.

De pequeño, Rubén iba con los pies descalzos por las calles del barrio. Incluso en los ochenta, cuando la economía del país comenzó a mejorar un poco, ellos seguían viviendo en la miseria. ¡No tenían ni mesa! Comían sentados en el suelo, con el plato de sopa sobre las rodillas y a menudo pasaban hambre. Cada vez que el padre obtenía un contrato se emborrachaba con cerveza junto a sus amigos y la familia no tenía para comer durante dos o tres días..., a menos que una vecina les diera las sobras de su cacerola.

El padre tiene su rutina en un café al fondo del mercado central. Pasa horas allí jugando al billar francés. Cuando la mamita envía a Rubén a buscarlo, él va a regañadientes. Sobre el techo de los talleres frente al café se alinean enormes buitres negros, tres, cinco, hasta doce. De vez en cuando, con un gran aleteo, se abalanzan sobre los trozos de pescado podrido o de tripas que se escapan de los tachos de basura. A continuación, luego de haberse arremolinado triunfalmente por los aires, vuelven y se posan en la cima del techo. Con solo pensar en esos carroñeros, incluso antes de verlos, el corazón de Rubén se transforma en una mariposa cuyas alas baten locamente en su pecho. Pero los hombres del café lo espantan aún más. Se le estruja el estómago desde que percibe su alboroto a lo lejos: música atronadora de radio mezclada con vozarrones de hombres gritando y riendo, vociferando hasta quedarse roncos, ¿cómo hacen para gritar *todo el tiempo*? En realidad, no están coléricos, solo se divierten, el espíritu de Rubén lo sabe, pero es su cuerpo el que se encabrita y se bloquea. El padre no está contento de verlo llegar, se avergüenza de él. En lugar de berrear y maldecir para desarrollar su voz de hombre, Rubén siempre se acerca a su papá, para susurrarle al oído el mensaje de su mamita.

Un día el padre se hartó.

Viendo llegar a su hijo decide lisa y llanamente ignorarlo y pedir otra cerveza como si nada. Le hace un gesto a la camarera, quien se abre camino entre las mesas llevando una bandeja repleta de vasos y botellas por el aire. Cuando llegó hasta él, el papá ostensiblemente le acaricia las nalgas y ella con un movimiento brusco y excitante de sus caderas aparta su mano. Los demás clientes le hacen bromas a la camarera: «¡Tienes razón, hay que tener cuidado con ese negro lindo! ¡Conocemos la reputación de los tipos de la costa norte! ¡Ah, no es poca cosa el miembro de esos hombres! ¡De adolescentes ya la tienen tan gruesa que todas las mujeres huyen! ¡Hasta las putas rechazan desvirgarlos! ¡Los pobres muchachos le tienen que pedir el servicio a una burra!».

Los hombres del café dan alaridos de risa y el padre se encoleriza, los trata de envidiosos, les dice que son una banda de pichas pequeñas, termina

degenerando en una pelea y Rubén regresa a casa con las manos vacías y conmocionado…

Cada vez que el padre está exasperado al punto de echar a Rubén de la casa, la mamita lo lleva a la casa de su madre, una viejita flaca y morena de cincuenta años, con el rostro arrugado como una manzana marchita, que vive a tres calles de la casa de ellos.

Cuando la mamita supo que allá arriba, en su Guajira natal, su papá acababa de morir, removió cielo y tierra para que la abuela pudiera venir con ellos a Girardot. El padre estaba en contra: las mujeres wayuu le parecían demasiado fuertes, demasiado orgullosas y aunque su casa era una casucha derruida, necesitaba ser el rey de allí. Taladrado por la mamá, terminó resignándose a la llegada de la abuela, pero oponiéndose, al menos, a que se instalara con ellos, así fue como la mamita le encontró un pequeño rancho muy cerca.

No hay hombres en la casa de la abuelita: la vida allí es tranquila. Los platos no vuelan, las sillas no se rompen y los objetos, en vez de saltarle subrepticiamente en la cara, permanecen limpios y calmos en su lugar.

A diferencia de los padres, la abuela no está todo el tiempo sobrepasada, ella le hace sentir a Rubén que el tiempo se extiende delante y alrededor de ellos, tan infinito como su amor, un hilo de color que podemos seguir hasta el horizonte. Ella le canta canciones, y aunque él comprende poco el wayuunaiki, sus cantos dibujan en los aires azulados de su espíritu un mundo de quimeras: serpientes con cabeza de mujer, peces con patas de león, zambas y grifos. Todas esas formas flotan, se intercambian y se penetran, las criaturas de las aguas pueden aprender a volar y el caminar es un entrenamiento para la danza.

Antes de meterse en la cama, la abuela deshace sus trenzas y deja que Rubén le peine los cabellos, increíblemente lacios y largos en contraste con

los rulos suaves o firmes de sus hermanitas. Los movimientos rectos y regulares del peine preparan su cuerpo para el sueño.

La abuela colgó una pequeña hamaca cerca de la grande donde duerme ella, casi siempre Rubén pasa allí las noches tranquilamente, pero cuando tiene pesadillas ella lo despierta y le pide que se las cuente. A veces es un cocodrilo y los chicos de la escuela se suben a su espalda, a veces es una bola de billar y el papá lo lanza con su taco. La abuela lo escucha moviendo la cabeza sin responder, luego lo lleva al fregadero de la cocina y le rocía todo el cuerpo con agua fría. «Espantará a los malos espíritus, mi amor», dice ella. Por la mañana mientras prepara el aguapanela, ella vuelve sobre sus pesadillas: «¡Qué gracioso! Tú eras un cocodrilo y una bola del billar, ¿qué quiere decir esto? A menudo nuestros sueños son más reales que la realidad…».

Es una maga del tejido. Ella le dice que los wayuu, uno de los pocos pueblos que los españoles no pudieron someter, son una etnia matrilineal y que el *susu*, el bolso que tejen las mujeres de la tribu, es sagrado porque simboliza el vientre materno. Ella le explica que el fondo de madera es el ombligo de la mujer, el entorno del bolso su cuerpo y las asas sus brazos y piernas. Mientras trabaja, la abuela le muestra a Rubén los diferentes *kaanas* o motivos. «Siempre hacemos una espiral en el fondo del *susu* por la creación de la vida… agregamos motivos que hablen del sol, las estrellas y el cielo. En el cuerpo del bolso, cada mujer encuentra el *kaana* o figura que cuenta su camino extrayendo la inspiración de sus sueños».

Fascinado, el chico sigue con sus ojos los movimientos rítmicos de las manos de la abuela que retuercen los hilos de colores, enrollándolos alrededor de su dedo índice izquierdo, pasándolos por la tela con un gancho.

«Tú ves, así, y el color rojo es importante porque el pájaro de nuestra etnia es el cardenal guajiro. Es todo rojo porque cuando los dos mellizos hicieron caer los dientes de la vagina de Wolunka, ella se desangró en el río y el pájaro se sumergió…».

Aunque no siempre está seguro de seguirla, el niño escucha a su abuela con fervor. Nada apura. Sabe que el hilo narrativo de sus historias es

serpenteante como el hilo de algodón que tira el gancho. Tarde o temprano, las mismas frases terminarán volviendo, como los motivos de sus tejidos.

Por otra parte, un día la abuela le explicó que en sus tejidos y costuras las mujeres nunca cruzan líneas: ¡para ellas la cruz es nefasta! En el momento de la invasión extranjera, ellas llevaban el torso desnudo pero tatuado. Y cuando los españoles las obligaron a cubrirse, encontraron una técnica ingeniosa, superponiendo capas de tejido para que los motivos de los tatuajes ¡aparecieran en negativo y positivo!

No hay piso en casa de la abuela, pero hay una mecedora. Al final de la tarde, cuando ya no hay suficiente luz para trabajar, se instala allí y se mece suavemente. Trepando sobre sus rodillas (o, más tarde, acurrucándose a sus pies), Rubén cierra los ojos y ella hace bailar maravillosos personajes detrás de sus párpados. Cuando le cuenta las mil y una de Tío Conejo, él ríe, ríe, a veces hasta las lágrimas y la abuela está feliz. A medida que él crece, las historias se vuelven más serias: está la del viento sagrado que sopla sobre las áridas tierras de la Guajira…, la de Francisco, el hombre que venció al mismísimo Satán en una piquería o concurso de canciones de vallenato…, la de Saúl Montenegro, quien al no querer ser descubierto espiando a las mujeres que se bañaban desnudas en el río pidió ayuda a una bruja. La bruja le dio dos pociones: una roja para transformarse en cocodrilo y una blanca para volverse hombre nuevamente. Durante un tiempo todo anduvo sobre rieles: hombre en su casa, Saúl se vuelve cocodrilo cerca del río, libre para admirar la belleza de las bañistas sin incomodarlas. Pero un día, alguien vuelca por torpeza el frasco de la poción blanca; solo un poco del líquido le salpica la cabeza y el resto cae en el piso, entonces su cabeza se vuelve humana, pero su cuerpo sigue siendo el de un cocodrilo…

La historia favorita de Rubén es la del bello cazador Irunúu. Un día, mientras cabalgaba en el bosque, él ve a una niña sucia que juega en el suelo con las hormigas soltando carcajadas. Lleva a la niña a su casa y les pide a sus hermanas que le enseñen las costumbres de las mujeres wayuu.

Las hermanas aborrecen a la niña y no le dan nada de comer, pero Irunúu al regresar cada noche de la cacería, comparte su comida con ella.

Al cabo de los meses, comienzan a aparecer hermosos objetos tejidos por toda la casa: chinchorros, cinturones, mochilas… ¿De dónde vendrán? Un día, Irunúu sorprende a la niña en un momento en que ella ha tomado la forma de una hermosa joven; de su boca brotan hilos que ella teje a toda velocidad. Al darse cuenta de que no es otra que la mística araña Wale'kerü, se enamora perdidamente de ella. Wale'kerü le hace prometer que no traicionará su secreto.

Rubén siempre se angustia en este momento de la historia. No quiere escuchar el episodio siguiente, en el cual, habiéndose dejado llevar en una velada por los malos espíritus, Irunúu se embriaga y termina revelando el secreto de la mujer que ama. Cuando regresa a su casa, sus hermanas han sido transformadas en murciélagos y Wale'kerü, convertida de nuevo en araña, ha huido a la montaña. El cazador junta todos los objetos hermosos que ella había tejido y se los envía a una artesana para que transmita las técnicas a las demás mujeres wayuu.

«Y es así –dice la abuela– que Wale'kerü se transformó en la madre del tejido para todo el pueblo wayuu. Desde entonces, todas las mujeres enseñan el arte del crochet a sus hijas y sus nietas…, pero como mis nietas no se interesan, tú serás mi nieta, Rubencito, ¿quieres?».

Y Rubén está más que de acuerdo.

El poder mágico de los *susus* se graba en él.

Una mañana, cuando la mamita regresa de un mandado y está subiendo los escalones, el papá, borracho, le mete la mano en las nalgas delante de los niños. Molesta, ella se da vuelta y lo golpea con el *susu*. El fondo de madera del bolso le golpea en la entrepierna. Se cae al suelo retorciéndose de dolor y un arco de vómito de palabras estalla en su boca y salpica a la mamita. Pasarán muchas semanas antes de que él la perdone: para él, haber sido herido por una mochila es un crimen de lesa majestad… Ahora Rubén comprende por qué.

Para ahogar los ruidos del pasado en su cabeza, Francia saca su teléfono rosa bombón y se deja llevar por los ritmos ondulantes de *Tolú*, el porro que Bermúdez toca en la guitarra. Extraordinario el trabajo de los dedos, su manera de tocar, puntear y de rozar las cuerdas, todo como los hilos de colores que su abuela tensaba y tejía con el crochet, o enroscaba alrededor de sus dedos. Siempre le ha parecido que estas repeticiones en las cuerdas, ya sean armonías de color o de sonido, en improvisaciones musicales o trozos de tela, tienen el mismo sentido.

Ella tiene hambre. Aunque no están mal, las empanadas del Boulevard de Clichy están lejos de ser tan nutritivas como las arepas de su mamá. Es el momento de sacar un porro, ahora. *Ahhhhh,* qué bien que hace… Una miríada de serpientes relucientes se desliza en sus terminaciones nerviosas para aligerarlas, transformarlas en cuerdas de guitarra que vibran sincopadas… La droga la transporta.

Gracias, abuela.

Desde hace mucho tiempo usa la palabra *abuela* para referirse a la marihuana*,* porque sus preciosas hojas le brindan la misma plenitud y el mismo sentimiento de seguridad que ella había descubierto, de pequeña, en la casa de la mamá de su mamá.

Guarda la segunda parte del porro para más tarde.

4

Ciencia

Brendan no tiene casi nada más en común con Gwenaëlle. En la línea 7 una sola estación de metro los separa –él está en Jussieu, ella en Sully-Morland–, pero estas estaciones se encuentran de uno y otro lado del Sena y esto lo cambia todo. En la orilla derecha, la Iglesia y la monarquía, Brendan prefiere la orilla izquierda, la ciencia y la República. En lugar de Saint-Paul, Saint-Antoine, Saint-Gilles, Henri-IV, Massillon, Temple y Sainte-Croix-de-la-Bretonnerie (que todos apestan al Antiguo Régimen), él prefiere Jussieu, Cuvier, Monge, Censier-Daubenton, Linné, Quatrefages y Buffon (todos hombres de las Luces).

Es increíble cómo entre hermano y hermana pueden estar tan en desacuerdo. Incluso compartiendo entre ellos un alto porcentaje de cromosomas, incluso creciendo juntos con los mismos padres en el mismo pueblo bretón y frecuentando la misma iglesia y las mismas escuelas durante toda su infancia..., bien podrían provenir de dos planetas diferentes. Ahora, aunque se cruzan casi todos los días para acompañar la agonía de su madre en la Salpêtrière, no tienen nada que decirse. (La muerte del padre fue hace veinte años y ellos no asistieron: alcohol al volante, curva fallida en la noche negra, árbol, fin, por fortuna fue la única víctima de su conducta irresponsable).

Brendan sabe que según Gwenaëlle él no entiende nada de la vida porque rechaza el matrimonio, la procreación, todo lo que ella llama «el lazo». Y es verdad: desde hace tiempo ha hecho suya la broma de Kundera según la cual «*los lazos atan».* (No le dice a su hermana que en lugar de los lazos prefiere el látigo; ella tendría un ataque de apoplejía y entonces tendría que visitar a *dos* familiares enfermas en lugar de a una sola, ¡qué infierno!).

Si no le gustan los niños es por la buena razón de que adora la inteligencia y que considera a los niños estúpidos. La reproducción es una función animal y es precisamente porque él es consciente de la naturaleza animal de los humanos por lo que quiere hacer accesible toda su existencia al pensamiento. Sí, somos animales, nosotros los humanos, pero animales especiales, gracias a nuestro

gran cerebro y a las maravillas científicas por este engendradas. Ahora bien, entre estas maravillas figura justamente la anticoncepción que nos permite (desde hace siglos, pero recientemente de forma más democrática) copular sin concebir, controlando así la estupidez humana y limitando sus daños.

Separar es nuestra gloria, se dice Brendan B. Particularmente, la gloria de los hombres de ciencia como yo.

Su madre yace allí, ante sus ojos. Ellos la miran, pero ella no los mira. Con los párpados abiertos sobre sus globos oculares en blanco, está en coma. Está conectada a varias máquinas, cada una de las cuales encarna (o más bien desencarna, mecaniza) uno de sus órganos deficientes: corazón, pulmones, riñones... Mientras que Brendan observa calmadamente el proceso, Gwenaëlle llora y reza.

Brendan tolera mal esta incoherencia. Si cree en Dios, ¿por qué confiar a su madre a la medicina? Si Dios lo decide todo,

¿por qué no contentarse con rezarle? Su hermana acepta la ayuda que puede proporcionarle esta tecnología fabulosa cuya implementación ha movilizado durante décadas los esfuerzos de cientos de científicos devotos, pacientes, serios, sabios, pendientes de lo verdadero... y, mientras que estos inventos geniales permiten a su madre aferrarse todavía a un delgado hilo de vida, Gwenaëlle cierra los ojos, junta las manos y agradece a Jesucristo.

El otro día, mientras lo regañaba por enésima vez sobre la importancia de tener hijos y le reprochaba haber entristecido a su madre por no tener ninguno (pues, Gwenaëlle al haber tomado el apellido de su esposo, después de Brendan no quedaría nadie más para llevar el apellido de su padre, como si este apellido fuera una herencia real, un castillo en España y no un pobre vocablo aproximativo apenas salido de la oralidad, deslizándose de espermatozoide triste en espermatozoide triste, a través de generaciones de niebla bretona, tantas vidas desoladas arrastrándose en el barro, el estiércol y la cerveza, la ronda de supersticiones y chismorreos hasta que llegue la muerte), Brendan explotó: «¡Calla de una vez! ¿Acaso, tu Jesucristo se reprodujo? ¿Has mirado lo que tenía él entre las piernas? ¿Eh? ¿Y qué hizo con ello? ¿No? ¿Pretendes amar a este hombre y ni siquiera le escrutas el escroto? ¡Pero mira, hermana, mira! Por mucho que hubiéramos agarrado una lupa, acercándola lo más posible al perizoma, ese tejido transparente que le ciñe los riñones, en la entrepierna no se le ve nada. ¡No hay ningún rastro de pene en Cristo! ¡Afuera la polla! Por cada estatua de Miguel Ángel que le presta una (no nos olvidemos que, siendo gay, quizás Buonarroti se había sentido necesitado ese día), existen miles de cuadros y esculturas que lo representan como un eunuco, sin ambigüedad. ¿Pretenden que sea Dios hecho hombre? Francamente, ¿qué es un hombre sin cojones? ¿Qué es un hombre que

ignora todo sobre la erección, la excitación, la penetración y la eyaculación, sin siquiera hablar de la fecundación? ¡Cuando era un niñito, en brazos de la Virgen, tenía todo lo necesario en esa parte! Entonces la pregunta es *¿en qué momento lo castraron?* Gran misterio».

Desde hace bastante tiempo que Brendan ha decidido divertirse con la estupidez humana, en lugar de deprimirse por ella. En toda la historia de la humanidad solo hubo un puñado de espíritus lo bastante lúcidos para comprender y decir la verdad sobre nuestra existencia en la Tierra: Lucrecio, Buda, Darwin, Jack London, Henri Laborit... y él mismo, Brendan B. Era prácticamente inimaginable que este tipo de espíritu se desarrollara en un cuerpo de hembra: programadas para entonar la cantinela de la procreación, las mujeres no tenían otra elección que buscar un sentido a la vida... y encontrarlo. Gwenaëlle jamás abandonaría sus creencias: sin ellas su mundo se derrumbaría. Pero, incluso si Brendan tiene cero esperanzas de que entre en razón, no puede evitar volver a la carga.

–¿Conoces la historia de este hospital? –le preguntó el otro día.

–Perfectamente, señor profesor –respondió ella con un suspiro de fastidio–. Hice tres años de psicología, gracias. Sé que la Salpêtrière era el principal centro de enseñanza de neurología en Francia, que aquí fue donde el doctor Charcot impartió sus célebres cursos sobre la histeria, que, llegado de Viena, un joven estudiante de medicina llamado Sigmund Freud había asistido a estos cursos y elaboró gracias a ellos los primeros esquemas de su teoría psicoanalítica. Incluso se me ha ocurrido, figúrate, hojear «La iconografía de la Salpêtrière», con sus fotos asombrosas de las histéricas, el cuerpo tensado como un arco, los miembros rígidos...

–Pero ¿antes? –ha dicho Brendan interrumpiéndola–. ¿Sabías que, bajo el Antiguo Régimen, en el siglo XVIII, la Salpêtrière era un asilo donde encerraban no solo a los enfermos mentales, sino también a toda la escoria de la sociedad parisina: indigentes, vagabundos alcohólicos y putas de poca monta? ¡Es decir, una corte de los milagros, un caos!

–No, eso lo ignoraba –reconoció Gwenaëlle–. Pero sé que puedo contar contigo, hermanito, para que me reveles los aspectos más sórdidos de la existencia.

–¡Y aún antes! –insistió Brendan, implacable–. ¿Sabías que a finales del siglo XVII encerraban aquí a las monjas con éxtasis excesivos como Louise du Néant?

–¿Louise de qué?

–Louise du Néant, monja de la Orden de la Unión Cristiana de Charonne. Aquí mismo fue secuestrada porque el jesuita Jean Maillard la consideraba insaciable de abyecciones. ¡Encontré esto en una librería de libros antiguos! –añadió

sacando de su cartera un volumen casi en pedazos y señalando un pasaje con su índice–. «*Sus dolores son sus delicias*, decía Maillard, *y su labor ascética toma la forma de una furia de autodestrucción. Quiere hacer la disciplina todos los días: tomar el lunes su cilicio, su cuerda y su mentonera, el martes el cinturón de acero y el miércoles el sayal, el jueves la cuerda y la mentonera, el viernes la corona de hierro. Por otra parte, pide permiso para comer inmundicia o gusanos, chupar úlceras y quemarse los brazos con cera de España*». Maillard añade que también hace otras penitencias que el temor de herir la delicadeza de su lector le impide decir, adivinamos fácilmente cuáles.

En el fondo de sí mismo, Brendan comprende el gusto de Louise por la abyección; en ciertos momentos bien delimitados de su existencia, él lo comparte. Pero Gwenaëlle, ella, se ha escandalizado. «¡Para! –exclamó–. No te dejaré imponerme tus lecturas perversas, está fuera de lugar y es totalmente inapropiado. ¡Estamos aquí para cuidar a nuestra madre!».

Sonriendo, Brendan se calló.

Una vez, una sola, Gwenaëlle aceptó acompañarlo al Museo de Historia Natural, que está muy cerca. Fue al final de una visita penosa durante la cual su madre los había llenado de insultos, despertando en pocos minutos todas las blasfemias y obscenidades que había reprimido durante su vida. Al salir, conmocionada, Gwenaëlle se dijo que una visita al museo le haría bien. Brendan se ofreció a pagar su entrada (ocultando que él, como profesor en la Sorbona, tenía acceso gratuito).

En un primer momento, al descubrir los enormes esqueletos de dinosaurios y ballenas bajo los altos techos de vidrio, quedó impresionada. «¡Fantástico! ¡Prodigioso! ¡Qué variedad de formas! ¡Vaya, tiene una imaginación desbordante el Buen Dios!». Pero, poco después, estudiando el contenido de las vitrinas, ella volvió a quedarse en silencio, impactada al ver los esqueletos y órganos de seres humanos yuxtapuestos con los de los animales o flotando de la misma manera en el formol. Cada cuerpo estaba hendido, aplanado y pegado contra la pared del frasco para que se viera el mayor número posible de órganos. A veces la cabeza estaba aún atada al torso, con los ojos cerrados o abiertos, la boca estirada en una mueca de dolor. Imposible refrenar una oleada de empatía por estas pobres criaturas, muertas desde hace un siglo y medio.

En otras vitrinas, todas las partes del cuerpo estaban individualmente preservadas y etiquetadas. Bastaba con mirar para comprender: sí, esos órganos y esos huesos eran indudablemente los nuestros. Los hombres de ciencia podían aplastarnos como lagartos, perforarnos como mariposas, fotografiarnos, analizarnos y etiquetarnos como a dinosaurios, dañar algunos de nuestros órganos y reparar otros. He aquí las preguntas que planteaba implícitamente la

instalación museística: «*¿por qué razón un Dios, bueno o malo, habría puesto subrepticiamente un alma en algunas de sus criaturas y no en otras? ¿En qué parte del cuerpo la habría puesto? ¿De qué manera? ¿En qué momento?».*

Brendan se contentó con caminar en silencio junto a su hermana, pero sabía que ella echaba pestes interiormente por encontrarse tan inmersa en el mundo de él, que refutaba, sin alharacas, pero sin apelación, el de ella.

—Y con lo sagrado, ¿qué haces con ello? –le susurró–. Todas las sociedades humanas han reconocido su importancia. Solo vosotros, los científicos modernos, pretendéis prescindir de ello. Matáis, descuartizáis, ponéis etiquetas y anunciáis: «*That's all, folks!*». ¿No es así?

–Lo sagrado, querida hermana –respondió Brendan–, es lo que cada sociedad define como sagrado separándolo del resto, elevándolo y postrándose ante ello. Eso es todo.

–Entonces, ¿sigues creyendo que aún queda un Misterio?

–¡Y cuánto! Ver flotando en formol un cerebro humano, del mismo tamaño que el cerebro de un orangután, y pensar que de sus volutas surgieron poesía y tortura, música y asesinato, grandes pinturas y grandes guerras, toda la panoplia de talentos y vicios de nuestra especie, ¡es sin duda alguna un misterio abismal!

Después de esta visita al museo, su relación con Gwenaëlle se volvió aún más fría. Entonces, cuando se separaron, en lugar de acercarle las dos mejillas para que se las besase, lo saludó secamente con un gesto de la cabeza. Brendan sabe que está aterrada por la inminente muerte de su madre… Pero ¿por qué?, se pregunta de nuevo. Según su propio sistema de creencias, ¿en qué habría que compadecer a esta anciana? Si Dios decide llamarla consigo, irá al paraíso, ¿no? ¿Dónde está el problema?

Pero, no queriendo ofender más a su hermana, se abstiene de formular estas preguntas en voz alta.

Constatando ya un buen comienzo de erección al salir del hospital, Brendan se dirige hacia la entrada del metro. Porte d'Auteuil es directo por la línea 10, apenas a cuarenta minutos. Se convirtió en rutina: la víspera de cada visita a la Salpêtrière, envía un mensaje de texto a Magda y pide una cita para el día siguiente. Sabe que puede contar con ella. Hace una década que va con la misma, esta Magda que, al contrario de Jesús el eunuco, parece tener todos los sexos. Ella tampoco tiene nada que ver con las estudiantes anoréxicas que asisten a sus clases en la facultad y fantasean con él violándolas para poder arrastrarlo después ante el tribunal del #MeToo. ¡Pues no, mala suerte, nenas! Nunca una mirada ni un gesto fuera de lugar por parte del profesor B. Deportistas y sanas, feministamente adoctrinadas y psicológicamente entrenadas, ¡si supieran hasta qué punto las encuentra poco excitantes! Con Magda, al contrario, todo va

sobre ruedas: siendo un tío, ella comprende la mecánica. (Brendan sonríe ante el bonito juego de palabras que su cerebro acaba de servirle: el Bois de Boulogne es efectivamente una *Meca à niques*).[1]

Como la diálisis para el riñón, la asistencia cardíaca para el corazón e incluso, si lo pensamos bien, la religión para el alma, el servicio de Magda está impecablemente calibrado para su placer. Coloque al profesor Brendan B. delante de un cuerpo con esas protuberancias y obtendrá una erección, funciona. Azótelo, insúltelo, penétrelo tratándolo con todos los nombres, y ya está, él eyacula. Puede regresar a su casa sereno y concentrado, listo para preparar su clase del día siguiente sobre las moscas drosófilas.

---

1. *Niquer* se traduce al español como «joder, follar». *Meca à niques* alude a que el bosque de Boulogne es para el personaje la meca del placer sexual.

V

Inicios

Francia mira irse al profesor. Es bastante frecuente que le pidan, como ahora, que haga de dómina. A veces pone lo suyo (e incluso, cuando un ricachón le pide que lo azote, se desata con deleite –y *¡zas!*, ¡esto, por los chicos violadores en la escuela de Girardot!, y *¡pum!*, ¡esto, por Xavier!, y *¡pum!*, ¡por los verdugos de Carmen!)..., pero no es esto lo que ella prefiere. Le recuerda demasiado a los correazos de su padre.

El profesor es un habitual, los clientes habituales tranquilizan porque son previsibles. Además, a menudo le da un pequeño extra: cruasán, lata de refresco, tres o cuatro euros de propina; hoy mismo, cinco. Durante su primera visita, hace mucho tiempo, él le preguntó sobre las causas de su cojera y eso la tomó por sorpresa. «¿Eres médico, mi amor?», le preguntó, y él le respondió que no, profesor de biología, pero con algunas nociones de medicina. Cuando ella le habló del fórceps en el nacimiento, él dio el tema por cerrado.

Estirándose, da pequeños saltos en el lugar para desentumecer las piernas..., luego levanta los ojos al cielo. Ya está, las nubes se han disipado, el tiempo ha mejorado, van a desfilar los clientes.

Ahora es el hermoso mes de mayo: la vida será más fácil durante algunos meses. Lo peor es el invierno, cuando hay que trabajar a pesar de la lluvia, la nieve, el barro, todo lo que te hiela las nalgas. El alquiler y las

facturas no se interrumpen con el pretexto de que hace frío. Las chicas del Este están acostumbradas, en su tierra nieva seis meses al año, pero para las latinas es duro. En invierno todas toman algunas sustancias para olvidar sus extremidades heladas, sin esto no aguantarían. A Francia la *abuela* le basta, otras necesitan ron, droga, medicamentos... Cada cual con su solución, lo importante es no mezclar.

Cuando hace cinco grados y pasa la furgoneta Magdalena, ellas se aglutinan a su alrededor como gorriones alrededor de unas migajas de pan. Una noche de mucho parloteo en la furgoneta, Carmen había mostrado a Francia y a Marco fotos tomadas durante el terrible invierno de 1986: su hermoso cuerpo moreno, todas sus curvas al aire, una gran sonrisa en los labios, recortados en la noche... ¡sobre un fondo de trozos de nieve! Increíble.

Les contó la historia de sus inicios y Francia se quedó impresionada. En Bogotá, a principios de los años ochenta, la vida era terrible. Muchas mujeres morían de sida porque los hombres se negaban a usar preservativos. Si ellas insistían, ellos se enojaban y las echaban fuera... La vida se había vuelto imposible. Para trabajar, tenían que irse del país. Las heterosexuales iban a Estados Unidos, las trans y las travestis a Venezuela... En aquella época, casi nadie pensaba en venir a Francia.

Hacia 1983 una amiga de Carmen llamada Angélica se fue a París para probar, y a su regreso le describió Francia como un paraíso para las putas. Mitterrand había flexibilizado un poco las formalidades aduaneras, el franco era fuerte, por lo tanto, se regresaba con mucha plata. Según Angélica, si podías probar que tenías VIH al llegar, las autoridades te daban un permiso para que continuaras teniendo un tratamiento médico y así pudieras quedarte todo el tiempo que quisieras.

En cuanto a los polis, era una locura: mientras que en Bogotá golpeaban a las trabajadoras, se las llevaban y retenían durante cuarenta y ocho horas, los polis parisinos eran atentos y llenos de delicadeza –«¡sí, sí! ¡Es verdad! ¡Te dan la mano para subir a la furgoneta, te convidan café y cigarrillos, te

ponen una multa con amabilidad y te sueltan!»–. Pero lo mejor, siempre según Angélica, es que los franceses, literalmente, ¡*adoraban* a los travestis! «¡Nosotros los indiecitos, llegamos allá y si queremos podemos aceptar hacerlo solo con franceses de piel blanca y ojos claros! Son tan lindos… ¡La pasamos muy bien y encima nos pagan! ¡Es El Dorado!»

Las historias de Angélica hicieron soñar tanto a Carmen que decidió probar suerte. Trabaja duro, todo lo que puede, ahorra, compra un billete de avión y llega a París en el otoño de 1984, a la edad de veintidós años… Para ella no es El Dorado. Es un desastre.

No habla ni una sola palabra de francés, solo lleva en su bolso una pequeña lista de palabras básicas: *hola, gracias, sodomía…* Angélica le había dado cita en la plaza Clichy, pero cuando llegó con su valija no había nadie. Está enloquecida, solo conocía a Angélica en Francia. Al cambiar algunos dólares, ve frente al cine un hotel lleno de trans… Allí conoce a un travesti colombiano que la lleva al Bois esa misma noche.

«En aquella época, las trans no entraban en el Bois, trabajaban en la avenida de Auteuil, contra la verja del estadio de Roland Garros. Para tener un lugar había que pagarle a una trans uruguaya. Había un lugar para las españolas, otro para las argentinas, otro para las uruguayas, varios para las travestis brasileras… y, bien al final de todo, algunas colombianitas. Fue ese año cuando las trans colombianas llegaron a París…, pero en masa. Toda la carretera estaba abarrotada. Era un auténtico carnaval, los turistas venían en auto para vernos. Una noche, se cabrearon las brasileras, nos atacaron a bastonazos y golpes de cadenas. ¡Nosotras también nos habíamos armado y nos fuimos a la carga! ¡Era una guerra de bandas!»

En la furgoneta todos ríen a carcajadas.

La belleza de las argentinas y la de las españolas acomplejaba a Carmen.

«Todo en ellas era majestuoso, sus abrigos de piel, sus pelucas, sus zapatos, sus aros, por no hablar de sus tetas –¡tenían prótesis extraordinarias!–. Yo, que en ese entonces tenía tetas de hormonas, me

sentía desgraciada. Ganaba doscientos francos por noche, apenas para pagar el hotel, haciendo pases de diezquince minutos en el auto. Era desesperante. Si me quedaba hasta las ocho de la mañana, tenía derecho a clientes que todavía andaban rondando después de que se habían ido las chicas bonitas. Y lo peor era que aquel invierno había hecho un tiempo espantoso, ¡eso me chocó totalmente! Viento, lluvia, frío, hasta menos dieciocho grados. Me ponía papel de diario alrededor de los pies y había comenzado a beber para aguantar… A veces, otra mujer se compadecía de mí y me invitaba a comer… Bueno, yo tenía ganas de una sola cosa: ¡volver lo antes posible a Bogotá!».

Casi cuatro décadas más tarde, todos aquellos que escuchan a Carmen mueven la cabeza sonriendo. Ellos saben que su historia tiene un *happy end.*

Francia, por el contrario, después de haber ahorrado durante dos años para pagar el viaje y hacer su parusía, enseguida se sintió bien en París. La capital francesa era una ciudad de tamaño modesto, bastante tranquila y fácil de entender. En lugar de haber sido explotada y reconstruida varias veces como Bogotá, estaba engarzada como una perla blanca en un anillo ovalado de su Boulevard Périphérique, rodeada por un ectoplasma de suburbios que se extendía hasta el infinito.

Una vez, un cliente le explicó que es porque la ciudad era demasiado bella. Incapaces de soportar la idea de poder dañarla, los franceses siempre habían preferido acoger a los invasores, dejarlos instalarse y esperar a que otros ejércitos vinieran a echarlos. Precisamente porque la capital francesa (a diferencia de la belga, la alemana o la británica) nunca fue bombardeada, se presta tan mal al tráfico de coches. Las calles de su epicentro son tan estrechas hoy como lo fueron en la Edad Media. Como consecuencia, todo el mundo se empuja, se insulta y se detesta, pero el encanto turístico permanece intacto.

A Francia le gusta cuando sus clientes le explican cosas.

Ella estaba orgullosa de vivir en París, aunque fuera complicado quedarse. Cada tres meses tenía que viajar a un país limítrofe (Italia, España o Bélgica), ir al consulado colombiano y volver con una nueva tarjeta de residencia. Lo hacía, todo eso formaba parte de su aclimatación. Pasito a pasito, se fue familiarizando con la lengua, el metro, el Bois, y las preferencias de los franceses en materia de caricias y golpes.

Al comienzo, ella no vivía en la ciudad propiamente dicha, pero se hacía albergar en los suburbios del norte, conociendo gente sobre la marcha. En el verano de 2000 era ocupa en Aubervilliers, una suerte de hangar de grandes dimensiones donde gravitaban muchos inmigrantes en situación irregular; ella pasaba allí la mayor parte del tiempo limpiando.

Un día de ola de canícula sofocante, se había puesto a fregar una enorme pila de platos sucios dejados por desconocidos cuando sonó su teléfono. Acaba de comprarlo, es su primer celular, un Nokia pequeño, que ha deslizado en el bolsillo de su delantal (regalo de despedida de su abuela, en el que bordó el cardenal guajiro en el lugar del corazón). Al vibrar contra el bajo vientre, el teléfono le hace cosquillas. Se seca rápidamente las manos en el delantal y agarra el aparato. «¡Aló!».

Son Antonia y Begonia, las mayores de sus hermanas. La están llamando desde una cabina telefónica cerca del mercado central de Girardot. Se aglomeran los recuerdos, *la arquitectura colonial viene de Cristóbal Colón…* Conmocionada, Francia grita de alegría, luego se calla, diciéndose que si sus hermanas la llaman no es por un hecho feliz. La alegría es raramente urgente, lo que es urgente es la pena, esto debe ser un asunto de pena.

Ella levanta los ojos como para pedir ayuda del cielo, y su mirada cae sobre el afiche clavado con chinchetas sobre el fregadero, una vieja publicidad de pastís de los años cuarenta. Y cuando, tras franquear seis mil kilómetros de cables telefónicos por los aires y bajo los mares, la palabra *embarazada* se desliza en su oído, y ella comprende que la persona embarazada no es otra que su hermanita Vivian, que acaba de festejar sus catorce años, y ella se pone a escrudiñar esta publicidad en busca de algún significado.

En el afiche, dos camareros vestidos de manera idéntica, chaqueta roja, camisa y medias altas blancas, pantalones capri y zapatos negros, aparecen sonriendo de oreja a oreja, el primero alto y lampiño, con una calvicie en ciernes, el segundo pequeño y bigotudo (no es más pequeño por estar más lejos, simplemente lo es, se siente) y corriendo hacia ella con sendas bandejas. En la primera bandeja se erige una botella de Pernod, en la segunda, una jarra de agua y un recipiente lleno de hielo y en cada bandeja una docena de copas esperando a ser llenadas. Esto le recuerda aquel día en el café de Girardot cuando el papá había acariciado las nalgas de la camarera que llevaba en lo alto una bandeja llena de botellas de cerveza… Pero cuanto más examina el afiche, más incomprensible lo encuentra: las bandejas están inclinadas hacia nosotros en un ángulo de cuarenta y cinco grados, lo que debería hacer caer botellas, jarras, recipientes, hielo, copas; el contenido, sin embargo, permanece por milagro en su sitio. Ni un vaso se escapa, se resbala ni cae un vaso mientras que dentro de Francia todo es un tintineo ensordecedor, porque sus hermanas acaban de pronunciar la palabra *papá*. Acaban de decir que el papá del niño dentro del vientre de Vivian es su papá.

Francia tiene hambre. A su alrededor en el suelo crece la aliaria, también llamada la «hierba del ajo» y «ajo de oso». Ella mira esas pequeñas flores blancas del mes de mayo, ve en ellas la pureza y la perfección *–¡ah! ¡Cuánto quisiéramos que la inocencia existiera!–*, pero esto no le impide arrancarlas del suelo donde están enraizadas, llevárselas a la boca, masticarlas y tragarlas porque contienen vitamina C: así ella tendrá un poco menos de hambre y es menos factible que corra el riesgo de desfallecer.

En Colombia, la Virgen María simboliza la pureza. En su honor, todas las niñas llevan un vestido blanco el día de su primera comunión. Con diez años son verdaderas esposas de Cristo. El ritual sagrado se desarrolla en general el 8 de diciembre, día de la fiesta de la Inmaculada Concepción: ese día en todo el país la gente compra *velitas,* largos cirios rosas, verdes, azules y dorados. Las encienden y las colocan con reverencia en las calles,

los parques, a lo largo de las aceras y de los edificios, cerca de los centros comerciales. Como un cielo estrellado, todo el país brilla con millones de pequeñas luces parpadeantes.

Ruby regresó de Bogotá en diciembre de 1996 para celebrar en familia la primera comunión de Vivian. La pequeña acababa de cumplir diez años. Emocionada, radiante, ella misma parecía una velita ese día.

Pero, por desgracia, antes de que la madre llamara a la mesa, el padre ya se había emborrachado con guaro. En cuanto dieron la bendición, se puso escandaloso y vulgar, las hermanas mayores lo reprendieron y loco de rabia volcó la mesa del banquete. Todo quedó destrozado y revuelto por el suelo: vasos, cacerolas, porcelana, buñuelos, natillas, y el sancocho que la mamita había cocinado durante horas… Agobiada, Ruby se fue al día siguiente.

Y… nadie había visto nada, ni comprendido nada. Muchos años más tarde se enteraron de la verdad.

Fue en ese momento, durante la novena de Navidad siguiente a su primera comunión, cuando Vivian tenía diez años y todo el país recitaba los versos sagrados de la Madre María Ignacia: «*¡Oh dulcísimo niño Jesús!»,* que comenzaron las visitas nocturnas del padre. Borracho, deshonroso, humillado, extraviado, se había acercado al balcón donde su hija dormía y en lugar de respetar la sublime pureza de aquella flor blanca, la tomó y la comió como un puñado de hierba de ajo.

Y nunca más la vivaz Vivian podría desenredar la red enmarañada que tejió su alma.

5

Naranja

Khaled K. revisa el capuchón con cuidado, coloca el bolígrafo en la taza de su escritorio y constata –echa un vistazo a su reloj– que son las catorce horas. Su jornada laboral ha terminado.

Acaba de tomarle declaración a una señora del barrio cuya casa fue asaltada. Algo le hace reír, aparte de él mismo, por supuesto, al ver cómo las facciones de la gente se transforman a una velocidad vertiginosa cuando abren la puerta de su despacho y se encuentran con un joven árabe en vaqueros azules, más o menos el retrato robot del matón que ellos habían imaginado responsable de su desgracia. Algunos se sobresaltan y se voltean instintivamente, como si temieran haber caído en una emboscada, pero la mayoría se calma y consigue balbucear *«Buen día, señor»*. Esta mujer era más bien amable, aunque un poco loca. Novelista conocida, había descubierto los hechos a la vuelta de una gira de lecturas en Marruecos.

–¡Mira! ¡Nací allí! –no había podido evitar exclamar Khaled.

–¡No puede ser! –exclamé como respuesta.

–¡Pero, sí, se lo juro! –había insistido Khaled–, ¡pero solamente porque mis padres estaban allá de vacaciones y yo nací antes de lo previsto!

Emocionado al decir que yo había estado en su país natal apenas ayer, sacó directamente su pasaporte para que viera el nombre de su ciudad de nacimiento… antes de guardarlo en un santiamén, habiendo imaginado a su superior irrumpiendo en el despacho y que encontrara raro que un policía le mostrara su pasaporte a una denunciante.

–¡Esauira, además! –exclamé–. ¡Es mi ciudad preferida en Marruecos!

Unos minutos más tarde, ingresada e impresa, mecanografiada por él, la declaración de los hechos que Khaled me había dado a releer, que contenía una buena docena de faltas de ortografía y corregí en silencio señalándolas con el dedo en la pantalla. (Yo soy Griffonne, Griffonne me quedo, genio y figura hasta la sepultura). Para justificarse me explicó que por regla general él no era un

chupatintas, sino que trabaja en el terreno. La semana pasada, saltando de techo en techo, había calculado mal la distancia porque era noche cerrada; cuando aterrizó sintió una descarga eléctrica que remontaba desde el coxis hasta el cerebro; aún seguía cojeando. Y aunque le quedaban varias semanas de convalecencia por delante, el médico solo le había dado tres días de descanso, tras lo cual lo habían destinado a trabajo de oficina durante seis meses. Escuché su historia, moviendo la cabeza con empatía. Después de haberle pasado el contacto de un excelente osteópata del barrio, me fui de la comisaría deseándole buena suerte y ahora está todo arreglado y Khaled puede irse, es su turno, yo lo veo siempre, aunque él ya no me vea, y por eso vosotros también podéis verlo.

Cierra la puerta con llave, saluda a sus colegas en la entrada y sale a la calle.

Odia la calle donde se encuentra la comisaría. Hasta el nombre de esta calle, Gâtines, le resulta desagradable, como algo que se pudre en el fondo de un armario. A decir verdad, todo el barrio le resulta desagradable. Khaled es un deportista, un hombre de grandes espacios, un poli de riesgo y de improvisación. Ahora bien, la plaza Gambetta une el hospital Tenon con el cementerio del Père-Lachaise a través de calles donde todos los comercios anuncian, en resumidas cuentas, *«aquí puedes morir con todo lo necesario»:* florista, agencias de pompas fúnebres, tiendas de lápidas… Y para completar el cuadro, pusieron una comisaría en la calle de los Gâtines, *¡ping!*, era el detalle que faltaba. Además, para proteger a la comisaría después de los atentados de noviembre de 2015 y la aplicación del Plan de Vigilancia, se han instalado barreras metálicas en ambos extremos de la calle y los polis montan guardia 24/7. La calle cerrada al tráfico sirve de depósito provisorio de vehículos. Cuando Khaled llega cada mañana y ve esos coches encadenados como esclavos, y luego a sus colegas con el rostro hermético y el cuerpo sembrado de armas e inflado por el chaleco antibalas, solo quiere darse la vuelta y regresar a Nanterre.

Saca su coche del aparcamiento subterráneo. En el extremo de la calle Gâtines, sus colegas levantan la barrera y él gira a la derecha en la calle Pyrénées. Después de haber dado la vuelta a la horrible escultura de vidrio roto en medio de la plaza Gambetta (que representa sin duda el accidente de auto que ha de conducirnos primero al hospital y después al cementerio), toma la calle Belgrand en dirección al Boulevard Périphérique. Rápido, echar un polvo rápido en el Bois de Boulogne antes de entrar, está en su camino.

En el momento en que él sube por el Périphérique, alguien le toca la bocina y él insulta: «¡Imbécil!». Reacciona de la misma manera a los bocinazos que a los insultos racistas: primero se queda tieso, e inmediatamente después se pone iracundo. Es un patrón que se repite desde la infancia.

Su madre les había prevenido a él y a sus hermanos, desde muy pequeños: «En este lugar, solo por nuestra apariencia asustamos a la gente, así que, si no queremos ser molestados, siempre debemos tener cuidado, tranquilizarlos, ser educados, mantener la mirada baja, no hablar alto...».

Habiendo seguido estas instrucciones al pie de la letra, Khaled y sus hermanos tuvieron una trayectoria escolar bastante exitosa. Esto no quita que Khaled nunca pudiera aceptar las miradas desconfiadas, miedosas, nerviosas, sospechosas, que recibía de la mañana a la noche, ni los controles sistemáticos en el metro, ni las insinuaciones malintencionadas de ciertos profesores, ni los insultos murmurados en la calle, en el cine, en el mercado, en las colas del autobús o la retórica antiárabe de algunos partidos en los medios de comunicación, todo esto provoca en él la misma doble reacción: culpabilidad, rabia. Cuando, a los catorce años, sufrió los tormentos de las subidas hormonales, había puesto toda su energía en el fútbol. Desviando en la pelota su furia tanto libidinal como política, encontró alivio en el alegre amontonamiento de los cuerpos de sus compañeros.

Acá, no queriendo dejarse invadir por la tensión del ambiente, encendió la radio, sintonizó NRJ Rai, se topó con algunos anuncios, emitió un suspiro y la apagó prefiriendo no quedarse como un idiota esperando la música. Desde hace algún tiempo, las emisoras ponen los anuncios en modo acelerado para poder meter más, de modo que las voces femeninas suben los agudos y le retuercen el cerebro. Tiene la impresión de que su tendencia natural al estrés se ha exacerbado a causa de este período de trabajo en la oficina. Trata de relajarse, acá, solo, sin música, con la placentera certeza de que en breve alguien vendrá a ocuparse de sus cojones. Vale la pena por veinte euros.

En el fondo, él busca en el Bois el mismo desahogo que en el fútbol: ir directo al grano, sin bla-bla-bla ni reverencias; que esté bien entrenado, que sea contundente y que realmente desahogue. Necesita esto y, al final de una semana de trabajo, él estima que tiene derecho. Te acabas aburriendo del porno, necesitas de un cuerpo de verdad, necesitas sentir la verdadera saliva, la verdadera carne. Y para Amina nunca es el momento adecuado, o si lo es, ella quiere toda una ceremonia, música y velas, que él le haga algo especial, que le hable de tal modo y la acaricie de tal forma, ella ha leído libros sobre sexo, ha discutido demasiado de esto con sus amigas, así que, en lugar de desahogarse, follar se convierte en un dolor de cabeza, *¡kess ikhtak!* Si existe un lugar donde no deberías tener que preocuparte, ¡es en la cama! Pero incluso eso las tías se las arreglan para estropeárnoslo.

Khaled ha nacido y se ha criado en el 92, siempre ha vivido en Nanterre, fue su padre quien al final de los años sesenta se había instalado primero. A finales

de la misma década, su madre se reunió con él allí gracias al decreto de Giscard en el año 1976, luego, siguiendo un itinerario clásico para la época, dejaron el barrio de chabolas para instalarse en los bloques de Chemin d'Île. Él mismo, el menor, un accidente, había nacido en Esauira en 1990.

Sus padres son de la generación llamada «de las maletas»: esos inmigrantes que, renovando su permiso de residencia cada año, guardaban sus pertenencias bajo la cama todo el tiempo, con la creencia de que volverían un día a su país con sus ahorros, se construirían una casa y rodeados de los suyos gozarían de unos años entre baños de mar, tam-tam y parrilladas de pescado. Al término de un paréntesis parisino gris de treinta o cuarenta años, la vida recobraría sus colores: amarillo oro, turquesa, violeta, azul brillante, ocre y naranja.

¡Sobre todo el naranja! Es el color favorito de Khaled, el color de las paredes del salón de la casa de sus abuelos en Esauira, es también el tono que toma el cielo allá antes del anochecer. Bañarse allí en el mes de agosto a esa hora, en las aguas cálidas del Atlántico, es lo más parecido al paraíso que se puede encontrar aquí abajo.

Pasa la Porte de Pantin.

Lo que pasa con el exilio es que tus padres no saben qué transmitirte. Desamparados, terminan encerrándose y refugiándose en el silencio. Año tras año, los padres de Khaled llevaban a sus hijos de vacaciones a Marruecos en el mes de agosto, pero la alegría de volver al país se desvanecía de unas vacaciones a otras, hasta que al final encontraban la misma melancolía en ambas orillas del Mediterráneo, que cada vez se parecían más. Ellos ya no se llevaban bien con los hermanos en el pueblo. Todo eran excusas para pelearse. La omnipresencia de las marcas americanas, por ejemplo, McDonald's, Pizza Hut, resultaba penosa, esos signos ostentosos y parpadeantes de la modernidad que habían sido siempre parte de Occidente. «¿Cómo puedes aceptar esto?», tronó el padre de Khaled. «¿Qué quieres?», replicaron sus hermanos, encogiéndose de hombros. Los tiempos están cambiando. A nosotros no nos gusta, pero a los jóvenes sí les gusta. Nosotros preferimos los platos tradicionales, MacTajina, MacCuscús, ellos prefieren McDonald's. ¡Colocas una especie de buñuelo, le pones un pedazo grande de carne dentro, y listo, la comida está servida!». Al regreso de ese viaje el padre de Khaled se hundió en el silencio.

Porte de Clignancourt. Cuando los hijos crecieron y se marcharon de casa, la madre de Khaled empezó a trabajar con asociaciones feministas del distrito 92. Primero dejó el velo y después al marido. Para ella, en otras palabras, la lucha de las mujeres era más importante que su propia familia. El hombre con el que se había casado prometiéndole fidelidad y obediencia podía reventar en su piso de

tres ambientes en Chemin de l'Île. No era más su problema, estaba divorciada y libre, ¡viva Francia!

Porte de Clichy. Otro enorme póster de una tipa en ropa interior. El padre de Khaled no había podido acostumbrarse a la exhibición de la desnudez femenina en este país. Estaba por todas partes: en las calles, en las playas, en los carteles. Todas putas. El sexo de Khaled se endurece de nuevo. Quieren estar en misa y repicando, pensó. Vestirse como putas y ser tratadas como monjas. Te lo restriegan por la cara y luego dicen *¡ah, no! ¡No puedes tocar! ¡No es para ti, a ver si te atreves!* Es como si el panadero viera a un vagabundo en la acera, sacase un pan caliente del horno y se lo pusiera delante de las narices:

¡¿Verdad que huele bien?! ¡¿Se te hace la boca agua?! Pues no es para ti, ¿a que no te atreves?, ¡que se joda tu madre, kess ommak!

Las francesas se arruinan dejando su dinero en ropa, maquillaje y cirugía, se inspeccionan en el espejo de la mañana a la noche, se arrancan el más mínimo pelo blanco, se estiran la más mínima arruga, lunar o vena con bisturí o jeringuilla, se hacen selfis, retocan su imagen en Photoshop y la postean en Instagram, ¡pero eso es para su propio placer! No es para nosotros, los tíos, ¡todo menos eso! Les importan un carajo los tíos, ellas pueden divertirse y tener hijos sin nosotros, ni siquiera saben para qué servían, antiguamente... ¿Para qué servían exactamente? Son putas, no hay otra palabra, son zorras que han olvidado lo más básico y no tienen ni idea del efecto que provoca ponértela dura. Te ponen cachondo y luego se van, *a que no te atreves,* tu erección no es su problema. Si no tienes una chica, mala suerte. Tienes dieciocho años, tienes una erección 24/7 y no tienes una chica, muy mal, no les importa una mierda, ni siquiera pienses en ligar con ellas o el #MeToo caerá sobre tu cabeza como una guillotina. *¡Te llevaré a los tribunales! ¡Te arruinaré la vida para siempre!*

Khaled está harto de discutir con su mujer por este tema. Según Amina, el problema no es la desnudez de las mujeres, sino el hiyab. Por todas partes en el mundo donde las mujeres musulmanas luchan contra el velo, ella las defiende. Khaled no soporta escuchar a estas histéricas despotricar contra lo que llaman patriarcado. Menos mal que puede desahogarse dos o tres veces al mes con las putas, de lo contrario correría el riesgo de agredir a Amina y a los niños y se acabaría todo. Conteniendo la avalancha de frases que se acumulaban en su mente, ordenó a su cuerpo que tuviera paciencia.

En la Porte de Passy, toma rabiosamente la salida y gira por la avenida del Hippodrome. Se ha convertido en una rutina: siempre va al Pré Catelan porque allí tiene muchas posibilidades de encontrar una mamada en menos de quince minutos. Con los trans es más fácil. Una mujer trans tiene todo lo que se necesita para ser mujer, salvo que, en lugar de ser complicada como una mujer, es simple

como un hombre. Le gustaría hacerlo en una furgoneta, es más discreto para un policía y además le encantan los pañuelos naranjas que las putas cuelgan de los retrovisores, pero la mayoría cierra la puerta en cuanto le ve, y si protesta no duda en poner los puntos sobre las íes: «¡Vete a buscar a otra parte, te digo! No atiendo a negros ni árabes». A veces, si están estalladas de heroína, incluso dejan claro lo que piensan, tomando de testigo a todo el bosque: «¡Francia se equivoca al abrir sus puertas a la escoria de la tierra! ¡Entra como Pedro por su casa! ¡Pronto no quedará ni un solo blanco!».

Impacta a Khaled que unos hombres que se dejan tratar como mujeres se permitan semejantes comentarios. ¡Sobre todo porque ellas mismas son sudacas! Vienen de Cuba, de Colombia, de México, de todos esos *países de mierda*, como dice el presidente Trump..., y encima se permiten... ¡Es el colmo! Pero es inútil insistir o sacarles la tarjeta de visita: desde la derogación de la ley Sarkozy, ya no es posible multar a las putas por prostitución pasiva. Así que Khaled gravita hacia los trans de color.

Y, *'challah*, parece que es su día: delante de su tienda, por allí, ve a una mestiza alta que fuma un cigarrillo y que busca impresionarlo.

Ah, pero qué lindo, eso.

Es más, increíblemente, ¡tiene el pelo… naranja!

VI

Cartucho

Los hombres están muertos de miedo, eso es lo que pasa. Incluso los policías, incluso los sicarios más curtidos. Como consecuencia, nosotras también tenemos miedo y lejos de ser restos de resentimientos repetidos, reprimidos y rancios, a diferencia del pequeño policía, acá, nuestro miedo es omnipresente, físico y realista.

A veces de mayor a menor, el miedo es la verdadera clave de esta historia. Todas las TDS lo saben, es el abecé del oficio: los hombres tienen miedo de morir y miedo de vivir, miedo de fracasar y miedo de triunfar..., eso es lo que los vuelve agresivos. En general, hacerse hombre significa aprender a transformar el miedo en violencia. (Soy yo, la Griffonne, la que piensa todo esto; ella, Francia, no generaliza nunca).

Rubén no ha podido o no ha querido pasar por este aprendizaje.

En Colombia, en el otoño de 1985, cuando acababa de cumplir sus nueve años, ocurrieron casi al mismo tiempo dos acontecimientos espectaculares.

El 6 de noviembre, los militantes del M-19 habían ocupado el Palacio de Justicia y habían tomado como rehenes a varios centenares de personas, magistrados de la Corte Suprema y a todos los que se encontraban en el edificio. Estupefacto, el país siguió los acontecimientos por televisión. Como en su barrio no hay antena, el papá pasa horas en el café del mercado

central y obliga a Rubén a acompañarlo. «Son cosas importantes –le dice–. Asuntos de hombres. Tienes que madurar».

Apenas pocos días después entra en erupción el volcán Armero y todo el pueblo queda sepultado: veinte mil de sus veintidós mil habitantes mueren mientras duermen.

Cambiando de canal, pasamos de un horror a otro, de las ruinas humeantes del Palacio al baño de lava mortífera.

En Bogotá, el gobierno había enviado a la armada. Unos tanques militares habían ascendido las escaleras y penetrado en el interior del Palacio de Justicia. Borrachos, el papá y sus amigos se burlan mientras comentan la escena. (En sus bocas, los tanques se vuelven tanquetas, los soldados, ranas). Los atacantes habían prendido fuego al Palacio de Justicia, que se había incendiado y derrumbado. En los enfrentamientos murieron decenas de rehenes, entre ellos once jueces.

En Armero, la muerte se había filmado en vivo por primera vez en la historia: un primer plano de una niña de trece años en el instante en que los ojos se le volvieron vidriosos. «¡Ah, ahí! por fin ha dejado de patalear –rieron sus compañeros y su padre–, ¡ya está lista!».

En Bogotá, las víctimas del M-19 no parecen seres humanos: lo que habíamos visto salir del Palacio en bolsas de plástico eran cuerpos sin cabeza ni extremidades, diminutos y encogidos... Pero incluso allí, los hombres no habían podido evitar bromear sobre el tema de la parrillada fallida.

Rubén había agachado la cabeza, había cerrado los ojos y apretado los puños contra la boca. Su cara se había puesto roja. «¡Mira, *mijo*! –le gritó su padre, agarrándole por los hombros y sacudiéndolo–. ¡Mira el mundo que tienes delante!». Pero él huyó del café para vomitar al pie de los cubos de basura, provocando el revuelo de toda una comitiva de buitres.

A los doce o trece años, su abuela le había enseñado a coser con una vieja Singer que había encontrado apenas rota en la calle. Al ver que le divertía, empezó a darle sus retales –pedazos de lamé, rasos baratos, retazos de

sábanas viejas de algodón con bordes bordados– y lo ayudaba a ensamblarlos en vestidos brillantes y coloridos. El adolescente se los prueba frente al espejo. Está encantado. Por fin se siente bien consigo mismo.

Las prendas que cose imitan la iridiscencia de las lagartijas y de las libélulas, y la de los escarabajos que Vivian solía mostrarle a escondidas en un rincón del patio, todas esas pequeñas criaturas verdes de movimientos ágiles que él tanto amaba. Pasito a pasito, fue adoptando un aspecto femenino, una manera particular de caminar y de mirar a la gente. Retoca su cara, su pelo, su sonrisa. Recoge pequeños trozos de carbón de debajo de los fogones de la cocina y los utiliza como maquillaje. Así se siente guapo y sueña con que un chico se enamore de él.

La abuela nunca se burló de su entusiasmo ni de sus gestos. «Eres tú –le había dicho sencillamente–. Son tus motivos, tus *kaanas* propios. Haces bien en apreciarlos. Ellos te ayudan a tejer tu vida, a seguir tu camino». Pero en la calle, los chicos le lanzan insultos y piedras y eso lo hace sufrir mucho.

Preocupado por sentirse diferente con los chicos como ante las chicas, a veces entra en la parroquia de san Miguel, se arrodilla ante las estatuas de María, Lucía o Marta y les confía sus problemas y temores. Las santitas lo escuchan y se compadecen de él, pero su poder es limitado porque ellas mismas han vivido demasiado poco.

Pueden consolarlo, pero no aconsejarlo.

En 1992, a los dieciséis años, ante sus pésimos resultados en la escuela y los ataques cada vez más violentos del padre en su contra, decidió probar suerte en la capital. Besa tiernamente a la abuela, se despide de la mamita y de las cinco hermanitas una por una, desde Antonia, la mayor, hasta Vivian, la más pequeña, y viaja a Bogotá haciendo autostop. Le asegura a su madre que unos amigos lo alojarán hasta que encuentre trabajo.

La verdad es que sus únicos contactos son tres excompañeros de escuela, los únicos gais de su colegio, dos años mayores que él. «Está en el corazón de la ciudad, a tiro de piedra del palacio Nariño», le dieron la

dirección, y eso bastó para tranquilizar a la mamita. Rubén llegó a pie, tras un trayecto de casi tres horas, después de atravesar los barrios del sur y bordear las barriadas de viviendas de ladrillo de las colinas del este. La megalópolis le daba vueltas a la cabeza, pero cuando por fin llegó al centro de la ciudad, y vio los tejados relucientes de los museos, los edificios gubernamentales y la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, se tranquilizó y se dijo a sí mismo que todo iría bien.

Finalmente, había llegado y resultaba incomprensible.

Verificó, era la dirección que le habían dado, entre 9 y 10 y 15 y 15a. Estaba ahí, pero era el infierno.

El Cartucho es como si, en el París de ahora mismo, en 2019, la Colina del Crack, en lugar de estar estancada en una intersección del Boulevard Périphérique, cubriera todo el Jardin des Tuileries, desde el Louvre hasta la Concorde y desde el Hotel Crillon hasta el Sena. Es un mundo de jaulas y drogas, armas y perros, sangre y muerte. Las bandas mafiosas reinan y los amigos de Rubén se habían convertido en pequeños traficantes, se dedicaban sobre todo a aprovecharse de los grandes. Atraían a su órbita a jóvenes adolescentes, les creaban adicción y luego los obligaban a prostituirse para conseguir más drogas. La mayoría fumaba bazuco, esa pasta espesa y oscura, residuo de la cocaína que queda en el fondo del barril una vez extraída la droga pura. Es una sustancia demencialmente adictiva que te da un subidón de dos minutos, luego te sume en el síndrome de abstinencia, la paranoia, el pánico, la necesidad imperiosa de encontrar más..., hasta que inevitablemente te priva del sueño, te pudre los dientes y te descama la piel.

Por todo el barrio se oía el murmullo constante, *bareta*, *bareta*, *bareta.*

Fue al entrar en este mundo cuando Rubén, todavía un niño, vestido simplemente de niña, se convirtió en Ruby y dio sus primeros pases: apestosa y dura experiencia, tan estrechos de miras eran los clientes de El Cartucho. Con el dinero que obtiene, ella compra un poco de abuela y empieza a consumirla todos los días, lo que la ayuda a amortiguar el shock.

Pero cumple la promesa que le había hecho a su mamá al marcharse: bajo ningún concepto tocar el polvo blanco, jamás.

Ante sus ojos, semana tras semana, sus amigos se convierten en ancianos. Los ojos huecos, la voz ronca, vestidos con harapos mugrientos vagan por los sucios callejones de El Cartucho, meando y cagando en cualquier parte, robando a los transeúntes para comprar un cigarrillo, desplomados junto a los contenedores de basura y masturbándose con languidez antes de sumirse en un sueño catatónico.

A veces, después de un largo día de trabajo, a fuerza de no ser ni de aquí ni de allá –sus seres queridos están lejos, mientras que perfectos desconocidos invaden sus territorios más íntimos–, Ruby se siente nada. En esos momentos, acude a la más compasiva de las santas, Magdalena, que da nombre al río de su infancia. De sus clases de catecismo en Girardot, recuerda las palabras de Cristo sobre María Magdalena: *«Porque amó mucho, se le perdonará mucho»*. Repite esta frase durante todo el día.

Magdalena fue la única que visitó la tumba de Jesús al día siguiente de la crucifixión. Sorprendida al encontrarla abierta y vacía, preguntó al jardinero dónde estaba el cuerpo, pero no supo responderle. Otro hombre está ahí, de espaldas, y Magdalena también le pregunta, pero él tampoco le responde. De repente, el hombre se da vuelta, ella ve sus estigmas, las heridas de sus manos y de su corazón y comprende que es el mismísimo Jesús. Cristo, tendiéndole su corazón, rodeado por la corona de espinas y coronado por una cruz, le advierte: «No me toques –dice–. Aún no he partido a casa de mi padre».

–Es lo que pasa en el comercio sexual, ¿no? –le digo a Francia en voz baja–. Los hombres vienen, te enseñan sus heridas y te dicen: *Noli me tangere*. De hecho, ellos les pagan para que no los toquen. Después de haber reconocido sus manos agujereadas y su corazón marcado con el signo de la muerte, tienes que dejarlos ir. Puedes abrazarlos, acariciarlos, masajearlos, golpearlos, azotarlos..., pero no debes intentar retenerlos, atarlos a este mundo.

–No sé –dice Francia–. Tal vez. Hay de todo.

Nada puede afectar la cortesía de Francia, pero es evidente que mis teorías la aburren.

Respira hondo. Los aromas de la primavera le llegan a las fosas nasales y el sol se muestra por fin espléndido, disculpándose por haberse escondido tontamente detrás de la niebla.

En todos sus microniveles, el Bois es de una vitalidad infinita, eso es lo que ama Francia: donde pongas los ojos, todo zumba, tiembla y se agita, vibra y gotea, se desliza y brilla. Allí, justo encima de las copas de los árboles, una bandada de estorninos. A sus pies, una colonia de hormigas se ocupa de un escarabajo muerto. Francia no comprende cómo hace la gente para encerrarse en cubos de la mañana a la noche, subir en el cubo del subterráneo y luego en el del ascensor, instalarse delante de un ordenador, mirar una pantalla, alzar la vista hacia un rectángulo blanco, girar la cabeza hacia otro idéntico...

–Es increíble, –se dijo–, la capacidad que tienen los hombres para inventarse infiernos.

6

El Otro

Cyril se dice a sí mismo que no importa si eso no funciona. Se dice que las putas están para eso, para ser indiferentes y no juzgar. Puedes tener una erección dura o blanda, mientras pagues el importe del servicio eso no les importa.

De todos modos, eso lo impresiona: dentro de una hora, él tocará el cuerpo de una mujer. Bueno... de una mujer-hombre, para empezar, esperando que ella lo juzgue aún menos que una mujer. No ha hecho el amor desde 2001. Una locura. Hace dieciocho años. Si su hijo hubiera vivido, sería mayor de edad, podría votar, Cyril no puede creerlo.

Al llegar a París-Bercy al comienzo de la tarde, ha elegido tomar el tranvía hacia el oeste para luego arreglárselas. Es vago, pero él prefiere el tranvía al metro porque no estás bajo tierra, no se parece a un calabozo, puedes ver el mundo, la ciudad, el cielo... y al mismo tiempo estás rodeado, protegido.

El tranvía es ruidoso y está abarrotado, el viaje es largo y lento, pero esto no le molesta. Uno no puede acostumbrarse de nuevo así de un día para otro a caminar libremente por las calles de París, es imposible. Con el sexo pasa igual: una mujer de verdad en sus brazos, ahora mismo, sería demasiado desestabilizador, le costaría encontrar algo de qué hablar con ella, y la mera idea de tocarla, desnudarla y acariciarla le hace temblar las manos. Acaba de pasar dieciocho años solo con hombres: nalgas, rodillas, hombros, olores, pies, barbas, erecciones, guardias, duchas, empujones, insultos, gritos... ¡Oh! Mamá, tú estarías tan conmocionada...

A menudo habla con su madre en su cabeza, aunque apenas la ha conocido. A modo de recuerdos, lo único que tiene de ella son *flashes*: imágenes fugaces de una joven alta, esbelta y severa, con el pelo castaño siempre recogido en una pulcra cola de caballo. Olena, se llamaba. Era una estudiante ucraniana y fue por accidente, por un error de cálculo, que a los diecinueve años concibió a Cyril con un joven becario mauritano, compañero suyo en la carrera de arquitectura en la Universidad de Kiev. Desde su nacimiento, Cyril quedó al cuidado de sus abuelos

maternos, piadosos habitantes de un pueblo en el corazón agrícola del país. Solo veía a su seria madre durante sus breves visitas, marcadas por el calendario universitario.

Después de sus comienzos en la vida, sin duda difíciles, pero al menos bucólicos, su paso por la escuela había sido una tortura constante. Por ser negro se había convertido en el chivo expiatorio de sus compañeros de clase: mímicas de mono, bailes salvajes, muecas de asco, ostracismo, no le escatimaron nada. Solitario y superdotado, se había refugiado en la biblioteca local, donde, un poco por casualidad, empezó a explorar los misterios de la literatura rusa, en especial Dostoyevski: pedía prestadas todas las novelas del gran epiléptico, las leía y releía compulsivamente, empapándose de su exaltado pesimismo.

Ya bachiller, a los diecisiete años, deseoso de conocer a su progenitor, emprendió el viaje a Nuakchot con la bendición y la ayuda económica de sus abuelos, e incluso, sorprendentemente, con algunos datos aportados por su madre. Su esperanza secreta era ser acogido como el hijo pródigo por su familia africana. Decepción: no solo su investigación genealógica quedó en nada, sino que, además, los mauritanos lo habían condenado al ostracismo por ser blanco. Con el corazón encogido regresó a Kiev para empezar, a falta de una mejor idea, una diplomatura en informática.

Dos o tres años más tarde, fue becado en el extranjero como su padre, pero en la Universidad de Montpellier, donde Cyril descubrió en los brazos de Soraya, una joven y vivaz belleza nacida en Diamant, en Martinica, si no el gran amor, al menos el gran placer. Conmocionado por ese cuerpo de un color de piel por fin similar al suyo, él se convenció de que había dejado atrás sus dilemas de identidad. Nueva decepción: tomándolo por un antillano porque frecuentaba antillanos, la gente esperaba que fuera bromista, mujeriego y extrovertido. Sin embargo, Cyril, habitado, o, mejor dicho, constituido por la melancolía eslava, prefería la lectura solitaria y las largas caminatas meditativas a las alegres fiestas animadas con música *bèlè* y regadas con ponche. Soraya lamentaba su escaso entusiasmo por las estrofas de Aimé Césaire y los bailes de merengue. ¿No podía hacer un esfuerzo? ¿Poner un poco de buena voluntad? ¿Entrenarse, si no a bailar, al menos a *sonreír* de vez en cuando?

Poco a poco, sobre todo después de la boda, sus desacuerdos habían degenerado en discusiones y sus discusiones en disputas. Normalmente reservado, silencioso y desconfiado, Cyril descubrió que podía perder toda compostura de un momento a otro y volverse violento. Le sorprendía cómo su voz de hombre vibraba entonces en su pecho, saliendo de su garganta llenando la habitación entera. Y los destellos de terror que veía en los ojos de Soraya no hacían más que exacerbar su ira. Varias veces terminó abofeteándola, dándole

patadas, incluso arrastrándola de los pelos de una habitación a otra. En esos momentos, aunque después se avergonzara, encontraba los espasmos de dolor de Soraya casi más excitantes que sus estremecimientos de placer durante el sexo.

Sus batallas conyugales se hicieron cada vez más frecuentes y frenéticas. Cualquier excusa servía. Cyril ya no se reconocía, ya no se sentía el mismo. La palabra *éxtasis* recuperaba su etimología: estaba literalmente *fuera de sí*. Con el tiempo se dio cuenta de que la descarga repentina de adrenalina no alcanzaba para explicar el intenso placer que aquello le producía.

Enigma.

Soraya tenía cada vez más miedo de él. Se había confiado a varias amigas, compañeras de clase en la facultad, quienes le aconsejaron que le dejara lo más pronto posible. Pero al encontrarse en ese momento embarazada, había decidido que la paciencia es madre de la sabiduría, persuadida, decía (queriendo persuadirse, decían sus amigas), de que la paternidad calmaría a su hombre. Y el día fatal llegó cuando estando embarazada de siete meses, Soraya se había atrevido a poner en tela de juicio a Olena –Cyril recordaba aún sus palabras exactas: «Ya me siento muy unida a nuestro hijo, sabes. No puedo entender que después de llevar un bebé en el vientre, puedas desinteresarte por su suerte»–. Al escuchar esta frase, Cyril había entrado en una euforia glacial que dejó en el rellano de su piso a dos muertos tendidos sobre un charco de sangre.

Le dieron veinticinco años, de los cuales siete le fueron condonados por buena conducta. Había pasado por varias cárceles, prefiriendo de lejos las viejas con ratas a las modernas con radares. Entró en prisión a los veintidós años, y acababa de salir a los cuarenta.

Cuarenta años, apenas puede creerlo. Los días en la cárcel son interminables, pero los años pasan volando a alta velocidad con V mayúscula. Y ahora, después de dieciocho años de masturbación forzada e implacable, está a punto de volver a tocar el cuerpo de una mujer. Una mujer-hombre, para empezar. Para no ir demasiado rápido. Esos individuos son mujeres-hombres, igual que él es un negro-blanco. Es interesante ser dos cosas a la vez. Es difícil también.

Sentado en el tranvía T3 que va de Porte de Vincennes a la Porte de la Chapelle, mira a los parisinos que lo rodean. Para ellos él es negro, ni hace falta decirlo. Y a sus ojos, ellos no solo son blancos, sino especímenes de una blancura y fealdad sorprendentes. Casi todos son feos, excepto los niños. Cuesta creer que estemos en una ciudad famosa en todo el mundo por sus industrias de belleza y de las artes de la seducción. Todos los pasajeros ponen cara larga, los rasgos distorsionados por mil pequeñas rabias y rencores. Inmersos en sus teléfonos móviles, ni se hablan ni se miran.

El teléfono móvil es la mayor revolución con respecto al mundo anterior a su presidio. Por supuesto, los *smartphone* circulan en la sombra también, pero de forma clandestina, fugaz. Acá, es una locura demencial. Es igual que estar en la cárcel, se dice. Si la libertad es esto, ¿qué sentido tiene salir? Globalmente, encuentra a los franceses libres menos cómodos consigo mismos que los presos con los que ha compartido los últimos dieciocho años, la mayoría oriundos de África, Medio Oriente, Europa del Este y América Latina.

Durante sus años en prisión, hizo todo lo posible por comprender al Otro en él. Lo habló en sus intercambios con abogados y jueces, también con psiquiatras y sacerdotes. Bajo diferentes nombres, todos parecían reconocerlo. Los curas lo llamaban el *diablo*, los psicólogos *niño abandonado*, los bibliotecarios, *artista frustrado* y los abogados, *criminal.* Sigue sin entender. ¿Qué clase de monstruo habita en él, capaz de haberle roto la cara a la mujer que amaba, haberla arrastrado de los pelos, lanzarla contra las paredes y patear el vientre redondo donde se acurrucaba su hijo? ¿De dónde le salió ese monstruo? ¿De las estepas de Europa central? ¿De su padre árabe-musulmán, quien, al finalizar sus estudios, según su madre, abrazó la *sharía*? ¿De los espíritus paganos de sus antepasados subsaharianos? ¿Del hombre de las cavernas? ¿Dónde se esconde el resto del tiempo? Y la peor pregunta de todas: ¿por qué lo sumerge en la euforia?

En la Porte de la Chapelle, Cyril baja del tranvía para tomar el metro. Le tiemblan las manos. Va a estar con alguien. Pronto, esas mismas manos sacarán dinero de su bolsillo (tiene poco, pero es un gasto esencial)..., le quitarán la ropa a una mujer y tocarán su piel desnuda.

Vértigo.

VII

Deberes

Oh, pero míralo, al mestizo guapo lleno de complejos, se dice Francia. Parece un niño que abre los ojos de par en par frente a su regalo de cumpleaños, sin atreverse a creer que le han regalado el objeto de sus sueños: ¡un balón de futbol con los colores de Brasil!

El hombre se pone los vaqueros, se toma su tiempo para volver a vestirse...

Viendo acercarse un coche de policía, ella se permite apresurarlo un poco. «¡Tienes que irte, mi amor, tengo visita! Hasta la próxima».

Él se ata los cordones de las zapatillas y se aleja a grandes pasos, con la cabeza gacha y los ojos en el piso, no hacia la carretera, sino hacia el interior del bosque.

Esta imagen despierta un mal recuerdo en Francia.

Un día la había abordado un hombre. Enseguida había algo que no iba, no le gustaba el aspecto del cliente. Ella dudó. Él le lanzó: «Te pagaré», y ella respondió: «¡Pues bien, espero que me pagues!». El hombre creyó que iba a entrar así en su cambuche, pero ella lo apartó con una sonrisa: «Esta noche no, mi amor, tengo una cita. Ve a ver a una de mis amigas. Somos tantas que no sabrás a cuál elegir».

Ella lo había seguido con la mirada mientras él se alejaba, echó un vistazo alrededor... Finalmente, se había ido justo al lado, con Flora la brasileña.

Silencio.

Al cabo de un momento, Francia se preocupó: «¿Estás bien, Flo?». «¡Sí, sí, estoy bien!». «Ok, bueno». Pero unos instantes después, ella ve a Flora salir corriendo de su tienda como un rayo para intentar atraparlo: ¡el tipo le había roto un dedo! Tras arrebatarle su dinero se adentró en el bosque... igual que el mestizo bonito de hace un momento.

Las TDS en sus charlas tienden a magnificar sus alegrías y a restar importancia a sus contratiempos. Los verdaderos problemas, ellas los cuentan fragmentados y los escuchan distraídamente, con aire de estar en otra parte. No hace falta exagerar porque se entienden con pocas palabras; quejarse abiertamente sería de mal gusto. La elegancia consiste en sonreír y bromear, porque hasta nueva orden no están muertas y la mala suerte se puede ir al carajo. Cada una de ellas atesora en su memoria las historias de las demás, tanto las hermosas como las feas. Y aunque predominen las feas, las risas que les provocan alivian el dolor.

Es cierto que se encuentran con alborotadores más a menudo. La mayoría de las veces son chicos borrachos o atormentados que pasan en auto y las acosan, les lanzan insultos, huevos, dardos (¡y esos duelen!)... Aburrida, repetitiva, predecible hasta el infinito, es su vida diaria; ninguna necesidad de comentario. Pero como este trabajo es una ruleta rusa, si lo ejerces mucho tiempo te encontrarás necesariamente con un auténtico cabrón, un enfermo mental que busca hacerte daño o algo peor.

Todas han sido agredidas, Francia menos que la media, porque es maciza y musculosa, ella se impone a los clientes, y también porque ha desarrollado en El Cartucho una suerte de olfato, un don para percibir la locura a distancia.

Para ella, el año de la mala suerte fue el 2001. Hay momentos así en la vida, en los cuales los planetas se desalinean y las desgracias se suceden. Dos años después de llegar a París de pronto se sintió agotada de estar tan lejos de casa. Vivian había dado a luz a la pequeña Xiomara, su papá había desaparecido, su mamá estaba destrozada... Nerviosa e impotente, pensaba todo el tiempo en su país natal, su alma le dolía a cada instante por su

familia hecha jirones, pero no sabía cómo actuar, ni qué hacer para ayudarlas. Ni siquiera fumar abuela podía relajarla, y sin duda había bajado un poco la guardia...

Algunos clientes son como los ladrones: tienen el don de adivinar dónde está la fisura.

Una noche subió a un coche con un hombre que le había pedido una mamada y le había entregado un billete de cien francos (aún no habíamos pasado al euro, ella recuerda aquel billete con la cabeza de un pintor con pelo largo y la mujer con los senos desnudos que él había pintado). Pero después de haberle entregado el billete, el hombre se niega a ponerse un preservativo, y Francia, que no estaba en sus cabales, enloqueció. Le tiró el billete a la cara y salió del coche dando un portazo. El hombre la persiguió en su coche y ella vio que tenía una pistola. Se había dicho a sí misma que no volvería a ver el sol. Pensó en Alejandro, en el Sagrado Corazón de Jesús, en María Magdalena, en Rita y en todos los santitos que tanto quiere y pensó que no iba a tener tiempo de hacer el viaje a Lourdes con el padre de la parroquia de Sainte-Cécile, muchas de sus amigas habían regresado conmocionadas de esa peregrinación, le habían descrito la multitud de creyentes y lo espléndido que son los paisajes, pensó en Vivian que acababa de cumplir quince años y ya no iba a la escuela porque amamantaba a su bebé, en la pequeña Xiomara, que apenas estaba aprendiendo a caminar, en la mamita y en todas las hermanitas que dependían de los giros postales que ella les envía por Western Union cada semana, y se preguntó cómo se las arreglarían si ella moría esa noche por culpa de un señor desconocido que estaba mal de la cabeza.

El hombre le había disparado. Paralizada, vio correr un hilillo de sangre delante de sus ojos. Fue su cojera lo que la salvó: como es un poco más baja cada vez que da un paso adelante con el pie izquierdo, la bala solo le había rozado el cuero cabelludo.

Aún hoy, todavía tiene un pequeño trozo de plomo en la cabeza como recuerdo de aquella noche.

La Carmen, ella, ha sufrido cosas mucho peores.

Una noche, un coche se detuvo a su lado y se produjo el habitual intercambio: «¿Cuánto cuesta?». Por una razón *x* ella sospechó y en lugar de decir el precio normal ella le dijo el doble esperando que el tipo se largara corriendo. Pero no, él dijo «está bien» y entonces ella no tuvo más remedio que subir a su lado, el coche volvió a arrancar, aunque la puerta no estaba aún cerrada y Carmen siente un destornillador apoyado contra su cuello, se da cuenta de que hay un segundo señor en el asiento de atrás... Condujeron y condujeron, y cuando llegaron al final del Bois, se detuvieron y ella vio a un tercer hombre salir del maletero. Los tres empezaron a golpearla y al cabo de un rato tomaron la carretera del Boulevard Périphérique y condujeron hasta Saint-Denis...

El martirio de Carmen duró toda la noche. Los hombres bebían cerveza, ella estaba desnuda y sometida a los tres a la vez, la golpeaban y la poseían de todas las formas imaginables, su sangre fluía, si ella lloraba los golpes redoblaban su violencia, hacía frío, se dijo a sí misma que iba a morir, sobre las ocho empezaban a abrir las tiendas y dos de los hombres fueron a por cerveza, ella se había quedado sola en la parte trasera del coche con el tercer hombre, que llevaba traje y dijo que trabajaba en un banco, mientras la obligaba a mamársela, fue cuando vio a una señora paseando a su perrito, recogió su ropa, abrió la puerta y se arrojó hacia afuera. Corrió como una loca, escondiéndose detrás de los coches y en los semáforos en rojo golpeaba las ventanillas de los vehículos parados para pedir que la recogieran, pero solo llevaba unos meses en Francia y no conseguía hacerse entender, su francés no era lo bastante bueno, la gente creía que estaba pidiendo limosna y en vez de recogerla bajaba las ventanillas y le arrojaba monedas. Habiendo visto de pronto un autobús en una parada, se subió y se escondió detrás de un asiento. El conductor era amable, la llevó a una estación de metro y ella regresó a casa. A pesar de todo, volvió al trabajo al día siguiente, poniéndose un poco de maquillaje para ocultar los moretones, pero al cabo de unas horas se dio cuenta de que en realidad no estaba bien, no podía controlar el miedo, su corazón enloquecía cada vez que un auto se paraba a su altura, se dijo a sí misma que necesitaba un cambio de lugar,

entonces tomó el tren hacia Barcelona. Allí le dijeron que las españolas tenían el monopolio de la parte alta de la gran avenida de las Ramblas, mientras que las latinas, ellas, trabajaban abajo. Conoció a un grupo de alegres transexuales brasileñas, guapas, divertidas y sorprendentes, y a lo largo de los meses las chicas le habían levantado el ánimo y la ayudaron a recuperar fuerzas. Es más, le enseñaron tantas técnicas nuevas que, cuando volvió al Bois nueve meses después, le tocó la lotería: todas las noches, entre las ocho de la noche y las dos de la madrugada, tenía cincuenta clientes.

Francia pone los ojos redondos.

–¿Cincuenta?

–Te lo juro –dice la Carmencita con una modesta sonrisa–. Y cuando me iba a las dos, todavía había algunos esperándome.

Y luego la vida de Carmen se convirtió en un auténtico cuento de hadas: el hombre que la había fotografiado en la nieve en 1986, en sus comienzos, ¡se enamoró de ella! Se llamaba Simón. Era un coleccionista de arte un poco retorcido, pero muy simpático, y estaba fascinado por las trans. Le gustaba hacerlas ir a su casa y fotografiarlas con su sexo al aire. Las paredes de su piso estaban empapeladas con estas imágenes, para sus amigas era inofensivo y rentable. Pero al cabo de un tiempo Simón se dio cuenta de que quería mucho a Carmen y le pidió que se casara con él. ¡Carmen dijo que sí y su boda fue suntuosa! Entonces Simón le preguntó si no quería someterse a una operación completa para convertirse completamente en su mujer, ¡y de nuevo ella dijo que sí! Así que Simón le buscó un cirujano de renombre en Londres, todo fue bien y durante unos años la pareja vivió muy feliz. Pero luego, Simón contrajo un cáncer de los peores y la Carmencita que lo acompañaba al hospital para las pruebas y los tratamientos, lo vio marchitarse, lo cuidó durante dos años y medio y finalmente murió... ¡dejándole su piso! Como ya no necesitaba trabajar, decidió ayudar a las que seguían trabajando... Y así fue como se puso a hacer rondas con la furgoneta Magdalena.

Y si Marco se ha unido a las rondas, es de manera indirecta gracias a Francia.

La escena se desarrolla una mañana oscura y húmeda de noviembre de 2003. Francia está al límite de sus fuerzas. Debido a la falta de luz, noviembre es el mes que más odia en París, cuando has crecido cerca del ecuador nunca te acostumbras a los horarios europeos inestables, esa noche ha sido una basura, apenas ha trabajado, hay noches así, parece que los tipos se han pasado la contraseña de no venir, está asqueada y se muere de hambre, pero aún espera hacer uno o dos pases antes de volver a casa, así que aguanta.

Un poco antes de las siete, aún está oscuro como boca de lobo, ve acercarse a Marco, obsesionado con su interminable *jogging*, y esta visión no le causa mucha gracia. Aprecia a Marco, ese no es el punto, pero un amigo no es un cliente. Al detenerse para darle un beso de despedida, Marco le cuenta entre jadeos que Ariane se ha ido a Normandía para ayudar a unos colegas a organizar un festival literario, y Francia se abstiene de decirle que esa información no le interesa en absoluto.

–Pareces un poco pachucha –dice Marco.

–Pues sí. Aparte de convertirme en una estatua por no trabajar, me muero de hambre. ¿Tienes fruta o algo? Pensaba parar antes y no he traído bocadillo...

–Oh, no, lo siento, no tengo nada conmigo. Pero ven a casa si quieres, hay mucha fruta...

Francia acepta, tiene tanta hambre que teme desmayarse si va hacia el metro sin haber comido. Hacen el trayecto en silencio. Marco conduce a Francia a la cocina para que entre en calor, mientras él va en busca del frutero al comedor. Y de pronto, no tiene nada de racional, simplemente es así, es verdad, siente el desastre.

La habitación de Léo da al comedor, ese año estaba en primer año, todas las mañanas durante el *jogging* de su padre se iba al colegio dejando la puerta de su habitación abierta y, ahora la puerta está cerrada. Eso es todo, esa es la única señal, pero alcanza para que Marco olvide todo, la fruta, a Francia esperándolo en la cocina, su propio nombre, y entra en estado de

alerta roja. En dos segundos estaba frente a la puerta de Léo, agarró el picaporte, girándolo y sacudiéndolo en vano, lanzándose contra la puerta solo consiguió hacerse daño en el hombro. Recordando que la ventana de Léo da hacia un patio pequeño con un cobertizo con herramientas, atravesó la cocina como un rayo, rodeó la casa y tomó un martillo. Cuando el cristal de la ventana resultó ser irrompible, entró en pánico y Francia, sintiendo su terror, aunque todavía no le había dicho nada, marcó el 15 y dio la dirección.

A las 7.17 se hizo la llamada, a las 7.23 llegó la ambulancia, a las 7.25 derribaron la puerta de la habitación y Marco se quedó allí estupefacto junto a Francia, viendo cómo las enfermeras cargaban en una camilla a su hija de dieciocho años que parecía muerta, él se instaló en la ambulancia junto a ella y, una hora más tarde, los médicos le explicaron que, dada la cantidad de medicamentos que había tomado, casi todo el contenido de la farmacia con unos cuantos vasos de whisky por si no fuera suficiente, su supervivencia pendía de un hilo: si la llama da hubiera llegado diez minutos más tarde, no habrían podido salvarla.

Y esta es la historia. Aquel día, Marco había regresado a casa más pronto de lo previsto porque se había topado con una prostituta hambrienta. Sintiendo que había contraído una deuda para siempre con las putas, decidió llevarles un poco de ayuda dos veces por semana durante el resto de su vida.

Léo guarda secuelas del incidente, pero está viva, eso es lo único que importa, y es una persona maravillosa. Desde hace algún tiempo, recorre el distrito 9-2 en un Toyota y una silla de ruedas, y trabaja para una asociación que ayuda a las mujeres víctimas de violencia.

Francia sueña con que Vivian y ella se conozcan alguna vez.

7

Obelisco

Está nervioso hoy, Robbie R., muy nervioso, sin saber muy bien por qué. Todo está bien: está alojado en el Radisson Blu de los Champs-Élysées, su viático es más que suficiente y su portafolio desborda de proyectos relucientes, sin embargo, a cada instante tiene la impresión de que lo van a parar en la calle, le van a gritar, le van a preguntar qué está haciendo en París de traje y corbata, y exactamente a quién intenta embaucar.

Su psicóloga le dijo que intente relajarse y disfrutar del viaje. «Usted no ha cometido ni robo ni asesinato –le recordó con una sonrisa–. No carga con ningún crimen ni delito en su conciencia. Usted tiene tanto derecho como cualquiera de hacer un viaje a París en clase preferente, con todos los gastos pagados. ¡No solo es normal, sino que se lo merece!».

Y tenía razón su psicoanalista. Él había ganado cada partícula de ese privilegio. Fue con el sudor de su frente como había logrado salir de Harlem..., a diferencia de su padre, quien, después de que le destrozaron la pantorrilla en una reyerta cuando Robbie era adolescente, se encerró en su habitación y pasó los últimos años de su vida estancado y deprimido, un auténtico muro de silencio. Robbie ni siquiera recordaba el sonido de su voz.

Desde sus dos años, su madre consiguió matricular a Robbie en una reputada guardería del sur de Manhattan, por supuesto muy cara. Ella vigilaba sus deberes de manera obsesiva y él, cooperativo, trabajaba y ascendía, ascendía y trabajaba. Sus esfuerzos dieron sus frutos.

¡Su madre era una gran trabajadora! Comía barato, apagaba bombillas, caminaba hasta su oficina, hizo sacrificios para ayudar a Robbie a subir, peldaño a peldaño, desde la guardería hasta el instituto, por esa escalera de Jacob que es la educación privada en Manhattan. Estaba orgullosa de trabajar en la Universidad de Columbia (aunque solo fuera secretaria), orgullosa de haber participado en su juventud en las luchas del MLF y por los derechos civiles, orgullosa de haber

controlado su contracepción tan bien que solo había tenido un hijo: «¡Robbie me llena!», decía.

No soportaba que su madre la atosigara por teléfono desde Baltimore, diciéndole que una familia con un solo hijo no era algo serio, que la vida familiar era sagrada para los negros, preguntándole a quién recurriría si algo iba mal, ella le respondía que recurriría a los amigos, a las asociaciones y, pronto, al Obama Care... Jamás, ni en sus peores pesadillas, habría imaginado que Donald Trump sería elegido presidente de Estados Unidos en 2016 ni que, ahora incapaz de subir las escaleras de su edificio de la calle Ciento Veintisiete a causa de sus varices, se encontraría sin seguro.

«Yo no importo, Robbie, dijo ella, es tu vida lo que cuenta. Que tú te conviertas en alguien excepcional».

Cada vez que madre e hijo caminaban de la mano bordeando juntos la calle Ciento Veinticinco, Robbie miraba hacia el teatro Apollo. Su sueño era ser cantante o saxofonista, pero su madre le dijo que esa no era una opción, ya que los jazzistas no tenían ninguna seguridad laboral, y así se zanjó el asunto.

Antes de sus entrevistas de ingreso a las diferentes universidades de la Ivy League, la Sra. R. le dijo sonriendo: «¡No te disperses, Robbie! ¡Las luces apagadas a las diez! No malgastes tus fuerzas con las chicas, ya tendrás tiempo más adelante para jugar a los tortolitos».

Y todo había funcionado como un reloj, la inteligencia y la buena voluntad de Robbie R. habían convencido a todo el mundo... menos a él mismo. Incrédulo todo el tiempo, tenía la impresión de que todo era un sueño del cual despertaría, un error que se corregiría, una farsa que sería denunciada.

Sin embargo, siguiendo los consejos de su madre y de sus profesores, siguió su camino y de repente se encontró en la NYU Stern School of Business, convertido en un joven y apuesto hombre de negocios, de esos a los que los perdedores de Brooklyn y Harlem llaman Oreos, por las galletas de chocolate negras por fuera y blancas por dentro. A los veintidós años ya contaba con dos trajes (cuando llevaba uno, su madre limpiaba y planchaba el otro con sus propias manos), asistía a conferencias, dibujaba gráficos y estadísticas a diestro y siniestro, y dominaba las fútiles sutilezas de la bolsa de valores. En 2010, incluso antes de terminar su máster en Administración de Empresas, fue contratado por una de las *startups* inmobiliarias más punteras de Manhattan. Dos años después le ofrecieron trasladarse a Silicon Valley, pero él rechazó la oferta para permanecer cerca de su madre. Ella apenas se desplazaba, pero Robbie ganaba ahora lo suficiente para proporcionarle ayuda a domicilio y cuando ella hablaba por teléfono con su propia madre, siempre en Baltimore, rodeada de su innumerable prole, cada una le lanzaba a la otra: «Te-lo-dije». «Te dije que tenías

que hacer más hijos, que un hijo único era una locura». «¡Y yo te dije que iba a poder contar con la sociedad! ¡Mi hijo me paga ayuda a domicilio!»… A los sesenta años la Sra. R. estaba peor de salud que su propia madre a los ochenta, pero nunca se quejaba, su hijo era su estrella polar y ella no le quitaba los ojos de encima.

Robbie había sido testigo del lanzamiento de los primeros proyectos de Airbnb y presintió el potencial del concepto a escala internacional. Tras sus largas jornadas de trabajo, pasaba las noches buscando nuevas e ingeniosas ideas para enriquecer su empresa que fueran astutas sin ser abiertamente ilegales. Antes de meterse en la cama, comía y se masturbaba mecánicamente, recalentando para la primera de sus necesidades una de las comidas congeladas que su madre le llevaba todas las semanas, utilizando Pornhub para lo segundo, y teniendo cuidado de borrar su historial reciente y de tirar sus pañuelos de papel sucios a la papelera cuando se iba de su escritorio.

De manera obsesiva había seguido *The Deuce*, una serie que retrata la transformación del trabajo sexual en la calle Cuarenta y Dos en los años setenta, un mundo controlado por el hampa que los avances tecnológicos transformaron radicalmente. De un episodio a otro, de una temporada a otra, seguía la historia de un grupo de chicas que pasaban de la calle a los salones de masaje, de ahí a los *peepshows*, de ahí a los vídeos porno de baja calidad y, para terminar, al porno convencional. Hoy en día, el porno deja cada año en las arcas del hampa no miles, sino miles de millones de dólares al año.

Paradójicamente, lejos de disminuir, el malestar existencial de Robbie creció a la par que su salario. Cuando su sueldo superó el umbral de los cien mil dólares, esto explotó en la superficie de su piel en forma de psoriasis. Al constatar que la inflamación era inmune a los corticoides, su dermatólogo le sugirió que fuera a ver a un psicólogo. Por suerte, Robbie no tardó en encontrar a una terapeuta que le gustó y empezó a hacer terapia con ella; le interesó mucho el proceso. Ella le hizo comprender que él había interiorizado a su madre con tanta fuerza que esta seguía dándole consejos incluso *in absentia*. «Si espera mejorar algún día –le había dicho la terapeuta–, tendrá que liberarse a toda costa de esa opresión». Por casualidad, el consultorio de la terapeuta estaba situado en la calle Cuarenta y Dos, muy cerca de Times Square. Un día, cuando se iba, con la cabeza llena de sueños confusos y de recuerdos dolorosos, se le acercó una joven afroamericana TDS de belleza excepcional. Aceptó ir con ella, diciéndose que sería la forma perfecta de desafiar sus complejos y burlarse de su madre interior, pero también con la esperanza secreta de entregarse con aquella joven belleza a actos, que, con los ojos desorbitados y el sexo enloquecido, había visto mil veces en páginas porno. Lamentablemente, en cuanto la joven cerró la puerta del dormitorio su

cuerpo se paralizó. Nada que hacer, lo que se dice nada. Consternado, se marchó sin haberse siquiera tocado la bragueta.

Hoy, en París, ha mantenido una larga charla con sus colegas franceses sobre si la fusión de sus empresas aumentaría o reduciría los dividendos de sus accionistas, tras lo cual se ha hecho llevar a su habitación una bandeja con el almuerzo mientras estudia los gráficos de la bolsa. Todo iba bien, así que ¿por qué demonios estaba tan nervioso? Le parecía tener la cabeza llena de avispas, en lugar de pensamientos. ¡Si pudiera salir a beber algo con amigos! Pero en París solo tiene colegas, y en cuanto se encuentra en una terraza con ellos oye las advertencias de su madre: *«Cuidado, Robbie, querido. Ahorra, ahorra. No te excedas»*. Sin embargo, está orgullosa de él, él lo sabe, ¡y lo siente! Pero ella se ha vuelto tan frágil, está tan cansada, que no tiene derecho a decepcionarla, tiene que demostrarle a cada instante que no vivió en vano. *«¿Me ves, mamá? ¿Puedes ver a tu pequeño Robbie? ¿Puedes creerlo? ¡Estoy hospedado en los Champs-Élysées, a medio camino entre el Arc de Triomphe y el obelisco de la Concorde!».*

Mirando uno y otro alternativamente, Robbie R. siente repentinamente el impulso de agarrar el obelisco, hundirlo en el orificio dibujado por el arco, sacarlo y volver a hundirlo, una y otra vez... y luego ir más allá.

Salta a un taxi.

Hace un rato en la terraza del Starbucks, sus colegas le han hablado de las mujeres trans que trabajan allá en el bosque, más allá de la plaza de la Étoile. Ha encendido un cigarrillo electrónico para recuperar la compostura. «¿No lo sabías, Robbie? ¡No es posible! –le increparon–. Llevan allí décadas, es famoso, ¡es una visita obligada en París!». Entonces empezaron a tomarle el pelo de manera burda... «¡Disfrútalo! ¡Haz que una ramera brasileña te haga cosquillas en la próstata!».

Ahora, ha llamado a un taxi.

Irá. El obelisco lo lleva entre los muslos.

El taxi pasa el Arc de Triomphe y va más lejos. Más lejos.

Esta vez no flaqueará.

VIII

Alejandro

¡Ah, estos hombres de negocios!, piensa Francia.

El que acaba de irse hace todo lo posible por aparentar, pero no lo consigue. Podrá vestir traje, corbata y zapatos relucientes, afeitarse la cabeza para ocultar la calvicie incipiente, pero sus angustias son tan fuertes y sus carnes íntimas tan frágiles como las del joven de Auteuil, el de hace un rato, con su camisa Lacoste, sus vaqueros negros Calvin Klein, su corte de pelo impecable y su *smartphone* de última generación. Todo el mundo se disfraza, de hecho, se dice Francia, solo que a nosotras, las TDS, se nos nota más porque nos gusta exagerar. Cejas depiladas y dibujadas muy en lo alto sobre la frente, labios transformados en fruta madura por cremosos rojos carmesís, uñas postizas porque tenemos que poder quitárnoslas para deslizar los dedos por todas partes, joyas brillantes, corpiños ajustados, encajes negros, medias de red doradas, fajas para realzar nuestras formas rollizas, protuberantes, salientes, nuestra carne loable y alquilada. Cada una hace lo que puede para anunciar al mundo los sueños que ella tiene y aquellos que ella facilita. Flora, la brasileña de allá abajo, lleva botas de plástico hasta el muslo que le rozan las nalgas, tacones de veinte centímetros y un escote de falso leopardo, a lo lejos, al otro lado, Florica, la rumana, acentúa su aspecto de jovencita perdida en la selva con vaqueros muy ajustados, pelo largo castaño claro y una delgadez inquietante, mientras que Ángel, la argentina, cuelga en los lóbulos de sus orejas ositos de peluche… En cuanto a Adriana, la cubanita, se gasta todo el dinero para

que una china transforme cada una de sus diez uñas en una obra de arte diferente.

Y yo, la Griffonne, también represento un papel, por supuesto, y cuido mi aspecto en consecuencia. Mi *look* natural es un *look* entre otros, paso probablemente tanto tiempo tiñéndome el pelo como las TDS y mi sonrisa es una pose como la suya. Si pensara que puedo obtener más información siendo agresiva, lo sería, eso seguro, las ametrallaría a preguntas.

En suma, todo el mundo es puta, todos tratamos de complacer al otro para obtener lo que necesitamos, pasamos el tiempo deambulando, topándonos, chocándonos y dejándonos, en el escenario de la vida como en el del Teatro Colón de Bogotá donde Francia ha asistido a tantas óperas con Alejandro...

¡Ah! ¡Ópera! ¡Alejandro!

... Un día muy ajetreado de 1992, Ruby se duerme en un banco del barrio en plena media tarde y pasa un hombre alto y moreno de unos treinta y muchos años, primer asesor de un ministro del gobierno de Gaviria. La visión de la bella durmiente lo perturba.

«¡Parecías una estatua! –le contaría él más tarde a Ruby–. ¡Una magnífica estatua que cayó del cielo y aterrizó allí, en el banco! Hubiera querido despertarte con un beso, ¡pero tenía miedo de asustarte y hacerte huir!».

Él busca y encuentra una mentira creíble: le dice que una pandilla de niños estaba a punto de robarle sus cosas y que al ahuyentarlos la empujó sin querer... Luego, supuestamente para recuperarse de sus emociones, la invitó a tomar una copa. Es un poco exagerado, pero viendo a ese chico tan guapo, Ruby todo lo que quiere es seguirle la corriente. Todavía completamente drogada, ella se estira, se endereza y deja que la ayude a levantarse. Cuando Alejandro ve que la chica es varios centímetros más alta que él, y que además cojea, cae rendido.

Una hora más tarde, es ella la que está subyugada. Nunca había vivido algo igual: un hombre que la mira a los ojos, le hace cumplidos sobre su

vestido, su pelo, su perfume, le toma la mano en la mesa, la acaricia, le hace preguntas, escucha sus respuestas, estalla en carcajadas cuando ella cuenta un chiste...

Decir que Alejandro no pertenece al mismo estrato social que Ruby sería quedarse corto. Él está casado y es padre, tiene un hijo de diez años y una hija de doce, ambos matriculados en el liceo francés Louis Pasteur, al este de la capital. A su lado, Ruby va a dar sus primeros pasos no solo en el país del amor, sino también en el de la cultura, los dos entrelazados. En las semanas que siguen, él la inicia en la pasión de los cuerpos, en los museos y en la vida política (muy distinta a la del papá, que solo se burlaba). Le enseñó a descifrar los titulares de los periódicos. Finalmente, en junio, como guinda inesperada en el pastel, le compró un magnífico vestido de noche, dorado, escotado, y una boa negra y la invitó al Teatro Colón a ver *Aída*.

Aquella velada marcaría un antes y un después en su vida.

Llegaron por separado a la suntuosa sala de mil butacas con su techo en forma de vagina, Ruby y Alejandro se saludan cortésmente con una inclinación de cabeza y se acomodan en dos asientos vecinos. Nadie debe adivinar que están juntos. A nadie se le ocurriría asociar a la mestiza alta que renguea con el joven de rasgos puramente hispanos sentado a su derecha, sobrio y esbelto en un frac..., pero tensado hasta el límite, el arco del deseo vibrará entre ellos durante toda la velada.

En cuanto se apagan las luces del teatro, la mano izquierda de Alejandro aprieta sigilosamente la derecha de Ruby y la música de Verdi la conmueve hasta lo más hondo: poderosas voces de sopranos y bajos, quienes, en lugar de degenerar en un caos como ocurría con las discusiones en casa, se dejan acompañar y entrelazar por los instrumentos de la orquesta. Cuando cae el telón, dos horas y media después, su rostro está bañado en lágrimas. Alejandro se escabulló rápidamente, pero ella sabía que él había entrado en su vida para siempre.

Protegida, apoyada y animada por este amor, fue en aquel otoño, justo después de la promulgación de la nueva Constitución, cuando Ruby decide iniciar su transición. La primera vez que abordó el tema con Alejandro, estaban tumbados en la cama después del amor. Acurrucada contra lo largo de su cuerpo desnudo, sintió la suave piel del pecho de su amante contra su mejilla e inhaló el penetrante y delicado aroma de sus axilas. Mientras acariciaba su abdomen con una mano, apretando su sexo flácido con la otra, ella le comenta la idea que le había estado rondando la cabeza y acelerándole el corazón.

–Si tú tienes deseo de hacerlo, mi amor –dice Alejandro–, hay que hacerlo.

Una fuente de placer brotó en el pecho de Ruby.

–¿Me seguirás?

–No solo te seguiré, ¡sino que haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte! –Y Alejandro le plantó tiernos besitos por todo su cuerpo, incluido su tobillo torcido.

–Estoy feliz de saber que estás aquí y estás de acuerdo –dijo Ruby–, pero quiero pagarme las hormonas yo misma.

–Sí, te entiendo. Solo tienes que prometerme que no dejarás que te inyecten silicona industrial para ahorrar dinero. Esa cosa es horrible.

Y Ruby se lo prometió.

Para financiar su transición acepta, uno por uno o simultáneamente, varios trabajos esporádicos: limpieza en casas burguesas, manicura para hombres, peluquería. El proceso dura casi dos años. Semana tras semana, porque Alejandro la ama con amor, ella gana confianza en sí misma. Deja El Cartucho para siempre. Ahora se estira y suspira en la cama, sonríe y se mueve por la calle como una mujer; ahora, al cabo de unos meses de tratamiento, ella empieza también a hablar de sí misma en femenino y a sentirse verdaderamente ella. *Todo* se transforma: sus caderas se redondean, sus nalgas se desarrollan y su voz, gracias a las sesiones de ortofonía, sube hacia los agudos.

Es una muy buena época, sobre todo porque el amor de Alejandro le da alas. Cada semana, dejando discretamente a su familia o su trabajo, se

arroga unas horas para estar con ella. Ya sean caricias en la cama o paseos por la ciudad: decidan lo que decidan hacer, las horas que pasan juntos son sagradas.

Hacen varias veces la expedición a Monserrate. A dos mil seiscientos metros, Bogotá ya está en las nubes, pero una montaña domina la capital y la basílica en su cima la supera otros doscientos metros. Cada vez que suben al funicular a Ruby se le acelera el corazón y le da vueltas la cabeza. Allí arriba entran en la iglesia blanca de paredes desnudas y se arrodillan ante la Morena, una hermosa Virgen africana cuyo color de piel se parece al de su papá y un Niño Jesús también negro. Al cabo de un rato salen y empiezan a pasear por detrás de la iglesia junto a los puestos de artesanía para turistas. Ruby se da cuenta a menudo de que la gente la mira: probablemente se preguntarán si ha venido a buscar una cura milagrosa para su cojera.

Ante el panorama que se extiende hasta perder la vista, Alejandro le muestra los distintos barrios de Bogotá, los monumentos, las cúpulas de las iglesias, la universidad, la Torre del Parque. Le cuenta la historia de la megalópolis, elogiando a los arquitectos revolucionarios que concibieron y diseñaron sus rascacielos. Ruby está impresionada, menos por los conocimientos de su amante que por el respeto que le muestra al compartirlos.

–El conocimiento no es solo para los eruditos –le dice–, es para todo el mundo. Ahora eres ciudadana de Bogotá, ¡se ha convertido en tu ciudad! ¡Y es la ciudad la que depende de sus ciudadanos, no al revés!

Que él le hable así la emociona.

Entonces ocurrió el desastre.

En enero de 1994, pocas semanas después de la ejecución de Pablo Escobar por un policía distraído, la esposa de Alejandro descubrió su relación. Una de sus amigas, habiéndolos visto juntos demasiadas veces en la ópera, sembró la sospecha en su corazón. Alejandro intentó convencerla de que, al estar en un plano completamente diferente, su amistad con este

chico-chica no amenaza en absoluto su matrimonio; pero la esposa no quiere saber nada del tema. Ella le insta a elegir, le asegura que ya habló del asunto con su abogado y le advierte que, si no pone fin a esta relación que está manchando la reputación de toda la familia, ella simplemente le impedirá ver a sus hijos.

Tironeado y atormentado, Alejandro desarrolla dolores gastrointestinales y luego un herpes. Los médicos le ordenan reposo absoluto, por lo que no sale de su casa. Su mujer lo cuida con ostentosa devoción. Él llama a Ruby todos los días y ambos lloran por teléfono.

¡Menos mal que están las amigas! Todas las amigas TDS de Ruby –Andrea, Camila, Gabriela, Verónica, Diana, Sara y Angelina–, que en diferentes etapas de su transición comparten las penas y las alegrías. Una vez, organizaron una excursión dominical a Monserrate. Como el funicular cuesta caro, subieron a pie por el bosque pleno de verdes, ¡es un trayecto de dos horas por un sendero salvaje! Llevaron un pícnic, cantaron fuerte desentonando y se divirtieron tanto que Ruby casi olvidó su angustia.

Un día, Alejandro le pidió que no lo llamara más. Él necesitaba tiempo para pensar.

A finales de febrero, le dio una cita.

Los amantes se reúnen en la vieja posada Selina, no lejos del Teatro Colón, donde habían conocido tanta felicidad, y antes mismo de que él abordara el tema, Ruby supo por el tono solemne de su voz que su historia había terminado. Alejandro le jura que no es por su esposa que tiene que separarse de ella –desde hace mucho tiempo no había nada entre ellos– es por el futuro de los niños. Si el mundo se entera de que su padre es homo, su futuro se vería comprometido y su reputación manchada. Perder a su hija y a su hijo simplemente lo mataría. No lo superaría nunca. «¡Oh, Ruby, mi querida, mi amor!».

Separación sin retorno.

Para ella es un terremoto, no hay otra palabra. Todavía hoy, ella siente los temblores.

Eligió de su lista de reproducción Viento, un magnífico dúo flamenco con Pedro Soler en la guitarra y su hijo Gaspar Claus en el violonchelo. Ojos cerrados, se entrega a esa música-llamarada y escucha las historias que él le cuenta... Al cabo de un rato, me adivina a su lado.

–¿Estás bien, Griffonne? –me pregunta sin abrir los ojos–. Te encuentro muy callada.

–Mmm, estoy más o menos –admito.

–¿Qué te pasa? ¿No te gusta este CD?

–Sí, sí, al contrario. Poca música me emociona tanto como esta.

–Entonces, ¿qué te preocupa?

–Bueno..., tengo un problema, no sé dónde poner la carta de Alejandro.

–Puedes ponerla aquí, ahora mismo, si quieres. No me molesta. ¡Es una carta tan bonita! ¡Y es tan importante!

–Está bien, la pondré aquí enseguida. Gracias. Un *flashforward*.

Fin del 2000, pocos meses después de su llegada a París, Alejandro le escribirá una larga carta sobre la destrucción de El Cartucho –una carta que él le dejará en el consultorio del doctor Lofiego, quien se la confiará a una amiga trans de Francia que viene a veces a París–. Llega a sus manos un año después, la primera carta de su amante absoluto después de su separación-terremoto y la única que recibirá jamás. Francia escucha seguido hablar de Alejandro porque su carrera política está en pleno apogeo, pero todas las noticias le llegan indirectamente. Y luego, a finales del 2000, él le escribe esta carta.

Francia la ha releído tantas veces que la conoce de memoria, puntualmente, resucita las frases de su amante, el cuadro terrible que él pintó para ella con sus palabras. «*Ruby, amor* –escribía Alejandro–*, necesito escribirte porque el alcalde ha ordenado la destrucción de El Cartucho, de hecho, de todo el barrio de Santa Inés. En recuerdo de nuestra historia paso por allí cada día, no puedo evitarlo. Una visión infernal, mi amor. Es todo un universo que humea allí en este instante, un universo reducido a basura hedionda y humeante. Contemplo este paisaje de desolación*

infinita, acudo a ti que has vivido allí tu juventud..., y necesito describirte esto, lo que ningún canal de televisión filma, necesito que lo puedas imaginar. Todo se amontona, escombros y desechos, muebles volcados, trozos de chatarra, ropa, comida, chapa ondulada, y es precisamente la mezcla lo que resulta deprimente, infame. De día, pequeños fuegos crepitan por aquí y por allá. Por la noche, los fuegos artificiales brillan y brotan sobre los escombros. Una pala mecánica llega cada mañana para llevarse una minúscula fracción de este desastre innombrable... Mis ojos se tragan la tristeza. Todo se destruye. En lugar de excavadoras, se usan herramientas lentas y primitivas, picos y palas, para derribar los edificios. Ladrillo a ladrillo, tabla a tabla, todo se arranca, se cae y se amontona en un revoltijo hasta donde alcanza la vista, incluido el matadero, el Matadero Municipal, ¿recuerdas? Todo el barrio era, de hecho, un matadero, donde descuartizaban la carne, tanto humana como animal, troceando piernas de ternera y muslos de hombre, amontonando miembros, órganos y cabezas, por las cunetas la sangre corría hacia las alcantarillas, era el sacrificio más absurdo, el sacrificio vaciado de sentido, como si los habitantes hubieran llevado hasta el delirio el mensaje cristiano, sin siquiera el respeto que le ofrecemos a los toros cuando los comemos después de una corrida: acá las personas han sido asesinadas, cortadas y tiradas a la basura, la humanidad privada de sus símbolos, reducida a nada, a menos que nada. Trato de entender, mi amor. ¿Quién puede hacer esto, encontrar normal vivir así? Pienso que la respuesta es simple, en realidad: los desarraigados. Sabes, Colombia posee el récord mundial de desplazamientos forzosos. Los refugiados internos se cuentan por millones: campesinos expulsados hacia las ciudades, habitantes de la costa expulsados al interior, ciudadanos arrojados a las carreteras por el conflicto con las FARC. Para liquidar y denunciar sin escrúpulos a un ser humano, hay que dejar de ser persona. Los hombres sin fe ni ley son también hombres sin padre ni madre, sin patria ni pueblo. Ten cuidado, mi amor. Cuida tus raíces».

Al leer esta carta por primera vez Francia había llorado a mares, hizo mil intentos por responderle, encontrarse con Alejandro por correo o por

teléfono, agradecerle, preguntarle… Todas sus tentativas chocaron con un muro de silencio.

Ahora, comienza a tener un poco de calor: si le trajeran un helado de vainilla, ella no lo rechazaría.

8

Zapatillas

El pastor Scott S. transpira abundantemente.

Con paso vertiginoso salió huyendo de la Iglesia Americana después del oficio y del almuerzo, recorrió desde el Quai d'Orsay hasta el Bois de Boulogne pasando por la plaza Alma, la plaza États-Unis, la calle Copernic (donde saludó con emoción al inmenso genio polaco del Renacimiento, cuyas observaciones astronómicas revolucionaron el pensamiento), la calle Bugeaud (donde, como jamás había escuchado hablar de este general de la armada francesa que ordenó llenar de humo las grutas de Dahra en 1845, haciendo perecer así a centenares de hombres, mujeres y niños argelinos que se habían refugiado allí, no pensó en nada en especial), la Porte Dauphine y la Route de Suresnes. Hace media hora que corre, ha hecho cinco kilómetros como mínimo, más tarde lo verificará con su cuentapasos, menos mal que se puso las zapatillas y no los zapatos al salir esta mañana.

Ya no hay coches: es la hora de comer y Scott está, por así decirlo, solo en el corazón del Bois. Aquí nadie lo tomaría por un pastor. Lleva diez días en París y se marcha pasado mañana. No sabía adónde lo llevaban sus pasos y, sin embargo, en algún lugar de sí lo sabía. Suda, pero es agradable, el sonido ronco y rítmico de su respiración ocupa el universo. *«Es solo que... a veces... buen Dios* (se dice a sí mismo jadeando dos sílabas por exhalación) *simplemente uno no puede... soportarlo más»*.

Está muy bien ser el adorado pastor de la Iglesia Unitaria de un pequeño pueblo de New Hampshire, conocer personalmente a todo su rebaño, tener una bonita esposa llamada Marjorie, quien, aunque se licenció en psicología comparada en Radcliffe, cuida como voluntaria el museo de artefactos nativos americanos del pueblo vecino, y poder, gracias a la herencia dejada por su difunto suegro, banquero en Boston mientras vivía, pagar veinte mil dólares semestrales para enviar a sus tres hijos a los mejores institutos privados de la Costa Este, mientras espera poder pagar aún más para enviarlos a las mejores universidades.

Está muy bien haber recibido el apoyo de los donantes generosos de la parroquia para hacer prácticas en la Iglesia Americana, iglesia premiada varias veces por la ciudad de París por la ayuda que presta a los más desfavorecidos del mundo. *«Está muy bien... todo eso..., Dios mío..., pero bueno..., a veces...* (la respiración ronca se repite sin cesar), *a veces... la hu... ma... ni... dad... me agota».*

Sí, él está cansado y exasperado por lo que acaba de vivir. No soporta la chillona bondad de toda esa gente, el coraje exhibicionista con el que abren su corazón a las miserias del mundo. En la Iglesia Americana se pueden ver danzas folclóricas filipinas, compadecerse de los supervivientes del genocidio ruandés, aprender recetas de cocina de ciudadanos esrilanqueses traumatizados por la guerra civil, escuchar el rap evangélico de los afroamericanos víctimas del racismo. Esos grupos sonríen, sollozan y rezan en cadena, pasan el tiempo saltando, aplaudiendo y agradeciendo ruidosamente al Señor, y en medio de todo ese estrépito, toda esa buena voluntad autocomplaciente, Scott ya no sabe ni dónde ni cómo reencontrar su propia fe, nacida del sentimiento de una gran vocación.

A los quince años vivió una epifanía: sintió que Dios le había confiado, a él más que a nadie, la tarea de explicar a los demás la profunda unidad entre la religión y la ciencia, hacerles comprender por qué la creación les parecía bella, de qué manera y con qué propósito el Creador había codificado el sentido de las cosas en elegantes fórmulas matemáticas correspondientes a simetrías, curvas y espirales, una plétora de formas perfectas. Como escribió William Blake en su famoso poema, *«tigre, tigre, que te enciendes en luz / por los bosques de la noche, / ¿qué mano inmortal, qué ojo / pudo idear tu terrible simetría?».*

Sus comienzos en la vida fueron, cuando menos, modestos. Hijo único de una pareja que trabajaba en las hilanderías de Exeter, cursó sus estudios superiores en Keene State. Es modesto en verdad, pero poco importa porque su revelación no se la debe ni a la familia ni a la universidad, sino a la belleza natural de la región: fue en el monte Monadnock donde comenzó su diálogo con el Altísimo.

Admira sin reservas a Galileo Galilei quien, siendo creyente como era, había osado afirmar que Dios le había dado su inteligencia para que la utilizara, no para dejarla en barbecho. Nada conmovía más a Scott que la idea del astrónomo italiano puliendo pacientemente sus lentes hasta que al caer la noche, siempre que el cielo estuviera despejado, se subiera solo al techo de la casa más alta de Venecia, anotando sus observaciones y sacando sobriamente la conclusión siguiente: *«¡Copérnico tiene razón, la Tierra no está en el centro del universo!».*

Scott había memorizado un pasaje del hermoso libro de Dana Sobel, La hija de Galileo: «*Él simplemente tuvo la audacia de repetir que el descubrimiento de las verdades naturales solo podía proceder de la ciencia, pues creía que solo este*

tipo de verdades podían glorificar la palabra y la obra divinas». Era tan sublime y tan obvio.

A partir de entonces, siguiendo el ejemplo de su ídolo, se hizo partisano de la escritura matemática del libro del universo. Había elegido la Iglesia Unitaria porque, ante sus ojos, el catolicismo imponía una forma de pensar obtusa y cerrada. No comprendía cómo de la doctrina de Jesucristo había podido surgir el sistema papal, con su jerarquía y teatralidad monstruosa. La Iglesia de Roma siempre le había parecido no solo materialmente costosa, por tanto, contraria a las enseñanzas de Cristo, sino, además, espiritualmente débil. En lugar de elevarse con flexibilidad y alegría por los caminos del pensamiento, como lo ha previsto el Altísimo, las mentes de los sacerdotes católicos se habían dejado entorpecer por certezas estrechas. Sus cuerpos estaban en el mismo barco. A Scott le resultaba chocante ver a cientos de hombres panzudos con mitra y sobrepelliz, cargados con pesadas telas bordadas y enjoyadas. Exhibir así su riqueza los ayudaba sin duda a olvidar sus pobres cuerpos condenados a la esterilidad. También en este caso, en principio, no hay contradicción entre religión y ciencia: si el Señor no hubiera querido que usáramos nuestros órganos reproductores, ¿por qué habría hecho que su uso fuera tan placentero? Al fin y al cabo, pensaba Scott, estoy más cerca de Él en zapatillas y vaqueros que todos esos señores con casulla, estola y sotana.

Por desgracia, su filosofía no tenía cabida en el mundo actual. Hace veinte años, autores como Chet Raymo o Hubert Reeves aún podían incitar a sus lectores a maravillarse ante el cielo estrellado (como Scott en sus exaltadas noches en el bosque de New Hampshire); hoy, eso se ha terminado. La ciencia había quedado relegada a los militares y a los bancos, a las *startups* y a los transhumanistas. En cuanto a la Iglesia, se había convertido en un cajón de sastre, una Babel desordenada. La prueba...

Abandonando por fin la carretera de Suresnes, Scott entró en la Allée de la Reine-Marguerite. El sudor le corría por la espalda. *«A veces... a veces...»*, se dice a sí mismo, «*solo... quiero... que todo... se detenga*».

Estaban muy bien los cursos mensuales de sexualidad que seguía su esposa, en los que, previo pago, ella y otras mujeres maduras del pueblo aprendían a manipular penes de silicona con vistas a complacer a sus maridos; también estaban muy bien las sesiones de terapia de pareja en las cuales él y Marjorie intentaban verbalizar sus expectativas concretas en materia de erotismo (después de más de veinte años de matrimonio, ella había osado confesarle que la postura del misionero era probablemente la que menos le gustaba, pero que por otro lado la postura del sesenta y nueve la volvía loca)…

Allí tampoco: nunca hay lugar para el silencio, para lo sagrado.

Con el corazón palpitante, con todo el cuerpo acalorado, erecto y reluciente de sudor, Scott deja por fin de correr y empieza a caminar. De nuevo, por pares, sílabas furiosas estallan de sus pulmones sin aliento. *«Así... tal vez... una... puta... como... esa... hombre... mujer... puede...»*

¿Quién sabe?

Sin complicaciones, sin aspavientos, sin mil palabras a la entrada y a la salida, esa persona tal vez esperaría a ver qué deseaba él. Él le pagaría y el tiempo se dilataría, se volvería tan vasto como Dios, como las noches en vela de Galileo en los techos de Venecia. Atento a cada golpe de lengua de esta persona en su glande, Scott conseguiría traducirlo en destellos, flores, ramificaciones, los mismos gestos con los que Dios había dotado a su creación. Las mismas curvas perfectas, la misma *terrible simetría*, ya se trate de flores, estrellas o animales. Los tropos del verbo se encontraban con los del número, las palabras *elipse*, *parábola* e *hipérbole* se utilizaban tanto en poesía como en matemáticas: todo está relacionado. Pero para sentir estas conexiones profundas, había que tomar el tiempo de meditar, de sumergirse en ellas. En la punta del glande, la lengua de esta persona haría espirales similares a la concha de un caracol, a la cola de un caballito de mar o al movimiento del agua en un desagüe. En cuanto a los empujones de sus caderas, avanzando suavemente su sexo en el cuerpo del otro..., esto también Dios lo había querido: Él había querido este placer que sube en nosotros por etapas, como el trueno retumba *in crescendo* durante una tormenta. Los hombres son un trueno: ¡los mitos del mundo entero lo dicen! Hechos no para desmenuzar su propio comportamiento *ad infinitum*, sino para retumbar, tronar, estallar.

Se trata de reencontrar y perpetuar los arquetipos.

Scott a su vez se esforzará por darle placer a esta persona –porque ella debe conocer, como él, el sentimiento de soledad en medio de la multitud–.

Oh, sí..., igual que él..., igual que él...

IX

Bizet

Vaya..., ¡se podría decir que ese necesitaba ser poseído!

La mayoría de las veces, como para ese pastorcito, ahí todo pasa rápido: algunos movimientos sutiles, tres o cuatro empujones y ya está bien, alcanzan el éxtasis, Francia no está obligada de llegar hasta el final... felizmente, si no, se convertiría muy pronto en un infierno. Si ella tuviera que llegar al clímax diez o veinte veces al día, no se atreve ni a pensar en la cantidad de Spedra o Viagra o Cialis o de Levitra que le haría falta tomar...

A veces se pregunta por qué la pasividad tiene tan mala prensa. Esto es más cierto todavía en Colombia que en Francia. Un macho necesita saber en todo momento quién manda, quién se ha follado a quién, quién ha sido poseído por quién. Él puede pagar para ser sodomizado por un hombre, con la condición de golpearlo después para probar que él no era pasivo. Por una mujer (aunque les encantaría), no: en Colombia, la vergüenza es demasiado grande. Ruby se reía a menudo de esto con Alejandro durante sus años de transición: mientras se seguía pareciendo a un chico, los hombres querían que los poseyera; cuanto más femenina se volvía, más insistían en dominarla. Una vez convertida completamente en Ruby, nueve de cada diez clientes querían metérsela; solo uno de cada diez quería que ella se la metiera.

En París, es justamente la proporción inversa.

–¿Sabes qué, Francia? –me permito intervenir–. Escribí un poema sobre este tema hace unos años. Se llama «Pasividad sublime».

–¿Y sobre qué no has escrito, Griffonne? ¡Espero que me lo muestres un día!

–Estoy tentada de deslizarlo ahora, acá, en el libro, contigo.

–¿Tú crees? ¿Va a parecer raro, no te parece?

–¡*Please!*

–¿... Y si lo pusieras en una nota a pie de página?

–No, tengo ganas de meterlo ahora, en el medio de la página, ahora, ya.

–Eres tú quien decide, Griffonne, pero yo encuentro que es un poco raro.

Pequeño silencio.

–Tienes razón, Francia. Lo siento, te pido disculpas. Ha sido una idea estúpida.

–No, no, estoy segura de que es un poema muy bueno, pero tú ves..., creo que iba a ser extraño.

Mira. Ruidos de pasos cerca. Crujido de ramas, voces roncas.

–¿Francia? Perdón...

–Siento molestarte, Francia...

Por el acento, Francia reconoció a las rumanas.

Tiene que haber un problema, si no, no irrumpirían así durante sus horas de trabajo.

–¡Ya voy! –Un rápido vistazo al espejo, está casi presentable. Al tiempo de retocarse el *rouge* y de ajustarse la minifalda, sale de su cambuche–. ¡Hola, chicas!

Ellas son tres: Ileana, Marina y Andrea. Francia se da cuenta por su palidez de que es grave.

–Es Florica –dice Ileana.

–¿Qué, Florica?

Francia no quiere que la joven rumana esté muerta. Hoy no.

Se ha convertido en un buen día y quiere que siga así.

Fue en la furgoneta Magdalena, hace algunos meses, donde conoció a Florica, recién llegada de Cluj, donde había nacido. Conmovida por la

fragilidad notoria de la joven rumana, Francia hizo mil esfuerzos por animarla. Durante varias semanas la mimó con aguapanela y le preguntó sobre su vida. Las dos mujeres añadían gestos y muecas para compensar su francés defectuoso.

El verano anterior, mientras acababa de festejar sus dieciséis años, la joven rumana había decidido escaparse a Berlín, para demostrar a sus padres que podía arreglárselas sola. Mala suerte, casi de inmediato se había topado con un vampiro, uno de esos proxenetas desalmados que atraen a las chicas hermosas de las provincias con la promesa de un trabajo en Occidente y que habiéndolas brutalmente desvirgado, las hunden en el infierno de la prostitución forzada. Los vampiros rumanos son criminales tan siniestros como las madamas que en Nigeria secuestran a las jóvenes demasiado crédulas, les mienten, las hacen violar, las convierten en carne de cañón y las explotan a muerte, obligándolas a trabajar durante diez años para pagar la deuda de su traslado a Europa. Francia no sabía qué podía ser peor en el mundo que estos señores-señoras; con todos los perdones de santa María, santa Marta, santa Rita, la santísima Virgen, el Sagrado Corazón y san José, le daría un placer infinito arrancarles la cabeza con sus propias manos.

–¿Qué, Florica? –repite.

–Llora todo el tiempo –dice Marina–, y pregunta por ti. Como tú has nacido el mismo año que su madre, eres un poco como su mamá del Bois...

–Sí, ya sé. Espera, voy a por mi bolsa.

Cortan camino a través del bosque, pasando del Barrio Latinas a Mitteleuropa.

–¿Qué le pasa a la niña?

Andrea y Marina echan una mirada nerviosa en dirección a Ileana, la mayor y la más aguerrida de la banda. Es a ella a quien le toca responder.

–Todo está bien, todo está bien –murmura Ileana en un tono que dice todo lo contrario–. Pero... bueno... no sabemos cómo pasó... En principio todas tomamos la píldora, es obligatorio...

–¡Está embarazada!

–Es decir, que se ha quedado embarazada, sí, y...

–¡Ay, mierda, la pobre chica! Y ni idea de quién es el padre, por supuesto...

–Eso, yo te cuento lo que pasó. Es que..., vaya..., hace unas semanas, Florica había desaparecido. No sabíamos dónde estaba. No contestaba al teléfono..., un misterio total. Esto ha durado quince días, luego volvió en... en mal estado. Ella apenas podía caminar, no comía nada... Poco a poco fuimos encajando las piezas del rompecabezas: los proxenetas le dijeron que mentía sobre el dinero, que no les daba todo lo que gana... Para castigarla, la llevaron a una de las urbanizaciones cerca de Saint-Denis y la encerraron en un estudio, ella no sabe dónde. Le confiscaron el teléfono. Pasó varios días sin ducharse, casi sin comer..., pierde la cuenta de los hombres que van a verla. No recibe ni un céntimo, pero los proxenetas dicen que de este modo ya les paga. Esa es la historia. Y… a su regreso..., no le viene la regla...

–¡Ay, Dios! –Francia tiembla de rabia.

No hay ninguna duda, se dice ella, las mujeres cis están más en peligro aún que las mujeres trans. A una mujer trans la cirugía puede fabricarle una bonita orquídea, pero no puede fabricarle un útero. A una mujer trans se la puede violar, sucede todo el tiempo, pero no puede quedarse embarazada. De este modo tiene un poco menos de miedo que una mujer cis: solo teme por sí misma, no por el bebé que podría germinar en su vientre y al que luego tendrá que hacer vivir o morir. (Si el papá lo hubiera violado, a él, Rubén, cuando era pequeño, hubiera sido atroz. Pero al hacerle un hijo a Vivian destruyó a toda la familia. La vida de Vivian ha quedado arruinada para siempre, la mamá aún no se ha recuperado, la pequeña Xiomara ha sufrido los insultos del vecindario durante años...).

–¡Ay, Dios! –dice en voz alta–. ¡Y está buscando un médico para que le saque el niño!

–No, no es eso –dice Ileana–. De hecho, ella... No, tú ves, el problema es que... Bueno, como todas las jóvenes que llegan a Francia escondidas en la parte de atrás de un camión, no tiene papeles, así que no tiene derecho a la Seguridad Social...

Silencio. Francia oye crujir las pequeñas ramas bajo sus pies. En voz muy baja Ileana responde por fin a su pregunta.

–Así que, ya está... Lo hicimos nosotras.

–¡*Jueputa*! –suspira esta vez Francia–. Y no salió bien.

–No, no –Marina se apresuró a tranquilizarla–, ¡eso sí salió bien! Es que, desde entonces, no quiere levantarse. No come, no habla, no quiere nada. Entonces hace un momento, cuando ella pidió verte, nos ha alegrado mucho. Es la primera vez en tres días que quiere algo.

La pequeña banda llega frente a la tienda de Ileana. Mientras que las otras tres se quedan fuera por discreción, Francia se mete en el interior. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la penumbra. Cuando por fin ve a la joven sentada en la cama donde ejerce su oficio, es un shock ver hasta qué punto ha perdido peso. Tiene la piel blanca, demasiado blanca, su noche también debe haber sido blanca..., y sí, claro, tiene sentido, la nieve es blanca también. (Francia ha crecido con esto: en Colombia todo gira alrededor del perico, es la columna vertebral del país desde hace tres cuartos de siglo, a tal punto que frente al televisor nos cuesta distinguir las series de los noticieros). Por supuesto, los vampiros le habían dado coca: adicta, ella seguía bajo su poder.

Sentada cerca de Florica, Francia deja escapar un suspiro. Le vuelven en cascada los días grises y desagradables de sus años en El Cartucho. Vuelve a ver a los fantasmas deambulando desesperados por droga, y no ha de costarle imaginar lo que ha debido ocurrir en Saint-Denis: a cambio de su dosis diaria de coca, Florica debía aceptar a todos los hombres que traían los vampiros. Solo que su plan acabó desmoronándose porque ella ya no era excitante. Asustados por su cuerpo esquelético y sus ojos alucinados, los clientes ya no la querían más y los vampiros se deshicieron de ella: mala inversión.

Con dificultad, Florica logra incorporarse lo suficiente como para rodear con un brazo el cuello de Francia. Como Francia no tiene ganas de llorar, tararea. Piensa que debería cantarle algo a la niña, pero no conoce prácticamente ninguna canción en francés, su única lengua en común. Por más que se ha devanado los sesos, todo lo que encuentra es la famosa aria

de *Carmen*, que aprendió hace mucho con Alejandro para preparar una velada de Bizet en el Teatro Colón. Así que se lanza: «*El amor es un pájaro rebelde / que nadie puede aprisionar / y es en vano que lo llamemos / si prefiere rehusarse. / De nada sirve amenazar ni suplicar. / Uno habla bien, el otro calla / y es al otro al que prefiero. / No me ha dicho nada, pero me gusta*...».

La sílfide rubia se deja acunar por los brazos musculosos de la gigante morena, y al cabo de unos segundos la camiseta de Francia está empapada a la altura del pecho. Sigue abrazando a la niña mientras canta, repitiendo una y otra vez la primera estrofa porque ha olvidado todas las demás. Ella la canta para la joven de Cluj, pero también para su mamita, para sus hermanitas en Girardot y todos sus hijos e hijas, y para Xiomara la brillante, que pronto instalará un bufete de abogados en Bogotá.

Pero ella interrumpe la canción en mitad de una palabra porque acaba de ver la hora. «¡Tengo que apurarme, mi amor, es domingo y tengo que llamar a mamá a las cinco!». Se zafa suavemente del abrazo de Florica, la vuelve a acostar y la arropa como a un bebé. «Volveré a verte más tarde y escucharemos música juntas, ¿vale? Mientras tanto, tienes que dormir, ¿vale?

¿Me prometes que dormirás?».

Florica asiente con la cabeza mirándola a los ojos, tan solemne como una niña de cuatro años. Francia se da cuenta de que está haciendo una mueca para evitar un gran sollozo.

Ella le posa un largo beso sobre la frente y se escabulle.

9

Rudo

Lian se dirige rápidamente a la estación Vélib.[1] Tiene que apurarse. Todo el grupo está convocado a las 17:15 y un auto los llevará a Vincennes, al otro extremo de París, para participar en una jornada china cien por cien en el contexto de una fiesta llamada Foire du Trône, *«¡qué raro,* dice Lian, *una feria del trono en un país que ha decapitado a su rey!».* Otra salida obligada para celebraciones obligatorias con el grupo obligatorio, antes de regresar a su hotel obligatorio, el Hilton Huanying Paris Défense.

Queriendo estar en forma para esta salida, Bao, su mujer, hace una siesta en su habitación del último piso.

Lian se culpa por haberse dejado arrastrar una vez más a una expedición organizada por su mujer, pero hoy no puede negarle nada porque en China es el Día de la Madre. Está impaciente de que se termine este viaje, impaciente de reencontrarse delante del ordenador en su oficina de Shanghái, calculando los posibles beneficios del grupo Schindler durante la década por venir: ¡deberían ser grandiosos los años 2020!

Esta vida de grupo le resulta horripilante, sobre todo en el extranjero. Detesta viajar así por París, con una banda de compatriotas que todos llevan puestas idénticas gorras rojas para poder encontrarse fácilmente. Él sabe que los franceses los ven como clones unos de otros y se burlan de ellos. Bao también lo sabe, pero le hace notar que esta vez es un grupo pequeño, solo veinte personas mientras que en abril de 2014 ¡eran doscientas! Sí, y para su luna de miel se empeñó en visitar la Ciudad Prohibida de Pekín con otras cien parejas de recién casados como ellos y casi los mata a todos el aire contaminado de la capital.

Ella hizo todo lo posible, al preparar este viaje a París, para que Lian se sintiera a gusto. Ha elegido el barrio de la Défense por su bosque de rascacielos, diciéndose que casi podría ser Shanghái, así sería menos exótico para él. Además, el Hilton Huanying Paris Défense ponía una tetera de té de china, con

zapatillas y palillos en cada habitación «para comodidad de sus huéspedes del Reino del Medio», como precisaba en su página web, olvidando que China dejó de ser un imperio en 1912. Lian se dice que, aunque ello signifique recorrer nueve mil doscientos sesenta y tres kilómetros en avión, no estaría mal encontrarse en otro lugar que no fuera su casa, pero bueno, están casi al final: dos días más y se irán de Francia, después de haber marcado como se debe todas las casillas turísticas, desde la Torre Eiffel hasta Giverny, pasando por el Arc de Triomphe, el Museo Guimet y la Pagode.

Ayer sábado pasaron la tarde visitando boutiques de novias en el barrio Haussmann-Saint-Lazare. Él recuerda el asombro de su colega Jean-Luc, un enérgico joven suizo que la casa matriz de Lucerna había enviado como contador a Schindler Shanghái.

«¡Vaya, el matrimonio es una verdadera obsesión en su país! –había exclamado Jean-Luc–. Por donde mires hay anuncios de agencias matrimoniales: en revistas, en vallas publicitarias, ¡hasta en los taxis!». Es que, le había explicado Lian, la política del hijo único ha llevado a millones de jóvenes chinos a renunciar por completo al matrimonio y a tener hijos, y es con desesperanza que sus padres, aún ligados a las viejas creencias y supersticiones a pesar de setenta años de materialismo dialéctico, veían venir con desesperación la muerte de sus antepasados y la extinción de su linaje. «Ah, ya veo», había dicho Jean-Luc.

Los dos hombres almuerzan juntos a menudo en la cafetería; a veces, mientras toman su sopa de raviolis, se entretienen comparando Oriente y Occidente en términos de erotismo. A Jean-Luc le llama la atención la ausencia total de tradición del desnudo en la pintura china. Y él encuentra los grabados eróticos chinos sorprendentemente banales: básicamente, los hombres fornican con putas y punto. Por otra parte, algunos temas de estos grabados le chocan: por ejemplo, vemos a un niño de cuatro o cinco años mamar el pecho de una puta mientras un hombre la penetra por detrás. «¡Para nosotros es normal –explica Lian–, cuando un niño tiene hambre hay que darle de comer! ¡Si no, empezará a gritar y será peor!». Por su parte, Lian encuentra extraña la manía occidental de sacralizarlo todo. «Ustedes se inventan tabúes a propósito para transgredirlos –dice–. Se ponen la ropa solo para arrancársela. ¡Nos parece inmaduro! Comer, copular, matar... Nosotros hacemos lo que es debido en el momento adecuado».

–Pero usted, Lian... –ha dicho un día Jean-Luc–, está casado, ¿verdad?

–Por desgracia, sí –admitió Lian con una sonrisa teñida de pesar–. Me han forzado un poco.

Él tenía entonces treinta y dos años y Bao treinta y cinco. Viéndolos sin cónyuge ni descendencia, sus padres temían que se unieran a la cohorte de cincuentones y sesentones sin descendencia, destinados a vagar eternamente en

el limbo tras su muerte. No pudiendo pagar a una agencia matrimonial, acudieron un sábado por la mañana al Parque del Pueblo y, haciéndose de un pequeño espacio en el borde de un sendero ya abarrotado de ancianos como ellos, abrieron su paraguas de colores entre cientos de otros paraguas de colores. El hecho de pensar en esta escena –su foto, su currículum y sus estadísticas de estado civil enganchados a un paraguas verde manzana en el Parque del Pueblo– hacía que Lian se estremeciera.

Sus padres habían esperado en vano durante varios sábados seguidos, pero a fuerza de insistir acabaron topándose con los padres de Bao, que habían venido a hacer el mismo tipo de transacción. Comparando los datos de sus vástagos, los cuatro ancianos comprobaron que todo cuadraba a la perfección: año de nacimiento, estatura, gustos, educación... Habiéndose puesto de acuerdo y dándose la mano, organizaron un encuentro entre los jóvenes... y viéndolos reticentes intentaron infundirles miedo: «Si no tienen hijos, ¿quién se ocupará de ustedes cuando sean viejos?».

Lian resistió más que Bao. Claro que a la joven le gustaba su trabajo como guía en el Centro de Arte del Cartel Propagandístico, pero también le agradaba la idea de poder enseñar a sus amigas las fotos de su boda (y quizás más adelante también las de sus hijos). Exasperado por los tejemanejes de los cuatro padres, fue para estar en paz que Lian les había dado el visto bueno.

Inmediatamente después de la ceremonia civil, los dos jóvenes se encontraron en el Bund, donde innumerables recién casados (hombres de negro, mujeres de rojo, azul o blanco) soportaban sesiones fotográficas. Cuando les llegó el turno, el fotógrafo, un joven *sha bi* con el pelo color zorro, se tomó la libertad de darles palmaditas en la barbilla, la nariz y la frente para animarlos a inclinar la cabeza en el ángulo correcto: «No, no demasiado... Perfecto, mírense a los ojos... Sí, eso es... No, no del todo...», inspirando a Lian el deseo poderoso de clavarle un puñal hasta el páncreas.

Desde entonces, viven en el distrito de Xujiahui; Lian se levanta todos los días a las seis para tomar el metro hasta su oficina en el distrito de Zha Bei Qu.

Está orgulloso de su éxito.

Creció en un antiguo barrio de *hutongs*, esos callejones miserables con casuchas desmoronadas que vomitaban sus entrañas. Su padre era un hombre de silencios y gruñidos, un hombre rudo y musculoso que se ganaba la vida a duras penas limpiando obras en construcción a diestro y siniestro. La familia –eran diez– vivía en tres habitaciones pequeñas, la cocina y dos dormitorios, estos últimos ocupados en su totalidad por camas grandes. Lian compartió la cama de sus padres hasta los dieciséis años y presenció sus cópulas, que no siempre eran someras, mientras fingía dormir. Es así, la mayoría de las veces, como solían

prepararse los niños para su futura vida de casados en la China Popular. La vida cotidiana era brutal.

A partir del gran cambio de 1992, los habitantes del distrito han descubierto las maravillas de la modernidad. Viendo aparecer en su entorno hoteles rutilantes y centros comerciales, empezaron a percibir su vida de antes de otra manera. Un día, mientras Lian disfrutaba de la vista de un Porsche que salía del aparcamiento de un hotel de lujo con una sublime mujer europea al volante, él vio a su padre que se acercaba como un burro de carga por la misma acera, sin camisa, tirando de un carro apilado con chatarra. Paralizado por la vergüenza, se refugió en la sombra para no tener que saludarlo.

Su hijo reglamentario había nacido al cabo de un año. Por suerte era un varón, lo que al menos resolvía el problema de las ceremonias para los antepasados. Y sin riesgo de reincidencia ya que el Estado cubre totalmente los gastos de anticoncepción y aborto. Desde el nacimiento de su hijo, Lian vacía regularmente sus testículos en el cuerpo de Bao; ella solo le niega el acceso cuando se encuentra indispuesta. La pareja no habla del acto ni antes, ni durante, ni después.

Sucede también que Lian, en viaje de negocios en el delta del río Perla, compra los servicios de una prostituta en un establecimiento especializado. Por el precio adecuado se ofrecen algunos adornos: decoración tradicional china para bodas (no para él), chicas con uniformes de colegialas japonesas (puede funcionar) e incluso, en algunas casas, una reproducción idéntica del despacho de Xi Jinping: sillón de cuero, escritorio de madera roja, banderas del Partido Comunista y de China. Solo por ver, Lian encargó una vez este «escritorio del presidente» y se habían divertido bastante, él y la prostituta.

Buscando en internet, se ha enterado de que el Bois de Boulogne, muy cerca de su hotel en La Défense, tenía una reputación sólida en esta materia. Y si ha decidido ir allí, era menos para vaciarse los testículos que para poder hacer *una* cosa solo antes de terminar el viaje.

Ha alquilado un Vélib. En cinco minutos cruzó la isla de Puteaux y en otros cinco llegó al Bois. Reduce la velocidad y empieza a pedalear suavemente por la Allée de la Reine-Marguerite.

Entre los árboles, formas femeninas le hacen señas. Criaturas de una sofisticación extrema.

Ah, ¡esto sí que es algo! Si tan solo su padre pudiera verlo...

1. Vélib es el nombre del servicio de autogestión de alquiler de bicicletas en la ciudad de París.

X

Mamita

El chino se sube a su bicicleta y se aleja a toda velocidad provocando que se disperse una pareja de gaviotas plateadas. Anidan en esta estación del año: piando y chirriando sin parar, padre y madre se turnan con las crías.

A Francia le encantan los pájaros, son sus amigos de toda la vida. Ningún país tiene más especies que Colombia, un verdadero paraíso de aves, desde cóndores a colibríes, desde el águila al cucarachero, pasando por el barranquero y el tucán... ¡Ah! ¡Ese ruido de los tucanes, en el gran cementerio católico de Girardot, el día que enterraron a su padre! Francia estaba convencida de que discutían entre ellos sobre el carácter de los muertos...

Cuando se reveló lo del incesto, la mamita había echado al padre de la casa y al cabo de unos años él se enfermó. Minado por el alcohol, incapaz de trabajar, tuvo varios infartos y se dejó caer en la miseria. Para Francia, saberlo vagando por las calles de Girardot, mendigando unos pesos y gritándole a todo el mundo, le desgarraba el corazón... Claro que él había dañado las vidas de quienes lo rodeaban, pero la vida también lo había lastimado mucho a él. Era para maldecirlo, pero también compadecerlo.

Un día, en el confesionario de santa Rita, había compartido su dilema con el amable sacerdote de la capilla y él había focalizado sus consejos en el tema del perdón. Después de mucho pensarlo, Francia decidió que tenía razón, que le haría bien no guardar más rencor a su papá. Haciendo un

esfuerzo consciente por recordar sus largas sesiones de pesca al borde del Magdalena, empezó a escuchar en YouTube *los Cantos de Bogas*... Ese hombre lo había dejado todo por la mamita. Su familia estaba lejos y había muy pocos afrocolombianos en Girardot. Desde su precipitada partida de Bahía Concha, la mamita embarazada, él no pudo regresar jamás... ¡Qué solo debió sentirse en su exilio! Francia se dio cuenta de que, si moría en la calle como un perro, ella nunca lo superaría. Desde París, le pidió a su hermana Antonia que le buscara un lugar donde poner fin a su estancia en esta tierra. Sorprendida, pero dispuesta a colaborar, Antonia investigó un poco y encontró una pequeña habitación de alquiler, no lejos del mercado central donde solía pasar el tiempo en otras épocas. Se ocupó del papeleo y en noviembre del 2007, con solo seis meses de horas extras, Francia pudo enviarle el dinero.

Por desgracia, la sorpresa fue demasiado fuerte. El corazón del papá no pudo soportar el potente cóctel de incredulidad, gratitud, culpa y alegría: el mismo día en que Antonia fue a ayudarlo a mudarse se desplomó en la acera del nuevo domicilio. La mamita lloró durante meses: a pesar de todos los infortunios aún lo quería.

Ojo, son las cinco de la tarde, es justamente la hora de llamar a la mamita.

Aunque solo tiene sesenta años, ella no siempre está segura de dónde ni incluso de quién es, pero los domingos antes de misa siempre está atenta, vestida para ir a la iglesia, con mantilla en el pelo y feliz de ver aparecer justo antes de salir a su hija mayor. Con un poco de suerte, piensa Francia, tendrá a Topaz en su regazo. Ya gato viejo, se pasa el tiempo durmiendo y persiguiendo ratones en sueños.

La llamada por Skype es aceptada. Ah, fantástico. Está Topaz.

En estos intercambios las dos mujeres se repiten semana tras semana, mes tras mes, incluso año tras año, pero esto no tiene importancia: lo

importante es que Francia se nutre de la voz, las palabras y las miradas de su mamita. Es como con las arepas: mientras sea la mamá quien las haga, aunque sean siempre iguales, más les gusta a sus hijas. Cada vez que Francia está cansada o desanimada, piensa en las arepas de su mamá y eso la ayuda mucho. Si un cliente la fastidia teniéndola con las piernas en alto y follándola durante diez minutos sin acercarse al clímax, ella se imagina lo contenta que estará la mamita al ver que le llega a su cuenta bancaria el dinero de este lerdo para el orgasmo. Se dice que los veinticinco euros del pase se traducirán en cien mil pesos: genial, la mamita podrá llamar al fontanero para que arregle la tubería rota del inodoro o al techador para que repare la nueva gotera del tejado; tal vez pueda comprar regalos de cumpleaños para las gemelas de Antonia, que cumplirán siete años el mes próximo. Sí, es casi siempre en esto en lo que piensa mientras lo hace, convierte los euros en pesos, las felaciones en reparaciones y las sodomías en regalos, imagina la alegría de la mamita, de sus hermanitas, de sus sobrinas y sobrinos. Todas sus amigas hacen lo mismo: es la familia la que las ayuda a soportar. Cuando era un niño en el Perú, Vanesa Campos estaba tan pegada a su madre que le habían puesto el sobrenombre de Chicle.

–¿Está haciendo buen tiempo en París, mi amor?

–¡Sí, mamita! Esta mañana llovía a cántaros, pero desde el mediodía se ha despejado y ahora hace muy buen tiempo.

–¿Sigues aun paseando por ese bosque?

–Todos los domingos. Ya sabes cuánto me gustan los pájaros...

–¿Y tu trabajo? ¿Sigue bien, mijita?

–Sí. ¿Y tú? ¡Cuéntame! ¿Y mis hermanas?

Hablan de todo y de nada, sobre todo de nada. Visto que no está muy bien de salud, no sigue las noticias de la actualidad y nunca aprendió a leer, una vez que la casa está ordenada la mamita pasa la mayor parte del tiempo delante de la televisión, viendo series y comiendo papas fritas. De una semana a otra, su barriga aumenta y sus mejillas se redondean.

–¿Mami, estás engordando un poquito?

–¡Ah, sí!

Cascadas de risas hacen saltar sus carnes.

–Espero que no estés comiendo demasiado azúcar...

–No te preocupes, no te preocupes... ¿Cuándo vas a venir a vernos, mi amor? ¡Ha pasado tanto tiempo! Te extrañamos, ¿sabes? Hablamos de ti todo el tiempo. ¡Los más chiquitos se preguntan qué regalos les traerás la próxima vez que vengas!

–Sí, bueno, estoy intentando ahorrar algo de dinero para un nuevo viaje, pero no es fácil por ahora.

–Ven, querida, intenta venir si puedes. Estoy un poco preocupada por la abuelita.

–¿Preocupada por qué?

–Bueno, la pobre está mayor, no tiene la misma fuerza, está débil y ahora vive aquí.

–¿De verdad?

–Sí. Se queda acá. Ya no puede estar sola.

–¡Oh! ¿Ya no teje?

–¡Ah, hace rato que dejó de hacer mochilas! Ya no puede hacer gran cosa, sabes.

–¿Puedo saludarla, solo un minuto? ¡Dale el celular!

–No, está durmiendo, mi amor. Duerme todo el tiempo. Ya no puede comer sola. Yo le hago sopas, le doy de comer, como a una bebé, cucharadita a cucharadita...

–¿La vio el médico?

–¡Crees que tengo dinero para un médico! Es muy caro...

–¡Pero envío todo lo que puedo, mi mamita!

–Lo sé, mi amor, la vida es dura para todos. Lo sé, haces lo que puedes, eres buena con nosotros..., pero antes nos mandabas un poquito más, ¿verdad?

–Sí, tienes razón. Pero algo pasó en el 2016, es como una recesión. ¿Sabes lo que quiero decir? ¿Entiendes qué es una recesión?

–Sí, sí...

–Bueno, ¡incluso tuve que pedir dinero prestado para ir a celebrar el bachillerato de Xio en 2017! Y, de hecho, aún no he terminado de devolver ese dinero.

–Bueno...

–Pues sí. ¿Me entiendes?

–Ah, bueno...

–Pero trataré de enviarte más la semana próxima, para que consigas un médico para la abuelita.

–No creo que un médico la ayude, mi amor.

–¿Qué?

–Creo que está lista para irse. Pero todos los días habla de ti. Dice tu nombre... A veces le saca a las visitas las fotos de los vestidos que cosías en su casa... ¿Te acuerdas?

Francia tragó saliva. Así que la mamita no está tan perdida.

–¿Sigues haciendo tus propios vestidos, mi amor?

–Sí, mamá.

–Muy bien hecho, eso es bueno. Así no tienes que gastar en comprar ropa. Puedes ahorrar algo de dinero. Bueno, haces lo que puedes, lo sé.

–¡Sí, te lo aseguro!

–Aquí, cuando se piensa en París, se dice que es una ciudad rica.

–¡Ah, eso es seguro! Hay mucho dinero en París, ¡solo que no cae todo en mi bolsillo!

–¿Hay un señor allí, detrás de ti? Francia se sobresalta.

¡Uf!, es Marco, que ha venido a saludarla durante su *jogging* dominical. Había estado tan ocupada hablando con su mamita que no había sentido su presencia.

–¡Marco! ¡Me asustaste! Mira, es mi mamá. Ya se va a misa. ¿Quieres saludarla? Es bonita mi mamita, ¿verdad? Mamita, este es mi amigo, Marco. Te acuerdas de él. Es el papá de Léonora, que ayuda a las mujeres maltratadas...

–Buenas tardes, señor.

–¿Cómo está, señora?

–Tiene suerte de ver a mi hija de verdad.

–¡Ah, sí, tengo mucha suerte por eso, yo lo sé! Pero bueno, no quería interrumpir. ¡Solo vine a decirle a Francia que está invitada a cenar esta noche! ¿Estás libre?

–Vamos, los dejo en París, me voy a la iglesia. ¡Besos! ¡Besos!

El móvil de Francia tiene como foto de pantalla un grafiti bogotano de un Jesucristo en un lecho de orquídeas naranjas y rosas. Tras guardar el teléfono en el bolsillo, cruza los brazos sobre la pequeña mesa plegable y apoya la cabeza en los brazos.

La vida no es fácil en todo momento.

–¿Estás llorando, amiga?

No quiere hablar, solo respirar.

–¿Malas noticias?

Solo respirar, no hablar.

–De todos modos, te prepararemos un lugar en la mesa esta noche, ven si quieres...

Y Marco reanudó su *jogging*. Son las cinco y media. La mamita ya debe de estar en el autobús camino a la iglesia.

10

Inmortal

Tristán T. alarga el paso: a los setenta años es esencial mantenerse en forma. Siguiendo las instrucciones de su médico de cabecera, él camina tan rápido como puede durante al menos media hora al día, y si llueve se activa en su bicicleta estática. Se trata de hacer trabajar el corazón, los pulmones, los músculos de las pantorrillas, toda la máquina, sí. Hay que seguir vivo si se quiere llegar a ser inmortal. Con setenta años no se es realmente viejo, no se preocupa, hay bastantes precedentes: Pierre Nora ha sido nombrado a esa edad, De Broglie también, ¡François Cheng a los setenta y tres! Funcionará, llegará, Tristán está seguro de ello. Se lo merece.

Lo que es inmortal, evidentemente, no son los miembros de la Academia Francesa sino la lengua francesa, cuyos contornos pulen y cuya apariencia suavizan. Pero bueno, incluso ahí, teniendo en cuenta que la humanidad se precipita hacia su extinción como una manada de bisontes coreografiada con destreza por los amerindios, «inmortal» es una forma de hablar, por decirlo de alguna manera.

Cada domingo que Dios no hace, cada domingo que el hombre hace, Tristán se despega de su escritorio y se va de excursión por París. Siempre elige un destino que ejercite tanto su mente como su cuerpo. Ahora, tras haber concedido una entrevista sobre su último libro en la Maison de la Radio, decidió dirigirse directamente por la calle Ranelagh al Parc Shakespeare, en medio del Bois de Boulogne. Es curioso que nunca haya visitado ese parque, a pesar de que el poeta de Stratford-upon-Avon era el ídolo de su *mummy* inglesa. Shakespeare murió a la edad madura de setenta años redondos..., pero era otra época, la esperanza de vida era menor, sobre todo para los hombres: los setenta de principios del siglo XVII deben equivaler a ochenta y cinco de hoy en día.

De pie, delante del mapa de la entrada, con los puños en las caderas, vestido con un pantalón de terciopelo negro, una chaqueta de cuero negra, zapatillas deportivas de marca, también negras, y un elegante pañuelo blanco de seda de

cachemira, Tristán descubre que el parque está organizado en torno a cuatro de las grandes obras maestras del dramaturgo: *Sueño de una noche de verano, La tempestad, Macbeth* y *Hamlet*. También se entera de que aquí se representan varias obras cada verano, en un teatro al aire libre. Esto, se dice así mismo, es seguramente lo más cercano a la inmortalidad.

Not marble... Vuelve a su memoria su profesora de inglés en La-Roche-sur-Yon, haciéndole aprender de memoria en su curso de primer año el famoso soneto 55. Todos estos decenios después, su cerebro puede aún reproducir el poema, cada una de sus sílabas grabadas en el... mármol, justamente. Él las declama mientras deambula.

A estas horas, el jardín de *La tempestad* está desierto, no se ve ni un gato. Pero, hay una Griffonne, puesto que yo también estoy enamorada de este soneto, lo aprendí de memoria en mi último año de bachillerato gracias a la visita de una profesora cuya dicción era bella y brillante, bostoniana, si mal no recuerdo. Nos hacía articular cada uno de estos versos marcando el tono, razón por la cual no resisto la tentación de seguir los pasos de Tristán y recitarlos al unísono con él (está tan concentrado que no me oye): «*Not marble, nor the gilded monuments of princes / shall outlive this powerful rhyme».* Muchos poetas han intentado traducir estos versos perfectos con resultados siempre decepcionantes: «Ni el mármol, ni los monumentos dorados de los príncipes / sobrevivirán a mi poderosa rima». Bah. «Ni el mármol ni los mausoleos dorados de instrumentos / los reyes no sobrevivirán a esta sólida métrica». Bah. «Ni el mármol, ni la luz de oro de los monumentos / que los príncipes erigen vivirán más / que este poderoso poema».

En fin.

Palabras más fuertes que la muerte. Es nuestra esperanza, se dice Tristán, es nuestra fantasía.

Se instaló en la capital en 1969. Desde hace medio siglo mantiene al día su agenda, responde a las preguntas de los periodistas, acepta invitaciones a la televisión, a la radio, a las conferencias, a los festivales, a las ferias del libro y a las cenas fuera de casa, cultiva buenas amistades, frecuenta buenos cafés y participa en cócteles literarios… Basta ya. Hoy se merece convertirse en miembro de la Academia Francesa.

¡Qué cómico! Quiere ser *miembro*. Definitivamente erigido, ¿es eso? ¿Un falo andante, rígido como una espada, con uniforme verde, capaz de sembrar semióticas simientes? Oh, vaya. Su verdadero objetivo es entrar en la Academia para socavarla, roerla desde dentro. Sí, él aspira a convertirse en el gusano inmortal de la Academia. Su gusano intestinal.

Su madre no desperdiciaba la oportunidad de burlarse de los franceses. Nacida en la clase media londinense, cultivaba su acento británico (su «accidente

británico», solía decir cuando estaba borracha). Dicho acento empeoraba durante las discusiones con su padre, que era comunista. «¡Ah! –decía ella–, ¡estáis orgullosos de vuestra Revolución, vosotros los gabachos! ¡Os burláis de la Pérfida Albión, que ha conservado su monarquía! Pero o vuestra memoria es corta o está llena de agujeros. Solo en la Vendée, vuestra bonita Revolución se cobró trescientas mil vidas. Lo arruinó todo, lo destruyó todo, disolvió las Academias, quemó los archivos, profanó las tumbas de los reyes. ¡Ah! ¡Eso sí que es algo de lo que estar orgulloso, claro! En cuanto a la monarquía, si la miras de cerca, la han reconstituido admirablemente. Los oros del Elíseo brillan tanto como los de Buckingham y, en lo que se refiere al ridículo, ¡la Guardia Republicana no tiene nada que envidiar a nuestros soldados con sus cascos peludos!».

El padre de Tristán no era tan mordaz como su madre. Agente de obras públicas, era un activista de base que encontró su recompensa a la camaradería del Partido, y esto era todo. Incapaz de dar la más mínima réplica cuando la lengua de su mujer le azotaba de esa manera, se quedaba quieto esperando a que pasara. Así, su relación se mantuvo a pesar de las adversidades... hasta aquel día fatídico en el cual con treinta y cinco años la madre se ahogó frente a las costas de La Rochelle (intencionadamente o no, nunca pudimos estar seguros), dejando tras de sí, además de un viudo afligido, un niño bilingüe, tartamudo y enfermizamente tímido.

El padre se quedó solo para criar a Tristán. En general, confiaba en el sistema escolar republicano, y por su parte se empeñó en inculcarle un anticlericalismo virulento: mostraba en voz alta su desprecio por los signos y símbolos católicos. Un día, mientras paseaban juntos por la ciudad, se puso a vociferar ante un gran crucifijo, haciendo dar la vuelta a muchas cabezas y provocando que Tristán quisiera desaparecer: «Eso es el colmo, ¿no? ¿Postrarse así ante un pobre muñeco desarticulado, chorreando sangre, colgado de su cruz como un buey en la carnicería? ¿No es repugnante este negocio?»

Ahora Tristán está de pie frente a un árbol imponente. No conoce nada de árboles, pero un cartel le dice que es un haya púrpura de doscientos años. O sea, fue plantada durante la Restauración, justo en el momento en que Francia intentaba reparar los daños causados por la Revolución, recrear las Academias y restablecer algunas desigualdades muy francesas.

En la adolescencia, Tristán, acomplejado por su tartamudeo, se encerró cada vez más. Cuando alcanzó y luego superó la pubertad, su padre se preocupó: no parecía haber en el horizonte ningún plan para que despabilara. Él mismo sentía nostalgia de los burdeles parisinos que había frecuentado antes de la guerra con sus camaradas del Partido. «¡Ah! ¡Eso! En esas casas solía haber muchas chicas preciosas, ¡créeme!». Tristán se retorcía de malestar cada vez que su padre, por

la noche en la mesa, le mencionaba estas escapadas acompañado del vino de Charentes.

En abril de 1971, para celebrar la mayoría de edad de Tristán, por entonces veintiún años, le había invitado a pasar un fin de semana en París con su mejor amigo. Una verdadera locura visto su salario de recolector de basura. Además del viaje en tren de segunda clase, les reservó una habitación en el barrio de Strasbourg-Saint-Denis y puso un billete de cien francos en el sobre de la tarjeta de cumpleaños. La alusión no estaba más velada que los encantos de las jóvenes que deambulaban por delante de su hotel.

El amigo estaba entusiasmado, pero Tristán tuvo que armarse de valor para subir al tren. De hecho, le costaba creer que fuera posible, que realmente ocurriera así: todas las noches del año, en todas las grandes ciudades del mundo, los hombres se encontraban con desconocidas y...

La primera noche fueron al cine y fue al volver a la calle Saint-Denis, un poco antes de medianoche cuando decidieron lanzarse. Caminando detrás de su amigo, temblando en su interior, Tristán esperaba que al menos las mujeres no vieran el color escarlata de sus mejillas bajo la pálida luz de los faroles. Su amigo abordó a una opulenta rubia y le preguntó el precio. Al ver a dos muchachitos, la mujer sonrió ampliamente y se volvió hacia una colega de piel oscura y pelo negro: «¡Eh, Gloria! ¡Ven! Subimos los cuatro». Los chicos siguieron a las mujeres por la estrecha y asimétrica escalera del hotel. Tristán, peor que tartamudo, estaba mudo. Tenía los ojos desorbitados. Todo iba tan deprisa que tenía la respiración cortada. En cuanto se cerró la puerta, la rubia les quitó el dinero del servicio, los condujo al lavabo y les «lavó el material». Luego llevó al amigo a una de las camas y Tristán se encontró a solas con la morena. Incómodo, le hizo algunas preguntas por cortesía. Supo que era de origen chileno y vivía en París desde hacía diez años. La conversación decayó. Acostándose en la cama junto a ella, se fijó en un pequeño marco dorado que había en la mesa de noche: un Cristo en miniatura sostenía su corazón rodeado de alambre de espinos. Su propio corazón se hundió con el resto.

No había nada que hacer.

A Gloria se le había acabado la paciencia. Levantando la cabeza, miró su reloj: «Eh, ¿qué hacemos ahora?, ¿qué pasa? ¡No hay tiempo! Vamos, ¡haz algo!», pero Tristán estaba tan paralizado como su padre flagelado por la lengua materna. Muy enojada, Gloria empezó a manipularle el pene, repitiendo en español «¡caracol!». Él no lo entendía. Diminuto, enroscado, flácido, su miembro hacía de todo menos caracolear; solo años más tarde entendería la palabra *caracol* en español.

En la otra cama, mientras tanto, el amigo y la rubia pechugona estaban en plena actividad ruidosa, y todo iba de maravilla. La vergüenza escocía.

Ah... ¡pero ha progresado mucho desde entonces! Le gusta presumir de ello mientras bebe un Crozes-l'Hermitage en el Flore junto a otras personalidades literarias. Sí, ha multiplicado sus conquistas. «Aunque el número no llega a las *mille et tre* de Don Giovanni, aun así he tenido más de ciento cincuenta mujeres en mi cama... y también fuera». Sus amigos se ríen. «¡Claro que sí! No basta con meterlas dentro, ¡hay que saber también tenerlas fuera!». El condón que quedó sin utilizar en aquel fiasco inaugural se convirtió en su mejor amigo. Lo ha salvado de muchos peligros y contratiempos, desde la paternidad hasta las ETS. Sí, Tristán salió airoso: a sus setenta años, seguía alerta, activo y… preparado.

En cuanto a su padre, agotado por sus largos años de trabajo como basurero, murió de cáncer de pulmón a los sesenta años, en 1980. Ni siquiera había podido ver la llegada de la izquierda al poder. Apenas tres o cuatro camaradas comunistas acudieron a su entierro.

Otro árbol espléndido se alza delante de Tristán. Lee el cartel: es una... araucaria, también conocida como «desesperación del mono». ¡Qué curioso! Este árbol viene de Chile, como la puta que le destrozó su virilidad.

El soneto 55 termina así: *«So, till the Judgment that yourself arise / You live in this, and dwell in lovers' eyes».* O sea «Así, hasta el día del Juicio / Vivirás en estos versos, y en los ojos de los amantes». Ingenioso, sin duda. Pero el bardo tenía razón. Todo, todo desaparecerá: palacios, monumentos, ciudades... *todo excepto estos versos, que estoy escribiendo por amor a ti ahora mismo.*

Pero los sonetos del genio están dedicados a un hombre. Y en el teatro del Globe, donde se estrenaron sus obras, todos los papeles eran interpretados por hombres. De hecho, Shakespeare lo sabía, las mujeres son irrelevantes. Y ganó su apuesta: sus versos son inmortales.

Nadie es más consciente que Shakespeare del carácter efímero de todas las cosas. Nadie sabe mejor que él cuán irrisorios son los adornos con que nos endilgamos, cuán irrisorias las ínfulas que nos damos, cuán vanos nuestros esfuerzos por demostrar nuestra importancia. Estatus o estatuas, no importa: todo se reducirá a polvo. *«Un hombre puede pescar con el gusano que se comió a un rey y luego comer el pez que se tragó ese gusano; así el rey podrá seguir en las entrañas de un mendigo»*.

Ahora bien, no se puede por la mañana ponerse un uniforme verde, peinarse y maquillarse, tomar la espada, asistir a una reunión sobre la redacción de un nuevo artículo para el diccionario y por la noche escribir un pasaje como ese. Es

imposible. Shakespeare, Beckett, Dostoyevski o Sade nunca habrían sido tan quisquillosos con un diccionario. Para crear *Crimen y castigo*, *Como gustéis*, *Hamlet* o *La filosofía en el tocador*, lo que hay que hacer con las palabras no es clasificarlas y etiquetarlas, sino todo lo contrario, sacudirlas, darles unas buenas cachetadas. Para llegar a ser artista, hay que ser epiléptico o saltimbanqui, presidiario o payaso, hay que recorrer el mundo, hay que sudar la gota gorda, hay que pasar noches enteras conversando con presidiarios, astrónomos o putas. En una palabra, como muy bien dice Kateb Yacine, «hay que seguir siendo un bárbaro».

Tristán admira demasiado al genio como para engañarse a sí mismo. Shakespeare es un escritor, él es un escribiente. Al menos tiene la dignidad de reconocerlo.

Solo una vez intentó escribir, lo que se dice escribir.

Fue poco después de su llegada a París y de su inscripción en París VII para escribir su tesis. Tenía veinticuatro años y vivía en el extremo superior de la calle Saint-Jacques, cerca de la estación de metro de Port-Royal y de su famosa Closerie des Lilas. Una noche, haciendo acopio de todo su valor, se puso en situación. Con todo el ardor de su alma, quería escribir sobre la noche de la calle Saint-Denis, la escena que lo había marcado con fuego.

Como un cisne sobre la superficie de un lago, su pluma se deslizó por la hermosa blancura de la página..., pero al cabo de media página una oleada de náuseas lo invadió y tuvo que correr al baño a vomitar.

Lejos de haber borrado su impotencia mediante la literatura, solo había logrado hundirse nuevamente. Nunca volvió a repetir la experiencia.

Después de su tesis ha publicado numerosos artículos y libros sobre el libertinaje, el siglo XVIII, el doctor Sacher-Masoch y el marqués de Sade, y el arreglo imposible de las revoluciones política y sexual. Para relajarse tras largas jornadas de disciplina intelectual, él asiste por las noches a fiestas en los barrios chics de París. Reunidos en elegantes pisos, rodeados de sirvientes uniformados, los invitados enganchan a una joven desnuda en el marco de una puerta, encienden velas y apagan las luces. Más tarde, cuando los hombres han terminado de embadurnarla con su esperma y su saliva, tienden a la joven en el suelo y sus esposas vienen a mear sobre ella. Otras noches, en un sótano muy privado del distrito VII, se celebra una especie de eucaristía a la inversa: la víctima es atada desnuda a un pedestal y los hombres enmascarados se turnan para poseerla, mezclando sus diferentes simientes en el mismo cáliz.

Así, regulado gracias a un meticuloso ritual, el sexo (según Tristán) encuentra el lugar que le corresponde: tal es el sentido profundo del erotismo. La verdadera aristocracia es aquella en la que el espíritu manda sobre el cuerpo, incluso en sus explosiones más salvajes. En resumen, si aspiras a ser inmortal, no debes fecundar hembras que solo pueden engendrar obras de carne. Es a la lengua francesa a quien hay que hacerle hijos: solo estos vástagos tienen esperanza de eternidad.

Abrumado, Tristán sale del jardín de Shakespeare, retoma el camino de la Grande Cascade y gira a la derecha.

XI

Xavier

¡Ah! Esto, es un no, simplemente no, de ninguna manera. Aunque Francia no hubiera hecho ni un solo cliente en todo el día a este no lo invitaría a su cambuche. De un solo vistazo ve que es un depravado, más retorcido que su propio tobillo y adivina que le viene de la infancia. Incluso aunque no sea culpa suya –nadie es responsable de su infancia–, ella también tiene que protegerse, es lo mínimo que debe hacer. Debe mantenerse no solo viva, sino fuerte e incluso, de ser posible, feliz. No se puede reparar todo. No puedes hacer el amor con un hombre que te hará trizas, así que ese hombre de ahí, caminando hacia ella con un paso de *papy* psicorrígido que apesta a rancio, y con la perversión escrita en la cara, es un *no*, sin dudarlo. Y si por casualidad a él se le hubiera ocurrido cuestionar la validez de ese *no*, pues Francia tiene los accesorios para ayudarlo a entenderlo. Una bomba de gas lacrimógeno en este caso: sí, la metió en su mochila cuando salió esta mañana, está en la lista que siguiendo el buen hábito que aprendió de su papá, revisa cada día antes de salir de casa. Todas las TDS van equipadas de forma similar. Esto no les garantiza la supervivencia en todas las circunstancias –Vanesa Campos murió para demostrarlo–, pero para un viejo *papy* como ese es suficiente.

«Lo siento, mi amor –le dijo–. No tengo tiempo, estoy cerrando». Lo ha dicho con firmeza y enderezándose con toda su considerable estatura. El hombre siguió su camino sin decir palabra. Tal vez probaría suerte con las amigas de la furgoneta... o no.

Justo cuando Francia regresaba a su cambuche, una oleada de alivio la tomó desprevenida cortándole el aliento y las piernas: siente que acaba de escapar de la muerte. Cae de rodillas y da gracias a Dios por haberla dejado vivir un día más. Reza por la mamita y por Xio. Al final, añade unas palabras para el hombre que acaba de cruzarse, cuyos ojos revelan el abismo de la infancia. Él le ha hecho pensar en Xavier, con quien tuvo su sola y única historia de amor en veinte años en París, una historia en la que casi pierde el pellejo... y el resto.

Fue en el 2008. Ella tenía treinta y dos años, él andaba por la cincuentena. Era un rubio guapo y canoso, casi tan alto como ella, encantador y culto, productor de cine, con una buena posición económica. Desde el primer abrazo, le demostró que se preocupaba por ella y le demostró que sabía cómo desencadenar la música de su placer. Ella no había experimentado nada parecido desde Alejandro, hace casi diez años. Es cierto que a veces sentía placer trabajando, lo que no dejaba de ser bueno, pero *eso*, esa dulce llama que lame el alma y la hace hervir... casi, por así decirlo, la había olvidado.

Xavier se había convertido en uno de sus habituales. Al cabo de uno o dos meses, contra todo pronóstico, ella se había puesto a esperarlo, a ilusionarse con él, a sentir que el corazón le daba un vuelco cuando su Volvo blanco aparecía en silencio al final de la Allée de la Reine-Marguerite. Un día, le dio no solo su número de celular, sino también –por primera vez y como gran muestra de confianza– su verdadero nombre. Ya no la llamaría Magda, sino Francia. Y ella había aceptado cenar con él fuera del horario laboral.

Xavier había reservado una mesa en el Pré Catelan. Francia al llegar quedó boquiabierta: techos altos, lámparas de araña, columnas corintias, mármol, manteles, velas... desde sus tiempos con Alejandro, se había desacostumbrado al lujo. Ve de lejos a su cita, ya sentado a la mesa, con un

traje oscuro y el pelo peinado hacia atrás. Sus miradas se cruzan, los ojos de Xavier se encienden y el corazón de ella da un vuelco. Durante tres horas beben, charlan, se divierten y ríen a carcajadas.

A Francia se le llenan los ojos de lágrimas cuando escucha a Xavier hablar de su infancia. Mientras percibe al niño atormentado detrás del hombre maduro, más siente que se enamora. Su carne palpita de pasión maternal y lo único que desea es tranquilizarle, demostrarle que la vida puede ser bella, que confía en él y que entre dos personas que se quieren, ningún gesto puede ser sucio o vicioso. Esa noche él la lleva a su casa. Por una vez no está en la prostitución por amor... y el infierno está por comenzar. Aun así, mientras la penetra con suavidad, él comienza a estrangularla y no se detiene; para no perder el conocimiento, ella debe rechazarlo con todas sus fuerzas.

Cada vez que se pasa de la raya, Xavier se horroriza inmediatamente después. Llora y se fustiga, jura no volver a hacerlo, suplica su perdón..., y en cuanto lo consigue, recomienza. La ata. La obliga a arrastrarse a sus pies. La azota hasta dejarla sin aliento. Francia conoce de memoria los juegos sadomasoquistas, pero con Xavier no es ningún juego, las ataduras y el collar le hacen daño; prestadas del vocabulario esclavista, las palabras la apuñalan. Pero al día siguiente, con mil pétalos de paciencia, él la hace gritar de placer durante largos minutos.

Ella pierde el sueño.

Desgarrada entre las horas de trabajo diurno y las horas de deseo nocturno, su cuerpo se desmorona. Tuvo que guardar cama durante dos o tres días. Inmediatamente, sus ahorros se evaporan y no puede pagar más la habitación. El hotelero le reclama el pago, amenaza con echarla... y Xavier, en lugar de ayudarla, cuidarla, echarle una mano, la culpa de haberlo abandonado.

Tocando sus fibras maternales, el hombre la debilita y mina sus defensas. ¿Qué mujer no se derrite al oír decir «ámame, soy tu hijito que sufre»? Tener un hijo injustamente martirizado, un hijo que se lamenta y cuyas súplicas dejan a su madre fría como el hielo, querer abrirle los brazos, consolarlo, estrecharlo contra tu corazón, y no poder... Definitivamente la

maternidad es el talón de Aquiles de la mujer..., ¡de ahí el éxito mundial de Virgen María Superstar!

Pasito a pasito, Francia se encuentra en un país que no existe en ningún mapa, un territorio que solo han señalizado algunos grandes poetas y artistas: aquel de *ni-ni*. Ella no es más ni chico ni chica, ni colombiana ni francesa, ni loca ni cuerda, ella está perdida. Tras cuatro meses de este régimen imposible, se encuentra entre la espada y la pared: arruinada y enferma, perseguida tanto por los ultimátums del hotelero como por el chantaje emocional de Xavier. «Señora» –dice el primero–, «esto no es una casa ocupada, si no me paga el alquiler atrasado antes de la semana que viene, me veré obligado a echarla, no tengo más remedio». «Pero yo *te quiero*, Francia» –dice el segundo–, «te adoro, ¿no lo entiendes? Te quiero más que a nada en el mundo, eres todo lo que tengo, me he entregado a ti, eres mi mujer de verdad, cuando se es marido y mujer no se huye a las primeras de cambio, ¡se aceptan los altibajos del otro! Sé que tengo mis defectos, tú también los tienes, pero los acepto, forman parte del paquete, acepto el todo, no solo una parte, ¡quiero vivir contigo hasta la muerte!».

Un día, agotada, entró tambaleándose en la capilla del Boulevar de Clichy y suplicó ayuda a la santita de Umbría. Sentía que por fin había encontrado su causa desesperada. Santa Rita la escuchó, reflexionó unos instantes y le respondió.

–¡Pues bien! Francia, admito que me conmueve tu historia. Me conmueve aún más porque yo misma pasé por eso y, créeme, no fue fácil salir de ahí. Mis padres tenían unos cincuenta años cuando nací, lo que significó que tuve una infancia bastante deprimente, y ellos me entregaron muy joven en matrimonio a un hombre libertino y autoritario, un auténtico canalla. Por descuido me hizo dos hijos, nunca se ocupó de ellos, solo le interesaban las tres F: fortuna, fornicación y faustos.

–¡Mm-mi Dios! –dice Francia.

–Eso es –responde con prontitud la santa–. Le propuse un trato al buen Dios. Si Él quería llamar al jactancioso de mi marido, yo tomaría las órdenes sagradas. «Eso es», me dijo el Altísimo. Y organizó el asesinato del caballero.

–¡Bueno! –dijo Francia, aturdida–. Pero... ¿puedes tomar las órdenes sagradas, aunque seas madre?

–Oh... Mis hijos eran mayores ya. Y ellos se parecían a su padre, solo pensaban en peleas. Así que le pedí a Nuestro Señor que también los llamara... y Él acató.

–¡Vaya! Francamente, ¡bravo! ¿Pero yo, qué podría ofrecer al Altísimo para convencerlo de que llame junto a Él a mi verdugo?

–No te preocupes –dice santa Rita–. Es como si estuvieras en un convento. Además, ¡se parecen más de lo que crees las putas y las monjas! Lejos del mundanal circuito familiar, se dedican en cuerpo y alma al bienestar de los demás. Nosotras un poco más del alma, ustedes un poco más del cuerpo, pero al final, en el fondo de los fondos, todo eso se junta, ¿no? No te preocupes, hermanita. Intercederé ante el Altísimo, le contaré tus penas y en unos días verás el resultado.

Tras haber dado las gracias de corazón a santa Rita y rezar un paternóster por si acaso, Francia salió de la capilla y, muy maltrecha, con el mareo exacerbando las sacudidas de su cojera, regresó a la que ya casi no era su habitación.

Ni siquiera tuvo que esperar unos días. Esa misma tarde, Carmen la llamó para decirle que el Volvo blanco de Xavier, que circulaba a toda velocidad por la Allée de la Reine Marguerite se había salido de la carretera, había chocado contra un árbol y se había incendiado. Todas muy ocupadas, sin duda, las amigas tardaron en informar del accidente, de modo que cuando llegaron los del servicio de emergencias, el conductor del vehículo no era más que una suerte de momia calcinada. Para determinar su identidad, las autoridades habían tenido que recurrir a los dentistas.

11

Ill

En el monopatín se va más rápido, mucho más rápido y Patrice P. está exultante, su madre le dice que se ponga un casco, pero él prefiere andar sin él. Le encanta sentir cómo el viento lo despeina, barre sus pensamientos y dispersa sus miedos. Dieciocho y treinta. Tiene que estar de vuelta en Stains a las ocho para cenar con ella delante del telediario; si el trayecto le lleva dos veces media hora, tendrá media hora libre, está bien.

Él quiere que le muestren.

Su padre ha puesto sus miras en la grandeza futbolística. Desde niño soñaba con ser profesional, con jugar como profesional, y le infundió su sueño a Patrice; más que infundir, se lo impuso, cómo se puede decir, cómo se puede saber de dónde viene un sueño, tienes la impresión de que forma parte de ti, cuando el padre murió de un infarto a los cuarenta y ocho años el sueño se hizo aún más fuerte, Patrice fue a cientos de entrenamientos y partidos imaginándose a su viejo en la grada junto a sus amigos siguiéndole con la mirada, aprobándolo, aclamándolo, pero por otro lado se dice, *uf,* su padre está muerto, así que él no supo que Patrice se iba a volver maricón. «Oh, uno no se *vuelve* maricón, uno *resulta ser* maricón, pero si el padre lo hubiera sabido le habría dado antes el infarto y más fuerte, incapaz de sobrevivir a esa vergüenza delante de sus compadres del barrio».

Patrice pasa por al lado del lugar donde mataron a Luigi el año pasado, justo después del comienzo del nuevo año escolar. Él conocía a Luigi de vista. Ambos eran del barrio de Romain Rolland. Crecieron a la sombra del Estadio de Francia, fueron a la misma escuela y participaron en los mismos entrenamientos. En el 93, como en todas partes, los chicos andaban en bandas, eso los tranquilizaba. Se tratara del fútbol, del ejército, de clubes, del Vaticano, del gobierno, de reuniones o de manifestaciones, ellos circulan juntos como vencejos o peces, es el instinto el que dirige el juego, y cuando nos encontramos entre chicos es genial, suave, ágil, musculoso y flexible, todo lo que tenemos que hacer es que suceda y solo tienes

que dejarte llevar y bailar, sí, bailar. Empezamos ahí, de chicos, y en la pubertad nos lanzamos todos movidos por el mismo pulso, los mismos impulsos, saltando y brincando, te colma y se vuelve imperioso, en los parques, las calles, las entradas de edificios, en el andén del RER, lanzándose palabras y bromas, recogiendo los *riffs* que corean nuestros grupos favoritos, comprando hierba, vaciando cigarrillos, deslizando las hojas en el cilindro vacío, encendiendo, dando caladas, tragando el humo y volando juntos, es hermoso, los cuerpos se despliegan, se desahogan, en los sótanos, los aparcamientos, la presencia del grupo hace vibrar pollas y pelotas, muslos y bíceps. Es reconfortante llevar todos las mismas zapatillas, vaqueros y camisetas, correr juntos por el campo, acercarse al balón y sentir que el equipo que te rodea respira y reacciona como un solo animal, nos sentimos bien… Y cuando nos cruzamos con el enemigo, los chicos del otro equipo, la otra armada, entonces nos tensamos para armarnos, defendernos, derribarlos.

Luigi fue parte de esta escena en el barrio, Patrice no, Patrice lo observaba desde afuera, y ahora se dice por enésima vez que en el momento en que le metieron tres tiros por la espalda a Luigi, los tipos de la banda contraria seguramente lo llamaron chupapollas.

Es fantástico toparte así con un buen monopatín que te permita pasar volando por encima de todo el mundo, peatones, bicicletas, motos, por no hablar de los coches. No pesas nada, ¡vuelas! Alto, delgado y musculoso, vuela como una flecha, bordeando el cementerio de Saint-Ouen, donde está enterrado su padre. Es alucinante mirar un ataúd y decirse que en esa caja de madera, inmóvil y en silencio, está tu padre en persona, el hombre que ha estado contigo todos los días desde que naciste, que te ha enseñado a leer y a jugar al fútbol, que te ha hecho cosquillas y te ha gritado y te ha explicado sobre la polla y las chicas y mamá y la policía y el trabajo, que te ha enseñado la vida, que se tiraba pedos en el baño y no solo ahí, que se emborrachaba a veces, pero no demasiado, porque quería ser un buen ejemplo para ti, y que durante los partidos, le gustaba cantar con su gran voz, al unísono con los hombres a su alrededor: *«¡Los Jura Sud son maricones! / ¡Hijos de puta! ¡Cabrones! / ¡Y los colgaremos de las pelotas! / ¡Sí, pero no tienen pelotas!».*

No veía la conexión, su papá. Patrice sí la ve, pero para su padre, como para la mayoría de los hombres, las dos cosas están en las antípodas. Si un hombre pasa noches de partido y largos domingos de entrenamiento en la exclusiva compañía de hombres, es decir, de personas de su mismo sexo, para él eso no tiene absolutamente nada que ver con los homosexuales, palabra que significa *del mismo sexo*. «¿Ah, sí, por qué?» «¡Porque sí!». «¿Tengo que hacerte un dibujo? Porque entre hombres de verdad, no hay culo». Y, sin embargo, vemos el culo todo el tiempo en el campo. Todo el tiempo. Por ejemplo, cuando se desprende de

los abrazos orgásmicos con alguien que acaba de marcar un gol, sus compañeros, durante uno o dos segundos, así, por casualidad, le rozan o incluso le tocan el trasero.

Patrice bordea ahora por el Mercado de las Pulgas de Clignancourt, donde afluyen los *hippies chics* de toda la Isla de Francia para comprar auténticas antigüedades falsas... Luego, cansado de respirar los gases de escape del Périphérique, corta a través del XVII por el Boulevard des Maréchaux.

Cuando su padre lo llevaba al estadio Cité Allende para ver los partidos de su equipo, Patrice veía circular entre ellos no solo el balón, sino también el amor. ¿Por qué les costaba tanto admitirlo? Desde hace años, Patrice se abstiene de hacer esta pregunta angustiosa. Todavía espera entrar algún día al club de Saint-Denis, pero le gustan los chicos. Le gustan los chicos, pero para jugar al fútbol tiene que fingir que vomita a los maricones y que se empalma con las chicas. Para demostrar que tiene una erección con las chicas tiene que degradarlas y ensuciarlas.

El año pasado, en el mes de agosto, después de conocer en Meetic a un señor con el que quería pasar un fin de semana romántico, su madre ha enviado a Patrice a casa de su hermana Denise, en Alsacia. Patrice ha refunfuñado: tenía cero ganas de recorrer quinientos kilómetros en TGV para visitar a unos parientes lejanos a los que había visto solo tres veces en su vida, con el pretexto de que su primo Geoffroy, hijo de Denise, tenía más o menos la misma edad que él. Hubiera preferido quedarse y entrenar en Stains, pero bueno, tampoco es que tuviera mucha elección.

De hecho, Geoffroy tenía diecisiete años, tres más que él. Pelo castaño rizado, rostro imberbe, mirada clara y directa, mejillas que se sonrojaban de un rojo vivo cada vez que se embalaba con una idea o se perturbaba por un recuerdo. El sábado le ha enseñado a su primo parisino el epicentro de Estrasburgo y el domingo por la tarde los dos muchachos fueron a sentarse a orillas del ILL.

«Es gracioso el nombre de este río –dice Geoffroy–. ILL, como enfermo en inglés».

Mientras, con gestos, hablan de fútbol, sus manos se rozan involuntariamente y Patrice recibe como una suave descarga eléctrica. Unos instantes más tarde se volvieron a tocar, pero no involuntariamente, y tras mirar a su alrededor para asegurarse de que estaban solos, le llegó el turno a sus labios para rozarse. Un poco más tarde, en el dormitorio de Geoffroy, donde Denise había instalado un catre para Patrice, se pusieron frente a frente para seguir profundizando el asunto. Patrice ignoraba que la piel podía saltar de alegría, pero cuando Geoffroy le deslizó una mano bajo su camiseta y luego en sus calzoncillos, él lo descubrió... y

reía de asombro. A medida que descubre el cuerpo de su primo mientras lo acaricia, su respiración se acelera. «¿Lo ves? ¿Lo ves?», murmuraba Geoffroy mientras lo llena de lametones rápidos y precisos en la oreja, el cuello, los pezones y el bajo vientre, y luego en el pene erecto y duro. Cuando oyen entrar a Denise, los primos se ajustan la ropa con movimientos tan rápidos y silenciosos que parecen los de una película muda proyectada en cámara rápida, y cuando ella los llama interpretan de manera muy convincente el papel de quienes acaban de despertar de la siesta.

Patrice tomó el tren de vuelta a París esa misma noche. El fin de semana terminó, pero empezó otra cosa que nunca terminará. No es que esté enamorado de su primo, pero gracias a su primo sabe que le gustan los hombres. ¿Y por qué no? Le tranquiliza saberlo. Durante años, los chicos del colegio compartían vídeos de porno duro en sus móviles y él siempre se había resistido: «No me gusta tanto», «No me va», «Sí, genial», «Tengo cosas que hacer»... No era fácil inventar nuevos pretextos para no ver esas imágenes repetitivas que le dejaban frío, mientras se desmayaba con solo pensar en el porno gay. Ahora quiere dar un paso más en las exploraciones iniciadas con Geoffroy en agosto. No, él no está *ill,* no está enfermo. Está contento de ser homo, pero está muy lejos de Estrasburgo y los mensajes de texto de Geoffroy, en su mayoría emoticonos, no le satisfacen.

¡El Boulevard Berthier es interminable! Sabe que todas las noches aquí se celebran encuentros gais pagando, pero solo al anochecer. Aunque mañana tiene colegio y además a su madre no le gusta que llegue tarde a casa, ni siquiera los fines de semana. De ahí su elección del Bois: ¡parece que allí hay lagos! Patrice se dice que debe ser bonito acariciarse en la naturaleza, como a orillas del ILL con Geoffroy. Él quiere comprender. No, no comprender, sino abandonarse. Entregarse a esas delicias. Saborearlas hasta el final. Cuesta unos veinte euros –el precio de dos Big Mac Combos– más el alquiler del monopatín. Es caro, pero merece la pena.

Una vez que entre en el Bois, debe tener cuidado con la policía. Dar el dinero antes, dar las gracias después.

Y entre los dos: el cielo.

XII

¡Todas!

Recordará a ese niño –¡oh!, aunque sea tan grande como ella, sigue siendo un niño–. «Quince años», le ha susurrado al oído cuando le preguntó después de su orgasmo. El primer gran placer de su vida, estaría dispuesta a apostar, y está orgullosa de eso. Si te tomas en serio lo de utilizar tu talento, tus conocimientos y tu corazón, dar placer es un auténtico placer.

Estaba tenso como un bloque cuando llegó. ¡Ah, tenía tanta necesidad de esto! Necesitaba ir lentamente en el descubrimiento de su cuerpo, como los más pequeños cuando aprenden a leer. Al verlo así despierto, en alerta, tembloroso de deseo, reaccionando al instante a cada una de sus sugerencias, sintió ganas de darle una iniciación metódica y memorable, enseñándole, por así decirlo, el alfabeto de las sensaciones. Quién sabe... Si la profesora de su escuela de Girardot hubiera tenido un poco más de paciencia, si no hubiera estresado y humillado a sus alumnos rezagados, ¡Francia tal vez podría haberse convertido en poeta! En cualquier caso, cuando se fue, el joven estaba desbordante de gratitud y le dejó una buena propina: cinco euros más a los quince que le había pedido. Para él eso era mucho.

Mientras espera al siguiente cliente, se acicala, retoca su labial y repara el contorno de los ojos manchados por el llanto de hace un rato. Mantener su belleza es una de las reglas intangibles del oficio. Poco importa que, en la penumbra del cambuche, iluminado únicamente por los diamantes danzantes de una guirnalda a pilas, los clientes no vean gran cosa: como en el ejército, está en juego la dignidad del uniforme y de quienes lo llevan.

Todo es cuestión de iluminación, de quién ve qué y cómo. Si hubiera habido más luz la noche del 17 al 18 de agosto pasado, Vanesa Campos seguiría viva, sin duda.

Desde hacía algún tiempo ya, una banda de jóvenes egipcios merodeaba por el Bois, robando a los clientes de las TDS durante sus faenas. Al principio, las mujeres los trataban como a los mosquitos: ellos las molestaban, ellas los ahuyentaban. Pero desde la ley Hollande de 2016 que penalizaba a los clientes, las TDS no han tenido más remedio que adentrarse más lejos en el Bois, donde no hay farolas, y eso lo cambia todo. Allí los clientes están más seguros, pero ellas lo están mucho menos. No solo ya no se ven entre ellas, sino que, lo que es más grave, no ven la cara del cliente hasta el último momento. Con su cambuche del color del bosque, Francia es menos fácil de detectar que las chicas de las furgonetas, pero sigue siendo un verdadero quebradero de cabeza: *¿cómo conseguir que los clientes las vean sin que los vea la policía?*

Los egipcios se pusieron más arrogantes y la situación degeneraba cada vez más. Si los clientes iban a pie, les robaban; si venían en coche, los mosquitos lo robaban todo durante el pase: celular, ordenador, maletín, chaqueta de cuero... Como ellos mismos infringían la ley, no se atrevían a presentar cargos, pero guardaban un mal recuerdo de la noche y hacían correr la voz entre sus amigos... La prostitución en línea se impuso y los negocios de las chicas se hundieron.

Es cierto que los mosquitos también necesitan vivir, está en su naturaleza picar, sin ello se mueren, pero aquí les estaban haciendo la vida imposible a las latinas. Si protestaban, las golpeaban y las insultaban; si volvían a protestar, las violaban y amenazaban con degollarlas. El ambiente en el Bois se había vuelto irrespirable. En 2018, un amigo senegalés de Vanesa Campos se había ofrecido a vigilar el coche de sus clientes durante el pase. Furiosos porque les impedían ejercer su oficio, los ladrones decidieron darles una lección a las chicas.

Hacia medianoche, Francia, sentada en la puerta de su cambuche, fuma un porro para relajarse. Llueve y está enfadada consigo misma por haber venido de noche. En las cinco horas que lleva aquí, solo atendió a dos clientes. Estresada ante la idea de volver a casa con las manos vacías, fuma para relajarse..., y luego sus párpados se ponen pesados y se adormece un poco, se hunde suavemente en las profundidades negras de la noche cubierta, tan cálida y húmeda y oscura como el interior de la sopera donde la mamita estaba cocinando a fuego lento el sancocho de pescado, cuando de repente la despiertan estallidos de voces, gritos repetidos, con eco, rebotando: «¡Todas! ¡To-das!», en distintas notas, agudas y bajas, fuertes y menos fuertes, cercanas y lejanas, ¡todas! Es el SOS de ellas, de las latinas, y todas las amigas empiezan a correr en la oscuridad, en la niebla, ¿alguien tiene un problema?, ¿quién? ¿qué pasa? ¡Todas! ¿Qué pasa? ¿Son esos mosquitos de mierda, esos egipcios? ¿Están cagándola otra vez? ¡Mierda! ¡Todas! Suena el grito y Francia echa a correr, las demás también, no solo las latinas, sino poco a poco también las rumanas, las búlgaras, las moldavas, incluso las coreanas. Escuchan varios disparos a lo lejos, y una búlgara regordeta le grita mientras corre: «¡Es Vanesa!». Aterrorizadas, querían ayudar a Vanesa, pero llovía, el aire estaba saturado de humedad y corrían en una sopa oscura, un hedor de miedo, estaba tan oscuro que los gritos parecían venir de todas las direcciones a la vez, no sabían hacia quién o hacia qué corrían, solo sabían que tenían que correr rápido, *rápido, rápido*, se dice Francia en voz baja, y esto le recuerda a sus primeros meses en París, cuando todavía chapoteaba en la lengua francesa, una verdadera sopa de sonidos donde flotaban extrañas nasales, *un*, *en*, *on*, por no hablar del problema de la *v*, los hispanohablantes no distinguen entre *b* y *v*, y Francia todavía dice *vaguette* por *baguette*, *libres* por *livres*, *vaiser* por *baiser* y *boleurs* por *voleurs*. Una vez, al decir *bite* en vez de *vite,* le indicaron que *bite* era el pene y eso la hizo reír. Más tarde se enteró de que *vit* también era el pene y eso la hizo reír aún más fuerte. En vez de *vulva* dice *bulbo* como el bulbo de una orquídea, que es la flor nacional de Colombia, y también su flor favorita porque se parece al sexo de una mujer, así que es la misma cosa. Las mujeres corren *bite bite* en la oscuridad

pisando los insectos, los pájaros duermen, están dormidos, no hay cielo, es agosto, la enorme somnolencia del final del verano parisino, sí, la somnolencia, todo se convierte en sopa, avanzan en una sopera, cuanto más corre Francia más se queda sin aliento y cuando por fin convergen todas alrededor de Vanesa es demasiado tarde, llegan demasiado tarde.

Descontentos con la presencia del vigilante senegalés que les impedía robar, los mosquitos habían decidido retomar su territorio. Estaban bien organizados, eran numerosos y estaban armados. Tras golpear al vigilante, atacaron a Vanesa, que estaba agachada haciendo sus necesidades. Le dispararon una o varias veces y ahora estaba ahí, tendida en el suelo, desnuda, sangrando. Espantadas de horror las amigas la miran, ella está muerta porque protestó contra los atracos, está muerta porque su amigo había montado guardia, los atracadores habían venido hasta ella y le dispararon en la oscuridad, en esa negrura pegajosa y húmeda, esa negrura absoluta, esa sopa de guisantes y ahora, allí, yacía en el suelo, inmóvil y desnuda, ¿por qué desnuda? ¿Quién ha venido a quitarle la ropa, dejándola a su lado en el suelo? Las amigas llamaron a la policía y a la ambulancia, pero ya era demasiado tarde, los mosquitos volaron, varias mujeres los han visto, ellos les hicieron la señal de que se callaran, y luego la consabida señal del degüello, sí, se habían ido, riéndose con sorna después de haber degollado a la bella Vanesa como a un ciervo.

Todas las latinas del Bois la conocían, todas podrían haber estado en su lugar: Vanesa es Francia, Virginia o Flora, Adriana o Carmencita. *¡Todas! ¡Todas!* El grito ha retumbado y todas empezaron a correr, asustadas, pero entre la noche, la lluvia y el miedo no sabían hacia dónde ni cómo correr, no veían nada, todo era confusión, Francia galopaba cojeando, pero como acababa de fumarse un porro los pensamientos en su cabeza se agolpaban, *¡deprisa! ¡rápido!*, y al ver a Vanesa en el suelo, todas se echaron a llorar. Vanesa había gritado *¡todas!,* y ellas también, los recuerdos se chocan, la escena se repetía una y otra vez en la cabeza y en los sueños de Francia, cada vez espera que la llegada simultánea de todas las amigas hará una enorme alfombra de colores tejida por Wale'kerü, la mística araña wayuu, una alfombra voladora que se deslizará bajo el cuerpo de Vanesa, la

levantará y la sacará del peligro, pero cuando ellas llegaron era ya demasiado tarde: los mosquitos ya habían hecho acto de presencia y ellas no pudieron evitar lo peor: estos chicos mataron a una de sus propias hermanas –sí, porque en el fondo son sus hermanos, son chicos heridos y aterrorizados que, como ellas, han crecido en la miseria, han conocido el hambre, los golpes y el desprecio, pero en lugar de tenderles la mano, se vuelven contra ellas, las golpean y las violan, diciéndoles horrores, *«hija de puta, puta, tu madre es una hija de puta, zorra, zorra, puta,* ellos no saben decir otra cosa que *puta, zorra, me follo a tu madre»,* vomitando su miedo como las pistolas escupen disparos, cuánta miseria.

Más tarde, Francia se enterará de que la bala mortal procedía del arma reglamentaria de un policía maliense, estúpidamente abandonada en su coche quince días antes en una noche en la que, lejos de penalizar a los clientes, él se había unido a sus filas.

12

Marlboro

Nadim N. cronometró su viaje al minuto: llegará al Bois justo a tiempo para la oración del Magreb, que marca la puesta del sol y el fin del ayuno. Solo han pasado seis días desde que empezó el ramadán, así que le quedan otros veinticuatro para cumplirlo, se lo toma muy en serio. Aunque sea agotador cuando se trabaja diez horas al día, hay que respetar las reglas. Antes de que se ponga el sol, no está permitido ni follar ni comer y a los dieciocho años la polla grita tanta hambre como el vientre. Según el jeque Muhammad Salih al-Mounajjid, a quien consultó en internet, durante el ramadán está permitido acercarse a su esposa al anochecer. El jeque es divertido. ¿Y si no tienes esposa? ¡Ah! Eso, la historia no lo dice, no está previsto en el programa. Lo que sí está previsto es cómo expiar el pecado de tener relaciones sexuales durante el día: puedes optar por liberar a un esclavo, ayunar dos meses seguidos o dar de comer a sesenta pobres. El jeque es gracioso, pensó Nadir. Si tuviéramos con qué alimentar a sesenta pobres, que es toda la población de nuestro edificio, no estaríamos viviendo en un minúsculo piso en la sexta planta sin ascensor de un edificio miserable en una calle tristemente acorralada entre la Gare de Nord y la Gare de l'Est. En cuanto a los esclavos..., en fin, un montón de tonterías.

Su madre lo está esperando, ahora, lo sabe. Lo espera con el *iftar*, la comida festiva que rompe el ayuno: dátiles, seguidos de un pastel de huevo y una chorba, todo acompañado con té de menta. Ella dice que el ayuno es importante, no solo para purificar el cuerpo y la mente, sino también para ayudarnos a comprender la difícil situación de los pobres. *«Nosotros somos pobres, ¡esa es nuestra suerte!»* Nadir siempre tiene ganas de replicar: *«¡Basta ya! ¡Lo entendimos!»* Pero nunca habla con su madre en ese tono. Ella intenta revivir con él las felices tardes de ramadán de su infancia en Argel, pero no lo consigue. ¿Cómo se puede encontrar la alegría en esta ciudad de mierda, en la que constantemente hay que ganar dinero, dar las gracias y pedir perdón sin motivo? Esto empieza en cuanto sales a la calle por la mañana: desconfianza, miradas de reojo, ceños fruncidos,

refunfuños... Ah, sí, a los puristas les molesta que en La Goutte d'Or, Barbès o La Chapelle los musulmanes recen en la calle, pero tampoco quieren dejarles construir mezquitas, mientras que ellos construyen iglesias por todas partes, diez de media por distrito, por otro lado sus iglesias están vacías porque ya no creen en su buen Dios, por otro lado están encantados de tomarse todos los días festivos cristianos para poder irse de vacaciones, por otro lado son laicos y no favorecen una religión en relación con otra. Mi culo, se dice Nadir, disfrutando discretamente de la visión de un par de gruesos muslos blancos aplastados sobre un asiento de metro, calados con medias de rejilla, suben bajo una minifalda de imitación azul y desaparecen, dejando fantasear lo que sigue. La puta lleva una peluca rubia platino. O acaba de dejar su trabajo en Strasbourg-SaintDenis, o tiene el mismo destino que él.

Tuvo un buen día de trabajo, así que esta noche puede permitirse algo más que una mamada, el paquete completo. Su cuerpo reacciona a todas las mujeres, a las reales y a las falsas, pero de momento prefiere a las falsas, las encuentra más femeninas que a las reales, más generosas y maternales, puedes sacudirlas sin que se ofendan y en lugar de aguantar que las ensarten, fingen que les encanta. Nadir nunca ha estado tentado por la yihad con su Hûr 'in y la promesa de setenta y dos vírgenes en el paraíso tras el sacrificio final. En cuanto saque la polla las vírgenes se quedarán mudas. A decir verdad, solo lo intentó una vez con una virgen, ¡una muy terrenal, una muy viva! Maude, se llamaba, una chica blanca, muy simpática, una compañera de clase. Fue hace dos años, justo antes de dejar la escuela. Cuando ella lo miraba sonriéndole, le provocaba una erección importante.

Un día, ella lo invita a su casa, pero no hay nadie, así que le enseña el apartamento, un dúplex chic y luego lo lleva a su dormitorio, arriba, y se aprieta contra él. Durante las fases de besos y desnudez, él se empalma como un burro, pero en cuanto ella le pone un condón, se acabó. En el porno que funciona para él, la chica siempre está amordazada y atada, ver así a una chica ofreciéndosele gratis, mirándole con ojos de pescado frito, sentir esa esperanza, esa demanda –esa *exigencia*, de hecho–, le ha cortado la posibilidad. Sí, prefiere a las putas. Con ellas todo es claro y directo. Pagas, tomas, te vas.

Se disculpó con Maude, pero no quería volver a verla.

Su estación es el metro La Chapelle, justo al principio de Marx-Dormoy. Es un buen plan, bien establecido, una especie de ballet calibrado al milímetro: los viajeros que descienden en Orly procedentes de Argel con cartones de cigarrillos en la maleta, los aduaneros hacen la vista gorda mientras no se pasen de la raya, siete u ocho cartones como máximo, si no son confiscados. A primera hora de la mañana, los mayoristas traen los cartones a Barbès, a las diez Nadir los

encuentra en un lugar que cambia día tras día. *Salam aleykum*, toma los paquetes, esconde la mayoría en el mobiliario urbano, indica los lugares a los demás vendedores para que puedan ir a aprovisionarse, se instala a la salida del metro y de la mañana a la noche, mil veces, diez mil veces, susurra el nombre de la marca. Todos venden pequeñas cantidades y pasan la recaudación a un banquero, de modo que nadie lleva consigo al mismo tiempo cigarrillos y dinero en efectivo. La mercancía se agota fácilmente, Nadir la repone y, al final del día, el banquero reparte los beneficios. El producto es siete veces más barato en Argel que en un estanco parisino; cuando se revende, sigue siendo tres veces más barato; incluso teniendo en cuenta que la policía confisca uno de cada dos paquetes, hace un buen margen. Algunos tipos venden imitaciones o tabaco cortado, pero no su banda, que prefiere fidelizar a sus clientes.

Y funciona. Nadir lleva dos años en el negocio.

Hoy ha sido un buen día, tiene suficiente para regalarse un polvo y no puede esperar. Como consecuencia, llegará tarde al *iftar* y su madre le echará la bronca, lo tratará de delincuente en potencia, pero bueno, así son las cosas.

En el metro está siempre en movimiento, deambulando de un vagón al otro, con los ojos en todas partes y en ninguna, buscando aún cosas que mirar y como la línea 2 siempre está abarrotada al final del día, tiene mucho donde elegir, un par de tetas por aquí, un poco de barriga desnuda por allá, mira y se frota la polla, pero discretamente, si alguna vez una blanca lo pescara mirándola gritaría, todas las cabezas se volverían hacia él, la multitud se levantaría como un solo hombre y lo lincharían. Es cierto que a él no le gustaría que miraran así el cuerpo de su madre, pero menos mal que lleva el hiyab, aunque eso haga que la insulten y la escupan todos los días. Es curioso cómo el pañuelo musulmán molesta a los puristas, pero la peluca de las judías ortodoxas no molesta a nadie, los verdaderos valores franceses son menos libertad-igualdad-fraternidad que vigilancia-igualdad-desprecio. Claramente.

Nadir abandonó la escuela en cuanto pudo, a los dieciséis años, porque la hipocresía lo enfermaba. Ya no podía seguir jugando el juego. A partir de sus once-doce años, de camino a la escuela, la policía le paraba casi todos los días. Enojaba a los polis por no tener nada que reprocharle. Verificaban sus documentos una y otra vez: ¡y sí! ¡Era tan francés como ellos! ¡Nacido y criado en la región parisina, como millares de otros de su especie! Eso les molestaba a los puristas. Les correspondía a ellos invadir al resto del mundo, no al resto del mundo invadirles a ellos. A partir de los quince años, exasperado por estos controles repetidos, Nadim empezó él mismo a interrogar a los policías, devolviéndoles luego sus epítetos, tras lo cual, en varias ocasiones, fue pateado, detenido por desacato a la policía y puesto bajo custodia. Presa del pánico, su

madre iba a buscarlo, suplicando a los policías que lo disculparan porque era menor, les aseguraba que en el fondo era un buen chico y les prometía que no volvería a hacerlo. En el transcurso de sus noches en la celda, Nadir había desarrollado un odio amargo hacia los policías: demasiadas veces había visto en sus ojos la droga del poder.

Desde que trabaja como vendedor, se divierte mucho desconcertándolos y perdiéndolos.

Cuando era pequeño, su padre le hablaba de los franceses mientras jugaba con él al *kharbaga*. «Somos la mala conciencia que atormenta sus noches y sus días. Ese es el problema, hijo mío. Somos la sombra de sus crímenes y el eco de sus torpezas». Hablaba bien, su papá. En aquel momento, Nadir era demasiado pequeño para captar el significado de sus axiomas, pero a medida que crecía los comprendía cada vez mejor. Primero de su clase en Argelia, su padre acabó como camello en Francia. En 2005, por matar a un camello rival en Aubervilliers, le cayeron treinta y cinco años y la obligación de dejar el territorio. Nadir no recuerda la última vez que lo vio.

¡Qué puta erección!

Joderá con la primera que se encuentre en el camino, le dará veinte euros y la follará hasta la médula.

XIII

Barnacla

Perfecto, veinte euros en un minuto y medio de reloj, el chico se va y Francia suelta un suspiro de satisfacción. El día está llegando a su fin, ya hizo doce pases, bien lejos de los cincuenta que hacía Carmencita en los grandiosos años noventa, pero un gran día vistos los tiempos que corren, lo suficiente para que sus colegas se pongan verdes de envidia.

A ella no le gustan los domingos al final del día, cuando desciende la luz y se acaba el fin de semana. Busca a la santa, a quien pide un poco de consuelo... Ay, no ha rezado ni una sola oración en todo el día, aparte de tres palabras por la mañana en la capilla de santa Rita cuando encendió una vela por el papá, no, cuatro palabras, desde que añadió *malparido* a *descanse en paz*, se arrepiente un poco... Después de sus abluciones íntimas, se arrodilla y reza uno o dos avemarías delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, reproducción del maravilloso fresco azul del techo de la basílica en lo alto de Montmartre. Todo París llora en este momento por una catedral que se incendió el mes pasado, Notre-Dame, se llama. Francia sabe que está en una isla en el centro de la capital, pero nunca ha estado allí. Su iglesia favorita es el Sacré-Coeur, muy cerca de su casa: cada vez que toma el funicular a Anvers para llegar hasta allí, piensa en las expediciones a Monserrate en los viejos tiempos con Alejandro o sus amigas y es la felicidad.

Sale de su cambuche, se instala pesadamente en el taburete y enciende la otra mitad del porro que había empezado hace un rato..., pero nada más encenderlo vuelve a apagarlo. Chucha. Prometió volver a ver a Florica.

Va a llevarle un poco de aguapanela todavía caliente de esta mañana en su termo mágico, a Florica le encanta.

Rechucha. Atrapada por la nostalgia de su mamita, debe haber escuchado demasiada cumbia hoy: su móvil está casi sin batería.

Mientras lo mira, la pantalla se queda en blanco. Atraviesa el bosque como un rinoceronte cojo.

Diez minutos después saluda a las chicas visibles de Europa Central, la mayoría invisibles porque están ocupadas, mejor así, también para ellas ha sido un día provechoso, pero ¿quién cuida de Florica? Presa de un mal presentimiento, ya rezando en voz baja, se precipita hacia la tienda de Ileana. Llega. Llama a la chica. No obtiene respuesta. Aparta el panel de lona de la entrada, canturreando para que Florica reconozca su voz y no se asuste, incluso repitiendo algunas notas del aria de Bizet que le ha cantado hace un rato. Sigue sin reaccionar.

Está muy oscuro en la tienda. A Francia le cuesta distinguir algo sin la linterna del teléfono. «¿Florica? ¡Soy Francia! ¿Cómo estás, mi amor? Mira, te traje aguapanela, te dará fuerzas...».

Ahora sabe que habla para tranquilizarse y que la joven, aunque está presente, no está en condiciones de responderle. Cerca de ella, en lo alto del bosque, un ganso canadiense, una barnacla, emite su graznido ronco, un grito que anuncia la noche e insta al valor. Ese grito le parece el suyo. Se lo apropia, lo imita y lo repite, convirtiéndolo en una plegaria.

«¡Oh, santa Rita, grita como una barnacla! Dulce Jesús, haz que no esté muerta».

A tientas encuentra a Florica y levanta uno de sus brazos: inerte. Estira su propio brazo hacia el cubo de poliestireno de la mesilla de noche, enciende la lámpara... y ve, esparcidas por el suelo de lona, las causas combinadas de la inercia de la joven: bolsa, paja, polvo. Sus gritos de barnacla se detienen. Poniendo dos dedos en la carótida, busca el pulso, pero no lo encuentra, así que pone a la rumana boca arriba y mientras le da

un masaje cardíaco grita el nombre de Ileana con su mayor voz masculina, la voz atronadora de su padre en los partidos de fútbol, cuando insistía en que se le oyera por encima del barullo del café del mercado central. No hubo respuesta. Se larga de la tienda y corre a la siguiente, donde pide a Ileana y Marina, que estaban ocupadas con dos clientes, que le prestaran un teléfono. Ileana le entrega el suyo sin inmutarse ni aminorar el ritmo. Justo cuando Francia presta su oreja para acoger de los labios de Ileana los cuatro dígitos de su código de desbloqueo, el cliente soltó su grito eyaculatorio.

Mientras marca el 15, piensa en aquel lejano día en casa de Marco, cuando había pedido ayuda para Léonora. Pensó que sería buena idea llamar a Léo..., pero no ahora. Más tarde, el tiempo apremia.

Volvió junto a Florica, sacó un espray nasal de su bolso y bombeó dos chorros de naloxona en cada una de las fosas nasales de la Bella Durmiente. Unos instantes después apareció Ileana, arreglándose. Tarda menos de tres segundos en comprender la situación.

–*Curvă!* ¿Llamaste a la ambulancia?

–Sí.

–Francia..., ¿puedes hacerme un favor?

–¿Qué?

–Yo me quedo aquí a esperar a la ambulancia con la niña y tú te vas a la otra tienda, ¿sí? Tengo un cliente que viene ahora, un colombiano, he quedado con él para un *fisting*, pero no tengo ganas de hacerlo, ¿lo harías por mí? Di que sí, Francia, por favor. Estoy agotada, siento que si tengo que hacer esto otra vez esta noche me voy a romper...

–Ok –dice Francia–. Yo me encargo, no hay problema.

13

Bum

Víctor V. vino al bosque a primera hora de la tarde como de costumbre. Siempre toma el RER-C en Saint-Ouen y en cuatro estaciones está en Porte Dauphine. Se pasa el resto del día vendiendo, dando vueltas, comprando, consumiendo, picoteando, charlando, deprimiéndose y desahogándose: es su rutina de mierda.

Francamente, lo está pasando muy mal. Colombia está lejos, echa de menos a sus amigos, también las motos, esos monstruos maravillosos con los que él y su hermano cuando eran niños recorrían Medellín y las colinas de los alrededores. Ya de pequeño, cuando veía a su hermano mayor, Antonio y a sus compañeros hacer exhibiciones, el *bum-bum* era el sonido más hermoso del universo. Pisar el acelerador y sentir al instante cómo reaccionaba la bestia, rugiendo, *bum-bum, b-u-m*, ¿qué podía haber más excitante? Su único deseo era seguir los pasos de su hermano: peinarse como él, conducir como él y, sobre todo, dejar los estudios a los doce años como él y convertirse en un auténtico cabecilla.

«¿Somos del pueblo de Escobar o qué mierda?», decía Antonio, y Víctor se sonrojaba de orgullo. En el Medellín de los años 2000, una década después de su muerte, el recuerdo del Patrón seguía muy vivo. Lo adoraban. La gente pobre peregrinaba para depositar regalos de agradecimiento sobre su tumba en los suntuosos jardines de la Catedral, la prisión de lujo donde Escobar había aceptado que lo encarcelaran a cambio de no ser extraditado a Estados Unidos. Un caso único en la historia de la justicia: un criminal sanguinario quien con el acuerdo y la ayuda del gobierno organiza la construcción de su propia cárcel y la llena de todo lo que le gusta: objetos de arte, cocaína, champán y putas. Todos los niños de Medellín querían ser el Patrón, era el héroe de todos sus juegos. Para emularlo, aprendían a mirar sin mirar, a detectar a los policías, a aceptar los castigos, a obedecer al más fuerte, a contar billetes a toda velocidad, y entre una y otra cosa, a torturar a los soplones y matar a los traidores.

Antonio había cometido su primer asesinato a los trece años. Era la buena vida. La mujer de Pablo lo adoraba, le decía a Víctor. Su madre también. Y podía

meter a cualquier tipa en su cama sin que nadie se enfadara. «¿Sabes lo locas que estaban por él las tipas?». Víctor movía la cabeza con un «no» para animar a su hermano a que le diera detalles. «¡Joder, la vida, se empujaban para que se las metiera! ¿Y por qué? No solo porque era rico, famoso y poderoso, no solamente por los mil fiambres en su tablero de cacería..., sino porque era *tranquilo*. ¡Eso es la verdadera clase, Víctor! ¡Hay que estar tranquilo!».

Antonio era un joven versátil. Cuando no estaba ocupado haciendo entregas, llevando las cuentas u organizando citas para la distribución, estaba al cuidado y entrenamiento de un gallo de pelea llamado Fuego. También cuidaba y formaba a su hermano pequeño, y se preocupaba de explicarle las cosas con claridad para que le quedaran grabadas en la memoria. Tenía debilidad por las listas numeradas.

–Escúchame, hermano. Hay cuatro cosas que cuentan en la vida: la bolsa, los negocios, el fútbol y la guerra. ¿Dónde están ahí dentro las chicas?

–En ningún lugar –murmuraba Víctor, seguro de que tenía la respuesta correcta.

–¡Dímelo a mí! Por mucho que se desgañiten, por mucho que digan que son nuestras iguales, por mucho que digan que pueden hacer cualquier trabajo tan bien como nosotros, ¡son embustes! ¡Las peladas son buenas cogiendo, teniendo bebés y listo! Métete esto en la cabeza: ¡mientras eres poderoso, ellas babean por ti y se la puedes meter donde tú quieras! Aquí en Medellín hay tres cosas que les dan candela: las motos, el dinero y la muerte. Y todo está relacionado: para conseguir una moto necesitas dinero, para conseguir dinero tienes que vender y para vender tienes que matar. Si matas, significa que eres poderoso y las chicas empiezan a temblar, ¿ok? Se te suben encima, salivando de la chocha, no pueden abrirse lo bastante rápido, sus tetas saltan como locas, su pelo te cae en la cara, vas, *bum-bum*, hasta el fondo, las coges por los dos lados, tratándolas de puta y de zorra, explotas dentro de ellas y las abofeteas al mismo tiempo, ellas dicen sí, sí, sí, piden más. A todas las tipas les gusta que les peguen, saben que es una prueba de amor, luego se pasean por el barrio exhibiendo los golpes como condecoraciones militares. ¡Tienes que aprender eso, hermano! ¡Pero cada cosa en su momento! ¡Primero la moto!

Con enormes *bum-bum*, Antonio iba a reunirse con sus compañeros en la costa de Medellín y por la noche recibía a las chicas en su habitación, que también era la de Víctor. Si bien no se abalanzaban a su puerta como por Escobar, en todo caso cuando se metían en la cama de Antonio pestañeaban, movían las caderas y soltaban risitas. Estaba claro que estaban locas por su cuerpo y sus regalos; ¡exigían que las llenara y las mimara!

Su madre hacía la vista gorda. Podía darle un poco de libertad a su hijo mayor, porque gracias a él había pasado de la clase uno a la clase tres. Explotaba de orgullo cada domingo en misa, pavoneándose con su nuevo vestido de tafetán, una gran flor magenta en el pelo y un chico guapo en cada brazo.

Víctor había dado su primera vuelta en una moto a los seis años, había aprendido a desmontar y volver a montar una pistola a los ocho, había asistido a su primera violación en grupo a los diez y había probado el bazuco a los once. ¡Qué experiencias tan estimulantes! Y para su decimocuarto cumpleaños, en cuanto aprobó el examen de conducir, su hermano le regaló una moto. Aquel día, sobreexcitado, se pasó la tarde dando vueltas, rugiendo y petardeando, era el paraíso, y su padre estaría celoso, su padre, el vago, al que robaron estúpidamente y mataron cuando volvió borracho a casa una noche de pago. Al final de la jornada, Víctor quiso inclinarse hacia atrás y tirar fuerte del manillar para levantar la rueda delantera de la moto como John Wayne sobre su semental en las viejas películas del Oeste que veía su papá, era genial: la rueda delantera de la moto se levantaba como las patas delanteras del caballo, el caballo se encabritaba, la moto chillaba y escupía humo... Pero la tercera vez debió levantar la rueda demasiado rápido y se inclinó hacia atrás con demasiada fuerza, la máquina se volcó, él resbaló, se cayó y la moto le aplastó el pie derecho. Pasó quince días en el hospital, lo operaron tres veces; desde entonces cojea.

Fue hace casi diez años.

A pesar de esta discapacidad, Víctor había luchado por mantenerse en el negocio; la droga lo había enriquecido. En 2016 decidió acompañar una entrega en Europa con la esperanza de optimizar la cadena de suministro, y una noche en Saint-Ouen durante una acalorada discusión, un cabrón venezolano le clavó una navaja Opinel en las tripas. Debilitado, fue descendiendo peldaños en la jerarquía hasta convertirse en un simple vendedor.

Hoy está emputado porque apenas ha vendido. En el Bois las cosas funcionan mejor en invierno porque la coca mantiene caliente, y cuanto más frío hace, más se drogan las putas, a partir de abril consumen menos. Pero las cosas van mal en París de manera general en estos momentos: lleva tres años haciendo aguas. Está cansado. Las mujeres ya no se pelean para que él se las monte. Tiene que pagar para coger, es una vergüenza.

Menos mal que se topó con esa banda de rumanas durante las vacaciones de Pascua... ¡Ah! ¡Ahora se la puede mostrar a esas putas de Europa del Este! La mera visión de su miembro las deja sin palabras. *Gorila*, lo llaman. Para ellas, es un hombre salvaje. Les paga, las destroza y las golpea y luego les ordena que le hagan un *fisting*. Que un puñito rumano le haga cosquillas en la próstata es lo único que lo excita últimamente: *bum-bum…*

Con pasos desiguales, furiosos, atraviesa el Bois, cuyo verdor en este crepúsculo de mayo se torna lentamente negro.

XIV

Bachillerato

Es solo porque no entiende el español que Ileana pudo tolerar a ese tipo, se dice Francia. Ella dijo no de inmediato. A ella no se le habla con ese tono, no se la trata como basura. «¡Hasta luego, muchacho!».

Aparte de Carmen, y otras dos o tres amigas trans del Bois, no se relaciona con colombianos en París. Este fue el primer choque, incluso antes de los insultos: encontrarse cara a cara con un compatriota de la peor calaña, precisamente la especie que su papá aborrecía, uno de esos jóvenes narcos de Medellín, egoísta, vago y hedonista, se reconocía de un vistazo.

No, ese ha sido el segundo shock. El primero fue ver a aquel hombre cojeando hacia ella. La *misma* cojera que la suya, *¡la misma!* –y como a él la vida le masacró el tobillo derecho y a ella el izquierdo, estaban espejados, era casi como una película cómica: por un momento, Francia sintió como si estuviera jugando a un juego consigo misma–. Pero en cuanto el hombre se dio cuenta de que aquella mestiza gigante era la sustituta improvisada de su cita, la cosa dejó de ser divertida. Él empezó a despotricar, brotaron de su boca grandes chorros de mierda en español y reavivaron los recuerdos más sórdidos de Francia en Bogotá, los viles traficantes de droga de El Cartucho, los niños muriendo de hambre en cada esquina, los jóvenes adictos desdentados, las violaciones al aire libre... Un gran, gran shock.

Escuchar a este hombre despotricar así contra las mujeres, los homos y los trans le revolvió el estómago, pero ella le respondió del mismo modo. Al darse cuenta de que estaba tratando con una compatriota, el hombre empezó a lanzarle insultos aún más específicos, de colombiano a colombiana. Ah,

ahí, más le valía no seguir insistiendo el muchacho, si no, no iba a ser en el ano donde iba a recibir su *fisting* sino en la cara. Ah, vale, era así, él insistía. Pues mala suerte. Ileana perdería un cliente, pero era bueno deshacerse de él. Francamente no tenemos por qué tratar con esa clase de tipo tóxico.

El hombre se fue echando pestes y sangrando, pero no presentaría cargos porque le preguntarían qué demonios hacía en la zona: ¡por una vez, la ley Hollande jugó a nuestro favor!

«Por favor, dulce Jesús, no dejes que se me inflamen las articulaciones», murmura, pasando los dedos por su rosario de cuentas de madera multicolores (las perlas de verdad le desagradan, al igual que el oro, la plata y las piedras preciosas: se dice que su precio elevado es el fiel reflejo de la tortura que soportan los mineros. Prefiere la madera, la vida del leñador le parece menos atroz).

Aquí, comprueba: sigue la misma calma sepulcral en torno a la tienda de Florica. ¿Pero con qué porno se están pajeando los ambulancieros de Billancourt? Ya pasaron más de cinco minutos desde su llamada. Ah. Uf. Ahí están.

Sigue la escena de lejos. No hay necesidad de añadir su presencia. Está segura de que la chica estará bien por esta vez, pero necesitará ayuda. Con el móvil enchufado al minigenerador de las rumanas, Francia marca el número de Léonora. Por suerte, está libre. Promete reunirse con la chica en una hora en el hospital Ambroise-Paré –bien cerca, justo al borde del Bois– y darle un informe completo en casa de Marco y Ariane al final de la tarde.

–Mamá me dijo que descorcharemos el cava hacia las diez y media, ¿te parece bien?

–Está más que bien, Léo, ¡es divino! Mil gracias. ¡Hasta luego!

El triple shock del encuentro con Colombia ha despertado brutalmente el recuerdo de su último viaje al país. Fue en 2017, para la graduación de Xio

del bachillerato. Increíble pero cierto, no había vuelto a su país después del funeral de su padre, diez años antes. ¡Toda una década, Dios!

Violeta, su pequeña gran hermana, había alquilado un coche para recogerla en El Dorado. «¡Bienvenida a casa!», exclamó cuando Francia atravesó las puertas batientes de la zona de llegadas.

Llueve a cántaros.

«¿Te importa si pasamos por el centro?», preguntó Francia.

Es un desvío, pero ella tiene ganas de pasar por delante de los barrios de su loca y dolorosa juventud, la Candelaria, el Teatro Colón…, no había regresado jamás. Cuando descienden por la avenida Caracas sus ojos se ponen redondos: ¡un espacio verde chato y feo y geométrico llamado Parque Tercer Milenio ha sido instalado para cubrir toda la superficie del antiguo El Cartucho! Se sorprende al sentir casi una puntada de nostalgia por ese infierno… Pero Violeta la tranquiliza: la miseria no ha sido ahuyentada de la capital, simplemente se ha deslizado hacia algunas calles hacia el norte, hoy es el barrio adyacente, el Bronx, el que encarna al desasosiego absoluto, los bajos fondos de la humanidad. En fin, habiendo interrogado a Francia con una mirada «¿está bien? ¿Podemos irnos?» y obteniendo su consentimiento, Violeta gira hacia el este y toma la autopista Sur para dejar la megalópolis.

Descender a Girardot ese día no resulta fácil. Fracasar, habría que decir, más que descender. Caerse desde arriba. Caer en picado. Porque Bogotá es una ciudad en las alturas y el camino a Girardot una bajada lenta. Muy lenta, ese día en particular debido a la lluvia, a las obras de ampliación de la autoruta y a la pasión inextinguible de los colombianos por toda suerte de dificultades. En resumidas cuentas, un embotellamiento de ciento veinte kilómetros. Tubos de escape, polvo, bocinazos, traqueteos: viniendo de una noche en vela en el Bois y diez horas de vuelo, este trayecto en auto sumerge a Francia en un estado de estupor.

A los lados de la carretera, cerca de gasolineras y de pueblos, han surgido restaurantes como setas; Violeta tiene que maniobrar constantemente para no atropellar a los vendedores ambulantes, quienes, con grandes y falsas sonrisas agitando los menús, invitan a los

automovilistas a aparcar delante de su establecimiento. Y eso es solo un anticipo de los cambios que le esperan en su ciudad natal.

Por su clima tropical y su proximidad con la capital, Girardot siempre fue un destino apreciado para las clases altas de Bogotá, que congeladas, allá en sus nubes, disfrutan de poder pasar de quince a treinta y cinco grados en pocas horas. Cuando eran niños, Rubén y sus hermanas se reían de los turistas que, tras comprar figuritas religiosas en el mercado central, volvían a su hotel, se echaban junto a la piscina y se dejaban quemar por el sol. Llegaban rosados como lombrices y se iban rojos como cangrejos.

Pero ahora, en 2017, la historia es diferente: los alrededores de Girardot muestran todos los estigmas de un desarrollo turístico desenfrenado: parques de atracciones, balnearios y centros comerciales. Espantada, Francia frunce el ceño tapándose la boca con una mano. Violeta no comprende. «¡Se ha enriquecido, ¿verdad?, nuestra Girardot ¡Ahora tiene cien mil habitantes!».

Francia se relaja un poco cuando se acercan al barrio de la parroquia de san Miguel: de este lado del río, las callejuelas siguen en su estado original. Paredes pintadas de amarillo, rojo o verde, escaleras derruidas, cactus, manchas de agua y óxido, vegetación desmesurada, vallas improvisadas, chapa ondulada, palmeras, palomas, mendigos, lisiados... ¡y el ruido! ¡Ah! Ese ruido inimitable e incontrolable de la Colombia de los pobres: motos sin silenciador, música desenfrenada una superpuesta a otra... Sin duda, esta es su casa.

Este viaje le representa meses de ahorros y está encantada con la idea de reunirse con su familia. Pero por la noche, en el cortijo (ampliado y mejorado a sus expensas en los últimos años), tras la alegría de abrazar a su vieja mamita y a su más que vieja abuela, tiene que admitir que la familia en cuestión ya no existe. No solo el papá está muerto y enterrado, sino que dos de las cinco hermanas no han podido estar, otras dos se niegan a hablarse, y las sobrinas y los sobrinos se abalanzan sobre su tía rica, gritones y sobreexcitados, con las manos extendidas, ansiosos por agarrar los regalos que les ha traído de París. Helada por el reencuentro, Francia tiene problemas para honrar la comida antes de meterse en la cama.

Y lo peor está aún por llegar.

Al día siguiente, en el Colegio Liceo Moderno, es una Xiomara metamorfoseada –una chica alta, de pelo liso y sonrisa robótica, vestida con su uniforme escolar de camiseta verde y falda escocesa– quien, tras haberle dirigido una breve y ardiente mirada rogándole que comprenda, se pasa el resto de la tarde tratándola como a una completa desconocida. Claramente avergonzada por la presencia de esta monstrua enjoyada, maquillada, pechugona y coja, teme las burlas de sus compañeros.

Lejos de la casa familiar, el Colegio Liceo Moderno está situado muy cerca del cementerio católico. Al terminar la ceremonia, antes del refrigerio en el patio, donde los padres de los alumnos podrán conocerse, felicitarse, alabar los buenos resultados de sus hijos y compartir sus esperanzas para el futuro, Francia se escabulle discretamente para visitar la tumba de su papá. Necesita una excusa para llorar.

Hoy, sacudida por el encuentro con el muchacho de Medellín y el recuerdo de su gélida sobrina, Francia siente que le vuelven las lágrimas colombianas. No se atrevió a decírselo a la mamita durante su Skype, pero más allá del problema de dinero, ahora duda en volver al país.

Busca una araucaria donde apoyarse. En momentos así, cualquier árbol alto puede convertirse en la socorrida ceiba de su infancia.

Sola, rodeada por la noche, cierra los ojos, levanta la barbilla y llora desconsoladamente. Jesús y la Virgen la abrazan, Marta y Rita la acunan, Dios la tranquiliza: «Todo va a salir bien, Francia, no te preocupes. Todo va a salir bien». Al cabo de un rato se sacude y regresa a su cambuche.

Casi a las veintiuna horas, aunque el sol sigue divirtiéndose pintando de rojo el horizonte por el lado de Saint-Cloud, bajo el dosel reina una oscuridad total. Una o dos horas más de aguante y podrá poner los pies bajo la mesa en casa de Marco y Ariane... antes de recomenzar mañana por la mañana.

14

Carga

Al abrir la ventana de su departamento, situado en el segundo piso de un opulento edificio de la calle Lalo, Henri H. escuchó el ronronear del motor de la berlina. Jacques es puntual como siempre, un chófer impecable. Muy bien, pero no hay prisa, Henri tiene la noche por delante. Es su septuagésimo sexto cumpleaños y, después de un día ajetreado, ha querido estar solo para hacerse un regalo.

Toma y agita una campana de bronce. Jasmine, su criada senegalesa, viene a ayudarlo a quitarse su bata de satén rojo y a ponerle una elegante chaqueta de terciopelo negro. A pesar de su enfermedad, su espalda arqueada, las profundas arrugas de su frente alta y morena causadas por la edad y el blanco abundante en su cabello, sigue siendo un hombre muy apuesto. Setenta y seis no es un número redondo ni un número primo, pero qué demonios, es un número y quizás sea el último. La enfermedad lo corroe. Pierde el uso de un miembro tras otro y necesita ayuda para todo: vestirse, desvestirse, trasladarse, comer... y quizás, esta noche, si Dios quiere, le dará placer a su cuerpo.

Jasmine le entrega el *kufi* con sus bordados dorados, el sombrero sagrado que heredó de su padre que, a su vez, también lo había heredado de su padre, y luego el bastón *fon* de madera tallada donde se enfrentan un mono y un perro. «En realidad todo es sagrado, le dijo su padre un día en que se encontraban solos, en las letrinas. Los rituales simplemente nos ayudan a estar atentos.»

–¿Lo acompaño, señor? –pregunta Jasmine.

–No, gracias. Estaré bien.

Desciende cautelosamente los dos pisos, agarrándose de la barandilla de hierro forjado. Mientras tanto, Jasmine envía un mensaje de texto al chófer. Jacques viene a abrirle el pesado portón del edificio, desliza una mano bajo su codo, lo ayuda a subir al asiento trasero de la berlina, comprueba que ha doblado ambas piernas, cierra la puerta sin dar un portazo y se instala al volante.

–¿Dónde vamos, señor? –Cuando Henri indicó la Allée de la Reine-Marguerite, su rostro no mostró sorpresa alguna. Le pagan para ser impasible–.

Muy bien, señor.

–Pero no tengo prisa –añade Henri–. Evitemos las vías principales. Después de la Porte Dauphine, puede entrar en el Bois por la Allée des Poteaux, luego tomar la Allée Saint-Denis y la calle de Suresnes.

–Muy bien, señor –repitió Jacques, absteniéndose de añadir «lo comprendo» para que su jefe no sospechara su insolencia. Huelga decir que la discreción es primordial en este trabajo. Si Henri H., hijo del ministro del mismo nombre y gran conocedor del arte beninés, apareciera en los titulares por ser detenido al anochecer en el Bois de Boulogne, las repercusiones serían catastróficas.

Un regalo de uno para uno mismo, pensó Henri.

Su teléfono no había dejado de sonar en todo el día. Nadie había olvidado su cumpleaños, por la buena razón de que su secretario se había encargado de recordárselo. Un auténtico aluvión de llamadas, venidas de todas partes del planeta: los parientes dispersos entre Cotonou, Burdeos, París, Roma y Nueva York, los antiguos compañeros del seminario donde estudió de los dieciséis a los veintidós años, galeristas especializados (como él) en arte africano, miembros del instituto encargados de perpetuar la memoria de su ilustre padre, sin mencionar a algunos amigos franceses que no fueron avisados, sino simplemente estaban atentos.

Le han emocionado todas las muestras de amistad y respeto, al igual que las flores que le envió su secretario. En cuanto a Jasmine, que desde hace cinco trabaja años para él, ha tenido la amabilidad de llevarle un trozo de tarta de chocolate para el té de las seis, pero tras ponerlo sobre la mesa de pedestal dorado Luis XVIII, junto al sofá donde Henri estaba sentado en bata, declinó su invitación de compartirla con él. «¡No, gracias, señor, no tengo hambre, muchas gracias!». Se sentía incómoda. Eso no se hacía, comer con su patrón. Sin embargo, cuando él le hizo la propuesta de reemplazar el té por una botellita de prosecco, ella quiso brindar. Siempre de pie, mojó los dedos en el líquido chispeante y saludó a los antepasados lanzando gotas rápidamente hacia las cuatro esquinas de la sala; Henri siguió con una bendición a media voz, al final de la cual Jasmine se le unió en el Amén..., tras lo cual, habiendo renunciado a buscar una tercera fórmula ritual, bebieron finalmente sin brindar.

El coche serpentea por las calles oscuras y silenciosas del barrio, uno de los más tranquilos de la capital tanto de día como de noche: un gran triángulo salpicado de embajadas (sobre todo africanas), lleno de guardias, cámaras y sistemas sofisticados de protección y enclavado en tres avenidas cuyos nombres –Grande Armée, Bruix y Foch– inmortalizan grandes logros militares. «Para estar más seguro que aquí en el planeta Tierra –le gustaba decir a su padre– ¡habría que ir al polo sur!».

Henri sabe que existen prostitutas especializadas en ayudar a clientes discapacitados; desde hace algún tiempo este servicio, incluso, se incluía entre las profesiones llamadas asistenciales, y Henri podría sin duda beneficiarse legítimamente. No lo hace, porque a sus ojos su enfermedad es menos una minusvalía que la reacción lógica de su cuerpo a la manera en que fue tratado desde la infancia.

Ni siquiera estaba seguro, de bebé, de haberse hecho caca encima. Desde muy pequeño, llevó uniforme escolar todos los días de la semana y un sobrio traje para la misa los domingos. Desde que tiene uso de razón, le han repetido que su ropa ha de estar impecable y su columna recta, que frene sus impulsos más naturales y sus alegrías más espontáneas.

Para la familia H. de Cotonou, ninguna fecha del calendario era una promesa de descanso. Varias veces al año, el país celebraba las fiestas vudús con gran pompa, fuertes redobles de tambores, oraciones elaboradas, trajes coloridos, sacrificios sangrientos, banquetes, libaciones y bailes nocturnos; en esos días, la familia H. permanecía encerrada en su casa (allí también, en el barrio de las embajadas y los ministerios cerca de la Marina). Para demostrarse que era un soldadito de Jesús, era importante que Henri se contuviera, que se distanciara de estos excesos paganos. «Ten cuidado», le decían siempre, «llevas un nombre ilustre y debes mostrarte digno de él. El linaje de los H. se remonta a los antiguos reyes de Dahomey. Ha seguido, por no decir diseñado, el desarrollo político del país».

Mientras que su padre dejó de asistir a los burdeles de París antes de la guerra, él nunca había tenido ese derecho, y ni siquiera la oportunidad de ir. Como adolescente guapo, sumiso, dotado y alabado, se había contentado con leer en la cama los volúmenes de literatura francesa de su padre, salpicándolos con generosas dosis de imaginación. En cuanto a los ritmos instintivos que había heredado como macho primate superior, los había aplastado en lo más profundo de su médula espinal; su enfermedad actual era una triste prueba de ello.

Tras haber terminado el seminario a los veinticinco años y haber brillado, se fue a París para estudiar teología en la Sorbona. Era entonces mayo de 1968. Las desarregladas y elocuentes francesas del Barrio Latino le dejaron sin habla. Sin saber a quién acudir, se refugió en los libros. Fue en la Biblioteca Nacional de la calle Richelieu donde, casi por casualidad, había empezado a interesarse por el arte de su país y, más concretamente, por las máscaras Gelede. De todas las sociedades de máscaras del continente africano, la Gelede es la única dirigida por mujeres. Originarias de la etnia Yoruba, estas máscaras constan de dos partes: el rostro del portador queda cubierto por la cara de una mujer tranquila; sobre la

cabeza de la mujer se coloca una bandeja en la cual hay personajes en diversas situaciones.

En vista del dinero puesto en su educación, a la madre de Henri le disgustó verlo regresar al pasado de su país. Su padre, en cambio, lo animó: «Tienes razón, hijo mío. Lo ideal sería ayudar a los dos mundos a que se acerquen. ¿Y qué mejor que demostrando su profunda unidad espiritual?». Esta no era especialmente la visión de Henri, pero poco después a su padre le habían diagnosticado un cáncer de páncreas y cuanto más se acercaba su padre a la muerte, más interesante le parecía a Henri este enfoque. Empezó a recorrer el país, visitando las cabañas, los mercados y los templos vudús de pueblos lejanos y a comprar sus objetos más notables. Le atraían especialmente las obras con «carga», una mezcla de sustancias animales, vegetales, minerales y humanas a la que se adhiere una pieza de piedra o metal con efecto reflectante. Colocada en la cabeza, el pecho o el vientre de una figura esculpida, la carga le confiere una fuerza mágica. Hacer transportar estas obras a París, escribir una etiqueta detallada para cada una y convertirse en un especialista en la materia permitió a Henri por fin existir, aunque por poco tiempo, bajo la mirada de su padre.

Después de su muerte, utilizó el dinero de la herencia para comprar un hermoso local en Saint-Germain-desPrés, espacio que ha transformado en una galería de arte, llamada, justamente, La Carga. En los años noventa, cuando el precio del arte africano se disparó, la galería fue un éxito arrollador. Henri se sintió incómodo al ver crecer sus cuentas bancarias y sus acciones en la bolsa. Sabía que a los franceses (con algunas excepciones) les interesaba poco la historia de las obras que compraban. No querían saber las penosas circunstancias en las que habían sido creadas, o para honrar a qué deidad habían sido hechas, o con qué súplica... No: *grosso modo*, esperaban impresionar a sus amigos y ganar dinero. A sus ojos esas estatuillas erizadas de clavos como carne asada no estaban «cargadas», sino que eran «bonitas».

Jóvenes artistas de Cotonou y de Ouidah se pusieron a producir las máscaras Gelede expresamente para turistas y coleccionistas europeos. El estilo de la historieta funcionaba bien: un campesino segando sus campos, con el celular pegado a la oreja; un señor corpulento con traje acerado desplomado en un sillón de cuero, iPad en mano; tres hombres atacando a un cuarto (desnudo y extremadamente erecto) para cortarle el prepucio... Con cincuenta y cinco años, Henri había decidido tirar la toalla. Confiando la dirección de la galería a su ayudante, se había encerrado en el piso familiar de la calle Lalo y se puso a trabajar como un monje benedictino. Día tras día leía revistas especializadas, veía documentales, consultaba archivos digitales y profundizaba en sus conocimientos de vudú...

Los años pasaron sin que se casara ni fuera padre.

La polémica estalló en 2006, a raíz de la creación del Museo del Quai Branly, conocido como Museo de las Artes Primeras. En todo el continente africano se alzaron voces denunciando el robo de tesoros artísticos africanos por parte de Occidente y exigiendo que las obras sagradas fueran restituidas a sus países de origen. Fue por entonces cuando Henri empezó a sentir los primeros síntomas de su enfermedad: temblores, rigidez, lagunas de memoria. Se retiró.

Hoy su vida está casi terminada y le parece que pasó en un abrir y cerrar de ojos. Pero se sorprende, estos últimos tiempos, en pensar distinto sobre las obras de arte de su país y comunicarse con ellas. Todas las noches, después de cenar, escucha música tradicional de Benín y su sueño ha mejorado. Tiene la impresión de que su propia carne se le hace por fin audible. Aprecia cada vez más la belleza de Jasmine, sin imaginar, por supuesto, la más mínima palabra o gesto, por miedo a ofenderla. Así que se le ha ocurrido este remedio: buscar ayuda en una bella y gentil profesional.

Y tal vez, si Dios lo quiere, probar por primera vez un placer que no sea solitario.

XV

Abuela

Esto no le sucede muy a menudo, pero al guapo africano anciano, enfermo, secundado por un chófer que lo ayuda, ese hombre cuya delicadeza, tristeza y deseo –¡ah!, el deseo, a la sombra de la gran hoz de la parca– captó enseguida, Francia lo ha enviado con Virginia, una venezolana que trabaja a dos pasos de su cambuche y que acaba de empezar su jornada. Fresca y dispuesta, le dedicará el tiempo y la atención que necesita. El tipo está claramente forrado, y si ella consigue hacerle sentir bien sin reprocharle su lentitud, le hará un superservicio, y puede que él le dé un billete de cien. Francia, distraída, perturbada, agotada, de hecho, por su ansiedad por Florica, no se siente muy disponible. Además de darle las gracias con una cálida sonrisa, el anciano le deslizó amablemente un billete de diez antes de subir la ventanilla eléctrica de su limusina.

Francia se sobresalta: su móvil está sonando, no le gusta. Siempre lo pone en modo silencioso durante sus horas de trabajo, solo un puñado de favoritos rompen la barrera del sonido. ¿Quién demonios...? Cornelia, su tercera hermana, aparece en la pantalla.

–Hola.

–Francia...

Silencio. Su corazón tamborilea como si el mismísimo Horacio Hernández estuviera instalado en su pecho. El silencio se prolonga. Se extiende por su mente como el telón sobre el escenario de la Ópera Colón de Bogotá, ocultando todo, cubriendo todo, no hay personajes, no hay acción, no hay trama, no hay obra, en realidad, el mundo no ha empezado

todavía, no hay nada, nada en absoluto, nada más que el magma original del que surge Wolunka, la hija de la madre tierra y de la lluvia de la cual le contaba su abuela cuando Rubén venía a pasar la noche a su casa y se acurrucaba en sus brazos en la mecedora, y mientras le alisaba el pelo le contaba la historia de Wolunka, la única mujer de la Tierra, incapaz de concebir porque tenía la vagina cerrada con dientes, entonces Kashi, la luna, había enviado a tres domadores para tenderle una trampa... Pero a veces el pequeño Rubén no quería escuchar lo que seguía, a veces prefería quedarse en la indistinción, en el barro primigenio, perder el lenguaje, no entender ni español ni wayuunaiki, ni siquiera quería escuchar su escena favorita del cuento de Wale'kerü, en el cual el hilo gotea de la boca de la bella joven y ella lo usa para tejer mochilas a una velocidad vertiginosa, sí, como Rubén entonces, el único deseo de Francia en este momento es perder el hilo, dejarlo ir, no quiere hacer la pregunta ni saber la respuesta, cierra los ojos, lo único que quiere es refugiarse en el cuerpo de su mamita; de allí, deslizarse en el de su abuela, horadar un pasadizo de vagina en vagina, de túnel en túnel y de este modo subir como un topo, a través de los siglos y milenios, hasta el comienzo de los tiempos.

–Nuestra abuela nos dejó –dijo Cornelia con un susurro ronco.

Apareció de pronto en el cielo del espíritu de Francia el soberbio pájaro rojo que la abuela le había enseñado a reconocer: el cardenal guajiro, rey de su pueblo y de su imaginación, que anida en su pecho como sobre el delantal que la abuela le regaló cuando se marchó a París. Sus plumas son rojas porque las había mojado en el río sangriento donde Wolunka dio a luz a su primer hijo, tienen el mismo tono flamígero que la amarilis, el ave del paraíso y los pañuelos colgados por las TDS del retrovisor de su furgoneta. La vida de Francia estuvo marcada por las apariciones del cardenal guajiro, es su motivo, su *kaana*. La abuela se lo había regalado, a él, Rubén, porque era el único con quien podía compartir las historias y la costura, y fue ella, Ruby, la nieta secreta, gracias a la cual Francia comprende que la muerte de la abuelita no es más trágica que la desaparición del hilo bajo la superficie de una mochila en ciernes, o la retirada de una brisa en la playa, o el *diminuendo* tras el *crescendo* en un aria de Verdi. Las cosas suben,

descienden y vuelven a subir, no hay un telón: lejos de ser un espectáculo con principio, nudo y desenlace, la vida es un canto incesante, un entretejido de intercambios, una mantilla de sueños cuyo encaje deja la noche flotando para entrar flotando en el día, antes de regresar suavemente a la noche. Montada en el cardenal guajiro, Francia llega en algunos aletazos a Girardot, donde deposita un beso refulgente en la frente de esa señora pequeñita que le había enseñado a tejer, coser, rezar y amar.

–Murió por la mañana –agrega Cornelia–, mientras la mamá estaba en misa. Es tan liviana, Francia, no pesa nada, es como papel, como algodón, ¡es increíble! ¡Tenemos miedo de que se evapore antes de que podamos enterrarla! La mamá te manda decir que no vengas. Dice que si puedes enviarnos un poco de dinero para el funeral, sería perfecto. Dice que nuestra abuela te quería más que a nada en el mundo, incluso más que a mamá, su propia hija. Te dejó su máquina de coser, pero eso es absurdo, seguro que tienes una mejor en París...».

Francia escucha la voz de su hermana de lejos, porque las alas del cardenal guajiro laten con fuerza en su corazón. No, este pájaro *es* su corazón, el pulso mismo de su vida, rojo anaranjado, rojo brillante.

¿Qué decía la abuelita? Ah, sí... Viejo de cuatro decenios el recuerdo remonta a la superficie: decía que cuando la mamita dejaba a Rubén frente a su casa, y él corría por la acera de madera hasta su puerta, a veces se equivocaba: ¡al oír sus pasos de pata e' cumbia, débil fuerte, débil fuerte, los confundía con los latidos de su propio corazón!

Al cabo de un rato, un tiempo incierto, el tiempo que haga falta, Cornelia deja de hablar y se despide de Francia, besos, besos, adiós. La comunicación se corta.

Ah..., por fin ha llegado el momento para Francia de terminar ese pequeño porro de abuela que empezó antes.

Eterna es la abuelita. Simplemente eterna.

15

Les Gibets

Es la quinta vez que Armand y su esposa Geneviève van al Bois de Boulogne a hacer el amor. Cinco veces en... poco menos de año y medio..., no es excesivo. La primera vez fue en enero de 2018, para celebrar los sesenta años de Armand. Y como les ha ido bien, vienen siempre a ver a la misma, Magda se llama, una mestiza robusta y agradable. Les tranquiliza el lado rutinario del asunto: así no hay malas sorpresas.

Armand se conmueve al constatar que después de treinta años de matrimonio Geneviève lo quiere tanto que está dispuesta a pagar a un tercero para que los ayude a tener un orgasmo. Es un hombre afortunado, no se puede negar. La primera vez, ella le había explicado entre susurros cómo se le había ocurrido esta idea: «Porque en el fondo, mi ángel, es estupendo cuando me acaricias con la lengua, sí, me encanta, pero lo que me excita a mí es tu propia excitación así que, si me lames, pero estás blando, me cuesta llegar al clímax, ¿comprendes?». Si Magda podía ayudarlos a conseguir este efecto gracias a los múltiples talentos y técnicas acumulados durante veinte años en el oficio, ¿por qué no aprovecharlo de vez en cuando? Incómodo, Armand solo pudo asentir. El razonamiento le pareció irrefutable.

Su situación era banal, casi un cliché. Pero bueno, un cliché no surge de la nada: como su nombre indica, es una foto, una imagen fiel de la realidad. Aunque a nadie le guste pensar que su vida es banal, hay que reconocer que el único cuerpo que tenemos está hecho según un modelo bastante extendido: nos guste o no, es banal nacer, morir y, para un hombre, entre ambas, tener, según la edad, demasiadas o demasiado pocas erecciones.

Hace unos veinte años, él y Geneviève solían bromear en las cenas con los amigos: «¡Oh, tenemos bastante suerte, nosotros los *baby boomers*! Justo cuando estábamos listos para follar, la ciencia inventó la píldora; después de mucho explorar, estábamos asentados y éramos monógamos cuando llegó el sida; y ahora, justo cuando empezamos a flaquear, ¡llega la Viagra!».

Desde hace algún tiempo han dejado de sacar este chiste porque a menudo ya no hacía reír, su hija Jessica, de veintiún años, les había hecho recordar de manera cortante que las primeras píldoras anticonceptivas habían perjudicado gravemente la salud de las mujeres, que el sida era una enfermedad muy política y que la Viagra engrosaba las arcas de las grandes farmacéuticas más criminales del planeta. Además, a Geneviève nunca le había gustado la pastillita azul, pues consideraba que imprimía un carácter mecánico e impersonal al deseo de su marido.

Con Armand al volante, se alejaron de su barrio de Rueil Malmaison, Les Gibets.[1] ¡Oh, pero qué chic es vivir en Les Gibets!, se dice por diezmilésima vez en su vida. ¡Es chic mandar a tus hijos a la guardería del Moulin des Gibets! ¡Es genial la humanidad, en el fondo! No, pero, en serio, ¿a nadie se le ocurrió cambiarle ese topónimo?

Armand hizo toda su carrera como profesor de literatura en Nanterre, y ahora, al pensar en Les Gibets, los versos de *La leyenda del siglo* se ponen a trotar en la cabeza: *«Los postes tienen por techo el vacío; el peldaño / conduce a la escalera y la escalera a las tinieblas; / el crepúsculo pasa a través de las vértebras / y la noche muestra unos pies con los dedos abiertos...».*

Es increíble cómo Víctor Hugo podía sentirse atraído por lo macabro, se dice. Sobre todo, después de la muerte de su hija, se empeñó en mirarlo de cerca, cada vez más de cerca y poner en ello la lupa de su talento. Insuperables en su género, sus versos sobre la horca de Montfaucon, al este de París, donde, durante siglos los reyes de Francia hacían ahorcar a sus enemigos, vivos o muertos, dejándolos colgados hasta que desaparecieran por completo.

«Historia gloriosa, historia gloriosa», se dice Armand, mientras escucha distraído a su esposa.

Siempre un poco nerviosa y por lo tanto demasiado locuaz frente a la cercanía de sus retozos con Magda, Geneviève, comenta en esos momentos las manifestaciones de los Chalecos Amarillos en las rotondas, la devastación causada en los Champs-Élysées el 16 de marzo y la represión policial. «¡Sus reivindicaciones son legítimas, estamos de acuerdo!», afirma. «Todas estas regiones abandonadas, esta sociedad a dos velocidades, sí. Pero sus métodos de acción son demasiado violentos y eso hace que su mensaje sea inaudible. Es una pena.»

«*Y aquellos muertos sin descanso, donde pulula el gusano/ Más que la abeja de oro en el hueco de los robles, / Aquella agitación de sombras misteriosas…»* En la cabeza de Armand, los versos de Víctor Hugo desfilan en medio de las frases de su mujer. «*El vaivén horrible de los demacrados espectros, / sus*

cráneos sin pelo, sus cejas sin miradas… / Entre los viejos pilares, enmohecidos de verdes, / pálidos cuando los rayos de luna se derraman».

«Se harían escuchar más si hablaran normalmente», prosigue Geneviève, «en lugar de romper escaparates y destruir vitrinas».

«Allá arriba, las larvas van y vienen, los muertos penden, / y la comadreja les ha roído el cráneo y el fémur, / y su vientre aterrador cruje como una fruta madura». Qué extraño, se dice Armand. ¿Por qué estoy recitando versos gore de camino a tener placer con mi mujer?

Es Geneviève quien nació y creció en Rueil. Ellos se habían conocido allí de jóvenes, a los diecinueve años, en un bistró donde ella tenía un trabajo de verano como camarera. Armand había ido a tomar una cerveza para celebrar el fin de su servicio militar.

«Historia gloriosa, historia gloriosa», se dice de nuevo, rodeando el Mont-Valérien por la calle de Garches. Ahí a la izquierda está la calle de Verdun, que baja por el Boulevard Washington y bordea el cementerio americano. Sin duda, la guerra es el gran negocio de la humanidad. Ya en 1840, adelantándose un siglo a los arquitectos militares estadounidenses, habían dado la forma de un pentágono a la fortaleza del Mont-Valérien para simbolizar su poder omnidireccional. Durante la sublevación de la Comuna, la fortaleza dio su nombre a una sublime pieza de artillería: la Valérie. Una polla, se dice Armand. Una polla, de manera flagrante, igual que los cañones, fusiles, revólveres, bombas, tanques y lanzamisiles inventados por los hombres a lo largo de los milenios.

Una polla bastante grande para la época (pesaba catorce toneladas), ¡la Valérie había enviado no menos de treinta y cinco proyectiles de ciento cuarenta kilos contra las líneas prusianas a lo largo de dos meses! Eso no impidió que los prusianos ganaran la guerra, y que se llevaran la Valérie a casa como trofeo. En 1921, cuando Francia salió victoriosa de la Gran Guerra, les ordenó que la devolvieran y tuvieron que obedecer. Cuando París fue ocupada por la Wehrmacht en 1940 se la llevaron a Alemania. Tras la derrota de los ejércitos hitlerianos en 1946, el pito viajero regresó de nuevo a Francia y fue encerrada definitivamente en los Invalides.

Uf. «Hasta la próxima vez», como diría el amigo Boris.

De adolescente, Armand exasperaba a su sumisa madre y a su padre, oficial formado en la escuela militar de Saint-Cyr, cantando a todo pulmón *El desertor* de Boris Vian. Por mucho que se esforzara, no tenía ganas de perpetuar la heroica tradición militar de los hombres de su familia. Su abuelo había luchado en la Gran Guerra, y su padre –demasiado joven, muy a su pesar, para unirse a la

Resistencia– se había alistado en los paracaidistas en Argelia en 1957, cuando solo tenía dieciocho años. En el país, aquel año, la tortura se había generalizado, casi habría que decir que se había universalizado. ¡Ah! ¡El Ejército francés no era nada escrupuloso! Utilizando diversas técnicas, pero con una preferencia evidente por la electricidad, abarcaron un vasto terreno, torturando a hombres y mujeres, franceses y argelinos por igual: una experiencia inolvidable para el padre de Armand. Como consecuencia, considera a los hombres de la siguiente generación como a niños mimados: «Puedes hacer el servicio militar –le dijo a Armand–, aprender los ejercicios, las carreras, los gritos, a manejar las armas. Pero hasta que no te hayan golpeado en la cara pedazos de los sesos de tu mejor amigo, no habrás entendido nada de la guerra».

«No se equivoca», se dice Armand..., y siente un cosquilleo suave en los testículos. Desde la noche de los tiempos, es gracias al horror que los hombres han podido dar sentido a sus vidas. El gran problema es que ese sentido no es transmisible. En cuanto el horror retrocede un poco en el pasado, en cuanto ya no lo tenemos, real y sanguinolento, ante nuestros ojos, oídos y narices, se transforma en una historia, una leyenda, una película, y ya no nos lo creemos. Para mí, la guerra de Verdún no fue real, como tampoco lo fue la de Argelia. Mis viejos me aturdían con eso, era agotador. Cada vez que comenzaban a hacer su numerito de veteranos, yo soltaba un gran suspiro. «Adelante», les decía para mí. «No seáis tímidos, haré como si os escuchara. Contadme vuestras hazañas en las trincheras o en la aldea, una vez más...», y yo estaba pensando en otra cosa.

Compartes un cigarrillo con un camarada, se ríe, te hace un chiste, en medio de una frase le cae un trozo de obús y se acabó, se convierte en barbacoa. Los despojos de un hombre funcionan exactamente igual que los de una vaca. Puedes cortarlo en trozos, pero en ninguna parte encontrarás un alma. Ese es nuestro mayor asombro: el hecho de que hayamos surgido de la nada y debamos volver a ella. Todo monumento será un día polvo, todo orden caos, todo ser vivo muerte. Terror sagrado. La fuente de todas las religiones, de todas las filosofías, de todas las obras de arte. Pero cada generación debe aprender por sí misma esta cruda y brutal verdad. Cada generación debe tener su propia guerra, sus propias ruinas, sus propios cadáveres.

–¡Además, todos sus portavoces son varones! –exclama Geneviève–. Cuando los oyes gritar en la televisión, ¡está claro que son machitos!

Asintiendo con la cabeza, Armand se da cuenta de que tiene un buen principio de erección. Sin embargo, no tiene nada de necrófilo, pero al haber sentido el olor a muerte en sus pensamientos, su cuerpo se pregunta, por sí mismo, estúpida y mecánicamente, si no habría en los alrededores una pequeña posibilidad de reproducirse.

«Es una pena –insiste Geneviève–, porque cuando vemos todo eso, los saqueos, las tiendas destrozadas, los escaparates rotos, las escenas de caos en los Champs, ¡no te dan ningunas ganas de apoyarlos!».

«¡Pero así es como el hombre se demuestra a sí mismo que es divino!», se dice Armand. «No solo mediante la creación, sino también, al menos en la misma medida, mediante la destrucción. Ira, gritos, armas, patadas...»

«Ah... –dice Geneviève, sacudiendo la cabeza–, me alegro de que Jessica esté lejos de todo esto».

Su hija estudia en Viena, en el marco de un año llamado Erasmus, sus tranquilos estudios en historia del arte. Se está especializando, de hecho, en la escuela de la secesión de Viena: Klimt, Schiele, Kokoschka. «Oh, sí, ¡una bella pequeña capital florida!», se dice Armand. «Ahí puedes esconderte tranquilamente, con la condición de que no seas judío en 1938...».

«¿Me estaré volviendo cínico?» –se preocupa de pronto–. «Pero no, venga. Sigo jugando el juego. Mientras espero jubilarme dentro de dos años, voy en bicicleta a la Universidad de Nanterre cuatro veces por semana, vacío el contenido de mi maletín y contemplo a los cincuenta chicos, chicas y demás criaturas que me esperan sentados detrás de sus pupitres en la sala de conferencias. Ya han encendido sus MacBook Air para transcribir mis clases, para que una parte de mis conocimientos se deslice de mi cerebro al suyo, con la esperanza de obtener una buena nota en los exámenes de fin de semestre, una nota que les permita empezar una nueva carrera y solicitar un empleo (lo que se conoce como "*oportunidad*"), preferiblemente un contrato indefinido en lugar de uno de duración determinada, que les permitirá a su vez enseñar, ganar un sueldo mediocre y acumular puntos para poder reclamar una buena pensión tras treinta y cinco o cuarenta años de cotización..., sabiendo al mismo tiempo pertinentemente que, dentro de cuarenta años, el planeta Tierra tendrá un aspecto completamente distinto, y que ni la poesía de Víctor Hugo ni los cuadros de Egon Schiele nos ayudarán a hacer frente a lo que está a la vuelta de la esquina: avalanchas de lodo, tormentas e incendios, radiactividad y contaminación, millones de emigrantes del hambre, de la sequía y la irradiación atómica».

Comparado con este futuro cercano, se dice Armand, el

«Inferno» de Dante es un pícnic. Todos vamos a hundirnos bajo los cadáveres, pero probablemente tengas razón, mi querida, no nos queda más remedio que vivir al día, intentando hacer la vida lo más amorosa posible por los que nos rodean.

«Vaya –exclama Geneviève–, ¡estamos de suerte! ¡Mira! Ahí está, Magda. ¡Está libre!

1. La palabra *gibet* en español significa «horca». La calle de la cual habla el personaje es la de Gibets, en Rueil-Malmaison. Juego de palabras entre calle Les Gibets y la horca.

XVI

Mafapu

Qué pareja entrañable. Se alejan abrazados, a paso lento y vuelven al coche. Tan amables, tan enamorados: de todos sus clientes habituales, quizás estos sean los favoritos de Francia. Es deseando al marido como ella consigue follarse a la mujer, y al final están tan agradecidos que eso le reconforta el corazón. Al final, no importa cómo funcione mientras todos se beneficien.

Su teléfono vuelve a sonar. Mierda.

¡Ah! Es Léonora. Debe de haber llegado a Ambroise-Paré, y querrá darle noticias de la rumanita que tuvo una sobredosis.

–¡Léo!

–Francia.

Una buena octava más baja de lo habitual, la voz de Léonora la sobresalta. A partir de ese momento, sin pensarlo, de manera espontánea, Francia habla para impedirle hablar a Léo.

–¿Estás en el hospital? ¿No puedes encontrarla? Tiene que estar, se fueron hace media hora... ¿Estás en urgencias? La habrán transportado a cuidados intensivos, ¿preguntaste?

–Francia –retoma Léo–. No lo hemos logrado.

–¿Lograr qué? ¿Llevarla? ¿Identificarla? Probablemente tenga papeles falsos, o tal vez no tenga papeles, los vampiros le habrán robado todo cuando la llevaron a Saint-Denis, para que no intentara escapar.

–Reanimarla.

–¿Qué? ¿Qué quieres decir?

–Reanimarla.

–No aguantó, la pequeña. Y la mayor, la que la acompañaba...

–¿Ileana?

–Sí, así es, Ileana..., se puso histérica y los médicos tuvieron que ponerle una inyección para calmarla. Ahora está en estado de shock, creo que la van a dejar en observación toda la noche. Pensé que sus amigas debían de estar preocupadas. ¿Te importaría pasar a hablar con ellas antes de irte? ¿No te molesta?

–¿Hablar de qué? –La voz de Francia sube los agudos. Su profesora de ortofonía, ¿cómo se llamaba?, estaría orgullosa de ella. Siempre decía que, con un poco de trabajo, Francia sería una extraordinaria contralto. Catalina, así es, se llamaba Catalina, solía decirle que tenía que intentar cantar todos los días–. ¿Decirles qué, Léo? –repite, conteniendo la respiración–. ¿Qué está pasando?

–Era demasiado. Su corazón no pudo soportarlo. La niña había perdido demasiado peso y tomó una dosis demasiado fuerte. Lo siento, Francia. Ya pasó todo. Alguien debería venir a identificar el cuerpo mañana por la mañana, y… y… avisar a su familia. ¿Crees que puedes hacerlo?

La voz de Francia desaparece. Hace no con la cabeza, sabiendo que Léo no puede verla. No, no y no. Los padres de Florica, que viven en las montañas de Maramures, cerca de la frontera con Moldavia, no tienen dinero para viajar a París para llevarse el cuerpo de su hija. Si hubieran tenido dinero, Florica no habría ido a buscar trabajo a los dieciséis años, no habría caído en manos de vampiros, no habría sido desflorada por violación, drogada, llevada junto con otras diez adolescentes crédulas en la parte trasera de un camión y acarreada de Berlín a Zúrich, de allí a Ginebra, de allí a Dijon, de allí a París... (fue sonrojándose por su propia ingenuidad como Florica, una noche en la furgoneta Magdalena, tomando una taza de té, le contó a Francia de aquel periplo infernal).

–Francia, ¿estás ahí? –dijo Léonora–. ¿Se lo dices a las otras chicas rumanas?

–Ya se han ido –dijo por fin Francia, sin saber si decía la verdad–. Iré a decírselo por la mañana. ¿Nos encontramos en casa de tus padres para cenar?

–Claro que sí. Voy para allá. Necesito un abrazo de mi madre, te confieso que este asunto me ha atormentado.

–Ok. Nos vemos allá. Hasta dentro de un rato.

Léo cuelga y Francia mira los árboles que la rodean. Ustedes no están divididos en estratos sociales, ustedes, les dice. Por eso no son humanos.

Del mismo modo que los paramilitares colombianos de los años 2000, los vampiros rumanos se aprovechan de los pobres. Y por la misma razón: porque ya están sumidos en la vergüenza y la inseguridad de su condición, los pobres rara vez se atreven a denunciar. Los padres de Ferdinand, por ejemplo, no se atrevieron a hacerlo.

Ferdinand, el marido de su hermana Antonia, fue víctima de la llamada operación del falso positivo. Un positivo, en aquella época, era un trofeo militar, por un guerrillero muerto, un punto ganado para el ejército. Y como los verdaderos guerrilleros eran difíciles de encontrar, los paramilitares contratados por el presidente Uribe agarraban a chicos de los barrios marginales.

«Necesito dos ovejas para una barbacoa», anunciaba un oficial. Ya la orden estaba dada. Los soldados se iban con las manos vacías y regresaban con dos jóvenes inocentes que pataleaban presos del pánico. Tras meterles una bala en la cabeza, los desnudaban, los volvían a vestir con camuflaje revolucionario y los presentaban como positivos para conseguir un punto. Ferdinand fue uno de los miles de jóvenes que perdieron la vida de esta manera. La impunidad estaba garantizada, porque los pobres casi siempre aceptan su destino, por miedo a que, si protestan, su situación empeore.

Hace unos años, se creó una asociación llamada Mafopo, o Madres de Falsos Positivos, eran madres que reclamaban ayuda para encontrar los restos de sus hijos. ¿Cuándo, se pregunta Francia, habrá una asociación Mafapu, Madres de Falsas Putas? Porque la inmensa mayoría de las chicas de Europa del Este, igual que las nigerianas, nunca han elegido el sexo como profesión, y mucho menos como vocación. Para ellas es simplemente un infierno.

Dos muertas en media hora.

Francia no tiene ganas de llorar ni de rezar, ni siquiera de refugiarse en las bocanadas tranquilizadoras de la abuela, necesita un consuelo más poderoso. Se precipita hacia la ruta de la Vierge-aux-Berceaux, pasa por delante del monumento a los Fusillés de la Cascade y llega a la Grande Cascade. Allí, jadeante, despeinada, dando vueltas como una loca, se arranca la ropa, balancea sus zapatos, se arroja al agua. Volvió a ser el niño que tras una hora de pesca nocturna con su padre le propuso tímidamente un baño en el Magdalena. Padre e hijo se desnudaron juntos, la luna los contemplaba con dulzura, el agua los envolvió con sus cálidos brazos, Rubén chapoteaba y reía, y el papá gritó: «¡Eh, ten cuidado, pelado! ¡No quiero perderte!».

16

Infiel

«Salgo. Ok, chau, buen paseo. ¡Hasta luego! Hasta luego».

Es para él solo que Gérard G. pronuncia estas frases sin dirigirse a nadie. No habiéndose acostumbrado aún a la soltería, habla consigo mismo para hacerse compañía. A sus cincuenta y cinco años, es la primera vez desde sus tiempos de estudiante que vive solo; y ahora, después de haber visto veinte minutos de porno sin poder acabar, se resigna a dar una vuelta por el Bois. Por suerte, está a dos pasos. Su aplicación dice que tardará treinta y tres minutos, pero suele llegar en treinta y uno o treinta y dos. Ojalá que la colombiana esté allí esta noche, ¿cómo se llama? Marta, Maggie, algo así. Ella siempre se las arregla para hacerle acabar, y además es bastante limpia, al menos se toma la molestia de tirar los condones de los clientes anteriores. No se puede decir lo mismo de todas, a veces es bastante sórdido.

Ahora, verdaderamente necesita desahogarse. Se ha pasado el día estudiando el expediente de los Chalecos Amarillos, analizando las cifras y los eslóganes de las manifestaciones, especulando sobre la evolución del movimiento, evaluando los daños, preparando sus sugerencias para el ministro y redactando el esquema de su discurso para el día siguiente. Sí, ha masticado su trabajo, se podría decir que lo ha desmenuzado y lo ha vuelto a masticar hasta el punto de tener arcadas. Mientras tanto, en su riad de Marrakech, el propio ministro se debe estar tirando a tres chicas a la vez.

A Gérard le cuesta ahora meter a chicas jóvenes en su cama. Las sienes canosas pasan, pero cuando el pelo no solo es blanco sino escaso, las cejas pobladas, el dorso de las manos con manchas y la barriga prominente, las chicas solo miran tu billetera y te plantan en cuanto encuentran a otro mejor equipado. En marzo, Sarah, su cuarta esposa, veinticinco años menor que él, le dijo que lo dejaba por un productor de cine y ayer mismo ha recibido una llamada de su abogado. No será nada sencillo. Es su cuarto divorcio. Será difícil. Se realizan siempre en el tribunal de Place Dauphine, detrás del palacio de justicia, como

para decir que el divorcio es el lado vergonzoso del matrimonio. Pero a diferencia de sus otras tres ex, Sarah se ha negado a tomar una copa con él en esa encantadora «plaza de los divorciados». Ella no quiere verlo más, lo odia. Qué lástima: él también la odia, y si ella espera conseguir una pensión por los servicios prestados durante la convivencia, está bien equivocada. ¿Cómo pudo dejarse engañar por esa zorra?

Es de lejos la peor de las cuatro. ¡Menos mal que no tuvieron hijos! Ella le había dado la lata para tener uno, por supuesto, pero esta vez él se resistió. No, mierda. Tres eran más que suficientes. Había tenido uno con cada una de sus anteriores esposas y ningún matrimonio había durado más de una década. Siempre el mismo libreto: al cabo de dos o tres años, su mujer, aunque feliz con la maternidad, se daba cuenta de que él la engañaba y a partir de ahí las cosas iban cuesta abajo. «Puta madre» –se dice Gérard–, «el único error es el *matrimonio*, ¡es tan obvio! Los hombres no están hechos para la fidelidad, los biólogos se agotan demostrándolo, así que, ¿cuándo lo vamos a entender?».

Sale del edificio donde su familia vive desde varias generaciones, baja a toda velocidad por la avenida Henri-Martin y llega a la plaza de Colombie. Cada vez que cruza esta plaza, se divierte diciéndose a sí mismo que dentro de un cuarto de hora estará en el culo de una colombiana... ¿Cómo se llama? ¿Megane?

¿María? Ella se ha negado rotundamente a cenar con él, algo que nunca antes le había sucedido. A la mayoría de las trans les encanta salir con un hombre que han visto en la tele, vestido con un traje Hugo Boss y zapatos Bexley. Una noche invitó al Pavillon de la Cascade a una joven ecuatoriana, que en realidad era un chico guapo con peluca pelirroja y maquillaje discreto. Acababa de empezar en el oficio y aún no tenía sus pechos de hormonas, pero mientras esperaba, sus pechos eran una combinación ingeniosa de papel higiénico y calcetines enrollados en un bollo. Todavía se veía al chico detrás de la chica, se llamaba Díaz durante el día y Giovanna por la noche, para Gérard era menos una mujer trans que una marica, pero una marica lánguida y amorosa, una especie de Bovary de los trópicos que despertaba sus instintos sádicos. Una noche la hizo sangrar penetrándola con demasiada brutalidad y para que lo perdonara la invitó a la semana siguiente al Pavillon de la Cascade. Aceptó encantada, pero cuando el camarero les trajo el cangrejo de Bretaña y las gambas crocantes y fundidas, apenas tocó su plato. «¿Ya no tienes hambre?», había preguntado Gérard y la respuesta de la chica fue tajante. «Cariño, todavía tengo que trabajar esta noche». «¿No veo qué tiene que ver...?» «Bueno, que llevo una faja». «¿Y…?» «Si como, bueno..., en la próxima mamada me arriesgo a vomitar».

Gérard no puede evitar reírse a carcajadas ante este recuerdo.

Camina lo más rápido que puede por la avenida de SaintCloud hasta el Chemin de Ceinture-du-Lac-Inférieur, el año pasado tuvo un microinfarto y no quiere conocer lo que sería un maxi, su médico dice que hay que caminar diez mil pasos al día para mantenerse en forma, y él tiene que mantenerse en forma a toda costa porque las manifestaciones son duras en estos momentos, los anuncios del presidente no han conseguido calmar a la gentuza. Estudiante en ciencias políticas, Gérard ha comprendido que la historia de Francia está jalonada, casi metronometrada, por episodios de disturbios provocados por los pordioseros, esas malas hierbas que pretenden ahogar las hermosas plantas de la República, ese lumpen que, en lugar de asumir los verdaderos retos de la vida –educarse, trabajar, merecer recompensas–, prefieren sembrar el caos.

Sus dos hijos, Philippe y Arthur, de dieciséis y veintidós años, defienden con ardor a los Chalecos Amarillos. Sin llegar a ir hasta las rotondas, le envían a su padre veinte retuits al día sobre los excesos de la represión policial, las inaceptables declaraciones del ministro y la hipocresía del jefe del Estado. Gérard ha dejado de responderles. Siguen alojados y alimentados a sus expensas; para el mayor ya empieza a ser suficiente. Todos estos jóvenes estarían mejor buscando trabajo, en vez de andar cacareando como gansos. Les ha dado el ejemplo, hasta trabaja los domingos, ¡puta madre! ¡Un país no es algo que te dan en bandeja con caviar y champán! ¡Un país se construye! ¡Tal vez si sacaran sus narices de los coños de sus novias de vez en cuando, se darían cuenta de eso!

En cuanto a Lola, su hija de diecinueve años, después de aprobar el bachillerato de letras, se fue a Berlín para tomarse un *año sabático*. Poco después, comunicó a sus padres por correo electrónico que tenía intención de trabajar en un Centro Eros. Ya estaba todo listo: había respondido a un anuncio, conocido a la gerente, enviado fotos y medidas... «Me dará experiencia –les ha escrito tranquilamente por correo electrónico–. «Y, además, me dará un poco de dinero extra antes de empezar la universidad el año que viene».

Joanie, la madre de Lola, una americana, llamó a Gérard de inmediato: «¡Espero que estés contento! Un padre que va de putas tendrá una hija puta. ¿Qué puede ser más lógico?».

A Gérard esta manera de atacar le pareció claramente odiosa. Y Joanie continúa, subiendo los decibelios y regresando a su lengua materna: *«GET ON A FUCKING PLANE FOR BERLIN RIGHT THIS MINUTE AND BRING MY DAUGHTER BACK TO PARIS, OR...»*.[1]

–*Or what?* –ha dicho Gérard.

–*OR I'LL TELL THE MINISTER YOU'VE BEEN SHTUPPING HIS WIFE FOR THE PAST SIX MONTHS, HE'LL FIRE YOU AND THEN YOU CAN HAVE FUN TRYING TO BALANCE YOUR FUCKING BANK ACCOUNT, YOU ASSHOLE!»*.[2]

Gérard se fue a Berlín.

Estaba seguro de su ascendencia con la pequeña. Ella siempre lo había adorado. Para no encontrarse en un café mirándose de reojo, le ha sugerido que dieran un paseo juntos por Wedding, el barrio mayoritariamente turco donde ella había establecido su hogar.

Después de caminar en silencio durante quince minutos, tomó a su hija del brazo.

–Querida, este año puedo apoyarte por completo de nuevo, no tienes que hacer este tipo de trabajo. La verdad, tienes muchos talentos.

–Pero no, papi. Guarda tu dinero para las putas del Bois. ¡No hay problema! ¡Yo me quedaré con el dinero de otros papás!

La bofetada salió sola.

Bueno, era mayor de edad, pero había límites.

Sin querer, sus pasos los habían conducido a Urnenfriedhof, un extraño segmento de cementerio en la Gerichtstrasse. De pronto, alertas, frunciendo el ceño, observaron decenas de tumbas infantiles a sus pies, apretadas unas contra otras. Colocados sobre y entre estas tumbas por sus padres de duelo: corazones, ángeles, molinillos de viento de plástico, cintas, cruces, libélulas, conejos, globos, estrellas, búhos, flores, pequeñas bicicletas, conchas, gnomos, mariposas, poemas...

Gérard se tambalea. Se sumerge en el recuerdo de una escena lejana en el cementerio de Passy: su madre destrozada, sollozando sobre la tumba de su hermana pequeña y su propia convicción, a los ocho años, de que él nunca sería capaz de hacerla feliz, convicción que más tarde se generalizó a todas las mujeres.

Pero ahora es su hija quien le grita, en el mismo tono que Joanie el día anterior, pero en francés: «¿Qué pasa papá? ¿Te trastornan los bebés muertos? ¿Te molestan? ¿*Dónde* estabas mientras mamá mataba a tus hijos? ¿Cuántos has sembrado por el mundo? ¿Y vienes aquí a sermonearme? ¿Tú que te follas a todo lo que se mueve? ¡Oh, no, vete a la mierda! Déjame violar a unos cuantos buenos padres de familia. ¡Déjame vengarme y hacerte pagar! Eres patético, ¿sabes? ¡Pobre tipo! ¡No me toques! ¡Tócame otra vez y llamaré a la policía!».

A su regreso a París, Gérard tiene que llamar a Joanie para decirle que ha fracasado en su misión berlinesa…, tras lo cual se sumergió nuevamente en el

trabajo. No ha vuelto a ver a Lola; pronto va a hacer un año. No sabe qué piensa ella del movimiento de los Chalecos Amarillos.

El hecho es que el informe para el ministro le parece sólido... y que ahora realmente necesita desahogarse.

---

1. «SÚBETE EN ESTE MISMO MOMENTO A UN PUTO AVIÓN PARA BERLÍN Y TRAE A MI HIJA DE VUELTA A PARÍS, O...». «¿O qué?».

2. «O LE DIRÉ AL MINISTRO QUE LLEVAS SEIS MESES TIRÁNDOTE A SU MUJER, TE DESPEDIRÁ Y PODRÁS DIVERTIRTE INTENTANDO EQUILIBRAR TU PUTA CUENTA BANCARIA, HIJO DE PUTA.»

XVII

Velitas

Once minutos, cincuenta euros. El tipo no le caía bien, pero poco importaba, fue un buen servicio. No saben lo ridículos que son estos gallitos, lo transparente que es su juego. Les dejamos ganar, igual que los adultos dejan ganar a los niños a las cartas, con la diferencia de que los niños mejoran y los machos no. Siempre juegan al mismo juego estúpido: quédate ahí, yo soy el jefe y te daré un azote en el culo y bla, bla, bla...

Mientras el cliente hacía su número, Francia soltó unos gritos mecánicos pensando en la desaparición en el día de hoy, en el espacio de unas horas, de su adorada abuela y de la joven rumana. Al principio la coincidencia le pareció absurda, pero pensándolo mejor no lo era: ese mismo día, el Señor debió de hacer nacer a millones de personas y morir a millones de otras.

¿Quién sabe? Tal vez Florica y la abuelita se cruzarán en el paraíso y pasen buenos momentos juntas. Francia comienza a conocer a mucha gente allí arriba. No al papá, claro, que se ha ido al otro lado, pero sí a varios de sus vecinos de Montmartre y a un buen número (o mal número, más bien, porque son demasiados) de sus amigas del Bois, no solo a Vanesa Campos, sino a toda una pléyade de chicas increíbles: Dona, que bebía demasiado y fue encontrada con la cabeza en el desagüe; Susanna, aplastada bajo las ruedas de un coche porque un vecino de Boulogne decidió dar marcha atrás; la gorda Ekaterina, a quien encontraron quemada viva; la bella Iulia, apuñalada porque se negó a un servicio sin preservativo, otras amigas estranguladas por clientes psicóticos, otras devastadas por el alcohol, la

coca o el sida... y además... y también..., pero..., Dios mío..., ¿de quién es ese rostro cuyos rasgos se van aclarando poco a poco en el gran tapiz del paraíso que el cerebro de Francia está tejiendo en estos momentos, un poco adormilada tras la partida del ridículo pervertido? ¿Quién es? ¿Quién es?... No... ¿*Vivian*? ¿Su hermana menor? ¿La madre de Xio? ¿Estaría muerta? ¿Cómo puede ser? Sí, Vivian también está muerta, pero Francia solo lo sabe cuando duerme, el resto del tiempo no lo sabe. Bloqueó este conocimiento en el mismo momento en que sucedió; si hubiera tenido que enfrentarlo, habría tenido miedo de no poder seguir adelante.

La última vez que Francia regresó a Colombia, en 2017, Vivian fue una de las hermanas que no pudo asistir a la ceremonia de graduación de Xio. La otra hermana ausente, Begonia, tenía una excusa débil: de vacaciones con su familia en Cartagena, tenía pereza de hacer el viaje (bueno, pereza, por decirlo de algún modo: se había casado con un rico restaurador gracias al cual ascendió al estrato tres y desairaba a la parentela vulgar que seguía aún estancada en el estrato uno). Vivian, en cambio, tenía una excusa mayor para justificar su ausencia: estaba muerta desde hacía siete años.

Ninguna de sus hermanas había tenido el valor de llamar a Francia aquella vez; solo la madre tenía el derecho y el deber de hacerlo. La mamita había pronunciado tres frases antes de colgar y los sueños de Francia se apoderaron de ella de inmediato. Como la araña mística Wale'kerü, comenzaron a tejer frenéticamente el motivo de la muerte de su hermana, rodeándolo de signos y símbolos para evitar que se desbordaran. Noche tras noche, las fuerzas ocultas de su mente le contaban la historia y día tras día la olvidaba, sí, solo cuando dormía podía dejar de dar vueltas en su alma a la imagen de Vivian, quien, al ver crecer a Xiomara y volverse tan preciosa como una estampita, temía por ella, temía mucho a las manos y a las palabras de niños y hombres sobre ella, y comenzó a trabajar doble turno en el reluciente hotel donde estaba empleada como sirvienta para sacar a Xio del barrio y enviarla al Colegio Liceo Moderno, donde estaría a salvo de las plagas de la pobreza, a salvo, sobre todo, de los hombres que rondan los barrios bajos como buitres alrededor de los cubos de basura, ansiosos por tomar a las niñas más bellas, llevarlas en helicóptero a plantaciones lejanas

de coca y dejarlas frente a unas cabañas improvisadas donde, durante varias horas al día, ellas satisfacían las necesidades de los cientos de hombres solitarios que llegaban a cosechar la coca. Pero en lo que Vivian no había pensado, y que los sueños de Francia le revelaron con el tiempo, era en la primera comunión de Xiomara.

Todas las madres colombianas ayudan a sus hijos a prepararse para esta ceremonia: supervisan sus clases de catecismo y a medida que se acerca el gran día les compran ropa blanca y zapatos nuevos. Pero Vivian al ver a su hija decir las mismas palabras y hacer los mismos gestos que ella a los diez años, se puso pálida, diáfana, temblorosa y transparente. Ya no podía defenderse contra el despertar del recuerdo del papá, quien, la noche de su primera comunión, la buscó en el balcón donde dormía en su chinchorro, y, agarrando su cuerpo infantil, le arrancó el camisón sin decir palabra, la derribó al suelo donde había extendido previamente una toalla, la puso boca abajo, tumbándose sobre ella con todo su peso de hombre, tapándole la boca con una mano, desgarrándola con su dureza, amordazándola aún con su mano grande que olía a sudor, sofocando su cabellera infantil con sus gemidos de hombre maduro, consumiendo ese fruto de su propia carne y sangre, tras lo cual, todavía en silencio, dobló la toalla y desapareció. Y después de aquella primera vez hubo otras, muchas otras.

Al despertarse con el cielo gris parisino, Francia se esfuerza a veces en recordar su sueño, pero se le deshace muy rápido para volver unos días o meses después, volviendo a anudar con el hilo de la historia, la araña Wale'kerü le cuenta cómo, el 9 de diciembre, al día siguiente de la fiesta de las velitas y de la primera comunión de su hija Xiomara, aniversario de su propia desfloración-deflagración, Vivian salió de su habitación a las tres de la madrugada para escurrirse en el patio trasero detrás de la casucha familiar, donde se tiende la ropa y se maduran los aguacates, entre gallinas, cacas de perro y bolsas de basura, desató el tendedero para enrollárselo al cuello, luego trepó al árbol bicentenario junto a la casa, la ceiba cuya sombra protegió tantas siestas y fiestas familiares, cuyo tronco robusto le dio tanto consuelo a Rubén y cuyas raíces acababan de agrietar el suelo de cemento.

Incapaz de integrar este motivo en el *susu* de su vida, la mente de Francia lo relegó a la noche y, durante el día, siguió actuando como si Vivian envejeciera con normalidad, incluyéndola en sus oraciones cada mañana y dando a menudo noticias de ella a Léonora, Marco o Ariane. ¡Era imposible amputar la lista de los nombres de sus hermanas! Antonia-Begonia-Cornelia-Violeta-Vivian es tan inevitable como el «ave, María, llena eres de gracia». Cuando hablan por Skype el domingo, ni ella ni la mamita mencionan el nombre de la hermana menor, aunque en el fondo Francia sospecha que fue esta tragedia la que hizo los primeros agujeros en la memoria de su madre.

Bueno, tiene mucha hambre, quizás sea suficiente por hoy. Ha llegado el momento de desmontar su cambuche, cambiarse de zapatos, recoger sus cosas y subirse a un taxi para averiguar la respuesta a la pregunta crucial que se hace desde temprano: si, sí o no, el plato que Marco está preparando para cenar esta noche es el tajín de habas que tanto le gusta.

17

Busking

De un suspiro, William W. apaga la vela perfumada de sándalo y se pone de pie. Está bien, la decisión ha sido tomada, él va a intentar despertar su cuerpo. Hace tres años y medio desde que se fue Erin, su amada de cabellos rojizos, su maravillosa hada irlandesa y él le había hecho la solemne promesa de no renunciar a la alegría solo porque ella estaba muerta.

Todavía no se acostumbra a su ausencia. Esto es un eufemismo. Él pasa las de Caín. Cada mañana, cuando se despierta, se olvida de que ella no está más, él cree que va a encontrar junto a él en la cama el cuerpo blanco, delgado, cálido, flexible y musculoso de su amada, que ella se acercará y se apretará contra él, y que, como han hecho miles de veces a lo largo de sus veintitrés años de amor, se acariciarán el uno al otro mientras se hacen bromas y se lamen y luego se montan a horcajadas, hasta que el aliento y los gritos hayan sustituido por completo a las palabras.

«Cuando me haces correrme –le dijo ella una vez– se me caen los brazos, ¡literalmente!, ¿entiendes? Es como si toda la energía de mi cuerpo se concentrara en el tronco al rojo vivo, ¡y no quedara nada para las extremidades!».

William aún tiene en sus oídos la risa clara de su esposa. No puede impedirse creer que van a desayunar juntos, luego buscar billetes de tren baratos, fuera de temporada, y marcharse a pasar unos días con sus amigos a Banon, en el sur, o a Douarnenez, en el oeste, o a Lille, en el norte, o a Lignières, en el centro... Y cada día Erin vuelve a estar muerta, su ausencia

lo ataca, lo quema, lo retuerce, y él tiene que luchar para resurgir porque le prometió vivir y las promesas entre ellos eran sagradas.

Tras cerrar con llave la puerta del rellano de su estudio en la sexta planta de un viejo edificio de la calle Rosiers, William baja por la hermosa escalera de caracol. Dios sabe cuándo se mudará, quizás nunca, el propietario del estudio se abstiene por amistad de aumentarle el alquiler, que se ha vuelto absurdamente bajo para el barrio. Quizás siga allí, subiendo y bajando seis pisos de escalera sin ascensor a los setenta u ochenta años, pero desde el punto de vista de su respiración, los cuarenta no son lo mismo que los veinte, así que ¿cómo será la vejez? Debería dejar de fumar.

El Marais ha cambiado radicalmente desde que William y Erin se habían instalado en los años noventa. Casi popular entonces, el barrio judío o Plätzl se ha vuelto chic y burgués, víctima de la codicia capitalista que convierte todos los centros urbanos del mundo en clones unos de otros. Tiendas pretenciosas con marcas rimbombantes han sustituido a los falafel y *rugelach* de antaño..., pero eso no impide que William se cruce a cada paso con un recuerdo de Erin como una puñalada en el corazón. Le resulta dulce ser apuñalado así porque su dolor es la medida de su amor: son dos gemelos siameses, gigantes. Aun así, hay días en los que teme volverse adicto a su propio sufrimiento al punto de querer renunciar a la vida. Erin le diría sin vueltas que se sacuda: de ahí la vela de sándalo de esta noche; de ahí, también, la idea de esta salida.

Dos chicos recién llegados a París, él de Londres, ella de Belfast, que hablan mal el francés, artistas en ciernes sin haber atravesado aún la barrera de los veinte, se conocieron en el metro, en un pasillo de la estación de Châtelet, el abdomen de esa gran araña multicolor que es el metro de París, donde ambos actuaban en la calle.

¡Era impresionante la pequeña Erin, con su melena de llamas! Construía sus decorados, escribía sus obras, fabricaba sus marionetas, montaba su escenario en el tren en treinta segundos e interpretaba todos los papeles. Él era solo guitarrista, pero un guitarrista desenfrenado que se inspiraba tanto

en la música clásica como en el rock, el flamenco y el góspel, asombrando a las sombrías multitudes del metro.

Habiéndose visto, gustado y escuchado, intercambiaron sus datos de contacto y descubrieron con sorpresa que ya eran vecinos, que vivían a dos pasos el uno del otro, en el barrio del Marais. Empezaron a invitarse mutuamente. Mientras uno probaba su nueva interpretación, el otro cocinaba, o recitaba en voz alta poemas de sus autores favoritos: D. M. Thomas, Brendan Behan, Thomas Hardy. Con toda naturalidad, algunos de estos textos formaron parte de su ceremonia nupcial, sagrada y profana, que celebraron en su espacio verde favorito del barrio, la plaza Roger-Priou-Valjean, en la variopinta compañía de su banda de amigos, una treintena de actores, jazzistas, pintores, poetas y acróbatas, talentosos y devotos, que subsistían ayudándose unos a otros. Casi todos sus amigos eran expatriados como ellos, habían venido a instalarse a París desde África del sur, Chile, Canadá o Polonia…

Ni una sola vez en veintitrés años habían tenido la tentación de redactar una ceremonia de divorcio.

En la calle Rivoli, la cúpula de la iglesia de Saint-Paul se recorta contra un cielo negro púrpura de estrellas invisibles. William se dirige a la boca del metro, alrededor del cual se ha construido recientemente una gran isla para ralentizar o impedir el tráfico de coches. Está seguro de que antes no era así, pero le cuesta recordar cómo era. Todo lo que ha ocurrido desde el 13 de noviembre del 2015 le parece irreal.

Aquella noche, Erin y él habían quedado con unos amigos en el distrito X para preparar el programa de una gran jornada de apoyo a Siria. Hacia las veintidós estaban cinco o seis en la terraza de Le Carillon, conversando tranquilos en voz baja, bebiendo Spritz y fumando Marlboro. Estaba muy agradable. Entonces, en el espacio de unos segundos, el universo dio un vuelco.

Como un capitán cuyo barco se balancea por un oleaje violento, el cerebro de William tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para mantener el

rumbo atendiendo a varias tareas a la vez: volver a colocar el techo arriba y el suelo abajo, analizar mil ruidos –disparos, gritos de terror y rabia, aullidos de dolor, cristales rotos, sirenas de policía y ambulancias–, buscar a su amada con la mirada, intentar recordar una oración. Ambos habían sido alcanzados: William en el brazo, el hombro y la espalda, Erin en el pulmón izquierdo.

Trasladados al hospital Saint-Antoine, en el distrito XII, se perdieron de vista durante quince días. Tras varias operaciones, William pudo dejar el hospital, pero volvía todos los días para estar por la tarde junto a la cama de su mujer. A veces encontraba a Erin sonriente y coherente; otras confusa bajo el efecto de la morfina. Juntos intentaban reconstruir la película de la noche, pero la violencia había destrozado sus recuerdos. En voz baja, compararon los actos terroristas con los del IRA que había marcado sus infancias en Gran Bretaña.

Entonces llegó el día –un día de increíble belleza, sol intenso, cielo azul cristalino, justo antes de Navidad– en que las parcas, tras cuatro semanas de titubeos –cara vive, cruz muere– decidieron que, al final, a ella, a la pequeña pelirroja, le salía cruz.

De Saint-Paul a Sablons es directo por la línea 1; a lo largo de todo el trayecto William mira la vida. Al igual que el Marais, las estaciones del metro de París han cambiado enormemente desde los tiempos en que él y Erin hacían sus espectáculos respectivos. En los años noventa aún se podía fumar y los vagabundos podían dormitar en los bancos de madera instalados en las paredes. Hoy todo está impecable. Ya no hay colillas ni escupitajos. En cuanto a los bancos, son estrechos y metálicos, inclinados hacia delante, por lo que solo se puede hacer una pausa breve, diagonal e incómoda. En esta línea, los trenes no tienen conductor; sus puertas se abren y cierran automáticamente. Sin embargo, esta noche, como todas las noches, un gran número de marginales circulan de un vagón a otro. La mayoría son extranjeros, como lo era el grupo de amigos de William y Erin, pero la geografía de su exilio es diferente. Hay madres gitanas y padres sirios,

yonquis veinteañeros y lunáticos de cuarenta, rusos errantes y libios desheredados, hippies que van de regreso y muchachas árabes liberadas, deambulando. Algunos tocan el acordeón como pueden, otros improvisan un discurso, se disculpan, explican, ruegan, tienden la mano, venden un periódico callejero u ofrecen cuadernos de dibujo para los más pequeños. Todos señalan el carácter urgente de su necesidad: tienen hijos, llevan tres días sin comer, no tienen dónde dormir, han perdido la documentación, saben que los viajeros están hartos y apelan a su buen corazón. Con los ojos fijos en sus teléfonos móviles o en el vacío, casi todos los viajeros hacen como si no estuvieran allí; unos pocos mueven la cabeza con un «no» con aire avergonzado; uno por vagón, dos a lo sumo, sacan la billetera para extraer una pequeña limosna. William, en cambio, tiene siempre sus bolsillos llenos de monedas. No sabe negarse a dar.

¡Dios, cómo extraña a Erin! ¡Dios, cuánto amaba a esa mujer! Le gustaría que estuviera allí, a su lado, ahora mismo, y que volvieran a conversar. Él adoraba conversar con ella, no volverá jamás a encontrar una complicidad tan grande. Ambos eran protestantes, de origen modesto, educados (como les gustaba decir) en el espíritu del cristianismo primitivo. Sus padres les habían inculcado los verdaderos valores de Jesús: generosidad, escucha, compartir y preocuparse por los menos afortunados. La familia de cada uno acogió al otro como algo natural. No tuvieron hijos, demasiado apegados a la libertad que les confería la vida bohemia, a su marginalidad, a su exilio, ese estado híbrido en el que se sentían arraigados. Un modo de vida claramente agotador, por momentos, pero que preferían de lejos a regresar a su país, lo cual habrían vivido como un retroceso o un fracaso, como la integración en la sociedad francesa, con su sistema escolar psicorrígido, sus debates políticos aburridos, sus interminables campañas electorales y su inalterable altivez. Su ideal era su realidad: cenas con música con sus amigos desertores y los hijos de estos, fiestas improvisadas de Halloween y carnaval y, en Navidad o Semana Santa, la sorpresa del telón de lágrimas mientras permanecían hombro con hombro en la Iglesia Americana cantando a pleno pulmón los himnos de su infancia.

Mientras que el metro se sumerge hacia el oeste a través de la oscuridad del túnel, las imágenes de Erin, la pelirroja, aparecen en cada parada.

Erin en Châtelet, besándolo con pasión en el parquecito que rodea a la Torre Saint-Jacques, punto de partida de la peregrinación a Santiago de Compostela que nunca tuvieron tiempo de hacer.

Erin en el Louvre, besuqueándolo en el baño de hombres después de que ella volviera de extasiarse con las momias egipcias.

Erin en las Tuileries, insistiendo en que dieran veinte vueltas en el tiovivo, como niños de cinco años, antes de ir al Museo de la Orangerie a impregnarse de nenúfares.

Erin en Franklin-Roosevelt, encontrándolo a la salida de la escuela de negocios donde enseñaba inglés y luego paseando a su lado por los Champs-Élysées, simulando los aires que se dan los ricos: mujeres vestidas con visón blanco, llenas de bótox, tambaleándose sobre tacones de aguja; hombres de negocios obesos y rubicundos; galeristas amanerados que venden porquerías a precio de oro; turistas desesperados de estrellas Michelin... Gente apurada, obsesionada con su estatus, sus acciones, sus yates, sus planes sexuales, sus tarjetas de crédito, su personal doméstico y su oficina.

Erin en la plaza Charles-de-Gaulle-Étoile, casi tan flexible y traviesa a los cuarenta como a los veinte, saltando a su espalda, rodeándole la cintura con las piernas y haciéndole galopar hasta el Arc de Triomphe.

Erin y William, William y Erin, por toda la ciudad, brindando, con sus vasos de poliestireno llenos de té a la menta, brindando por sus madres o corriendo por el simple placer de correr, desde la calle Rosiers hasta la plaza de los Vosges, tomados de la mano. Pájaros sobre la rama.

Nadie podría sustituir a Erin en la vida de William. Lo peor es el cuerpo. Durante el día, más o menos consigue perderse en la música, el cine, los almuerzos de amigos y las compras por el barrio. Pero por la noche..., ah, la noche es terrible.

«Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero –le susurraba Erin en la cama del hospital–. «Sabes, Willy, todo el amor que hemos construido

juntos no debes guardártelo para ti, eso sería demasiado egoísta. Tienes que compartirlo, ¿sí? ¿Me lo prometes?».

Ella habría querido... no que William la olvidara, eso es imposible, sino que volviera a amar. Que su cuerpo volviera a vivir. Que amara a otros, en primer lugar, y poco a poco... Sí, eso también debería quizás ser posible un día... que amara a *otra*.

Epílogo

Apareció justo cuando Francia estaba cerrando el negocio y atrajo su atención. Ese inglés le dio lástima. Con sus manos grandes y hermosas, su coleta rubia grisácea, sus gafas de intelectual y su expresión triste, era tan conmovedor que acabó dedicándole casi una hora. Hacía falta eso para tranquilizar al señor y llevarlo pasito a pasito hacia el placer. Su gratitud mereció la pena. Sí, ese último cliente le hizo bien y el billete que le dio también. Al final, incluso él lloró en sus brazos y ella aprovechó para consolarse un poco. Venga de donde venga, el consuelo siempre es bienvenido.

Desde luego, esto le haría llegar tarde a la comida en casa de Ariane y Marco, pero sabe que nadie se lo reprochará. Justo cuando estaba a punto de llamar a un taxi, se acerca un coche tocando suavemente la bocina... Mira, pero si es Ariane.

–Estábamos un poco preocupados –dice bajando la ventanilla–, así que vine a ver cómo estabas.

–¡Lo siento! Mi último cliente era un poco lento y no quería apurarlo.

–¡No te preocupes! ¿Cómo estás? ¿Estás lista?

Francia guarda sus cosas en el maletero, Ariane enciende un cigarrillo y reemprende la marcha. Avanzaron lentamente por la Allée de la Reine-Marguerite donde las amigas de la noche ya habían tomado sus puestos.

–Léo me contó lo de Florica –suspira Ariane mientras exhala el humo–. Es terrible.

–Dios la tenga en su gloria. La niña ya no sufre más. Es por su madre por quien me lamento, por sus padres en Cluj, va a ser duro para ellos.

Antes de continuar, Francia duda.

Está a punto de añadir: «Mi abuela, también hoy, se ha ido a encontrar a su Creador», pero conoce palabra por palabra el diálogo que seguiría. Ariane exclamaría «¡no!» y Francia se apresuraría a añadir, «pero es diferente, era muy mayor, le había llegado la hora», y Ariane insistiría, «aun así, dos muertes en el mismo día es mucho», añadiendo, para ser educada, «¿estás pensando en volver a Bogotá para el funeral?», y Francia se ofendería un poco porque, en todos los años que llevan conociéndose, su amiga todavía no se ha hecho a la idea de que ella no es bogotana. Para Ariane, como para la mayoría de los franceses, Colombia es Bogotá, Medellín, plantaciones de coca y punto. Pero ella no contestaría al error: si los exiliados tuvieran que rectificar todos los malentendidos sobre su identidad, no tendrían tiempo para vivir. En lugar de eso, diría «aún no lo sé. Llamaré a la mamá mañana y lo conversaremos. Creo que a la abuelita le gustaría que la enterraran en el norte, cerca del pueblo de la Guajira donde nació..., pero eso es imposible. Desde hace unos años estaba triste porque han muerto miles de personas de su etnia; escuchaba sus historias en la radio y se le partía el corazón. Los blancos no saben que los árboles nos protegen, así que talan los bosques, excavan la tierra y envían a los hombres wayuu a trabajar a las minas. Cuando llega la sequía, ya no hay árboles, así que no crece nada y la gente se muere de hambre... Los wayuu son cada vez más pobres, muchos han sido desplazados a la fuerza, se mueren lejos de su casa...». Y Ariane diría «ah, ¿sí? No lo sabía», pero un poco distraída, porque todo esto está demasiado lejos de su vida como para que le interese de verdad. Así que, pensando que no tiene sentido mantener conversaciones en las que conoces las respuestas de antemano, Francia permanece en silencio.

Ariane se detiene ante una señal de *stop*, arroja la colilla por la ventana y mira de reojo a su amiga. Al ver que una lágrima rueda por su mejilla, le da la mano y enciende la radio. En France Musique están pasando *La flauta mágica*; en ese momento, *Papageno* y *Papagena* se declaran su amor balbuceando: *«¡Papa-pa-pa-pa-pa-geno! Pa-pa-pa-pa-pa-pa-gena!».*

Francia se sabe este dúo de memoria y le devuelve la sonrisa.

Los faros del coche barren la oscuridad del Bois de Boulogne, un bosque creado de la nada al final de la Guerra de los Cien Años para que los reyes pudieran cazar tranquilamente. Francia está cansada y se pregunta quién, aparte de Léonora y ella, vendrá a cenar esta noche a casa de Marco y Ariane. Los cuatro ya son mucho, con todo lo que llevan en la memoria y en las células, pero presiente que habrá otros invitados. Sin duda estará su abuela, acompañada del cardenal guajiro... La mamita irá, por supuesto: ni un segundo de su vida ha abandonado a Francia... El papá también, hoy mucho más presente que de costumbre a causa de su pesadilla matutina..., seguido de las cinco hermanitas, las vivas y la muerta, y de todos los sobrinos y sobrinas, empezando por Xiomara... No es imposible que la gran ceiba en persona, en la que Vivian se colgó, haya aceptado hacer el viaje. Todos hablarán a la vez, en varios idiomas, pero igualmente se entenderán a pesar de todo, y aunque haya mucha gente, los vecinos no se quejarán, ni se les ocurrirá llamar a la policía: de hecho ya están allí. Varios policías colombianos y parisinos se sintieron tentados de visitar esta noche la casa de Ariane y Marco, entre ellos el policía cuya arma de servicio mató a Vanesa Campos y la propia Vanesa, alta, rubia y muy enojada, y su guapo amigo senegalés, que quería ayudarla vigilando las pertenencias de sus clientes. Los presidentes Hollande y Sarkozy habrían aceptado la invitación: habiendo comprendido, por fin, que sus leyes llevan quince años arruinando la vida de las TDS, se disculparán prometiendo luchar a favor de la desregularización.

Brindarán con Francia las decenas de pobres desgraciados que fumaban y morían en el barrio de El Cartucho hace treinta años, y Pépé, el cocodrilo que se comía sus sobras. Estarán sus catorce clientes del día y los miles que, en París o en Bogotá, han acudido a ella a lo largo de los años con sus peticiones o sus necesidades o sus esperanzas, su rabia o su ternura, los viejos y los jóvenes, los pobres y los ricos, los incultos y los súpereducados, los simpáticos y los estúpidos, los autistas y los gregarios, los obesos y los enclenques, los retorcidos y los tristes, sí, incluso Xavier, que la hizo sufrir tanto. ¡Los personajes de la ópera que ama desde hace tanto tiempo desfilarán vestidos de sus personajes: ¡*Aida, Norma y Violeta, Papageno,*

Papagena y la sublime *Reina de la Noche, Don Giovanni y Otelo, Falstaff y Rigoletto*! Florica también aceptó la invitación, al igual que las demás TDS rumanas, búlgaras, moldavas y ucranianas, así como los proxenetas rumanos, los ladrones egipcios y todos los narcotraficantes de Colombia, encabezados por Escobar, así como los miembros de las FARC y del M-19. Para entrar en casa de Ariane y Marco, todos acordaron dejar sus armas en el recibidor porque llegó el momento de festejar.

Se harán presentes en esta velada muchísimas mariposas, también serpientes; moviéndose en los rincones estarán los lagartos y las libélulas, los peces del océano Atlántico y del río Magdalena, mamíferos grandes y pequeños de la selva colombiana, sin mencionar los miles de especies de aves, incluyendo los buitres que aún surcan los cielos sobre el mercado central de Girardot. Por otra parte, también estarán presentes el buen Dios, su hijo nuestro señor Jesucristo, la Virgen, la Magdalena y la larga procesión de santas y santos que ayudan a Francia y a las demás TDS a sobrevivir, con una mención especial para Rita, patrona de las causas perdidas. Las amigas de Francia de Bogotá estarán allí para descorchar el cava con ella, al igual que las de París, encabezadas por Carmencita. Las arañas tejerán sus telarañas, la mamita amasará las arepas y hervirá el aguapanela en la estufa, y el anciano que saludó a Francia esta mañana en el Boulevard de Clichy estará allí, al igual que el hombre que le vendió las empanadas a la entrada del metro. Vendrá Cristóbal Colón, que dio su nombre a la arquitectura colonial, así como a la ópera de Bogotá, estará Alejandro, el amor de su vida... ¡Oh! y su mujer también, ¿por qué no?, e incluso sus hijos. La fiesta es una oportunidad para olvidar las diferencias, para perdonar las ofensas. Sí, Ariane y Marco habrán invitado a su mesa esta noche a todos los que Francia contiene, y no podemos evitar darnos cuenta de que todos son mulatos como ella, bastardos, mestizos, híbridos, quimeras, cojos e impuros, mezcla de esto y aquello, pasado y presente, del bien y del mal... Yo también vendré, por supuesto, yo, la Griffonne, y estaré encantada de tranquilizar a los lectores de este libro, les diré que no se preocupen, porque nada de esto existe en el mundo real, no, no, no es verdad, no tengan miedo, es solo un cuento fantástico, la gente no se

comporta así, nada de esto ha sucedido, son solo historias que nos contamos a nosotros mismos...

Francia duerme profundamente.

Agradecimientos

AGRADECIMIENTOS DE LA AUTORA

Cercanos o lejanos, anónimos o célebres, son innumerables los hilos que me han dado, ayudándome a encontrar mi camino en el laberinto de esta novela. Les agradezco a todos de todo corazón. Entre quienes están vivos quiero mencionar a Chloe Baker, Antonella Bechara, Chantal Briet, Nicolàs Buenaventura, Jorge Cachiotis, John Cárdenas, Janneth Châtrassant, Claus Drexel, Nicolas Eveillard, Cecilia María Medina Gómez, Julián/María Paz, Mylène Juste, Corinne Leconte, Patrick Le Mau , Pilar López, Manuela Beltrán Marulanda, Oskar Marulanda, Catalina Mesa, Bruno Paccard, padre Jean-Claude, Yeimy Pachón Forero, Y. Aloys, L. Robellaz, Geneviève Saltet, Catherine Sart, Michel Sart, Igor Schimek, Meyby Ríos, Ximena Vargas, Coralie Zahonero, Antonella Bechara, Claus Drexel.

Mil gracias también a Amina Medebb y al Instituto Francés de Marruecos por la residencia de escritura de la cual me beneficié en febrero del 2023 en Dmina, cerca de Tánger.

AGRADECIMIENTOS DE LA TRADUCTORA

A Nancy Huston, «la Grande Griffonne». A Michèle Kanonidis.

A las chicas trans y cis de todos los bosques del mundo. A mi madre, que hubiera adorado esta novela.

Referencias

«Sublime passivité». En el libro de poesía de Nancy Huston *Erosongs*, con imágenes de Guy Oberson, Éditions du Chemin de fer, 2015.
Michel Leiris, *L'Afrique fantôme*, 23 de diciembre de 1932.

Teatro de la autora:
Nancy Huston, *En fleur et en os*, Ethakydès, 2023.
—, *Mascarade (avec Sacha),* Actes Sud, coll. Heyoka, 2024.

Dana Sobel, *La fille de Galilée*, Odile Jacob, 2001, p. 134. Las citas de Jean Maillard provienen de Antoinette Gimaret,
Louise du Néant, une sainteté problématique, https://journals.openedition.org/acrh/135.
Kateb Yacine, citado por Marion Thiba y Gislaine David,
«Une vie, une œuvre : Kateb Yacine, le poète errant», France Culture, 19 de marzo de 1998.

Índice de contenido

Prólogo

0. Silicona
I. Cumpleaños
1. Normal
II. Río
2. Cansancio
III. Merodear
3. Fuente
IV. Cuerdas
4. Ciencia
V. Inicios
5. Naranja
VI. Cartucho
6. El Otro
VII. Deberes
7. Obelisco
VIII. Alejandro
8. Zapatillas
IX. Bizet
9. Rudo
X. Mamita
10. Inmortal
XI. Xavier
11. Ill
XII. ¡Todas!
12. Marlboro
XIII. Barnacla
13. Bum
XIV. Bachillerato

14. Carga
XV. Abuela
15. Les Gibets
XVI. Mafapu
16. Infiel
XVII. Velitas
17. *Busking*

Epílogo
Agradecimientos
Referencias

Table of Contents

Prólogo
0. Silicona
I. Cumpleaños
1. Normal
II. Río
2. Cansancio
III. Merodear
3. Fuente
IV. Cuerdas
4. Ciencia
V. Inicios
5. Naranja
VI. Cartucho
6. El Otro
VII. Deberes
7. Obelisco
VIII. Alejandro
8. Zapatillas
IX. Bizet
9. Rudo
X. Mamita
10. Inmortal
XI. Xavier
11. Ill
XII. ¡Todas!
12. Marlboro
XIII. Barnacla
13. Bum
XIV. Bachillerato
14. Carga
XV. Abuela
15. Les Gibets

XVI. Mafapu
16. Infiel
XVII. Velitas
17. Busking
Epílogo
Agradecimientos
Referencias